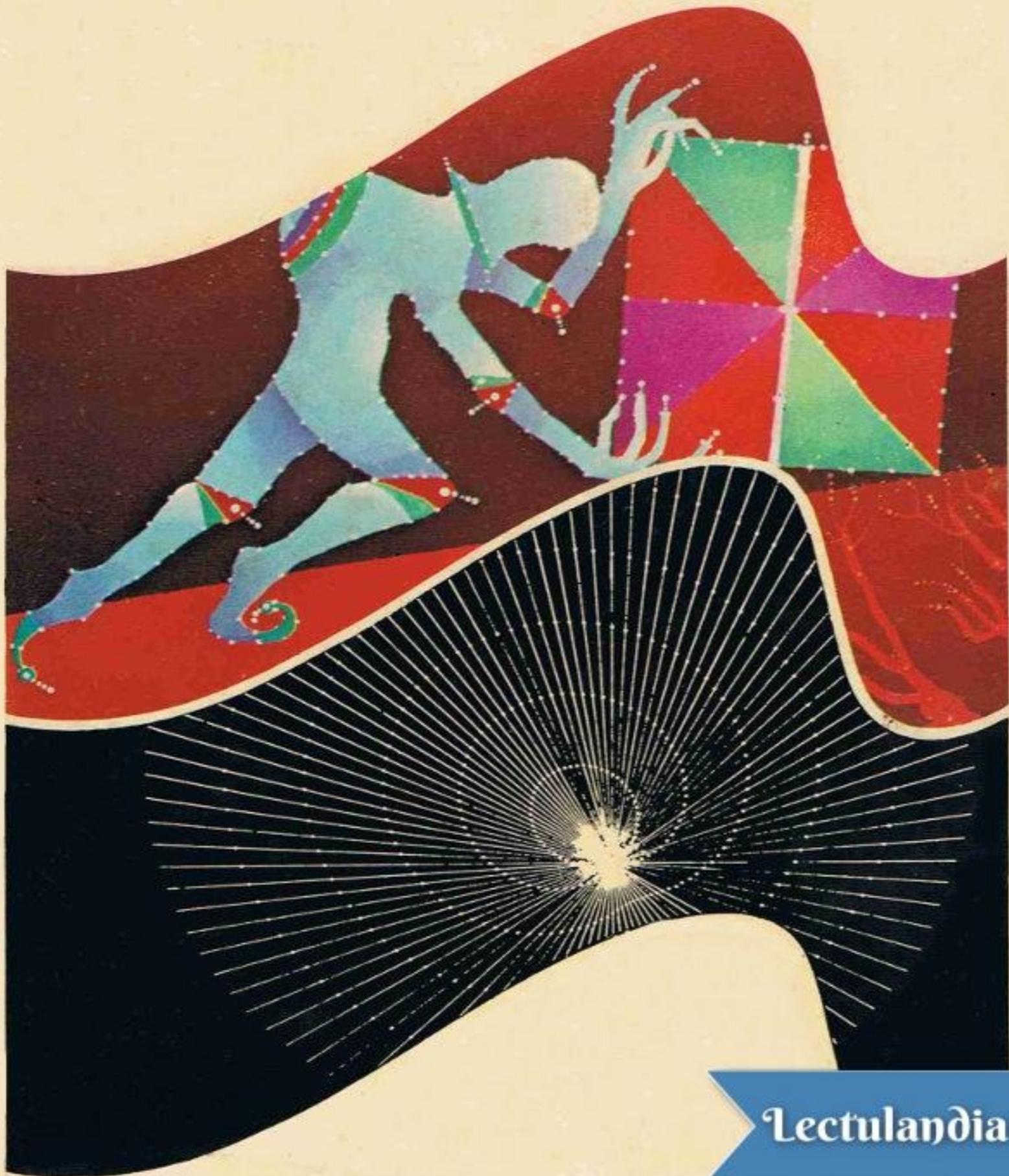


Ultima etapa

ANTOLOGIA DE
LA CIENCIA FICCION
DEFINITIVA



Lectulandia

La presente antología ha sido confeccionada en base a los que se han considerado los once temas principales de la ciencia ficción. Los escritores que mejor habían tratado anteriormente cada uno de los temas han intentado aquí agotarlos, llevarlos a sus últimas consecuencias. Aldiss, Anderson, Asimov, Dick, Harrison, Koontz, Malzberg, Pohl, Reed, Silverberg y Tiptree establecen así la ÚLTIMA ETAPA de un camino de más de medio siglo de duración.

La ciencia ficción ha alcanzado madurez suficiente como para reflexionar sobre el trecho recorrido; de esta reflexión surgirán, sin duda, nuevos estímulos, nuevas perspectivas, nuevos —y lejanos— horizontes.

Lectulandia

AA. VV.

Última etapa

Antología de la ciencia ficción «definitiva»

ePub r1.0

Titivillus 10.11.15

Título original: *Final Stage*

AA. VV., 1974

Antologistas: Edward L. Ferman y Barry N. Malzberg

Traducción: Ignacio Rived & José Luis Yarza

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Joyce, que compartió el esfuerzo, y a Audrey.

Contenido

Presentación. Última etapa, primera etapa, por Carlo Frabetti.

Introducción, por Edward L. Ferman y Barry N. Malzberg.

Sobre los antologistas.

PRIMER CONTACTO

Compramos gente (We Purchased People, 1974) por Frederick Pohl.

LA EXPLORACIÓN DEL ESPACIO

Los exploradores del Voor (The Voortrekkers, 1974) por Poul Anderson

INMORTALIDAD

Grandes Giras de Evasión, S. A. (Great Escape Tours, Inc., 1974) por Kit Reed

ESPACIO INTERIOR

Esquemas para tres narraciones enigmáticas (Diagrams for Three Enigmatic Stories, 1974) por Brian W. Aldiss

ROBOTS Y ANDROIDES

¿Qué es el hombre? (...That Thou Art Mindful of Him, 1974) por Isaac Asimov

NIÑOS EXTRAÑOS

Nosotros tres (We Three, 1974) por Dean R. Koontz

SPACE OPERA

Ratas espaciales del CCC (Space Rats of the C.C.C., 1974) por Harry Harrison

UNIVERSOS ALTERNOS

Viajes (Trips, 1974) por Robert Silverberg

LA MÁQUINA INCONTROLADA

El maravilloso y polivalente transmógrafo (The Wonderful, All-Purpose Transmogripher, 1974) por Barry N. Malzberg

DESPUÉS DEL HOLOCAUSTO

El humo de su cuerpo se elevó para siempre (Her Smoke Rose Up Forever, 1974)
por James Tiptree, Jr.

VIAJE POR EL TIEMPO

Algo para nosotros, temponautas (A Little Something for Us Tempunauts, 1974)
por Philip K. Dick

PRESENTACIÓN

Última etapa, primera etapa

Es probable que al lector le haya parecido un tanto pretencioso el título, o mejor dicho el subtítulo de este libro. ¿Cómo puede nadie intentar hacernos creer que ha llevado a cabo una antología «definitiva», y menos en un campo tan esencialmente abierto y evolutivo como la ciencia ficción?, se preguntarán algunos. Si la ciencia ficción es, por definición, la narrativa que siempre va un paso (o varios, o muchos) más allá de las borrosas fronteras de la realidad presente, que siempre se aventura más allá de la mudable línea de nuestro horizonte, ¿no es un contrasentido el mero hecho de hablar de ciencia ficción «definitiva»?

De ahí el entrecomillado irónico, pues si la ciencia ficción no ha llegado a su cúspide evolutiva, a su «última etapa» en sentido literal, sí que ha alcanzado ya, por lo menos, la suficiente madurez como para cuestionarse a sí misma y, eventualmente, reírse de sí misma.

Tal vez esta antología debería titularse, o mejor dicho subtitularse «autoanálisis de la ciencia ficción» o, como concesión a los amantes de indiscreciones y sensacionalismos, «la ciencia ficción se confiesa», o, en plan más académico (si la ciencia ficción tuviera algún interés en ponerse en plan académico, que afortunadamente no lo tiene), algo así como «aproximación a un examen autorreflexivo del estado evolutivo actual de la ciencia ficción a través de sus temáticas fundamentales».

«Definitiva» es más corto, más sutil, casi igual de pedante y si se leen atentamente las comillas, más expresivo (y, en cualquier caso, más comercial). Es una forma de decir precisamente que en la ciencia ficción no hay nada definitivo, que cada «última etapa» es siempre la primera de otra cosa. Y es, sobre todo, un excelente pretexto para que once de los más destacados escritores de ciencia ficción actuales se enfrenten con los temas clásicos del género y nos ofrezcan, de paso, sus reflexiones sobre los mismos.

De modo que si no se trata de una antología «definitiva» en el sentido literal (y alegrémonos de que una tal antología sea imposible), de lo que sí puede estar seguro el lector es de que tiene en sus manos una antología «definitoria», que, con todos los riesgos e imperfecciones de cualquier definición (y, sobre todo, con su inevitable —y estimulante— provisionalidad), le suministrará una visión autorizada, sugestiva, inquietante y bastante amplia del estado actual del género, a través de sus grandes temas y sus grandes autores.

CARLO FRABETTI

INTRODUCCIÓN

El presupuesto de esta antología es que la ciencia ficción —esa rama literaria medio bárbara y medio civilizada— se asienta sobre unos once temas clásicos que, barajados de distintas formas, constituyen los cimientos de la mayor parte de las obras del género. Al igual que las diez o veinte aperturas y defensas básicas del ajedrez, estos temas a que nos referimos pueden dar lugar a combinaciones afortunadas de gran belleza, o bien, en manos de escritores mediocres, a lamentables y tediosos tópicos.

Estos temas básicos se los encomendamos, por encargo directo, a los más famosos escritores de ciencia ficción. Dichos autores fueron seleccionados atendiendo no sólo al reconocido valor de su obra publicada y a su talento, sino pensando en la adecuación de cada uno de ellos para la empresa de escribir una narración «definitiva» sobre el tema asignado. Así, Isaac Asimov, el creador de las «tres leyes de la robótica», contribuye con la narración maestra sobre robots y androides. Y Poul Anderson —de cuyas obras nació la expresión *hard science fiction* (es decir, rigurosa desde el punto de vista tecnológico)—, escribe sobre la exploración del espacio.

A cada colaborador se le pidió también que escribiese un apéndice a su narración comentando el tema que se le había asignado, junto con una lista de novelas y relatos que incluyera: *a)* obras que él considerase como clásicos en el tema, *b)* obras que hubieran podido influir en su relato concreto para esta antología, y *c)* por lo menos una de sus propias obras^[1].

Esperamos haber conseguido así una verdadera antología de piezas definitivas: relatos que llevan estos temas básicos hasta sus últimas consecuencias, dentro del estado actual del género. Relatos que son al mismo tiempo como un punto final y un punto de partida.

Punto final porque la ciencia ficción ha crecido tanto que en muchos aspectos ha trascendido sus propios orígenes y, así, parece que es un buen momento para confirmarlos.

Punto de partida porque estos relatos, lejos de *rematar* ninguno de los temas que abordan, vienen por el contrario a ilustrar su infinita y diversa complejidad, su amplio abanico de posibilidades.

Esto es lo que hace de la ciencia ficción de nuestros días quizá el último reducto en el que, por muy lleno que esté, aún tiene cabida la ficción misma.

BARRY N. MALZBERG
EDWARD L. FERMAN

SOBRE LOS ANTOLOGISTAS

Edward L. Ferman es el editor de *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*. Bajo la dirección de Ferman esta publicación ha ganado en cuatro ocasiones el Premio Hugo de la Convención Mundial de Ciencia Ficción a la mejor revista del género. Edward L. Ferman nació en Nueva York en 1937. Actualmente vive con su mujer y su hija en el noroeste de Connecticut.

Barry N. Malzberg es autor de varias novelas y de más de un centenar de relatos cortos de ciencia ficción. Su *Beyond Apollo* ganó en 1972 el premio del John W. Campbell Memorial para la mejor novela de ciencia ficción, y sus obras han aparecido en más de treinta antologías. Malzberg nació en Nueva York en 1939. Está casado, tiene dos hijas y reside en New Jersey.

PRIMER CONTACTO

COMPRAMOS GENTE

POR
FREDERICK POHL

Fue el 3 de marzo cuando aquella persona comprada que se llamaba Wayne Golden tomó parte en unas conversaciones comerciales celebradas en Washington como representante de la raza dominante de la estrella Groombridge. Su misión era vender la licencia de las patentes básicas de un aparato capaz de transformar los desechos de las plantas nucleares en células de petróleo. Era una buena oferta y tenía el mercado esperando. La mitad del estado de Idaho estaba literalmente inundado de materiales de desecho radiactivo, por lo que los americanos estaban ansiosos de obtener la patente, y él la vendió por un crédito de cien millones de dólares. Al día siguiente tomó el avión hacia España. Durante todo el viaje, pudo dormir tumbado sobre dos asientos, sujeto con el cinturón de seguridad, en el departamento de primera clase del «Concorde».

El día 5 de aquel mismo mes usó parte del crédito obtenido por la venta de la patente para comprar quince óleos de Picasso pintados sobre lienzo, la cinta audiovisual de una representación de flamenco y un clavicordio del siglo xv, sobredorado y con las patas talladas. Se las arregló para que fuesen bien embalados y enviados a Orlando, en Florida. Luego, la mercancía sería lanzada desde Cabo Kennedy en un viaje interestelar que duraría más de doce mil años. Los groombridgianos planeaban las cosas en grande y no tenían prisa. El cohete de lanzamiento Saturno V costaba ya por sí solo once millones de dólares. No importaba. Había dinero de sobra con lo obtenido por Groombridge.

El mismo día 5 de aquel mes Golden regresaba a los Estados Unidos, hacía transbordo en el aeropuerto de Logan, en Boston, y llegaba temprano a su redil en Chicago. A partir de aquel momento se le concedían ochenta y cinco minutos de libertad.

Sabía muy bien cómo utilizar mis ochenta y cinco minutos. Esto nunca era un problema. Cuando se trabaja para alguien que es el dueño de uno, no queda mucha elección sobre lo que se puede hacer, pero al menos, y hasta cierto punto, uno puede pensar lo que quiera. Eso que nos meten en la cabeza sólo controla nuestras acciones, pero no nos cambia, o por lo menos yo creo que no. De todas formas, ¿cómo podía saber si me habían cambiado?

Mis dueños nunca me mintieron. Nunca. No creo que supieran lo que era una mentira. Si hubiese necesitado alguna prueba de que no eran humanos, este hecho hubiera sido suficiente, aunque yo sabía que vivían a ciento treinta trillones de kilómetros de distancia, cerca de una estrella que yo no puedo ver siquiera. No me dicen mucho, pero no mienten.

Y esto de que no mientan le hace a uno preguntarse cómo son. No quiero decir físicamente. Esto lo descubrí en la biblioteca una vez que disponía de un par de horas libres. No recuerdo bien dónde fue, quizá en la Biblioteca Nacional de París, pero de todas formas no pude leer lo que estaba escrito en aquella lengua. Sin embargo, vi las

fotografías y los hologramas. Recuerdo muy bien el aspecto físico de mis dueños. Dios mío. Los altairianos son como una especie de arañas, y los sirianos parecen cangrejos. Pero los seres de la estrella Groombridge, éstos sí que son algo increíbles. Durante mucho tiempo no pude contener la náusea que sentía cuando pensaba que me había vendido a unas criaturas que a lo que más se parecían era a un ovillo de gusanos sobre una herida abierta. Por otra parte, están tan lejos que todo lo que tengo que hacer es recibir sus mensajes por subradio y obedecer lo que me dictan. No tenemos que tocarnos ni nada semejante, de modo que ¿cómo puede importarme el aspecto que tienen?

Pero ¿qué clase de criaturas son éstas, que no dicen nunca más que la verdad, nunca cambian de idea y nunca hacen una promesa que no vayan a cumplir? No son máquinas, ya lo sé, pero tal vez ellos sí piensan que yo soy una especie de máquina, y ¿quién iba a molestarse en mentirle a una máquina? Tampoco a una máquina se le hacen promesas. Ni favores. Ellos nunca me los hacen. No me dicen que puedo tener ochenta y cinco minutos libres porque haya hecho algo que ellos deseaban, o porque quieren complacerme, o desean algo de mí. Bien pensado, esto es una tontería. ¿Qué podrían desear? Yo no tengo elección alguna. En nada. Así que no mienten, ni amenazan, ni sobornan, ni recompensan.

Pero, por alguna razón que ignoro, a veces me dan algunos minutos y hasta horas o días libres. Y esta vez disponía de ochenta y cinco minutos. Empecé a usarlos en seguida, como hago siempre. Lo primero que hice fue mirar en la consola de localización para ver dónde estaba Carolyn. El empleado de localización —que no ha sido comprado, sino que trabaja a sueldo y nos trata como si fuésemos basura— me conoce bien ya.

—Qué lástima, Wayne —me dijo con esa falsa amabilidad y esa hipócrita simpatía que hace que tenga ganas de matarle—, por un pelo no te has encentrado con tu amiga. La viste el miércoles, ¿no es eso? Pero ya se ha marchado.

—¿Adónde? —le pregunté yo.

En lugar de contestarme en seguida, barajó durante un rato las tarjetas sobre el panel de localización. Sabe que no dispongo de mucho tiempo y me hace perder el mayor número de minutos posible. Luego dijo:

—No. No la encuentro en mi sección. ¿No estará con aquel grupo que se fue a Pekín? ¿O era aquella otra gorda con los pechos como calabazas la que se fue?

No me entretuve en matarle.

Si no estaba en el panel de control, es que no estaba tampoco a ochenta y cinco minutos de posibilidad de transporte, de modo que mis ochenta y cinco minutos —setenta y nueve ya, solamente— no me permitirían reunirme con ella.

Fui a los mingitorios, oriné rápidamente y salí a la calle, bajo aquel viento helado de Chicago en marzo, con objeto de usar mis setenta y nueve minutos. Setenta y un minutos ahora. Hay un restaurante mexicano bastante bueno cerca del redil, tan sólo un par de manzanas después de pasar Ohio. Allí me conocen. Y no se preocupan de

quién soy. Quizá no les preocupa la chapa de metal que llevo en la cabeza porque piensan que es magnífico lo que estas criaturas de las estrellas están haciendo por nuestro mundo, o tal vez es porque doy buenas propinas. ¿Qué otra cosa podría hacer con el dinero que recibo? Me asomé, le dirigí un silbido a Terry, el encargado del bar, y le dije:

—Lo de siempre. Estaré de vuelta dentro de diez minutos.

Luego caminé hasta Michigan, me compré una camisa limpia y me cambié, dejando la sucia que llevaba. Sesenta y seis minutos. En el *drugstore* de la esquina compré un par de libros porno y me los metí en los bolsillos. También compré cigarrillos, me incliné y besé la mano de la cajera, que era delgada y rubia y olía muy bien; se quedó mirándome sorprendida. Volví al restaurante, justo a tiempo de ver cómo Alicia, la camarera, ponía el gazpacho y dos botellas de cerveza sobre mi mesa. Cincuenta y nueve minutos. Me senté dispuesto a saborear mi tiempo. Fumé y comí y me bebí la cerveza, dando chupadas al cigarrillo entre dos bocados y bebiendo entre dos bocanadas de humo. Es algo que realmente se saborea con delicia, cuando se está trabajando para alguien y uno no es su propio dueño. No quiero decir con esto que no nos dejen comer cuando estamos trabajando. Claro que nos dejan, pero no es lo mismo, porque entonces no podemos elegir lo que comemos ni dónde lo comemos. Es sólo como meter gasolina en la máquina para que continúe funcionando. Así que terminé mi gazpacho y le pedí a Alicia que me trajese otra ración, cuando vino con el pastel de chocolate y el café americano. Me comí el pastel y el guacamole en bocados alternos. Dieciocho minutos.

Si me hubiese quedado un poco más de tiempo, hubiera ido a orinar otra vez, pero no lo hice. Pagué la cuenta, repartí propinas entre todo el mundo y dejé el restaurante. Cuando estuve de vuelta en el redil, aún me quedaban dos minutos.

Vi en la acera a una mujer con chaqueta de pieles que iba paseando su perrito. La mujer caminaba delante de mí. Me acerqué a ella por detrás y le dije:

—Le doy cincuenta dólares por un beso.

Se volvió en redondo. No tendría menos de sesenta años, pero no estaba mal, realmente, así que la besé y le di los cincuenta dólares. Cero minutos. Llegaba justo a la puerta del redil, cuando sentí aquel conocido cosquilleo en la frente y quedé de nuevo a merced de mis dueños.

Durante los siete días de marzo que siguieron a estos sucesos, Wayne Golden visitó Karachi, Srinagar y Butte, en Montana, haciendo negocios por cuenta de los groombridgianos. Llevó a cabo treinta y dos tareas encomendadas. Luego, de pronto, le dieron mil minutos de libertad.

Por entonces estaba, creo, en Pocatello, Idaho, o en algún lugar semejante. Tenía

que enviar un TWX al maldito empleado de localización en Chicago, para preguntarle por Carolyn. Se tomó su tiempo para contestarme, como ya sabía que iba a hacer. Di unos cuantos paseos arriba y abajo, mientras esperaba su respuesta.

Todo el mundo parecía muy satisfecho y sonriente, caminando sobre la nieve blanda que caía en copos suaves. Incluso me sonreían a mí, como si no les importase lo más mínimo aquella chapa metálica oval sobre una frente, que indicaba mi condición de «comprado» y que servía para que mis dueños me transmitieran lo que tenía que hacer.

Luego, al fin, llegó el mensaje de Chicago:

—Lo siento, chico, pero Carolyn no aparece en mi panel. Si la encuentras tú, dale un beso de mi parte.

Bueno. Muy bien. Disponía de una gran cantidad de dinero para gastar, de modo que torné habitación en un hotel. El botones me trajo un whisky con mucho hielo. Me lo trajo en seguida porque sabía que tenía prisa y que le daría una buena propina si me lo traía volando. Cuando le pregunté por furcias me dijo que me conseguiría lo que yo quisiese. Le pedí que fuese blanca, delgada, y que tuviera unas buenas posaderas. Esto fue lo primero que me atrajo de Carolyn. Es algo que me vuelve loco. La muchachita que revolqué en New Brunswick, Raquel creo que se llamaba, tenía sólo nueve años, pero no pueden ustedes imaginarse qué trasero el suyo.

Me di una ducha y me cambié de ropa. Los amos no nos dan nunca tiempo suficiente para esta clase de cosas. La mayoría del tiempo huelo mal. Y muchas veces tengo los pantalones mojados porque no me dejan ir donde tengo que ir. En una o dos ocasiones no pude contenerme, me retuve el mayor tiempo que pude, pero, muchacho, uno se siente horriblemente mal cuando sucede esto. Lo peor fue una vez en Rusia, mientras asistía a una especie de simposium, en un sitio que se llamaba algo así como Akademgorodok. Mi misión estaba relacionada con los procesos de explosión nuclear. No tengo ni idea sobre esta materia, y además me sentía un tanto confuso, pues creía que una de las cosas que la gente de las estrellas había hecho por nosotros era crear algún sistema para que los diferentes países no tuvieran que fabricar bombas atómicas y otras armas, y que ya no hubiese más guerras ni cosas por el estilo. Pero no era de esto de lo que se ocupaban. En lo que realmente estaban interesados era en explosiones en el núcleo de la galaxia. Cuestiones astronómicas. Y justo cuando un tipo llamado Eysenk estaba hablando sobre cómo la prominencia FG y la prominencia EMK, que yo qué sé lo que eran, formaban parte esencial de una esfera pulsante en expansión me lo hice en los pantalones. Sabía qué iba a ocurrirme. Se lo había advertido a los de Groombridge. Pero como si no. Luego el secretario de la sesión vino hacia mí y me gritó en el oído, como si mis dueños fuesen sordos o estúpidos, que tenían que sacarme de allí en seguida, por razones de comodidad e higiene para los otros participantes. Pensé que iban a enfadarse, porque al sacarme

perderían parte de la conferencia en la que estaban interesados. Pero no me hicieron nada. Quiero decir, ¿qué podían hacerme que fuese peor o distinto de lo que me hacen todo el tiempo y me harán siempre?

Cuando estuve bien limpio, me puse una camisa de cuello abierto y unas zapatillas, conecté la televisión y me serví un refresco. No quería estar borracho cuando se terminaran mis mil minutos de descanso. Había un programa especial en todas las cadenas, celebrando alguna clase de tratado entre las Naciones Unidas y un par de razas de las estrellas, sirianos y capelanos, me parece que eran. Todo el mundo parecía estar muy contento, porque ahora la Tierra había comprado nueva información agrícola y química y pronto íbamos a tener más comida de la que podríamos consumir. Cuánto les debíamos a la gente de las estrellas, estaba diciendo en aquellos momentos, en brasileño con acento inglés, el secretario general de la ONU. Podíamos confiar plenamente en la sabiduría de sus directrices para ayudarnos a superar en la Tierra nuestras muchas crisis y problemas, y todos teníamos que sentirnos muy felices de que así fuera.

Sin embargo, yo no me sentía feliz en absoluto, ni siquiera con mi vaso de whisky en la mano y la furcia en camino, porque lo que yo deseaba realmente era tener allí a Carolyn.

Carolyn era una persona comprada, lo mismo que yo. Sumando todas las ocasiones en que nos habíamos visto, no pasarían de un par de docenas. Pocas veces uno de nosotros estaba en período de libertad, y casi nunca lo estábamos los dos al mismo tiempo.

Era algo así como enamorarse por tarjeta postal, aunque de vez en cuando estuviésemos físicamente juntos, incluso tocándonos. Y en una o dos ocasiones habíamos estado no sólo juntos, sino libres de control. Una vez, en Bucarest, dispusimos de ocho minutos, cuando volvíamos de una enorme planta de hidroenergía en la Puerta Férrea. Aquellos ocho minutos habían sido nuestro récord, hasta ahora. Aparte de eso, era sólo cruzarse, en el curso de nuestros deberes, viéndonos, pero nada más. O bien uno de nosotros estaba libre y encontraba al otro. Cuando esto ocurría, el que estaba libre podía hablar, e incluso tocar al otro, sin interferir en lo que estaba haciendo. El que estaba trabajando no podía hacer nada activo, por su propia voluntad, pero podía oír e incluso sentir el contacto del otro. Los dos teníamos sumo cuidado en no hacer nada que pudiese interferir con el cumplimiento de nuestros deberes. No tengo idea de lo que hubiese ocurrido en caso contrario. ¿Tal vez nada? Sin embargo, no queríamos arriesgarnos, aunque algunas veces la tentación era tan fuerte que casi no podía resistirla.

Una vez en que yo estaba libre me encontré con ella, bajo control, pero sin hacer nada activo. Simplemente estaba allí quieta, junto a la puerta 51 de la TWA, en el aeropuerto de San Luis. Estaba esperando la llegada de alguien. Me entraron ganas de besarla. Hablé con ella, la acaricié, ya saben, disimulando mi mano bajo mi gabardina echada sobre el brazo, para que la gente que pasaba no se diera cuenta; o al menos no

mucha. Le dije cosas que deseaba que ella oyera. Pero lo que quería era besarla y tenía miedo de hacerlo. Para besarla en los labios habría tenido que poner mi cabeza delante de sus ojos. Y no me atreví. Porque si lo hacía tal vez le hubiese impedido ver a la persona que estaba esperando. Que a fin de cuentas resultó ser un oficial de la policía de Ghana, enviado para tratar de la venta de algunos prisioneros políticos a los groombridgianos. Yo estaba aún allí cuando él bajó por la escalerilla del avión, pero no pude quedarme a esperar para ver si Carolyn quedaba libre después de concluidas las negociaciones, porque antes se acabó mi tiempo.

Aquella vez, sin embargo, había dispuesto de tres horas enteras para estar junto a ella. Me sentía muy triste y muy extraño y no me hubiese ido de allí por nada del mundo. Sabía que ella podía oír y sentir todo, aunque no pudiese responder. Incluso cuando estamos bajo el control de nuestros amos, hay una pequeña parte de nosotros que se mantiene viva. A esta parte de ella es a la que yo hablaba. Le dije cuánto deseaba besarla y acostarme con ella y que estuviésemos juntos. Oh, diablos. Le dije incluso que la amaba y que quería casarme con ella, aunque los dos sabíamos perfectamente que de esto no había ni la más remota posibilidad. A nosotros no nos dan pensiones ni retiro. Somos sólo una *cosa* en manos de nuestros dueños.

De todas formas me quedé con ella durante todo el tiempo que me fue posible. Luego me tocó pagarlo. Me dolían los testículos y sentía el interior de mis calzoncillos húmedos y fríos. Y no podía hacer nada para remediarlo, ni siquiera masturbarme, hasta que tuviera mi próximo tiempo libre. Esto no ocurrió hasta tres semanas más tarde. En Suiza, por el amor de Dios. Y fuera de estación. Con nadie en el hotel excepto los camareros, los botones y un par de señoras viejas que miraban el óvalo metálico de mi frente como si fuese un signo de la peste.

Es una cosa terrible, pero absorbente, esto de amar sin esperanza.

Intentaba engañarme a mí mismo diciéndome que sí que había una cierta esperanza. En cada momento de libertad de que disponía procuraba encontrarla. Pero estábamos muy controlados todos nosotros, las dos o trescientas mil personas compradas que trabajábamos para aquel hatajo de repugnantes gusanos o espectros gaseosos que nos habían comprado para que les sirviésemos como medio de comunicación remoto con este planeta que ellos mismos no podían visitar nunca.

Carolyn y yo habíamos sido adquiridos por el mismo grupo, lo cual tenía su lado bueno y su lado malo. El lado bueno era que tal vez en alguna ocasión pudiéramos estar libres de control los dos al mismo tiempo. Quizá por un tiempo suficiente. Sucedió a veces entre nosotros, los servidores de aquellas criaturas remotas. No sé por qué, pero sucedía. Quizá un cambio de organización en la estrella de Groombridge, o tal vez que estaban de vacaciones o algo semejante. El caso es que de vez en cuando venía un día entero, o hasta una semana, en que los groombridgianos permanecían totalmente inactivos, y entonces nosotros, sus servidores bajo control, quedábamos libres, todos a la vez.

El lado malo del asunto es que casi nunca necesitaban tener a más de uno de

nosotros en un sitio determinado. Así que Carolyn y yo no nos cruzábamos casi nunca. Y cuando por casualidad yo disponía de un buen período de tiempo libre, tenía que gastarlo casi todo en encontrarla, y cuando lo conseguía al fin resultaba, por lo general, que ella estaba en el otro extremo del mundo. Imposible llegar hasta ella y estar de vuelta a tiempo de reemprender mis deberes. Tenía unas ganas horribles de acostarme con ella, pero no lo habíamos hecho nunca y quizá no nos llegase la oportunidad de ello. Ni siquiera había tenido ocasión de preguntarle el motivo por el que la habían condenado. No la conocía en absoluto, y sin embargo, la conocía lo bastante para amarla.

Cuando regresó el botones con la chica que me había buscado yo estaba ya bastante borracho, con los pies sobre la mesa y un programa de béisbol en la televisión. La muchacha no parecía realmente una furcia. Llevaba unos pantalones muy ajustados, por debajo del ombligo, y tenía unos pechos más grandes de lo que yo hubiera querido, pero también aquella hermosa curva entre cintura y caderas que a mí me gusta. Se llamaba Nikki. El botones cogió mi dinero, se guardó cinco dólares para él, y dio el resto a la chica. Luego, se marchó sonriendo. ¿Qué es lo que resultaba tan gracioso? Bien sabía quién era yo, por la placa sobre mi frente, y sin duda esto era lo que le parecía tan divertido.

—¿Quieres que me desnude? —me preguntó ella.

Tenía la voz bonita, un poco afónica, el pelo rojo y largo y un rostro ancho y dulce, bastante amistoso.

—Adelante con ello —le dije yo.

Se descalzó. Tenía los pies muy limpios, con una ligera marca que le habían hecho las correas de las sandalias.

Luego se quitó los pantalones y los dobló cuidadosamente sobre el respaldo de un sillón, uno de esos sillones fabricados en serie que se encuentran en todos los hoteles de la cadena Hilton. Se desprendió de la blusa, y después de doblarla también con todo cuidado, puso encima el medallón que llevaba al cuello. Con lo cual se quedó en sostén y braguitas. Ambos de color rojo.

Abrió la cama, se sentó sobre las sábanas y envió sostén y braguitas lejos. Después se tapó con las sábanas.

—Cuando tú quieras, cariño —dijo.

Pero no me la tiré. Ni siquiera llegué a meterme en la cama con ella, bajo las sábanas. Bebí un poco más de mi whisky, y con el licor y el cansancio me quedé dormido. Cuando me desperté era ya de día y la chica me había limpiado la cartera.

Me quedaban setenta y un minutos de libertad. Pagué mi cuenta con un cheque y logré convencerles de que me dieran algo de dinero para un taxi.

Luego me dirigí hacia mi redil. Todo lo que había conseguido durante mi tiempo de permiso era un poco de ropa limpia y una buena resaca.

Creo que había asustado un poco a la chica. Todo el mundo sabe cómo nosotros, la gente comprada, hemos venido a parar a esto, y no se sienten muy seguros de que hagamos algo malo de nuevo; porque lo que no saben es hasta qué punto nuestros amos nos mantienen controlados para que no podamos hacer nada que no les guste a ellos.

Pero preferiría que no me hubiese robado mi dinero.

La alta estrategia y los objetivos de los seres de las estrellas, y particularmente de la estrella Groombridge, que los mantenían como servidores suyos, no estaban del todo claros para Wayne Golden. Sin embargo, no era difícil de comprender. Todo el mundo sabía que los seres de las estrellas había establecido contacto con la Tierra por medio de transmisores de radio de alta frecuencia y que, con objeto de concertar sus asuntos en la Tierra, habían comprado los cuerpos de un cierto número de criminales convictos en los que habían instalado receptores para sus ondas. Por qué hacían lo que hacían era ya menos fácil de comprender. Admiraban y compraban objetos de arte. También compraban ciertas especies de flores y de plantas que mantenían congeladas a la temperatura del helio en estado líquido. Y también adquirían a menudo cierta clase de objetos utilitarios.

Cada cierto número de meses era lanzado un cohete desde la isla de Merrit, junto al norte de Cabo Kennedy, y en este cohete salía la mercancía adquirida con dirección a la estrella Groombridge, a lo largo de un viaje que duraba doce mil años. Otros envíos, dirigidos a otras estrellas, pobladas por otras razas de la confraternidad galáctica, tardaban menos tiempo —o más, a veces— pero ninguna de las distancias era lo bastante corta como para permitir que los compradores estelares pudiesen desplazarse a la Tierra con el objeto de supervisar lo que habían comprado. Todas estas distancias eran gigantescas.

En lo que gastaban más dinero era en cohetes. Y naturalmente, en la gente que habían comprado y provisto de taquirreceptores. Cada cohete les costaba por lo menos diez millones de dólares. El precio de cada varón paranoide, sano, y del que podían esperarse de tres a más décadas de trabajo útil, era de varios cientos de miles de dólares, y los compraban por docenas.

Todo lo demás que compraban —desde las grabaciones de sinfonías musicales hasta las orquídeas, pasando por los Van Goghs y las piezas chinas de las antiguas dinastías— podía reducirse a una minúscula fracción del uno por ciento, dentro del coste total que representaban la gente comprada y los transportes. No hay duda de que disponían de dinero en cantidad. Las razas de las diferentes estrellas vendían los derechos de patente de sus propias tecnologías. Todas ellas recibían créditos comerciales de los diferentes gobiernos de la Tierra a cambio de sus servicios por resolver disputas y prevenir guerras.

Sin embargo, a Wayne Golden, le parecía dentro de sus limitadas posibilidades de

juicio sobre la forma en que sus dueños conducían sus transacciones, que aquélla era una manera sumamente fantástica de hacer negocios, aunque, como es natural, ni a él ni ninguna otra de las personas compradas se les consultase nunca sobre tales cuestiones.

Para el final de la primavera había estado ya viajando sin descanso durante varias semanas. Había llevado a cabo sesenta y ocho trabajos, entre grandes y pequeños. Aparte de esto, no había pasado nada que fuese del menor interés en aquellas ochenta y siete jornadas, excepto que un día del mes de mayo, mientras estaba observando los disturbios callejeros que tenían lugar en la Plaza de la Concordia, desde una ventana de la Embajada americana en París, para informar a sus dueños, Carolyn entró en la habitación donde él se encontraba. Murmuró algo en su oído, intentó sin éxito masturbarle mientras el agregado de la Embajada se encontraba en otra habitación, se quedó junto a él durante unos cuarenta minutos y por fin se marchó, sollozando calladamente.

No pudo ni siquiera volver la cabeza para verla marchar.

Después, el día 6 de junio, la persona comprada que respondía al nombre de Wayne Golden estaba de vuelta en su redil de Dallas y se le concedió permiso indefinido, sujeto tan sólo a entrar nuevamente bajo control en el plazo de cincuenta minutos cuando se le avisase.

¡Dios mío, nunca me había sucedido nada semejante! Era como si, justo antes de la ejecución, el guardián hubiese aparecido con el indulto en el último momento. Casi no podía creerlo.

Lo acepté como venía y me puse en movimiento inmediatamente. Por medio del panel de localización logré enterarme del último sitio donde habían enviado a Carolyn y salí de Dallas en un aparato de la Panamá Red, bebiendo champaña tan de prisa como la azafata podría traérmelo, en ruta hacia Colorado.

Pero no encontré a Carolyn allí.

Le seguí la pista por las calles de Denver. Inútil, ya se había ido. Me enteré por teléfono de que la habían enviado a Rantoul, Illinois. Hacia allí salí. Intenté hacer averiguaciones desde el aeropuerto de Kansas City, donde tenía que cambiar de avión, y pude comprobar que ya se había ido de Illinois. Probablemente, me dijeron, hacia el distrito de Nueva York. No podían asegurármelo. Colgué el auricular, salté a un avión, alquilé un coche en Newark y conduje por el Turnpike hasta el estado de Garden, observando cada coche que cruzaba para ver si era el «Volvo» rojo en que me habían dicho que podría ir, deteniéndome en cada área de servicios para preguntarles si habían visto a una chica de pelo negro, corto, ojos castaños y nariz respingona, ¡ah, sí, y con una chapa dorada en la frente!

Recuerdo que fue en New Jersey donde tuve mi primer problema. Fue con aquella cajera del cine en Páramos, una chica de diecinueve años. Aquélla fue la primera. Fui a buscarla a la una de la madrugada, después de la última función. Y le di lo que tenía que darle. Pero no era el tipo que me convenía: demasiado mayor ya y demasiado corrida. No me gustó mucho cuando murió.

Luego, me quedé atemorizado por algún tiempo y miraba las noticias de la televisión cada noche, las dos veces, a las seis y a las once, y no cruzaba puesto de periódicos sin mirar los titulares, hasta que transcurrieron dos meses. Entonces, planeé con todo detalle lo que realmente quería. La chica tenía que ser bastante joven y, bueno, uno nunca puede estar seguro, pero a ser posible virgen. De modo que fui a sentarme en un bar de Perth Amboy durante tres días consecutivos y me puse a observar a las niñas que salían de la escuela parroquial hasta que encontré mi segunda oportunidad. Me costó bastante. La primera que vi que no estaba mal se marchaba en autobús. La segunda iba a pie, pero acompañada de su hermana mayor. La tercera que vi, parecía volver a casa sola. Era el mes de diciembre y anochecía bastante pronto. Aquel viernes la chica echó a andar pero no llegó a casa. Nunca molesté a ninguna de ellas sexualmente, ¿saben? Quiero decir que en cierto modo yo todavía soy virgen. No era eso lo que quería, sólo quería verlas morir. Cuando me preguntaron en el interrogatorio antes del juicio si sabía la diferencia entre el bien y el mal, realmente no supe qué responderles. Yo sabía que lo que había hecho estaba mal desde su punto de vista, pero no desde el mío, puesto que era lo que yo quería.

Así que mientras conducía por la Parkway me sentí un tanto descorazonado respecto a Carolyn. De pronto reconocí el lugar donde estaba, corté hacia la carretera 35 y desanduve camino. Me dirigí directamente hacia la escuela, pasé frente a ella y seguí hacia el depósito de maderas donde había matado a la chica. Allí me detuve y paré el motor. Miré en torno. Día feliz. Era una estación del año distinta y las cosas parecían diferentes también. Sobre el sitio donde la había matado habían puesto ahora dos pilas de tablones. Pero con la imaginación yo podía verlo exactamente como era entonces. El cielo gris oscuro. Los faros de los coches que pasaban. El jadeo apagado en su garganta, cuando ella trataba de gritar bajo la presión de mis dedos. Déjenme pensar. Esto ocurrió... ¡Dios mío! Hace ya nueve años.

Si no la hubiese matado tendría ahora veinte o cosa así. Se estaría acostando con todos los chicos. Y drogándose probablemente. Tal vez estaría embarazada e incluso casada. Si miramos las cosas desde un cierto ángulo, le ahorré un montón de miserias: la menstruación, dejar que los chicos la manoseasen y la besasen; todo eso...

Empezaba a dolerme la cabeza. Es una de las cosas que ocurren con la placa que

llevamos en la frente, que no nos deja pensar mucho en las cosas que hicimos en el pasado. Si nos ponemos a pensar, empiezan los dolores de cabeza. De modo que puse en marcha el motor y me alejé de allí. Pronto cesaron los dolores.

Respecto a Carolyn no pienso de esa manera, ya saben.

Nunca consiguieron probar lo de la niña aquélla. La que hizo que me la cargase fue aquella enfermera de Long Branch, en el aparcamiento. Y en realidad la enfermera fue una equivocación. Era demasiado pequeña y llevaba un suéter sobre el uniforme. No supe que era mayor hasta que fue demasiado tarde. Me puse muy furioso por aquello y casi no me importó cuando me cogieron, porque me estaba volviendo muy descuidado. Pero realmente odiaba aquella galería donde me pusieron en Malboro. Siete, Dios, siete años. Levántese por la mañana y beba esa medicina rosácea en el pequeño vasito de papel. Haga su cama y proceda a su trabajo: el mío era limpiar las galerías de los incontinentes, y el solo olor y la vista de aquellos suelos era como para hacer vomitar a cualquiera.

Al cabo de un tiempo me dejaron ver la televisión e incluso leer los periódicos, y cuando la gente de Altair estableció su primer contacto con la Tierra yo me mostré interesado. Y cuando empezaron a comprar criminales dementes para que los representaran aquí, yo quise que me compraran. Cualquier cosa, cualquier cosa con tal de salir de aquel sitio, aunque me pusieran una caja en la cabeza y no me dejaran nunca más vivir una vida normal.

Pero la gente de Altair no me compró. Por alguna razón que ignoro, sólo compraban negros. Luego, los otros empezaron a mandar sus ondas por radio y a hacer sus primeros tratos. Pero tampoco me compraban a mí. Los de Proción querían mujeres jóvenes solamente, nunca compraban varones. Según parece, sólo tienen un sexo allí. Alguien me dijo esto. Todas estas criaturas son bastante raras, ya sea de una forma o de otra. Son metálicas o gaseosas, o fofas, o tienen conchas o escamas. Siempre algo raro. Y también tienen costumbres extrañas: por ejemplo, si uno pertenece al grupo Canopo, no puede comer pescado nunca.

A mí me resultan repugnantes, y no sé por qué Estados Unidos tuvo que hacer ningún trato con ellos. Pero los chinos lo hicieron, y los rusos también. Así que me imagino que nosotros no podíamos quedarnos fuera. No creo que haya hecho mucho daño, sin embargo. No ha habido ninguna guerra desde entonces y en cierto modo nos han ayudado a resolver muchos problemas. No me ha perjudicado a mí tampoco, desde luego. Los groombridgianos entraron en el mercado bastante tarde y la mayoría de los criminales sanos estaban ya vendidos. Entonces compraron lo que encontraban. Me compraron a mí. Somos un grupo bastante duro, nosotros los groombridgianos, y me pregunto por qué cogieron a Carolyn.

Seguí conduciendo a lo largo de toda la costa, pasando por Asbury Park, Atlantic City, y todo el camino hasta Cape May. De cuando en cuando telefoneaba al

empleado de localizaciones, para comprobar; pero no pude dar con ella.

Lo que sí sé es que sólo andaba buscando su caparazón, porque ella estaba trabajando. Podía haberle dado un beso o tocarla un poco, pero nada más. Sin embargo, quería encontrarla a toda costa. Por si acaso. ¿Cuántas veces se le presenta a uno la oportunidad de un permiso indefinido? Si hubiera podido encontrarla y quedarme con ella, tal vez más pronto o más tarde ella hubiera quedado libre también por un tiempo. Aunque fuese por dos horas. O incluso por media hora.

Luego, de pronto, ya de día, cuando estaba a punto de tomar habitación en un motel, cerca de una base del ejército, lleno de chicas que esperaban a que los soldados vinieran por allí después del toque de diana, recibí el aviso: tenía que presentarme en mi redil base de Filadelfia. En seguida.

Estaba que me caía de sueño, pero conduje aquel cacharro de Hertz como si fuese un «Maserati», porque en seguida quiere decir en seguida. Aparqué el coche de cualquier manera y me presenté en mi redil, con el corazón saltándome en el pecho y la boca seca de cansancio. Además, estaba furioso porque había malgastado lo que hubiera podido ser mi mejor oportunidad de estar con Carolyn.

—¿Qué quieren? —le pregunté al empleado de localización.

—Entra —me contestó, con una expresión diabólicamente divertida. Todos los empleados de localización nos tratan así, en todo el mundo—. Ella te lo dirá.

Sin poder imaginar quién era «ella», abrí la puerta y entré. Y allí estaba Carolyn.

—Hola, Wayne —me dijo.

—Hola, Carolyn —dije yo.

Realmente no sabía cómo actuar, ni lo que tenía que hacer. Ella no me daba la menor indicación. Permanecía sentada allí. Fue entonces cuando empezó a intrigarme el hecho de que sólo llevaba puesta una ligera bata corta y nada debajo. Estaba sentada sobre la cama abierta. Ahora cualquiera pensaría que, dadas las circunstancias y todo lo que yo había estado pensando sobre ella, me iba a caer esta situación como un regalo que el cielo me hacía a mí, a mí especialmente, entre todos los muchachos americanos. Pero no fue así. No era por culpa del cansancio, tampoco. Era algo en Carolyn. La expresión de su cara que no mostraba ni incitación ni amor, ni siquiera la reserva expectante de una chica cualquiera en uno de esos bares de ligue. La suya no era una expresión ni siquiera feliz.

—Bien, Wayne —me dijo—. Tenemos que irnos a la cama ahora. ¿No te desnudas?

Algunas veces puedo quedarme como si estuviese fuera de mí mismo mirando lo que me ocurre, y aunque sea algo terrible, o algo triste, tomarlo por el lado divertido. Así me ocurrió cuando maté a aquella niña en Edison Towship, porque su madre la había embutido dentro de su uniforme escolar.

Ahora estaba riéndome realmente cuando dije:

—Pero Carolyn, ¿qué es lo que pasa?

—Bueno —me explicó ella—. Quieren que lo hagamos, Wayne. Ya sabes. La

gente de Groombridge. Parece que han tomado interés en cómo lo hacen los seres humanos, y quieren mirar.

Empecé a preguntarle que por qué nosotros precisamente, pero me di cuenta de que no valía la pena. Nuestros amos se habían dado cuenta de todo lo que llevábamos en la mente, ella y yo, a este respecto, y tenían curiosidad por ver los resultados. No me gustó nada aquello. No sólo no me gustó, sino que empecé a odiar la situación, pero de todas formas mejor era eso que nada, así que lo único que dije fue:

—Bien, cariño. ¡Estupendo! —y casi era sincero.

Traté de hacerle sentir lo mismo. Me acerqué a ella y le pasé un brazo por la cintura. Fue entonces cuando ella me dijo:

—Sólo que tenemos que esperar. Son ellos los que quieren hacerlo. No nosotros.

—¿Qué es lo que quieres decir con eso de esperar? ¿Esperar para qué?

Ella se encogió de hombros bajo mi brazo.

—¿Quieres decir que van a conectarnos con ellos? —le pregunté—. ¿Como si fuesen ellos los que lo están haciendo con nuestros cuerpos?

Se reclinó contra mí.

—Eso es lo que me dijeron, Wayne. Será en cualquier momento, me imagino.

La aparté de mí.

—Cariño —le dije, medio lloroso—. Todo este tiempo que yo había estado deseando... ¡Oh, Dios mío, Carolyn! Quiero decir que no es sólo que tuviese ganas de acostarme contigo, sino...

—Lo siento —dijo ella, llorando también. Grandes lagrimones le corrían por las mejillas.

—¡Es asqueroso! —grité. La cabeza me estallaba, de tanta furia como sentía—. No es justo. ¡No voy a tolerarlo! No tienen ningún *derecho*.

Pero lo tenían, naturalmente. Tenían todo el derecho del mundo. Nos habían comprado y pagado por nosotros, así que les pertenecíamos. A qué negarlo. La idea de hacer el amor con Carolyn saltó al polo opuesto del cuadrante. No era eso lo que yo quería desesperadamente, sino lo que hubiese dado la vida por evitar, ahora que significaba dejar que ellos la acariciasen con mis manos, la besasen con mi boca, la inundasen con mis jugos. Era la peor clase de violación, mucho peor que nada de lo que yo había hecho antes. Los dos íbamos a ser violados al mismo tiempo. Y entonces...

Entonces sentí aquel cosquilleo ardiente en mis sienes cuando ellos nos tomaron bajo su control. No pude ni siquiera gritar. Tuve que quedarme allí quieto, dentro de mi propia cabeza, sin ser dueño ya de ninguno de mis músculos, mientras aquellos monstruos que nos poseían le hacían a Carolyn con mi cuerpo todo lo que querían, y yo no podía llorar siquiera.

Después de concluida la serie de experimentos, perfectamente planeados, y que

fueron también registrados debidamente, la persona comprada conocida por el nombre de Carolyn Schoerner quedó ya inutilizable. Se rellenaron todos los papeles pertinentes. Se notificó al departamento del Servicio Exterior del Reformatorio de Mujeres de Meadville que había fallecido. Se iniciaron pesquisas para sustituirla y se cerró su cuenta.

La persona comprada conocida como Wayne Golden fue asignada a sus deberes de rutina, en los que continuó funcionando normalmente bajo control. Se descubrió que cuando se le retiraba el control se volvía destructivo, tanto para otros como para sí mismo. La hipótesis que se avanzó fue que el comportamiento sexual que se había convertido en su norma de conducta en el pasado —es decir, la destrucción de su compañera— probablemente no convenía a la situación planteada para los experimentos llevados a cabo. Se llevarían a cabo otros experimentos en el futuro próximo, con otras compañeras y bajo condiciones diferentes.

Mientras tanto, Wayne Golden continúa funcionando con un grado de eficiencia normal, en tanto que no se le retira el control, y dentro de lo que cabe prever continuará así por tiempo indefinido.

Apéndice

Lo que hace que continúe escribiendo ciencia ficción es la convicción de que se trata de la más proteica de las literaturas. No sé de un solo escritor que haya utilizado aún todas sus posibilidades y mucho menos que las haya dominado por completo. Ello requeriría un control sobrehumano de todos los conocimientos y todas las especialidades que la humanidad ha ido adquiriendo desde los días de los australopitecos, ya que un relato debe tener en cuenta no sólo los sucesos y los personajes, sino también las causas y su desarrollo. Para expresarlo de una manera general: un buen relato de ciencia ficción no describe tan sólo lo que está sucediendo y a quién le está sucediendo, sino también por qué.

El «primer contacto», por ejemplo, es sin duda un probable suceso futuro. Los escritores de ciencia ficción así lo suponen desde hace tiempo. H. G. Wells nos dijo (en *La guerra de los mundos*), que la esencia de este primer contacto podría ser la invasión y la explotación, basándose en el supuesto bastante verosímil de que ya que así es como ha venido ocurriendo en los asuntos de nuestro planeta, no sería muy diferente a escala interplanetaria. Murray Leinster, Hal Clement y un centenar de otros escritores han ampliado esta hipótesis y explorado varios de sus aspectos concretos, de una manera hábil, informativa y sobre todo distraída.

Pero yo creo que, en última instancia, ese primer contacto supondría, más que un efecto de masas, un efecto especial para casi cada individuo en particular.

Novelas

Wolfbane, de Frederick Pohl y C. M. Kornbluth.

Relatos

Primer contacto, de Murray Leinster.

Discord in Scarlet, de A. E. Van Vogt.

Partida de rescate, de Arthur C. Clarke.

Una odisea marciana, de Stanley G. Weinbaum.

El día siguiente al día en que llegaron los marcianos, de Frederick Pohl.

SOBRE FREDERICK POHL

Frederick Pohl, nacido en 1919, ha sido un profesional activo desde 1939,

primero como editor y más tarde como novelista (*Mercaderes del espacio*, *Gladiator-at-Law*, en colaboración con C. M. Kornbluth; *Age of the Pussyfoot*, y unos quince o veinte títulos más), autor de relatos cortos y de nuevo editor (*Star Science-fiction*, *Galaxy Magazine*, 1960-69). Con *Galaxy* ha ganado varios premios Hugo consecutivos a la mejor revista del género, y en 1973 ganó, junto con el ya fallecido C. M. Kornbluth, un premio Hugo para el mejor relato corto.

En la actualidad dirige la sección de ciencia ficción de la Bantam Books, y acaba de publicar su última novela, *Man Plus*, que ha causado un gran revuelo en el campo. Vive en New Jersey, con su esposa Carol y sus hijos.

LA EXPLORACIÓN DEL ESPACIO

LOS EXPLORADORES DEL VOOR

POR
POUL ANDERSON

Y ella verá cambiar viejos planetas y alzarse nuevas estrellas.

Tan rápida es la resurrección que aún continúan fluyendo las palabras que estaban en mí cuando me llegó la muerte. Sólo después de unas cuantas pulsaciones el extraño sentimiento que estremece mis sentidos llega hasta mi consciencia para hacerme saber que han transcurrido más de cuatro décadas y casi nueve años luz entre el poeta y yo.

Años luz. Luz. Luz por todas partes. Una vez, cuando aún era niño, pasé la noche acampado en la cima de una montaña. Era invierno. Tardó un tiempo en penetrar en mis huesos —y seguramente le ocurriría lo mismo a cualquiera que hubiese pasado por una experiencia semejante— la certidumbre de que el espacio no es oscuro. Tal vez fue entonces cuando nació en mí este deseo incontenible de elevarme y recorrer el cielo.

En el cielo estoy ahora, y lo que es más, formando parte de él. En mi entorno, la multitud, el enjambre de estrellas y más estrellas. Tantas hay, que la oscuridad se convierte en el cristal donde se apoyan. Tienen todos los colores del espectro, desde el blanco deslumbrante del relámpago hasta el rosa pálido, pasando por algunas de reflejos dorados, pero todas brillan melodiosamente. Las nebulosas aparecen entre ellas como velos y nubes, donde grandes soles han muerto ya y nuevos mundos están por nacer. La Vía Láctea es como un torrente frío, velado aquí por las masas tumultuosas del centro galáctico, más allá abierto en su opalescencia hacia el infinito. Ampliando mi campo de visión sigo con los ojos la espiral que forma nuestro maelstrom hermano, a un millón y medio de años luz, en Andrómeda.

El Sol es un pequeño destello en la periferia de Hércules. Más brillante es Sirio, cuya luz blancoazulada proyecta sombras de estructuras y edificios sobre mi nave. Busco y encuentro su compañera.

No lo hago por medios ópticos, pues la estrella enana apenas si resulta visible junto a la gigante, perdida en su resplandor. Lo que percibo, a través de distintas sensaciones, son los rayos X de sus radiaciones. Lo que olfateo es el penetrante vaho de neutrinos mezclado con la tormenta que se desprende del otro.

Me desplazo, como si nadase, a través de una intrincada malla de fuerzas magnéticas, oscilando y penetrando en ellas mientras me acarician, escuchando con delicia los siseos y los zumbidos, los murmullos y las melodías del universo.

Al principio no puedo oír a Korene. Si me demoré un poco en dejar Kipling por estos otros cielos, también soy lento en abandonarlos para regresar. Quizá esto último sea más perdonable. Tengo que cerciorarme, con la mayor seguridad posible, de que no estamos en peligro. Probablemente no lo estamos, o los autómatas nos hubiesen devuelto a la existencia antes del momento programado. Sin embargo, los autómatas sólo pueden juzgar aquello para lo que han sido diseñados y construidos, programados por personas que se encuentran a más de nueve años luz al otro lado del

misterio, personas que no son ya más que polvo; como Korene y Joel.

—¡Joel, Joel! —llama Korene desde mi interior—. ¿Estás ahí?

Activo mis escudriñadores internos. Su cuerpo principal, el que alberga su cerebro principal, está en movimiento, inspeccionando cuidadosamente cada órgano, después de cuarenta y tres años de estar muerta. Por enésima vez me sorprende la belleza de este soporte de su consciencia. Su forma oscura y lustrosa es sólo humana en el sentido que puede serlo una escultura abstracta en la lejana Tierra. Esos múltiples brazos y esa cabeza como de libélula, que no es realmente una cabeza. Y todo ello sólo con fines funcionales. Pero algo en su delgadez y en la gracia de sus movimientos recuerda a la Korene que es sólo polvo.

Aún no ha establecido contacto con ninguno de los cuerpos auxiliares especializados que hay en torno de ella. En lugar de esto ha conectado su circuito de comunicación con uno de los míos.

«¡Eh!», le transmito, un poco tembloroso, porque a pesar de los estudios, los experimentos y los ensayos durante años y años, resulta aún demasiado enorme para la comprensión el pensar que estamos aproximándonos a Sirio. «¿Cómo estás?»

«Estupendamente. ¿Todo marcha bien?»

«Así parece. ¿Por qué no has usado tu voz?»

«Lo hice. Pero no obtuve respuesta. Grité incluso. Pero tampoco. Así que conecté el circuito».

Mi alegría se hizo un poco vacilante.

«Lo siento. Supongo que estaba... demasiado excitado.»

Ella corta la conexión, ya que no resulta el mejor sistema y dice:

—¿Hay algo que valga la pena por ahí?

—No lo creerías —contesto por mi propio micrófono—. Mira.

Activo los visores para ella.

—Oh, oh, oh... ¡Dios mío! —respira. Sí, respira. Nuestras voces artificiales imitan a las que estuvieron un día en nuestras gargantas. La de Korene es profunda y musical. Daba gusto oírla cantar en las fiestas. Sus amigos le pidieron a menudo que entrase en el teatro de aficionados, pero ella dijo que no tenía tiempo ni talento para ello.

Tal vez tenía razón, aunque Dios sabe que era muy capaz en muchas otras cosas, como la ingeniería astronáutica, la pintura, la cocina, la confección de trajes de fantasía, organizar fiestas, jugar al tenis y al póquer, planear excursiones y hacer de madre y de esposa en su primera vida. (Bueno, los dos hemos cambiado mucho desde entonces.)

Por otra parte, su suspiro al ver esta estrella que tenemos delante dice más que todo lo que yo pudiera balbucear.

Desde el primer momento, cuando los primeros cohetes empezaron a entrar en órbita, algunos consideraron a los astronautas como un grupo de gentes prosaicas. Si es que no nos llamaban cosas peores. Y no hay duda de que en algunos casos tenían

razón. Pero creo que lo que pasó sobre todo es que nos quedamos mudos en presencia de lo Absoluto.

—Quisiera... —digo, y conecto uno de mis propios auxiliares, un mantenedor de modulación controlada, para darle a ella un toque—, quisiera que pudieses captarlo igual que yo, Korene. Conecta de nuevo, todo el psiconeural, cuando yo haya terminado mis comprobaciones, y trataré de transmitírtelo.

—Gracias —me dice con ternura—. Ya sabía que lo harías. Pero no te preocupes si no lo capto todo, porque no estoy tan bien electrificada como una nave. Yo tendré una serie de experiencias que tú tampoco puedes tener y me gustaría compartirlas contigo. —Ríe suavemente—. *Vive la différence*.

Sin embargo, puedo percibir una cierta ansiedad en su tono, y conociéndola como la conozco me sorprendió su pregunta:

—¿Se ven... por casualidad... planetas?

—Ni rastro. Aún estamos muy lejos. Quizá no me llegan las señales. Hasta ahora, sin embargo, parece como si los astrónomos tuvieran razón.

(Los astrónomos habían declarado que en torno a una estrella como Sirio no pueden condensarse pequeños cuerpos.)

—Pero no te preocupes —continúo diciéndole—. Ya encontraremos bastantes cosas como para mantenernos ocupados durante algunos años. Dentro de este radio estoy ya notando toda clase de fenómenos que la teoría no ha predicho.

—Entonces, ¿no crees que necesitaremos orgánicos?

—No, me parece que no. De hecho, la radiación...

—Seguro. Ya comprendo. Pero, maldita sea, en el próximo viaje voy a insistir para que nos den un destino en que nos hagan falta.

Una vez me había dicho, de regreso en el sistema solar, tras realizar nuestra recreación en carne:

—Es como hacer de nuevo el amor.

No habían sido amantes en sus vidas originales. Él era americano y ella europea, ambos trabajaban para agencias espaciales en sus respectivas confederaciones y nunca habían tenido la suerte de coincidir en la misma misión. Así que se encontraban, sólo casualmente, en fiestas o convenciones profesionales. Todavía eran jóvenes cuando se inauguró el proyecto de exploración interestelar. Era un proyecto conjunto en el que tomaban parte todos los países. Ningún bloque por separado hubiera sido capaz de extraer de sus contribuyentes el dinero necesario. Pero los procesos de investigación y desarrollo del proyecto tardaron más de una generación en tener a punto los aparatos necesarios para las primeras exploraciones. Mientras tanto no se hicieron más que algunos viajes sin tripulantes y los estudios interplanetarios en los que tomaron parte Joel y Korene.

Ella acabó retirándose de estos experimentos, a la mesa de trabajo y al

laboratorio, antes de que él lo hiciese. Se había casado con Olaf y deseaba tener niños. Olaf mismo continuó en las misiones lunares durante algún tiempo. Pero no era lo mismo que encaramarse a los picos de Rhea, bajo los anillos de Saturno, o recorrer los millones de kilómetros de un cometa, tan al rojo como estaban con lo que iban descubriendo los mismos científicos que habían planeado el proyecto.

Por fin se retiró también y fue a reunirse con Korene en uno de los equipos de ingenieros del grupo interestelar. Juntos hicieron importantes contribuciones, hasta que ella aceptó un puesto directivo. Esto le interesaba mucho menos, pero lo desempeñó con feroz ahínco, porque vio en ello el medio para conseguir un fin: autoridad, influencia. Olaf se quedó en el trabajo que le gustaba más. Y la vida de ambos continuó feliz en el hogar.

A este respecto, Joel era distinto al principio. Los pilotos de las expediciones de largo alcance (y tuvo más misiones de este género de las que le hubiesen correspondido) no podían tener demasiadas esperanzas de vivir una vida de familia. Lo intentó al principio, pero cuando se dio cuenta del enorme sufrimiento de soledad que hizo que la mujer con la que se había casado se divorciase de él, se conformó con una sucesión de amantes. Siempre tenía buen cuidado de explicar a cada una de ellas que nada le haría abandonar sus misiones de viaje antes de que le llegase la hora.

Esto resultó no ser del todo cierto. Habiendo alcanzado la edad límite para la «plataforma», podía haberse quedado aún unos pocos años volando por el cielo. Pero en aquel entonces se restringieron al mínimo los fondos de exploración espacial. Los que aún pensaban que el hombre tenía bastante en qué ocuparse más allá de la Tierra, decidieron en que era mejor dirigir el proyecto hacia las estrellas. Lo mismo que Korene, Joel vio lo que le convenía. Así que se enroló en el departamento americano del proyecto. Su experiencia y su talento natural hacían que encajase de maravilla en el trabajo de control y navegación.

Fue entonces cuando conoció a Mary. Ya había conocido a muchas mujeres astronautas y generalmente le gustaban como personas, a menudo le gustaban también sus cuerpos; pero los largos viajes y la inevitable promiscuidad no le animaban a establecer relaciones continuas con ellas. Mary utilizaba sus reflejos y su cerebro como piloto de pruebas en los vehículos de corto alcance.

Lo cual no quería decir que no compartiese el gran sueño. Joel se enamoró de ella. Y tuvieron un matrimonio feliz.

Él tenía ya cuarenta y ocho años y Korene sesenta cuando se hizo oficial la noticia: ya estaba a punto la maquinaria básica para alcanzar las estrellas. Se necesitaban sólo algunos años más para afinarla un poco y un par de voluntarios.

Es como hacer el amor de nuevo.

¡Cómo me saltó el corazón en el pecho cuando vi que aquel segundo planeta tenía una atmósfera de aire respirable para un ser humano! Durante meses, después que

Joel entró en órbita alrededor del planeta, observamos, fotografiamos, analizamos espectrográficamente, medimos, calculamos, tomamos muestras, principalmente leyendo las indicaciones que nos daban los instrumentos, pero algunas veces conectándonos a ellos directamente y sintiendo en seguida la energía que nos llegaba, como uno siente el viento en los cabellos cuando está haciendo esquí acuático.

¿Por qué pienso en cabellos, piel, corazón, amor, yo que estoy corporeizado en metal y productos sintéticos, animados por una fantasmal danza de electrones? ¿Por qué me acuerdo de Olaf con esta precisión tan punzante?

Imagino que murió mucho antes que Korene. Por lo general, los hombres mueren antes. (¿Qué podría tener la muerte contra las mujeres, al fin y al cabo?) Pasó un tiempo hasta que ella pudo seguirle. Y a pesar de todas las dietas y estimulantes, y de todas las ayudas de este género que la humanidad ha podido inventar, creo que lentamente se convirtió en una mancha imprecisa, imposible de convocar, excepto en sueños, tal vez. Por lo menos con esta memoria criogénica mía, que está programada para no mentir nunca, recuerdo cómo Korene, cada vez más vieja, se dio cuenta un día con sorpresa de que no le quedaba nada más que el viejo Olaf, y que ya no podía ver ni sentir al joven Olaf excepto como un nombre, una palabra.

Oh, amaba al Olaf de ahora con un sentimiento mucho más profundo que había amado al Olaf de entonces, después de todo el goce, dolor, terror, trabajo, esperanzas y pequeñas alegrías compartidas que perduraban a través de los años mucho más claramente que algunos de los grandes acontecimientos (y también de todas las frustraciones y peleas, de las pocas pero intensas relaciones con otros, y que en cierto modo también habían sido relaciones entre ellos dos). Sí, amaba a su marido viejo, pero había perdido al joven.

Mientras que para mí ha vuelto, gracias a mi perfecta memoria nueva. Y Joel también ha vuelto, o ha vuelto en lugar de... o... Pero ¿por qué estoy pensando estas tonterías? Olaf no es más que polvo.

Tau Ceti es una pura llama.

No llamea como el Sol. Es más frío, más amarillo, con algo de otoñal en su aspecto, aunque sobrevivirá al Sol de los hombres. No creo que la diferencia sea demasiado visible para los ojos humanos. Pero yo conozco el espectro completo. (Joel percibe mucho más que yo. Para mí, cada sol es como un individuo único en el universo. Para él, lo es cada mancha solar.) La entidad orgánica cuerpo-mente es más general y más específica que esto... como yo comparado con Joel. (Recuerdo: me recuerdo avanzando por la carretera de Delphi, los músculos en juego, la pisada firme, el calor del sol, abejas que zumbaban y un olor a tomillo silvestre y flores en el aire, unas gotas de sudor en el labio superior, y aquel rápido descenso hacia el valle donde Edipo se encontró con su padre... Como máquina, no experimentaría todas estas sensaciones de la misma manera. Habría muchas otras radiaciones, fuerzas, cambios de ondas y sutilezas que Edipo nunca sintió. Pero ¿sería por esto menos hermoso? ¿Es que un hombre sordo, que se cura de su sordera de pronto, se siente

menos vivo porque su mente concede menos tiempo a sus ojos?)

Bien, pronto sabremos lo que sienten los cuerpos vivos en el planeta viviente de Tau Ceti.

El aire no es el mismo blanco y azul de la Tierra. Tiene un tinte verdoso, claro y sorprendente, y dos lunas, para los amantes que yo, incorregible sentimental, no dejo de imaginarme. Para los lunáticos, sin embargo, puede ser excesivo. Pero Joel dice, con su tono seco de costumbre:

—Las últimas lecturas me convencen. Los trópicos parecen apropiados para ir en mangas de camisa. —Seguro que su mente ha sonreído, como antes sonreía su cara—. O con el culo al aire. Aún está por ver. Estoy convencido, sin embargo, de que los cuerpos orgánicos pueden arreglárselas allá abajo, mucho mejor que el tuyo o el mío.

¿Era yo quien continuaba vacilando, quizá porque había sido yo quien más interés tenía en llegar? Una especie de pánico me invadió. Sentí frío.

—Ya sabemos que no pueden encontrar todo lo necesario para alimentarse en ese medio bioquímico...

—Al mismo tiempo —nos recordó la nave, más por necesidad emocional que intelectual—, nada de lo que encuentren ahí, como gérmenes, por ejemplo, pueden comerlos. Las posibilidades de supervivencia son excelentes, teniendo en cuenta los suplementos de dieta concentrada, los utensilios y todo lo demás que traemos para ellos. Pero, Dios mío, Korene, podrías quedar aplastada bajo una tormenta de rocas, mientras explorabas algún maldito asteroide, o yo podría entrar en un campo de radiación excesiva para los protectores y quemarme el cerebro. O lo que sea. ¿Nos importa?

—No —murmuré yo—. No lo suficiente como para detenernos.

—Así, *ellos* lo harán.

—Sí. No dejaré que mi consciencia me paralice.

Después de todo, cuando traje hijos al mundo, hace ya mucho tiempo, sabía que era muy posible que los trajese a un infierno de terror. O que el terror podía apoderarse de ellos más tarde. O, en el mejor de los casos, que nacían para tener problemas, lo mismo que las chispas vuelan hacia lo alto, y que en unas pocas décadas serían polvo. Sin embargo, nunca pensé en quitarles, mientras yacían inocentes en mi vientre, sus posibilidades de vivir...

De la misma forma Joel y yo vamos a dar a luz a estos otros niños que seremos nosotros mismos.

Gira como una luna más alrededor del planeta mientras sus sensores lo captan y su mente lo descifra.

Yo, desde su interior, proyecto mis cuerpos auxiliares para que exploren su aire, y sus aguas, y sus tierras. A través de los canales láser, los míos son sus esfuerzos, sus triunfos y —por dos veces— sus muertes. Pero tales cosas han llegado a ser parte de nuestra existencia, como los empleos desde los que nos apresurábamos a regresar a casa todos los días. (Aunque aquí, trabajo y casa son una misma cosa.) El resto de

nosotros, la mayoría de nosotros, estamos ligados por esos circuitos que conducen a nuestros hijos a la existencia.

Lo compartimos todo, somos como un esquema sonriente a lo largo de las ondas y los alambres de conexión, recordando lo puro que lo hizo parecer el presentador de la agencia en aquella primera entrevista. Joel y yo apenas si nos habíamos cruzado y pasamos separadamente por la televisión. Más tarde me dijo que, habiendo escuchado aquellas cantilenas mil veces ya, mejor hubiera hecho en irse de pesca.

Ni el uno ni el otro, ni el comentarista pequeño y escurridizo, ni el corpulento y franco orador, eran especialmente agradables. El último dirigió su carnosa corpulencia hacia la cámara y dijo:

—Déjenme resumir, por favor. Ya sé que resulta familiar para los que me escuchan, pero quiero hablar de nuestro problema. En las condiciones actuales podemos enviar una pequeña nave espacial a las estrellas más próximas y traerla de regreso a una velocidad media de un quinto de la de la luz. Esto significa unos veinte años para llegar a Alfa del Centauro, que es la más cercana; y luego hay que contar con el viaje de vuelta. Naturalmente, una expedición con tripulantes a bordo no tendría sentido, a menos que estuviese preparada para pasar un cierto tiempo en el lugar, investigando ese sinfín de cosas que no pueden investigar las máquinas sin tripulantes. El problema es que cuando digo una astronave pequeña, quiero decir pequeña realmente. Enormes unidades de propulsión, pero con un casco y una carga mínima. No queda sitio para la protección y el mantenimiento que una sola persona necesitaría; dejando aparte el hecho de que la reclusión y la monotonía pronto volverían loca a la tripulación.

—¿Y qué hay de la animación suspendida? —preguntó el comentarista.

El orador meneó la cabeza.

—Imposible. Aparte del bulto del equipo, las filtraciones de la radiación destruirían demasiadas células durante el viaje. Apenas es posible dar protección a aquellos objetos esenciales que son vulnerables. —Al llegar aquí mostró una amplia sonrisa—. Así que tenemos que elegir. O nos contentamos con nuestras pruebas inadecuadas o pasamos al sistema que se ha propuesto.

—O abandonamos todo este barullo y empleamos el dinero en algo útil —dijo el comentarista.

El orador le dirigió una de esas miradas de dolida paciencia, ensayadas para estos casos, y dijo:

—La conveniencia de continuar con la exploración espacial es una cuestión aparte, a la que con gusto responderé más tarde. Por el momento, si no le importa, atengámonos a la mecánica del asunto, por favor.

—«Mecánica» puede ser una palabra muy apropiada para el caso, señor —insinuó el comentarista—. Se trata de convertir a los seres humanos en robots. No es exactamente el viaje de Colón, ¿verdad? Aunque le garantizo que los pensadores siempre han dicho que los astronautas eran..., y son, como máquinas.

—Si usted me lo permite, por favor —volvió a repetir el orador—, y dejando aparte la validez de estos juicios, ¿quién está hablando de convertir en robots a los seres humanos? ¿Trasplantar cerebros a la máquina? ¡Vamos! Si un cuerpo no podría sobrevivir al viaje, ¿cómo imaginar que un cerebro metido en un tanque podría resistirlo? No, lo que haremos será sencillamente utilizar unos sistemas altamente perfeccionados de computadores sensoreceptores.

—Con mentes humanas.

—Con sistemas psiconeuronales humanos insertos en ellos, señor. Eso es todo. —Luego, con cierta afectación añadió—: Ciertamente que es un «todo» bastante grande. El esquema de un individuo es mucho más complejo de lo que puede abarcar la imaginación, y es dinámico más que estático. Nuestros matemáticos lo llaman *n*-dimensional. Tendremos que desarrollar algunos métodos para escudriñar al sujeto sin dañarlo, grabarlo y transferirlo a una matriz diferente, ya sea de tipo fotoelectrónico u orgánico-molecular. —Tomó aliento y luego dijo alzando la voz—: Piensen en las ventajas, aquí mismo en la Tierra, de contar con tal posibilidad.

—No puedo juzgarlo —dijo el comentarista—. Tal vez podría implantar una copia de mi personalidad en alguna parte. Pero yo continuaría en mi mismo cuerpo, ¿no es así?

—De todas maneras, no sería exactamente su personalidad. La matriz particular en que... se implantase, determinaría en gran manera su funcionamiento. Lo realmente importante desde el punto de vista de la exploración extrasolar es que así dispondríamos de máquinas que no serían meros robots, sino que tendrían además cualidades humanas, tales como motivaciones y programación propias. Pero, al mismo tiempo, podrían ir desconectadas durante el viaje. Así no tendrían que sufrir esos interminables años vacíos, entre estrella y estrella. Llegarían sanos al objetivo previsto.

—Alguno de nosotros puede preguntarse si empezarían sanos el viaje —intervino el comentarista—. Si esas máquinas de que usted habla pueden programarse para que sean como personas, si son tan buenas como todo eso, ¿por qué hacer entonces que produzcan personas de carne y hueso artificiales al término de su recorrido?

—Tan sólo cuando las circunstancias lo requieran —puntualizó el orador—. En ciertas condiciones es preferible contar con cuerpos orgánicos. Para probar la habitabilidad de un planeta, por ejemplo. Piense en cómo nuestros cuerpos funcionan para curar sus propias heridas. En muchos aspectos el cuerpo humano es más estable y más duradero que el metal o el plástico.

—¿Por qué darles entonces las mismas mentes, si se puede hablar de mentes a este respecto, que a las máquinas?

—Cuestión de ahorrar espacio —contestó el orador, sonriendo ante su propio ingenio—. Sabemos que el explorador psiconeural resultaría demasiado grande y frágil para transportarlo. El aparato que imprime un esquema sobre los androides tendrá que valerse de datos previamente almacenados en bancos. Así resultará mucho

más ligero, si se vale de bancos que están ya en funcionamiento.

Levantó un dedo.

—Además, nuestros psicólogos piensan que esto producirá un efecto más intenso. Apenas si me atrevo a definir la relación como... paterna.

—Yo la definiría como obscena, o monstruosa —dijo el comentarista.

Joel y Mary estaban en su luna de miel cuando él le habló de sus deseos.

Los astronautas y los ingenieros numerarios podían ir allí donde el agua y el aire estaban limpios, crecían árboles en lugar de paredes, se oía cantar a los pájaros en lugar de escuchar el ruido del tráfico, y el vecino más próximo se encontraba a distancia suficiente como para poder sentirse tolerante con él. No hay duda de que ésta era una de las razones por la que los políticos conseguían su reelección atacando el programa espacial.

Aquella noche el poniente era como una fuente de oro sobre un mar que a lo lejos tenía irisaciones púrpura y luego venía a romper sobre la arena con un trueno blanco. Por detrás de ellos, las palmeras enlazaban su dibujo sobre el azul, donde ya se había encendido Venus. El aire era suave, perfumado con olores de sal y jazmín.

Estaban en pie, enlazados por la cintura, y ella tenía la cabeza reclinada sobre el hombro de él, mientras miraba ponerse el sol. Pero cuando él se lo dijo, se apartó bruscamente y Joel pudo ver terror en sus ojos.

—¡Eh! ¿Qué ocurre, cariño? —preguntó, y le cogió las manos.

—No —dijo ella—. No debes hacerlo.

—¿Cómo? ¿Por qué no? Tú estás trabajando en ello también.

El resplandor del cielo se reflejó en sus lágrimas.

—Que vaya algún otro, bueno Estupendo. Será como ganar una guerra..., una guerra justa, un triunfo, cuando es el marido de otra el que tiene que morir en ella. Pero no tú —imploró ella.

—Pero..., Dios bendito —exclamó él tratando de echarlo a broma—. No seré yo, por desgracia. Mi satisfacción será muy pequeña. Incluso suponiendo que me acepten, ¿qué es lo que sacrifico? Pasar algún tiempo bajo la pantalla; y unas pocas células para la estructura de los cromosomas. ¿Por qué tienes que tomarlo así?

—No lo sé. Será que... Oh, nunca había pensado en ello antes; nunca supuse que podía afectarme de esta manera —tragó saliva con dificultad—. Supongo que es... imagino a un Joel encerrado para el resto de su existencia dentro de una máquina..., un Joel de carne y hueso muriendo de una muerte espantosa o abandonado para siempre en el espacio.

Hubo una pausa antes de que él replicase, lentamente:

—¿Por qué no piensas, en lugar de eso, que hay un Joel contento de pagar el precio y correr el riesgo... —le soltó las manos y esbozó un gesto amplio hacia los cielos— por el placer de conocer todo eso?

Ella se mordió los labios.

—Por ello abandonaría incluso a su esposa.

—Esperaba que tú también lo solicitases.

—No. No podría hacerle frente. Soy demasiado terráquea. Quiero demasiado todo esto.

—¿Y crees que yo no lo quiero? ¿O que no te quiero a ti? —la atrajo hacia él.

Estaban completamente solos. Sobre la hierba que había en la playa, antes de llegar a la arena, gozaron el uno del otro.

—Después de todo —dijo él más tarde—, aún pasarán años y años antes de que esto se haga realidad.

No me recobro de prisa. No pueden meter toda una vida, de golpe, en un nuevo cuerpo. Éste es el primer pensamiento real que tengo, mientras voy saliendo de una caverna llena de ecos de voces, y luego, poco a poco, aparecen luces, imágenes, escenas enteras, mi tacto sobre un panel de control, papá levantándose sobre sus hombros, que están allá arriba, muy arriba en el cielo, hojas caídas sobre un estanque parduzco, el pelo de Mary haciéndome cosquillas en la nariz, un chico que está cabeza abajo, en equilibrio, en el patio de la escuela, el despegar estrepitoso de un cohete que me sacude hasta los huesos con su ruido y su resplandor, mamá dándome un pastelito de jengibre recién sacado del horno, mamá tendida, muerta, y su extraño aspecto, y Mary apretándome la mano muy fuerte. Mary, Mary, Mary...

No, ésta no es su voz. Es otra voz de mujer, sí, la voz de Korene, y siento que me acarician y me abrazan más gentilmente que nunca. Parpadeo al recobrar consciencia plena, flotando entre los brazos de un robot.

—Joel —murmura ella—. Bien venido.

Me siento aplastado. A pesar del despertar suave. Y luego, de pronto, esto. Había tomado el anestésico antes de que me metiesen en el escudriñador. Me voy despertando de una manera confusa, y *ahora* no tengo peso, me siento encerrado en metal y maquinaria, esto que miro no son ojos, sino sensores ópticos brillantes.

—¡Oh, Dios mío! —digo—. Me ha sucedido a mí.

Esto soy yo. Sólo que yo soy Joel. Precisamente Joel y nadie más.

Miro mi cuerpo en toda su longitud y sé que no es verdad. Las cicatrices, la barriga prominente, los pelos blancos aquí y allá, han desaparecido. Mi cuerpo es terso, tengo veinte años, aunque con medio siglo dentro. Hago una inspiración profunda.

—Tranquilo —me dice Korene.

Y la nave habla con mi voz:

—Tómatelo con calma. Te queda un montón de tratamientos y de ejercicios por delante, antes de que estés listo para actuar.

—¿Dónde estamos? —sale de mí.

—Sigma del Dragón —dice Korene—. En órbita alrededor del más maravilloso planeta. Vida inteligente, amistosa, y su arte sobrepasa toda descripción. «Hermoso» resulta una palabra muy pobre.

—¿Cómo va todo por casa? —la interrumpo—. Quiero decir, ¿cómo estaban cuando..., cuando salimos?

—Mary y tú estabais aún muy bien. Tú con setenta años —me contesta—. Los hijos y los nietos también. *Hace noventa años.*

Me dejé anestesiar en el laboratorio sabiendo que sólo uno de mí saldría de la Tierra y volvería a ella. No soy yo ese uno.

No sabía cuán duro podía ser esto.

Korene me abraza fuerte. Es típico de ella esto de no apresurarse a comunicar las últimas noticias que tenía de su propio ser. Supongo, por el vacío experimentado y este deseo de llorar en sus brazos mecánicos, que por eso a mí me programaron primero. Ella puede tomarlo con más calma.

—No es demasiado tarde aún —le dijo ella—. Puedo cambiar la decisión a tu favor.

La cabeza canosa de Olaf denegó con un movimiento.

—No. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Ya basta —suspiró ella—. La selección se hará dentro de un mes.

Olaf se levantó de su butaca, fue hasta donde ella estaba sentada y le pasó una mano de venas abultadas por la mejilla.

—Lo siento —dijo—. Es una prueba de cariño por tu parte querer que vaya contigo. Y no me gusta herirte. —Korene imaginó su sonrisa forzada por encima de su cabeza—. Pero, verdaderamente, ¿para qué ibas a necesitar un milenio entero de mis gruñonerías?

—Porque tú eres Olaf —le respondió simplemente.

Luego se levantó a su vez, fue hacia la ventana y se quedó mirando hacia fuera. Era una noche de invierno. La nieve cubría los tejados de la vieja ciudad con una espesa capa blanca, y los campanarios horadaban el resplandor impreciso del cielo donde brillaban unas pocas estrellas. La escarcha hacía más agudo el ruido del tráfico y de las máquinas. La habitación, con su calor y sus pequeños tesoros, parecía asediada por el mundo exterior.

Korene empezó a hablar diciendo:

—¿No comprendes que una personalidad encerrada en una máquina cibernética no es como un tullido castrado? En cierto modo somos nosotros los que estamos prisioneros, enjaulados dentro de nuestros cuerpos y nuestros sentidos de antropoides. Existe todo un universo nuevo del que podemos formar parte. Incluyendo el universo de una nueva proximidad entre tú y yo.

Olaf fue a reunirse con ella.

—Llámame reaccionario si quieres —gruñó—. O antropoide profesional. Ya te he explicado a menudo que estoy satisfecho con ser lo que soy, y que no quiero cambiar por nada nuevo.

Korene se volvió hacia él y dijo lentamente:

—Tú también empezarías otra vez como lo que eres. Los dos empezaríamos otra vez como lo que somos. Una vez y otra.

—No. Tenemos ya estas mentes viejas.

Ella se echó a reír con cierta melancolía.

—Si la juventud supiese. Si la vejez pudiese.

—Seremos estériles.

—Necesariamente. No hay manera de pensar en criar niños en ningún planeta, probablemente. Si no..., Olaf, si te niegas, iré yo a pesar de todo. Con otro hombre. Pero siempre desearé que hubieses sido tú.

Él levantó el puño.

—¡Está bien, maldita sea! —gritó—. Voy a decirte la verdadera razón por la que no iré a meterme bajo tu condenado escudriñador. ¡Me moriría lleno de envidia!

Es mucho más hermoso de lo que cabía imaginar: mucho más de lo que se podría comprender, hasta que lentamente vamos compenetrándonos con nuestro planeta.

Porque no es la Tierra. Joel y yo hemos dejado la Tierra para siempre detrás de nosotros. El sol parece de ámbar fundido, y se destaca enorme en un cielo color violeta. En esta estación su compañero se ha levantado hacia el mediodía, semejante a una gran estrella de resplandor dorado, que inundará la noche con su misterio mágico, bajo las constelaciones, y tres lunas que se desplazan con rapidez. Ahora que está acabando el día, las tonalidades en torno nuestro —colinas de un verde intenso, árboles rematados por un plumero azul, arco iris alados que resplandecen por encima del paisaje— se han hecho tan ricas que inundan el aire. El mundo entero brilla. A lo lejos, en el fondo de un valle, un rebaño recoge los destellos de esta luminosidad en sus cuernos.

Nos quitamos las botas cuando regresamos al campamento. El césped, no hierba ni musgo, sino césped, está erguido y fresco bajo nuestros pies. Del bosque cercano llegan multitud de fragancias. Una de ellas recuerda al romero. Más intenso aún es el olor de la hoguera que Korene encendió mientras íbamos de exploración. Llega a mi olfato y despierta recuerdos en mi cerebro: recuerdos de hojas de otoño ardiendo en montón, del fulgor del rescoldo al caer la noche, en aquellos pocos momentos de soledad que nos quedaban en la Tierra, cuando nos sentábamos en Navidad con los niños, frente a la chimenea.

—Hola, queridos —dice mi voz desde la máquina. (No es el cuerpo delgado y vaporoso que ella utiliza dentro de la nave; sino un cuerpo muy sólido y resistente, la única visión extraña y fuera de lugar en este paisaje)—. Parece que habéis tenido un

día muy bueno.

—¡Dios mío, Dios mío! —y con los brazos levantados, baila—. *Tenemos* que encontrar un nombre para este planeta. Treinta y Seis Ophiuchi B Dos resulta ridículo.

—Lo encontraremos —murmura Joel en mi oído. Su mano cae sobre mi costado. Parece de fuego.

—Yo también estoy en canal —dice el micrófono con su voz—. Bueno, muchachos, la diversión es la diversión, pero tenemos trabajo pendiente. Quiero que estéis convenientemente alojados y con los suministros en su sitio antes de que llegue el invierno. Y mientras trasladamos el material y todo lo demás, necesito más muestras para analizar. Hasta ahora sólo habéis encontrado algunas frutas y parece que son comestibles. Pero necesitáis carne, también.

—No me gusta este asunto de matar —digo, porque me siento muy feliz.

—Bueno, yo creo que tengo suficiente espíritu de cazador por los dos —dice Joel, mi Joel. Siento pasar ráfagas de su aliento a través de mí—. ¡Dios mío! Nunca imaginé lo bueno que podía ser disponer de tanto espacio libre para moverse, y de tanta libertad.

—Aparte de un montón de trabajo —recuerda Korene: el estudio de todo un mundo para que ella y Joel puedan señalar nuestros descubrimientos a Sol, que ya no podemos distinguir con nuestros ojos. Y para que al final puedan llevar a la Tierra todas las muestras y pruebas que hayan reunido. A una Tierra que quizá no lo necesite ya en absoluto.

—Desde luego —dice—. Y espero amar cada minuto de ese trabajo.

Su apretón se hace más fuerte. Me siento atravesada por ondas que me estremecen.

—Y hablando de amor...

La máquina se queda callada. Una sombra se ha extendido sobre su superficie metálica, en la que antes se reflejaban los juegos de luces de la hoguera. Las llamas cantan alegremente. Una criatura voladora chilla como una trompeta.

—De modo que habéis llegado a eso —dice Korene por fin.

—Hoy —declaro para nuestra gloria.

Sigue otro silencio.

—Bueno, enhorabuena —dice el Joel de Korene—. Estábamos planeando un pequeño regalo de bodas para vosotros, pero nos habéis cogido por sorpresa.

Los tentáculos mecánicos se proyectan hacia el exterior. Joel me deja para cogerlos entre sus dedos.

—Que seáis muy felices, los dos. No podía pasarle a dos personas mejores que vosotros, aunque yo sea una de ellas, en cierto modo. Bueno, cortamos contacto ahora, Korene y yo. ¿Hasta mañana?

—Oh, no, no —logro balbucear entre lágrimas y risas, y caigo de rodillas para abrazar este cuerpo cuyos dos espíritus nos trajeron a la vida y algún día nos

enterrarán—. Quedaos un poco más con nosotros; Joel y yo queremos que estéis aquí. Vosotros, vosotros sois nosotros. —*Y más que nosotros y, por desgracia, menos que nosotros*—. Queremos compartirlo con vosotros.

El sacerdote subió al púlpito. Era alto y llevaba una túnica blanca; esperó allí, de espaldas a las sombras del santuario. La luz de las velas le enmarcaba y ponía un halo alrededor de su capucha. Cuando el silencio fue total en el templo, se inclinó hacia delante. Su voz se dirigió con fuerza hacia los rostros y las cámaras:

—«No tendréis otros dioses que yo», le dijo el Señor a los hijos de Israel. «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», le dijo Cristo al mundo. Y los sabios y los profetas de todos los tiempos y de todas las creencias nos previnieron contra el *hybris*, ese orgullo devorador que atrae sobre nuestras cabezas la ira del cielo.

»La Torre de Babel y el Diluvio de Noé pueden ser mitos. Pero en los mitos se oculta una sabiduría de la raza que va mucho más allá que todas las hipótesis y las teorías de la ciencia. Pensad en vuestros pecados y temblad.

»Idolatría: la adoración por parte del hombre de aquello que él mismo ha hecho. Falta de caridad: el olvido del hombre por el hombre, el olvido de las necesidades del prójimo para ir en busca de la mera aventura. *Hybris*: la declaración del hombre de que él puede mejorar la obra de Dios.

»Ya sabéis a qué me refiero. Mientras los pobres de la Tierra, miles de millones de ellos, claman por alimento, verdaderas fortunas son proyectadas hacia el vacío del espacio exterior. Poco se preocupan de sus hermanos mortales estos señores de la locura, Y nada les importa Dios.

»“Seguir al conocimiento como si fuese un cometa, hasta más allá de los límites del pensamiento humano” es una frase que se repite sin cesar en nuestros días. Ulises, el eterno buscador. Dejadme recordaros que estas líneas no se refieren al héroe vagabundo de Homero, sino al de Dante, que estuvo en los Infiernos por quebrantar todas las leyes que la divina providencia le había impuesto.

»Y, sin embargo, ¡qué pequeño, qué humano y qué comprensible fue su pecado! Él no tenía la fría arrogancia que hoy tratan de imponernos los ingenieros anónimos del proyecto interestelar. Esta arrogancia sí que es el último desprecio que puede dirigirse hacia Dios y hacia los hombres. Para que podamos violar la armonía de las estrellas, hemos de crear, con metales y productos químicos, unas sucias caricaturas de la obra divina. Y tenemos que creer, además, que por medio de nuestros trucos electrónicos podemos insuflar dentro de ellos un alma.

Nat, el mono Rhesus corre libre. El laboratorio que ocupa la mitad de la cabaña le está vedado. Su habitáculo, simple y sólidamente construido, no tiene mucho que él pueda estropear. De todas formas, no es excesivamente travieso. Los espacios

exteriores son vastos, con árboles en los que poder jugar. Así que, cuando está en casa con Joel y Korene, casi siempre se muestra obediente y respeta las prohibiciones que le han impuesto.

Su deseo innegable de agradar puede que tenga su punto de arranque en el recuerdo de la soledad. Era tremendamente aburrido cuando permanecía enjaulado en la superficie, después de haber crecido dentro del tanque. (Su cuerpo, en realidad, había existido ya durante más tiempo que el de los dos seres humanos.) No tenía compañía alguna, excepto la de las ratas, los conejitos de Indias, algunos tejidos de cultivo y cosas así; y, naturalmente, la máquina que le atendía y le probaba.

El hecho de que aquel robot le hablase a menudo, le acariciara o jugase con él es lo que había salvado al mono de la locura. Cuando por fin carne humana abrazó la suya, ¿qué vacío interior se colmó en él?

¿Y qué vacío se llena también en los otros, cuando salta delante de sus pies, se les sube a los hombros y por la noche comparte su cama?

Pero hoy es el tercer día de lluvia de otoño. Aunque Korene ha dado a este planeta de Treinta y Dos Eridani el nombre de Gloria, tiene sus estaciones y ahora el clima evoluciona hacia un tiempo más sombrío. La pareja se ha quedado dentro y Nat se siente nervioso. Sin duda el cambio en sus amigos le produce también una cierta inquietud.

Tendría que ser alegría. La cabaña es bastante amplia para dos personas. Acogedora y hasta hermosa, con las vetas ondulantes de sus maderos y el brillo cristalino de las piedras que forman la chimenea. Las llamas danzan en el hogar. Chisporrotean y un poco de su humo se escapa hacia la habitación y perfuma el aire con un olor como de canela. A través del brillo de los paneles fluorescentes, la luz se refleja en los muebles y en los cacharros que Joel y Korene hicieron durante el verano que ya pasó: se refleja en los estantes de una biblioteca audiovisual y en unos cuantos cuadros, y también en los paneles de plástico, por el exterior de los cuales la lluvia se desliza suavemente. Al otro lado de la puerta cerrada silba el viento con zumbido sordo.

Joel está inclinado sobre su mesa. Últimamente no se ha bañado ni afeitado, tiene los cabellos en desorden y su traje de trabajo está sucio y lleno de manchas. Korene se ha conservado un poco mejor. Es el polvo que se apila en los rincones y los platos sin lavar en una tinaja los que hablan de su descuido mientras él estaba fuera, tratando de cazar. Está echada sobre la cama y escucha la música, aunque no muy bien, a causa del zumbido que siente en sus oídos.

Los dos han adelgazado mucho. Tienen los ojos hundidos y la boca y la lengua ásperas. Sobre la piel reseca de sus manos y sus rostros ha aparecido una erupción.

Joel pone a un lado su regla de cálculo.

—¡Maldita sea! No puedo pensar —casi grita—. ¡Al diablo estos análisis! ¿De qué sirven, al fin y al cabo?

La respuesta de Korene es cortante:

—Puede servir para mostrar qué es lo que ha ido mal con nosotros y corregirlo.

—¡Por Judas! Cuando no puedo siquiera dormir bien... —Gira en su silla para enfrentarse con el robot inactivo—. ¡Vosotros! Malditas máquinas presumidas, ¿dónde estáis? ¿Qué estáis haciendo?

El labio de Korene tiembla con un tic nervioso.

—Están ocupadas, lejos, en su órbita —dice—. Te sugiero que sigas su ejemplo.

—¡Sí! ¿Como lo sigues tú?

—Exactamente. En cuanto me ayudes a poner orden en esta casa, señor bioquímico autonombado.

Empieza a incorporarse sobre la cama, pero renuncia al esfuerzo. Por sus mejillas corren unas cuantas lágrimas. Dice:

—Olaf no se hubiese vuelto histérico como tú.

—Y Mary no estaría tumbada ahí sin hacer nada —replica él.

Sin embargo, la puya que ella le ha lanzado le hace volver a su trabajo. Interpretar los resultados de la cromatografía de un gas sobre elementos desconocidos no es una tarea fácil. Ha empezado a tener alucinaciones, y los gráficos que dibuja parecen mezclarse y deslizarse ante sus ojos como si fuesen gusanos...

Algo da un fuerte golpe al caer en la alacena. Korene lanza un grito. Joel se pone en pie de un brinco. Por el suelo se esparce una marea de harina y fragmentos de loza. Tras ellos aparece Nat de un salto. Se queda parado en medio del estropicio y mira a sus amigos con ojos de sorprendida inocencia. Vaya, ¿cómo habrá ocurrido todo esto?, parece decir con la mirada.

—¡Condenado pillo! —le grita Joel—. Ya sabes que no puedes entrar ahí. —Mientras habla va hacia el mono—. Cuántas veces... —Se detiene, coge a Nat por el pescuezo y lo levanta. El mono gime débilmente.

Korene se levanta.

—Déjale estar —dice.

—¿Para que termine de... romperlo todo? —Joel lanza al mono contra la pared. El golpe es sordo. Nat se queda encogido, en el suelo, quejándose.

Se hace un silencio denso en la habitación, mientras el viento continúa silbando fuera. Korene mira a Joel y él se mira las manos como si las viese por primera vez. Cuando ella habla al fin, su tono es completamente neutro:

—Fuera de aquí.

—Pero... —tartamudea él—. Pero si lo hice sin querer.

Ella le está mirando aún fijamente. Él se refugia en un nuevo acceso de furia.

—¡Ese condenado me está volviendo loco! Podemos morir por causa de él y tú aún le mimas de una forma que me da náuseas.

—Muy bien. Échale a él la culpa por permanecer sano mientras nosotros enfermábamos. Estoy descubriendo en ti abismos que no había sospechado nunca.

—Y yo en ti —replica él—. Es tu niño bonito, ¿no es eso? El niño que nunca te programaron para que tuvieses. Tu niño mimado.

Korene pasa por su lado sin mirarle y se arrodilla junto al animal.

Joel lanza una especie de aullido. Se abalanza hacia la puerta, la abre violentamente y desaparece tragado por la noche. El frío y la lluvia se meten en la habitación.

Pero Korene no lo nota. Está examinando a Nat, que jadea, solloza y la mira con ojos opacos, asustados. Hay sangre en su pelambreira. Está claro que tiene la espalda rota.

—Cariño, pequeñín, no sufras. Por favor —solloza ella mientras levanta la pequeña masa peluda. Le lleva hasta el laboratorio, prepara una inyección, le mece y le canta una canción de cuna mientras se la pone.

Luego le trae de nuevo a la habitación, se echa en la cama, manteniéndole aún en sus brazos y llora hasta que se queda dormida con un sueño lleno de pesadillas.

Su voz la despierta, procedente de la máquina que está en uno de los rincones. Más tarde, no puede recordar lo ocurrido entre sus dos yo. Palabras, sí; tacto; una poción que tiene que beber. Luego el bálsamo del olvido. Cuando se despierta es ya de día y lo que queda de Nat no está con ella.

De modo que ha sido el robot. Que regresa justo cuando ella está levantándose. Aún lloraría más si le quedasen fuerzas, pero al menos puede pensar, aunque le duela la cabeza.

La puerta se abre del todo. La lluvia ha terminado. El mundo parece relucir. Aquí también hay colores de otoño, bajo un cielo opalescente del que llegan canciones de adiós procedentes de muchas alas que batan hacia el sur. El suelo se ha vuelto color oro pálido. El bosque es una combinación de cobres, rojos y púrpuras, con algunas motitas relucientes como la mica. El frescor de la mañana la envuelve.

Entra Joel, medio apoyándose en la máquina, medio sostenido por ella. Cuando le suelta, se deja caer a los pies de Korene. Desde la garganta metálica, que no es una garganta, su voz implora:

—Sé buena con él, ¿quieres? Se ha pasado la noche dando vueltas por el bosque hasta que se derrumbó. Podía haber muerto si uno de nuestros cromosensores no le hubiera localizado.

—Eso es lo que quería —murmura el hombre desde el suelo—. Después de lo que hice.

—No es culpa suya —dice la nave con ansiedad, como si parte de la responsabilidad fuese suya también y quisiera lavarse de culpa—. No estaba en su juicio.

La voz femenina continúa diciendo:

—Un factor ambiental, ya ves. Por fin lo hemos identificado. Tú tampoco estabas en tu juicio. Pero no le echas la culpa ni a él ni a ti. —Una breve vacilación. Luego —: Estaréis bien cuando os hayamos sacado de aquí.

Korene no se fija en lo insegura que resulta la voz, ni piensa en sus implicaciones. En lugar de ello, se inclina para abrazar a Joel.

—¿Cómo pude hacerlo? —jadea él, reclinándose sobre el pecho de ella.

—No fuiste tú quien lo hizo —dice Korene mediante el robot, mientras la de carne y hueso le mantiene abrazado y murmura palabras de consuelo.

Están de nuevo en la astronave, sujetos a sus puestos e ingrátidos. Hasta ahora no han pedido ninguna explicación. Se contentan con sentir que sus espíritus están juntos de nuevo, que la tristeza y los demonios los han dejado ya y que han dormido tranquilos y se han despertado serenos. Los efectos de las drogas calmantes han desaparecido y sus cuerpos están recuperándose y generando orden en sus mentes.

Se miran el uno al otro, murmuran y se cogen las manos. Joel dice en voz alta, al metal que los rodea:

—¡Eh, vosotros dos!

Su otro yo no responde. ¿No se atreve, quizá? Casi un minuto pasa antes de que la vieja Korene hable:

—¿Cómo estáis, muchachos?

—No muy mal —contesta él—. Por lo menos físicamente.

Luego se hace de nuevo el silencio.

Hasta que la segunda Korene pregunta:

—Malas noticias para nosotros, ¿no es eso?

—Sí —le responde su voz.

Los dos se ponen un poco tensos.

—Bueno, adelante —pide Korene.

La respuesta no se hace esperar:

—Estabais sufriendo de pelagra. Es algo con lo que no nos habíamos tropezado nunca, hasta ahora. No es fácil de diagnosticar, sobre todo en sus comienzos. Tuvimos que revolver nuestro banco de datos de arriba abajo antes de obtener el menor indicio de qué era lo que teníamos que buscar en las muestras de células y sangre que os tornamos. Es una enfermedad deficitaria, que se produce por falta de niacina, una vitamina del grupo B.

Joel protesta, sin poder contenerse:

—Pero, demonios, ya sabíamos que la bioquímica de Gloria no incluye el complejo vitamínico B. Por eso tomamos nuestras píldoras.

—Sí, desde luego. Ésa fue una de las cosas que nos desorientó, aparte del hecho que los animales se mantenían perfectamente con una dieta similar a la vuestra. Pero luego encontramos una cierta sustancia en la alimentación local. En toda la alimentación local. Es tan necesaria para la vida como la ATP lo es en la Tierra. Una materia que parecía completamente inocua cuando hicimos los primeros análisis — la voz se hace un poco triste—. Cuando decidimos que podíamos crearos.

—Actúa sobre un tipo específico de gen humano —añade la voz de la nave, con acento cortante—. Ya hemos averiguado cuál, pero no vemos la manera de detener su proceso. La consecuencia es la aparición de un enzima que destruye la niacina en la sangre. Vuestras píldoras frenaron la situación durante un tiempo, porque la concentración de los anticuerpos se desarrolla lentamente. Pero una vez que se llega a la nivelación, no se obtiene ayuda alguna de las píldoras, ni siquiera aumentando la dosis. Se descomponen antes de que podáis metabolizarlas.

—Los trastornos mentales son uno de los síntomas que se producen —dice Korene desde el micrófono—. Los efectos físicos en casos avanzados son igualmente horribles. Pero os pondréis bien. Vuestros sistemas han eliminado ya el elemento químico nocivo, y aquí tenemos una reserva inagotable de niacina.

No necesita decirles que lo que no hay es casi nada que se pueda utilizar como alimento para sus cuerpos, ni medio alguno de purificar las carnes y frutas con las que contaban.

La aeronave trata de elegir sus palabras:

—Bueno, os diré que ésta es la clase de descubrimiento básico, creo, que sólo se puede hacer saliendo al espacio. Un tipo de información genética que no hubiésemos obtenido en un millón de años, quedándonos en casa. ¿Quién sabe hasta qué punto puede sernos útil para algo? ¿Quizá para la inmortalidad?

—¡Sssh! —le avisa su compañero. Y luego, dirigiéndose al par de la cabaña, dice en voz baja—: Nos retiraremos y os dejaremos solos. Venid al pasaje cuando nos necesitéis... Quedad en paz.

Una máquina no puede llorar, ¿no es cierto?

Durante largo rato, el hombre y la mujer permanecen silenciosos. Por fin él dice:

—Las raciones que tenemos pueden durarnos un mes, más o menos.

—Podemos dar gracias por eso —dice ella, y cuando asiente con la cabeza, sus cabellos flotan alrededor de su frente y sus mejillas.

—¡Dar gracias! ¿Bajo una sentencia de muerte?

—Ya sabíamos... Ya lo sabíamos en la Tierra, que algunos de nosotros íbamos a morir jóvenes. Cuando me puse bajo el escudriñador, ya había aceptado la idea. Seguramente tú también.

—Sí, en cierto modo. Pero ahora me está ocurriendo *a mí*. —Inspira profundamente—. Y a ti también, que es lo peor. A este *tú*, que es la única Korene que tendré nunca. ¿Por qué a *nosotros*?

Ella se queda con la vista fija en algún punto lejano y luego le sorprende a él con una sonrisa.

—Es algo a lo que no escapa nadie. Pero aún nos queda un mes.

Él la atrae hacia sí y suplica:

—Ayúdame. Haz que tenga valor para alegrarme.

El sol llamado Ochenta y Dos Eiridani se levanta con su radiación dorada sobre el reborde azul del planeta. Es un azul tan intenso como el del océano, con sus olas y sus vientos, con sus mareas y sus tempestades, que se transforma luego en llamas y rosas. La astronave continúa su órbita hacia el día. Las nubes se incendian con la luz de la mañana. Después, se hacen más puras y se arremolinan sobre tierras en verano, y tierras en invierno, sobre la tormenta y la calma, sobre los bosques, las praderas, los valles, las alturas, los ríos y el mar, en tropel que se nutre de este mundo que les dio origen.

Korene y Joel se quedan contemplando este amanecer durante una hora entera, uno al lado del otro y cogidos de la mano ante el visor de la pantalla, flotando sin peso en el reducido espacio de la máquina. La astronave y el robot han guardado silencio. El proyector de aire sopla su brisa sobre los cuerpos desnudos de ambos, mezclando para ellos sus mutuos olores de hombre y mujer. A menudo se acarician con la mano que les queda libre, o se besan. Pero ya han hecho el amor y ahora están gozando de su paz.

La astronave desvía su rumbo hacia la noche. Frente a ella, las estrellas brillan por miríadas, espléndidas en su parpadeo.

Korene se despereza.

—Vamos —dice.

—Sí —contesta él.

—Podíais esperar un poco —interviene la astronave. Su voz no tendría que ser tan dura. Pero no es capaz de controlarla—. Los días son largos.

—No —replica el hombre—. No serviría de nada. —Ha visto cómo Korene se muere de inanición, pues las últimas reservas de comida se han agotado ya—. Al fin y al cabo es tan horrible como haberse quedado allá abajo... (viendo cómo se le deterioraba la mente y cómo el cuerpo se le secaba y corrompía).

—Tienes razón —conviene la astronave humildemente—. ¡Oh, Cristo! ¡Si lo hubiéramos pensado!

—Imposible haberlo pensado, cariño —dice el robot con inesperada ternura—. Nadie podía haberlo pensado.

La mujer acaricia una palanca, con tanta dulzura como si se tratase de su hombre y besa con sus labios el metal.

Él se sacude.

—Por favor, basta; ya hemos hablado de ello un millón de veces —dice—. Adiós.

El robot lo rodea con sus pinzas. La mujer se une a ellos. La nave sabe lo que quiere; también lo desea ella, y la canción *Dejad que las ovejas pasten en paz* invade el aire.

Los dos humanos flotan juntos.

—Quería decir —las palabras de él son inseguras, temblonas— que nunca dejé de

amar a Mary y que la echo de menos, pero que te quiero a ti tanto como a ella, Korene, y te doy las gracias por haber sido para mí lo que has sido. Ojalá pudiera encontrar mejores palabras con qué decirlo —concluye.

—No son necesarias —dice ella, y hace una seña al robot.

Apenas si sienten la aguja. Mientras continúan flotando, abrazados, hacia la oscuridad final, él dice soñoliento:

—No lo lamentéis durante demasiado tiempo, vosotros. Y no tengáis miedo de hacer otras vidas. El universo siempre nos sorprende.

—Sí —dice ella, y tiene una breve risita en medio del sopor que la va englutendo—. ¿No es eso una prueba de la gran bondad de Dios?

Viajamos a través de los años de luz y los siglos, vida tras vida, muerte tras muerte. El espacio es nuestro único hogar. La Tierra ha llegado a ser más extraña para nosotros que el más lejano cometa de la más remota estrella.

A la Tierra le hemos dado:

Mentes abiertas sobre el infinito, que por lo tanto ahora tienen su propio mundo y los seres, sumamente precisos, que en él hay.

Un conocimiento de las leyes naturales mediante el que los hombres pueden, en pocos años, cruzar el abismo en los cuerpos que sus madres les dieron, de sol a sol, hasta los planetas no poblados, para habitarlos y que su raza perdure tanto como el cosmos.

Un conocimiento de las leyes naturales gracias al que pueden impedir la tortura accidental que la naturaleza les inflige por medio de la enfermedad, la locura y la vejez.

El arte, la historia, la filosofía, las creencias y otras muchas cosas, imposibles de soñar siquiera en un tiempo, que provienen de un centenar de razas sensitivas. Y con todo esto, una capacidad de renacimiento continuo, que parece que nunca va a detenerse.

De todas estas donaciones nuestras ha brotado riqueza material de los dedos de cada hombre, una riqueza que está más allá del alcance de ninguna nación de la Tierra. Y con esta riqueza, una mayor calma y sabiduría, aprendida de las múltiples facetas de la realidad. A cada regreso nuestro, las luchas parecen menores y pocos son los que aún odian a su prójimo, o a sí mismos.

Pero ¿es que nos engaña nuestro orgullo, por la ayuda que les hemos prestado? Para nosotros, ellos se han convertido en enigmas brillantes, que nos saludan amablemente, pero que no nos estimulan a volver de nuevo al espacio, ni intentan tampoco retenernos contra nuestros deseos. Aunque al final cada uno de nosotros acaba por no volver, no nos fabrican continuadores. ¿Es que ya no necesitan de nuestros dones? ¿O es que somos nosotros, los exploradores, los que no podemos ya cambiar ni multiplicarnos?

Bien, hemos llevado a cabo nuestra tarea. Y uno de los servicios que hemos prestado quedará para siempre. Dos en las profundidades del espacio, dos en cada mundo, sólo nosotros recordamos a aquéllos que vivieron y a aquellos que murieron. Y a Olaf y Mary.

Apéndice

Dejemos a un lado la retórica por un momento y examinemos unos cuantos hechos.

Aunque el programa espacial ha tenido su inevitable parte humana de ineficiencias y absurdos, no ha sido nunca un proyecto descabellado. Más bien ha amortizado *ya* la modesta inversión que supuso, y ha proporcionado un enorme beneficio.

¿Modesta, la inversión? Desde luego. El presupuesto para la Administración Nacional de la Aeronáutica y el Espacio —a pesar de sus múltiples actividades—, llegó a su punto más alto en tiempos del Apolo 11. Sin embargo, en aquel momento culminante, suponía menos de ocho centavos por cada dólar que el gobierno federal gastaba en salud pública, educación y bienestar social, sin tener en cuenta ni el terreno utilizado, ni las ayudas locales, ni las de algunas sociedades filantrópicas. Sería prolijo enumerar aquí sus éxitos obtenidos, pero lo que sí podemos es negar rotundamente que la NASA haya quitado nunca el pan de la boca de los pobres.

¿Beneficio? Desde luego. Solamente la revolución llevada a cabo en meteorología como consecuencia de la instalación de satélites de observación atmosférica probaría ya este aserto. Las vidas y el dinero que han podido ahorrarse ahora que los huracanes pueden predecirse con precisión, ofrecen un ejemplo espectacular de su utilidad. A escala menos visible, las exactas predicciones del tiempo, que se efectúan de manera rutinaria, año tras año, son una recompensa sin límite, especialmente en lo que se refiere a la agricultura y al transporte, y por lo tanto, en último término, a la humanidad. O pensemos en las comunicaciones. Dejando a un lado que muchos programas televisivos os parezcan absolutamente tontos —y dejando incluso a un lado el gran servicio que la televisión presta en áreas primitivas y apartadas—, lo cierto es que la transmisión a gran distancia tenía que venir, de una forma u otra, y que la conexión a través del espacio resulta mucho más económica que si se hiciese por superficie. El ahorro de este dinero es un índice de la cantidad de trabajo ahorrado y de los recursos naturales preservados.

Estamos a punto de obtener un buen resultado de los satélites para el estudio de los recursos terrestres. Y tampoco estamos lejos de una verdadera comprensión de la geofísica y la geoquímica, gracias a la investigación del contorno cósmico de nuestro planeta y a la posibilidad de compararlo con el de nuestros vecinos. Las aplicaciones prácticas de todo esto, a escala humana, son obvias.

De la misma forma, la astrofísica es una llave maestra para conseguir una comprensión completa y un buen control de la materia y la energía. Y el lugar para llevar a cabo una investigación semejante se encuentra más allá de la atmósfera. Mientras tanto, cabe esperar una visión más profunda de cómo funciona la vida

misma. Los primeros experimentos biológicos llevados a cabo allá arriba nos indican lo poco que sabemos hoy día, y lo mucho que necesitamos avanzar nuestros estudios en condiciones que sólo es posible encontrar en el espacio. De ello podría derivarse una edad dorada para la medicina.

Todo eso está muy bien, dirán algunos. Pero ¿no podríamos llevar a cabo todo esto con aparatos, vehículos, robots e instrumentos no pilotados? ¿Por qué tenemos que exponer la vida de los hombres y afrontar el gran coste que supone enviarlos?

Después de explicar una vez más, pacientemente, que el coste no es tan enorme y añadir que el futuro desarrollo del proyecto puede hacerlo aún menor, voy a contestar a la pregunta; las máquinas son auxiliares sumamente valiosos, no hay duda. Sin embargo, ¿creen ustedes seriamente que podrían haber reemplazado el trabajo de un Cook, un Stanley, un Lyell, un Darwin, un Boas... o, en nuestros días, el de un Cousteau, un Leakey o un Goodall? Los seres humanos son los únicos computadores capaces de reprogramarse continuamente, los únicos sistemas sensores que recogen datos que no se había planeado recoger, las únicas máquinas provistas de interés.

Seis visitas apresuradas a un solo cuerpo celeste desierto apenas si pueden llamarse exploración. Si nos detenemos ahora sería como si los europeos se hubiesen parado cuando Colón dio cuenta del fracaso de su proyecto de llegar a las Indias. Lo que él llevó a cabo, sin embargo, bastó para lanzar a legiones de hombres hacia el otro lado del mar. Lo que los astronautas han encontrado en el poco tiempo de que disponían es muchísimo; no se trata de riqueza natural, sino de materia de conocimiento, que es de donde arranca todo el resto. ¿Vamos a dar por terminada la empresa en sus mismos comienzos?

Cuando he tenido ocasión de discutir estas cuestiones pragmáticas con gente ordinaria como yo, incluyendo los habitantes de distritos pobres, nunca he tenido dificultad en hacerles comprender su valor, ni a ellos ni a sus hijos. Parecen ser, sobre todo, los intelectuales de salón, los que no están dispuestos a cambiar la dinamita de sus prejuicios. Quizá me he tropezado con los que no debiera y estoy cometiendo una injusticia para con su clase.

O quizá, por lamentable que ello resulte, es que no tienen ojos para ver.

Existen creaciones humanas tan gloriosas como el despegue de una astronave presenciado desde cerca. Hay aquí también, en la Tierra, realidades tan fantásticas y misteriosas como las que es posible encontrar en los abismos espaciales. Pero no hay ninguna que lo sea más. Y es allí, en el espacio, donde encontramos el infinito, no sólo de la aventura y del saber, sino sobre todo del espíritu, que debe recibir revelaciones de más allá de lo humano para ensancharse. Lo mismo que una flor necesita de la luz del sol.

¿Por qué no construir una máquina para subir al Everest?

¿O una máquina para hacer el amor?

¿O una máquina para existir?

Pues porque somos lo que somos. Primero viene el deseo y la visión. Luego, el

entendimiento. Por muy cruel que sea este mundo nuestro, lo es menos de lo que podría haber sido gracias a los profetas de las ideas elevadas. Sin embargo, lo que ellos buscaron no fue civilización, sino salvación.

Tal vez el motivo de que algunas personas no puedan imaginarse todo lo que tenemos por ganar más allá de la Tierra sea que los cielos no las han tocado nunca con el dedo de su maravilloso misterio.

Salid al aire libre la próxima noche clara.

Y mirad hacia lo alto.

Novelas

Mission of Gravity, de Hal Clement.

The Hand of Zei, de L. Sprague de Camp.

Los primeros hombres en la Luna, de H. G. Wells.

Tau Zero, de Poul Anderson.

Huérfanos del espacio, de Robert Heinlein.

Relatos

Ceguera, de John W. Campbell, Jr.

Requiem, de Robert Heinlein.

Primer contacto, de Murray Leinster.

The Cold Equations, de Tom Goldwin.

Una odisea marciana, de Stanley Weinbaum.

SOBRE POUL ANDERSON

Poul Anderson, nacido en 1926, ha sido escritor profesional desde que se graduó en Ciencias Físicas en la universidad de Minnesota. Es autor de más de treinta novelas de ciencia ficción (*The High Crusade*, *Three Hearts and Three Lions*, *Tau Zero*, etc.), varios centenares de relatos cortos y algunas obras muy populares de tipo realista. Ha ganado numerosos premios Nebula y Hugo.

Actualmente vive en Orinda, California, con su esposa Karen.

INMORTALIDAD

GRANDES GIRAS DE EVASIÓN, S. A.

POR
KIT REED

Día tras día, Dan Radford y sus amigos, que no tenían ni un céntimo para el viaje, se sentaban bajo los árboles del Williams Park, en San Petersburg, Florida, y se ponían a discutir mientras los otros estaban fuera. No es que desearan ningún mal a los ricos turistas, sólo porque algunas personas tenían el dinero suficiente para aquella clase de tontería, mientras que otros habían de ir tirando con la Seguridad Social y bonos verdaderamente insignificantes para los niños. Lo que pasaba es que les dolía el corazón de ver a aquellos pocos elegidos meterse en el quiosco de las Grandes Giras de Evasión, S. A. día tras día, y luego, *volver* de donde iban.

—Son tontos de remate —decía Dan, haciendo crujir los dientes de rabia—. Es inconcebible que, una vez que se van, no tengan el suficiente sentido común para quedarse allí.

Su mujer, Theda, intentaba calmarle, diciendo:

—Tal vez hay alguna razón por la que no pueden quedarse.

—¿Y qué? —decía Dan, apretando los labios, irritado porque sus nuevos dientes postizos no encajaban bien—. Te aseguro, Theda, que si alguna vez yo entro en una de esas giras tendrán que silbar desde el infierno para que vuelva.

Todas las mañanas se congregaban formando semicírculo en los bancos del parque y miraban el letrero luminoso de neón que encendía y apagaba sus luces rojas, verdes y amarillas: GRANDES GIRAS DE EVASIÓN, S. A.

Ya se conocían unos a otros bastante bien. Y allí se sentaban todos: los Radford, Hickey Washburn, con su visera contra el sol y su camisa de hilo, Big Marge, Tim y Patsy O'Neill (que, con sus ochenta y dos y ochenta años respectivamente, todavía se cogían de las manos al irse), y aquel mujeriego e ingenioso *gigoló* Iggy *el Libertino*, con sus botines blancos y negros.

Todos ellos venían de las pensiones y hoteles baratos junto al Lago del Espejo, murmuraban sus saludos a la luz de la mañana y se sentaban siempre en el mismo sitio en los bancos. Algunas veces Iggy llegaba acompañado de una *chica*, alguna buscona septuagenaria, pero los demás no se molestaban por esto. Quienquiera que fuese, no iba a durar mucho. Ocasionalmente caía por allí algún extraño, pero era tal el barullo de carraspeos y pasar de hojas de periódico que se formaba inmediatamente en torno suyo, que nadie volvía a repetir la equivocación.

Era importante estar en los bancos antes de que llegase el primer turista, para poder ir contándolos a medida que entraban en el quiosco. Así, cuando terminaba la gira, a última hora de la tarde, podían saber si volvían todos. Y querían verlos además muy de cerca, antes de la partida, para comprobar luego, a su regreso, si el viaje los había cambiado en algo.

Todos los del grupo se traían su almuerzo en redes de malla o bolsas de papel, pero generalmente empezaban a mordisquear antes de las nueve, para entretener el nerviosismo, y hacia las diez, cuando el faro intermitente que había en lo alto del quiosco señalaba la partida, ya habían acabado sus provisiones y sólo les quedaban en el regazo un montón de migas y de papeles arrugados, y nada que hacer excepto

sacadírselas y esperar el concierto de la banda de música, a las dos, si es que no lo suspendían por culpa de la lluvia.

A las cinco, cuando regresaban los de la gira, el grupo entero se encontraba sumamente excitado, después de pasar toda la tarde discutiendo sobre qué podían hacer aquellos ricos turistas en aquel momento, dónde estarían y cómo sería aquel sitio, y asegurando que *ellos* no volverían nunca, como hacían esos tontos.

Había corrido el rumor de que una vez que se llegaba allí, dondequiera que fuese, la gente se volvía *joven*. De modo que ninguno de ellos podía imaginarse por qué los que iban regresaban siempre y por qué tenían el mismo aspecto que al marchar. Y por qué cuando conseguían llevar aparte a alguno de los turistas y hablar con él, no obtenían respuesta ninguna, o peor que eso. Su manera de actuar le recordaba a Theda aquella vez en que cogió a su hermana Rhea por su cuenta, justo después que Rhea volviese de su luna de miel. Theda no cesaba de agobiarla a preguntas sobre cómo había sido. Y Rhea parecía como si quisiera contarle y no pudiese, o como si no pudiera encontrar las palabras para explicarlo.

Quizá porque no podía comprender dónde iban los turistas de aquellas Grandes Giras de Evasión o lo que hacían mientras estaban fuera, Theda se fijaba mucho en los trajes que llevaban las mujeres: eran, por lo general, pálidos o rosados, porque estos colores desvaídos favorecían a sus rostros marchitos. Todas aquellas mujeres ricas llevaban el pelo teñido de azul plateado, y aunque el tiempo fuera bueno o incluso caluroso, todas llevaban estolas de visón.

A Theda le hacía daño ver todos aquellos visones, diamantes y joyas. Estaba resentida por el hecho de que tanto ella como Dan habían trabajado muy duro durante toda su vida para llegar a aquello: un banco en el parque de San Petersburg, Florida, dos pequeñas habitaciones en una casa que no era suya, y unos hijos que nunca iban a visitarles. No podían permitirse ni siquiera un automóvil. Todo había parecido muy bonito cuando estaban en su casa, en el nevado Boise, planeando el futuro, pero desde luego que no habían contado con quedarse allí estancados, verano e *invierno*, y también pensaron que el retiro de Dan alcanzaría para más de lo que realmente alcanzaba. Tampoco habían contado con pasar tanto frío.

No le importaba tanto por ella como por Dan. No podía soportar el oír su respiración jadeante por la noche, en la cama, y se desesperaba con aquella media hora larga que tenía que pasar todas las mañanas en el cuarto de baño, tosiendo y escupiendo, antes de estar listo para enfrentarse con el día. Y no podía soportar tampoco el ver cómo su pecho y sus mejillas iban hundiéndose, porque recordaba su rostro sólido y su musculatura en el pasado, y no podía asegurar cuándo había empezado a hundirse así, ni cuándo habían empezado a temblar sus manos. Tampoco se acordaba exactamente de cuándo fue que él la despertó por la noche, abrazado a ella, y gimoteando: «Mamá.»

Se decía que las Grandes Giras de Evasión llevaban a un sitio donde se era joven otra vez. Algo tenía que pasar allí, sin embargo, ya que nadie parecía dispuesto a

quedarse. Pero si Dan quería ir, dondequiera que fuese, ella iría también, y mientras aquella mañana le veía dar vueltas alrededor del quiosco, con paso vacilante, se dio cuenta de que si tenían que hacerlo, mejor que lo hiciesen lo antes posible, porque Dan se estaba volviendo cada vez más inseguro y malhumorado y ella misma había empezado a despertarse por las noches sintiendo como si fuese a caer en el vacío; empezaba a preguntarse cuánto tiempo les quedaba a cada uno de ellos.

Así que cuando Dan volvió de dar su vuelta alrededor del quiosco, dijo:

—Creo que podemos hacerlo —e Iggy y todos los otros se apiñaron en torno suyo para escuchar su plan. Theda no dudó ni un momento de que ella estaba dispuesta a seguirlo.

Iggy debía actuar como enlace, pero todos tomarían parte en aquel plan maestro. Una vez que una nueva amiga de Iggy, con dinero, pagase su pasaje, Hickey Washburn quedaba encargado de crear una cierta confusión, fingiendo un ataque cardíaco en el exterior del quiosco. Cuando el empleado acudiese para atender a Hickey, los O'Neill se precipitarían sobre él y le cubrirían la cabeza con la cesta de la compra de Patsy, mientras Big Marge le sujetaba las manos por detrás y los Radford se las ataban con la bufanda azul de Theda. Después, Iggy abriría la puerta desde dentro y luego...

—Sí —dijo Patsy O'Neill—, y luego, ¿qué?

Dan se encogió de hombros, sin saber qué contestar.

—Eso tendremos que ir viéndolo en cada momento.

El primer problema que se presentaba era la amiga rica de Iggy. Tenían que encontrar una, de modo que de nueve de la mañana a cinco de la tarde estuvieron dando vueltas por el Soreno y el Parque Vinoy, hasta las proximidades del Hilton, en la ciudad.

Cuando pensaron que habían encontrado la persona que buscaban, Iggy fue a sentarse a su lado en el banco, mientras que los otros se apartaban un poco. Habían reunido el dinero de que disponían entre todos para el mes siguiente, con objeto de que Iggy pudiera invitarla a cenar. Y no sólo a cenar, sino a bailar también. Para entonces, Hickey Washburn estaba ya tan entusiasmado con el plan que le ofreció su *smoking* gastado y Tim O'Neill un par de gemelos de diamantes que parecía como si nunca hubiesen salido de su estuche de cuero antiguo. Aunque todos confiaban plenamente en la labia de Iggy, Theda y Patsy le dieron algunos consejos extra para cuando estuviese solo con su «chica». Todos contribuyeron a ello, excepto Big Marge, que no quiso siquiera bajar al parque a despedirle cuando marchó para acudir a su cita.

Patsy le dio un beso en la mejilla y Theda le puso un clavel encarnado en el ojal. Los muchachos le acompañaron hasta el descapotable que habían alquilado para la ocasión en Budget Rent a Car. Luego regresaron y todos (excepto Marge) tomaron asiento en sus bancos y continuaron hablando hasta que se hizo de noche. Estaban un poco tristes, pensando en lo que dejaban atrás por Grandes Giras de Evasión, S. A., y

también un poco asustados porque no sabían lo que iban a encontrar una vez que estuviesen allí, dondequiera que fuese. Se preguntaban también lo que Iggy y su chica estarían haciendo en aquel momento. El resto del tiempo se iba en recuerdos que aparecían y desaparecían de sus mentes, como luciérnagas. Estaban llenos de nostalgia por cosas que ni siquiera habían tenido nunca. Cuando llegó el momento de levantarse y dejar los bancos, tenían entumecidas las piernas y algunas de sus viejas articulaciones no funcionaban bien. De modo que Patsy tuvo que ayudar a Tim a levantarse y Theda le dio unos cuantos golpecitos en la espalda a Hickey Washburn antes de que pudiese ponerse en camino.

Tenían que volver a casa para descansar y estar frescos para el gran viaje, pero se quedaron todavía un rato en la acera, fuera del parque, hasta que Dan dijo con firmeza:

—Bueno, mañana es el gran día.

Todos se mostraron de acuerdo, aunque sin ninguna razón para creer que fuese así. Pero todos querían creerlo.

Y resultó que lo fue. Iggy consiguió su objetivo en alguna avenida solitaria iluminada por la luna, valiéndose de una combinación de palabras dulces y unas cuantas caricias en el cuello de la dama, que revivieron en ella la memoria de cosas ya bien lejanas, pero que Iggy le dijo que ocurrirían sobre la hierba en el momento en que le pagara su pasaje en las Grandes Giras de Evasión, S. A.

Cuando volvió a su casa estaba tan excitado que los fue llamando a todos para decírselo, aunque era ya más de medianoche. La única que estaba dormida, o pretendía estarlo, era Big Marge, que bostezó ruidosamente en el teléfono y dijo que sí, que seguramente estaría allí por la mañana. Sí, se acordaba perfectamente de lo que tenía que hacer. No le preguntó siquiera qué tal le había ido en su cita.

Nadie pudo dormir aquella noche. Permanecieron despiertos, mirando la luz de la luna, soñando, planeando, imaginando cosas. Big Marge acomodó su cuerpo entre los muelles del colchón de su cama y se prometió que lo primero que tenía que hacer era librarse de la «chica» de Iggy, con el fin de poder quedárselo para ella. Antes, claro está, le haría suplicar, pero luego le perdonaría y le amaría siempre.

Hickey Washburn estaba tumbado en el cuarto de su pensión y pensaba en cuando tenía veintiún años, que era lo que esperaba que iba a tener siempre en aquel nuevo lugar. No recordaba muy bien cómo había sido entonces, pero estaba seguro de que se las arreglaría bien.

Los O'Neill se cogían las manos huesudas a través del hueco de sus camas gemelas. Tim estaba pensando que si todo el mundo era joven allí donde iban, quizá él y Patsy pudieran volver al punto donde estaban incluso antes de casarse. Así podría recrearse la vista con ella, y también con todas las otras chicas que habría allí, sonrosadas y llenas de vida.

Iggy estaba pensando en todas las otras chicas también, pero sus pensamientos eran más concretos.

Oyendo toser a Dan, Theda se mantenía tan quieta como le era posible, conteniendo el aliento para no moverle y que fuese peor.

Sin embargo, Dan se levantó lleno de energía incluso antes de que amaneciese y arrastró a Theda en sus preparativos febriles. Se bañaron los dos y se vistieron con tanto esmero como si tuvieran que presentarse ante alguna reina. Luego Dan se sentó en el borde de la cama e hizo que Theda se probase vestido tras vestido, hasta que decidió que el que mejor le sentaba era uno de tul color lavanda, del mismo color que el que llevaba cuando se conocieron.

Llegaron al parque muy temprano, pero ya estaba allí todo el mundo. Big Marge estaba desplomada en su banco con una cesta de esparto entre las piernas, y cuando Theda le preguntó qué llevaba en ella, la apartó a un lado sin responder.

Los O'Neill se habían comido ya todos sus bocadillos, y Hickey Washburn no cesaba de pasear arriba y abajo como si hubiera olvidado algo y estuviese tratando de recordar lo que era.

Cuando dieron las ocho en el reloj de la iglesia todos estaban tensos y agitados como marionetas a las que les tiran de los hilos, y cuando dieron las nueve y se encendió el letrero luminoso sobre el quiosco de Grandes Giras de Evasión, S. A., estaban caídos de nuevo sobre los bancos, como niños cansados después de jugar mucho, malhumorados y sin fuerzas.

Cuando Iggy apareció al fin con su «chica» rica, apenas si fueron capaces de responder a su saludo de conspirador. Quizá era el lujo de la nueva amiga de Iggy lo que les impresionó: la estola blanca de visón encima del traje color de rosa, los zapatos de tacón a la moda, la peluca rubio platino hecha de pelo natural; o tal vez fue el aspecto del propio Iggy, elegante y lozano, y tan seguro de sí mismo.

Iggy se excusó un momento ante su pareja y fue hacia ellos, dejando caer unas píldoritas en la mano de cada uno mientras les decía:

—Masticad esto.

—¿Qué es? —preguntó Theda.

—No te preocupes —le contestó Iggy apresuradamente—. Te dará fuerzas.

—¿Cómo sabemos que es verdad? —preguntó Tim O'Neill.

Iggy le hizo un guiño y sacudió los hombros.

—Me las ha dado a mí.

De modo que todos se tomaron las píldoras, fueran lo que fuesen. Hickey Washburn estaba convencido de que eran glándulas de macho cabrío y empezó a balar y a dar saltos. A los O'Neill les supieron a espárragos y a los Radford a regaliz. Big Marge pensó que eran benzedrina. Fueran lo que fuesen, el caso es que lograron su objeto: Mickey llevó a cabo su pantomima cardíaca; todo el mundo corrió hacia el quiosco en el momento previsto, apartando a empellones a los enfurecidos clientes que hacían cola y al mismo guía de la gira y cerrando la puerta tras ellos.

Se ajustaron los cinturones de seguridad que había en los asientos de felpa y oyeron cómo se ponía en marcha la maquinaria y se los llevaba lejos mientras fuera

sonaban voces y sirenas y llegaba el primer policía y empezaba a golpear la puerta con su porra.

«Y ahora, por encima de los tejados y a través de los corredores del tiempo, en ruta hacia una experiencia única que nunca podrán olvidar. Bien venidos a su Gran Evasión.»

Dando vueltas en la oscuridad, Theda se concentró en aquella voz untuosa, que le recordaba otra que había escuchado en la Feria Mundial de 1939, sentada también en un sillón de felpa que la llevaba de un sitio a otro. La voz sonaba casi igual. Con qué impaciencia había esperado que llegara 1942. Y ahora...

«El guía de la Gira va a explicarles las limitaciones con que se encontrarán a su llegada», estaba diciendo la voz. Y Theda recordó con un sobresalto que Dan había golpeado al guía y le había dejado fuera cuando cerraron las puertas.

Bueno, Iggy era un hombre de mundo y también lo era Dan, de modo que ya encontrarían entre los dos la manera de salir adelante sin demasiados problemas y, si por fin decidían quedarse allí, dondequiera que fuesen, no habría ningún jefe de grupo para obligarles a regresar.

La voz seguía diciendo:

«...En el gimnasio de la selva a las 4.55 p.m. para efectuar un regreso rápido y seguro. Sonará una campanilla para avisarles, en caso de que no sepan la hora.»

«¿Cómo? Ayúdale-a-caer... UMP.»

Theda se encontró sentada en el suelo, parpadeando bajo la luz del sol. Se había caído y aterrizado sobre las manos y las rodillas y ahora estaba sentada en el polvo, y se había manchado las bragas y arañado las rodillas de nuevo, y sabía que su mamaíta iba a darle unos buenos azotes en cuanto regresase a casa, porque su traje nuevo estaba hecho una lástima. Ya era mayor para llorar, pero se sentía tan desgraciada que empezó a llorar de todas formas.

«Llorica, llorica...», él estaba colgando de una barra en el gimnasio de la selva, cabeza abajo y con su rostro justo frente al suyo. Y ella pensó que debería mostrarse más cariñoso, pero no pudo recordar por qué, hasta que vio la gran verruga de su nariz y la forma de su boca, un poco torcida. Luego él gritó: «Llorica, llorica...», y esto hizo que ella pensara que sin duda la quería, pues de otra forma no se iba a molestar en ocuparse de sus llantos, así que tiró de su brazo y le hizo caer también sobre el polvo a su lado. Mientras rodaban entrelazados, lo pensó con más detenimiento y dijo:

—Dan, ¿eres tú, Dan?

Él la miró bizqueando.

—¿Theda? ¿Qué ha sucedido?

Ella se levantó, se sacudió el polvo del vestido y miró a los otros niños que jugaban como locos por el gimnasio o estaban sentados en el suelo, llorando. Aquella de la barriguita debía de ser Big Marge, y el que tenía el bate de béisbol, Hicky Washburn, probablemente. Tendría que preguntarles quién era cada uno, porque no

había en ellos nada que recordase ni remotamente cómo eran antes de empezar el viaje. Eran sólo un grupo de niños y pensó que la cosa no era tan mala después de todo, porque así podrían ir creciendo juntos, y luego ser muchachos y muchachas, jóvenes y fuertes, y ya no tendría que despertarse y oír a Dan escupiendo sangre en medio de la noche.

—Dan, creo que hemos llegado —dijo Theda.

La niña que había sido, probablemente, la amiga de Iggy, estaba jugando con una carretilla, pero Iggy estaba simplemente sentado en el suelo, palpándose por todas partes: el rostro, los brazos, el pubis..., el pubis sobre todo. Luego se levantó, como si hubiese comprendido, y fue hacia ellos corriendo.

—Esto es horrible. ¿Qué vamos a hacer?

Intentaron reunir a todos los demás niños para hablar del problema, pero Timmy O'Neill estaba ocupado en perseguir a la chica de Iggy por todas partes, y Patsy y Hickey Washburn estaban peleándose por el sombrero de Hickey. Todos gritaban y armaban escándalo, y los únicos que hacían caso a Theda eran Danny, porque le gustaba ella, e Iggy, que por la razón que fuese aún conservaba su bigote, aunque sólo tenían, todos ellos, seis años.

En el gimnasio de la selva había un tablero bien atornillado y en él se podían leer toda clase de instrucciones, pero aunque Theda había aprendido a leer muy pronto no era capaz de comprender nada de lo que decían. Estaban en un terreno de juego, pero no se veía escuela alguna, sólo mucho césped en torno, y le dio miedo salir de la cerca e ir a ver lo que había fuera, porque tal vez podían perderse y además no sabían lo que podían encontrar allí. Quizá leones y tigres o hasta hombres muy feos que les ofrecerían caramelos y luego los raptarían.

Iggy se encaramó a la valla y miró al otro lado.

—¡Eh! ¿Qué es todo esto?

—Cuando crezcamos podemos ser vaqueros —dijo Dan, que no cesaba de hurgarse las narices—. Y Theda puede ser vaquera.

Theda tenía la impresión de que lo que debería hacer era pensar en lo que les había ocurrido, pero no era capaz de concentrarse. Se sentía tan contenta que empezó a correr, dando vueltas al gimnasio, y pronto Iggy estuvo corriendo detrás de ella y así siguieron corriendo y riendo, hasta que Big Marge se echó sobre Iggy y los dos cayeron rodando. Ella misma y Danny estaban luchando, revolcándose por el suelo. Luego él consiguió sujetarla y sentarse sobre su pecho, manteniéndole las muñecas, sujetas con sus manos, sobre el polvo. Ella miró hacia arriba, hacia su cara, y pensó: «Oh, Dan», pero no sabía muy bien de dónde venían aquellos sentimientos que experimentaba, ni cuáles eran, excepto que el principal de todos era triste, muy triste.

Alguien empezó a gastarle bromas a Big Marge. Todos la llamaban gordita, ahora. Ella tenía en la mano aquella extraña bolsa que había traído en el viaje y Hickey se la arrebató, y resultó que había un revólver dentro. Todos se asustaron mucho, así que hicieron un hoyo junto a los columpios y lo enterraron allí.

Luego siguieron jugando durante un buen rato; jugando y jugando hasta que Patsy O'Neill se cayó sobre un madero, se arañó las rodillas y empezó a llorar. Hickey se cansó de corretear y Big Marge empezó a llorar sin ninguna razón aparente, y por fin la amiga de Iggy lo expresó en voz alta. Se dejó caer en el suelo y dijo:

—Tengo hambre.

Todos empezaron a decir: «Yo también, yo también...»

Pero cuando miraron en torno para buscar sus bolsas, resultó que no había ninguna, ni tampoco había ningún árbol frutal por allí. No pudieron encontrar siquiera hojas de diente de león. Sólo había una fuente y eso era todo. Tal vez hubiese alguna tienda por los alrededores, pero ellos no tenían dinero y además les daba miedo salir al otro lado de la cerca, porque alguien podía venir entretanto a buscarles y no los encontraría. O podían perderse y no encontrar su camino de vuelta al gimnasio de la selva, y el profesor les había dicho que tenían que estar allí a las cinco, pues de lo contrario tendrían que atenerse a las consecuencias.

Intentaron no hablar de bocadillos ni cosas semejantes, así que bebieron mucha agua e intentaron jugar de nuevo, pero no tenían ya ganas.

Por fin Iggy dijo:

—Esto no es divertido.

Los demás le hicieron coro, uno tras otro:

—Estoy cansada.

—Tengo hambre.

—Me aburro.

—Tengo hambre.

Luego Theda dijo sin rodeos:

—Quiero irme a casa.

Estaba sentada en uno de los extremos de un balancín y Danny estaba en el otro. Él se levantó de pronto y Theda fue a dar en el suelo.

—Yo no voy a volver a casa —dijo Danny.

—¿Y qué harás si no podemos cenar? —replicó Theda.

—No me importa.

Algo en Theda recordaba aún su anterior estado.

—¿Y si tienes que quedarte así? —preguntó.

Danny se plantó firmemente en el suelo, con los pies separados, sacó el mentón y contestó:

—No me importa tampoco. —Luego pareció que recordaba también algo—: Odio volver allí.

—¿Qué hacemos si hay tormenta? ¿O si empieza a llover?

—No me importa —repitió Dan.

—¿Y quién va a cuidarte?

Él se encogió de hombros y se subió otra vez al balancín. Los dos se quedaron allí sentados, balanceándose un poco, durante un buen rato. Theda no sabía cuánto

tiempo permanecieron así, pero la luz iba ya cambiando, como cambiaba cuando llegaba la hora de despedirse de todos los demás niños y volver a casa para una buena cena caliente.

Todos habían dejado ya de jugar juntos y cada uno andaba por su lado, fingiendo entretenerse por cuenta propia, colgados de los trapecios, tarareando entre dientes canciones sin principio ni fin, escarbando en la tierra, haciendo montones con palitos que luego derribaban... y esperando.

Por fin se oyó la campanilla, y todos en el terreno de juegos abandonaron lo que estaban haciendo.

Theda se levantó del balancín sin mirar siquiera hacia el otro extremo, y todos corrieron hacia la cabina del gimnasio y se metieron en ella. Luego, una voz que sonaba como si fuese la voz de todas las madres juntas, dijo:

«HORA DE CENAR.»

A Theda le produjo una sensación muy agradable pensar que pronto estaría en casa y cenaría sopa de pollo y empanada de carne, y hasta tal vez un flan de gelatina para postre, y que luego se metería en la cama con su nuevo libro de cuentos de la serie *Billy el Barbudo*, hasta que mamá viniese a darle el beso de buenas noches a las siete y media, y luego se iría otra vez a la casa de huéspedes y después de la cena se pondría a mirar la película de la televisión, y Dan le daría un beso de buenas noches... y empezaría a toser.

Dan.

Miró por todas partes y no pudo verle. No estaba con los demás en la cabina. Se había quedado en el otro extremo del campo de juegos, de pie en el centro del columpio, manteniendo el equilibrio con una pierna en cada lado, y se balanceaba un poco. Tal vez no podía acordarse de la causa por la que no regresaba con ella, pero el caso es que no regresaba. Prefería quedarse allí y morirse de hambre si era preciso, pero se quedaría en sus seis años para siempre, con tal de no tener que volver a su viejo cuerpo y a sus achaques. Cuanto más pensaba Theda en ello, mejor lo comprendía, y sabía que tenía que dejarle allí y volver a casa, donde moriría pronto, de eso no había duda. Era lo mejor para ella, pero no podía dejarle abandonado. Aquél era *Dan*, y ella tenía que...

Saltó fuera antes de que sonase la segunda campanilla. Cayó a cuatro patas otra vez, se había hecho sangre de nuevo en las despellejaduras de las rodillas y tenía el vestido hecho una calamidad, pero como de todas formas no iba a casa, no importaba mucho. Sin embargo, cuando se incorporó y se quedó sentada en el suelo y miró en torno, le entraron ganas de llorar, porque todos los niños se habían ido. Todo el mundo se había ido, excepto aquel que aún estaba de pie en el columpio: Danny. No siempre se portaba bien con ella, pero era el mejor amigo que tenía, de modo que se levantó y fue hacia él, que continuaba balanceándose y haciendo como si no la viese.

Al cabo de unos instantes, sin embargo, bajó la vista hacia ella. De modo que Theda le dijo:

—¿Quieres jugar?

Danny saltó del balancín.

—¿Qué es lo que quieres hacer?

Ella estaba mirando ahora hacia las puertas del terreno de juegos. Parecía como si hubiese un poco de hierba allí. Quizá la hierba se extendía hasta el borde, hasta el final, y al llegar a su límite, uno podía caerse, o algo podía cogerle a uno; pero Theda sabía que lo que no podían hacer era quedarse allí, donde estaban, porque podía venir alguien y cogerlos y llevarlos a casa. De modo que echó a andar hacia la puerta, haciéndose la valiente:

—Vamos a ver lo que hay.

Apéndice

Quizá porque pasé una buena parte de mi niñez en San Petersburg, Florida, siempre me he interesado por los ancianos y los problemas de la vejez. Cuanto más mayor me voy haciendo yo misma, más me intereso, lo cual es muy significativo. Demos la vuelta a la moneda de la vida, y encontraremos en su reverso inmortalidad o extinción, según las creencias de cada cual. Pero, independientemente del punto de vista, ambas resultan bastante capaces de asustarnos. ¿Por qué no podemos quedarnos como somos? (Bien, quizá un poco distintos, mejores aún, tal vez.) Esta idea asusta también.

Con lo que realmente tenemos que enfrentarnos, según parece, es con el problema de ser, y desde el momento en que no está en nuestras manos modificarlo, nos quedamos bastante confusos.

Algunos de nosotros escribimos historias que, aunque no pueden contribuir a cambiar nuestra situación básica, nos ayudan a pasar mejor el tiempo. Al final, no seremos nunca capaces de explicar lo que nos sucede, pero por el hecho de escribir podemos decirnos a nosotros mismos que, cuando menos, hemos hecho algo para dejar detrás una huella de nuestro paso.

Novelas

Time Enough for Love, de Robert A. Heinlein.

The Age of the Pussyfoot, de Frederik Pohl.

To Live Forever, de Jack Vance.

Relatos

Invariant, de J. R. Pierce.

Scanners Live in Vain, de Cordwainer Smith.

Down Among the Dead Men, de William Tenn.

Eternity Lost, de Clifford Simak.

SOBRE KIT REED

Kit Reed, nacida en 1932, fue, en sus comienzos, reportero del *The New Haven Register*, y en la actualidad es profesora de inglés en la universidad de Wesleyan. Es autora de numerosos relatos cortos (bastantes de ellos publicados en nuestras selecciones de *Libro Amigo*) y de varias novelas. Actualmente vive con su marido y sus tres hijos en Middletown, Connecticut.

ESPACIO INTERIOR

ESQUEMAS PARA TRES NARRACIONES ENIGMÁTICAS

POR
BRIAN W. ALDISS

La narración amorosa. Debió ser acerca de Olga; una chica a la que complacía la época en que le tocó vivir. Tras conocerla mejor pude saber el porqué. Estaba dotada para la ambigüedad tanto en lo físico como en lo mental. Si yo hubiese completado la narración, habría hecho hincapié en las ambigüedades mentales que me hicieron confundirla con la escritora Anna Kavan, primeramente en mi vida y posteriormente en mis sueños.

Respecto a sus ambigüedades físicas cabe decir que la chica usaba vestidos y zapatos que le hacían aparentar mayor estatura y se podía pensar que se trataba de una chica alta y esbelta. Sus amantes —que no fueron muchos— llegaron a notar que «en realidad» aquella chica era más bien bajita y algo maciza. Se parecía a Anna en que atraía, pero era difícilmente atraída por ambos sexos.

He escrito «en realidad», pero se trata de una frase que no quiere decir nada. Pudiera tratarse de una realidad común; empero, cada uno de nosotros tiene una versión personal de la realidad y la lleva por ahí como una tarjeta de identidad. En su aspecto físico Olga quizá anduviera ligeramente por debajo de la estatura media, y sus formas eran un tanto redondas; pero su deseo de parecer alta y esbelta se basaba en profundas razones metafísicas y, por lo tanto, espiritualmente era una chica alta y esbelta.

También era hermosa. A mí me parecía —permítaseme decirlo— francamente bella, aunque la veía también extremadamente sencilla. Su cabello era negro y lo llevaba peinado hacia arriba para dar la sensación de mayor estatura. «En realidad» era rubia, pero siendo su origen el que era, el ser rubia hubiera sido una contradicción. Su personalidad —tal como Olga intuía— era la de una chica morena. Su artificio era la verdad.

La narración podría comenzar con abundancia de detalles superficiales tales como la eterna fascinación de encontrarse con una nueva mujer; el mirarla cuando ella no se da cuenta; su mirada al encuentro de la nuestra (¿ya está todo decidido?); el buscar y tratar los mismos temas; el primer contacto con ella; el sentir cómo la vida mana al unísono de ella y de uno mismo... Tales detalles, como sucede en todo nuevo amor, parecen brindar misteriosas y emocionantes claves vitales sobre el nuevo ser que ha penetrado en nuestra vida. En el caso de Olga, estos detalles eran bastante complejos.

En resumen; yo había conseguido que Anna me acompañase a ver una pequeña casa de campo. Confiábamos en que ella podría vivir en ella a pesar de su dependencia de la heroína, que la mantenía orientada hacia Londres y hacia su amable médico. Aquélla casa de campo pertenecía a un tal señor Marchmain. Anna estaba como ausente y no prestaba atención ni al lugar ni a su emplazamiento. La casa estaba situada en las inmediaciones de un pequeño curso de agua, con vistas a las laderas de Berkshire.

Tras nuestra visita seguimos la carretera y nos detuvimos a poco más de un kilómetro para repostar gasolina en una estación de servicio situada en un cruce. Yo

salí del automóvil para evitar el mutismo de Anna. Dos vehículos chocaron en pleno cruce con gran estrépito. Pude ver cómo uno de los coches enfilaba hacia nosotros dando tumbos hasta que una farola detuvo su trayectoria. El otro vehículo, un «Mini» de color blanco, dio una vuelta de campana y resultó con grandes destrozos.

Corrí hacia el coche, que estaba con las ruedas en alto, y vi en su interior a una mujer joven, morena, sujeta al asiento por el cinturón de seguridad. En la parte posterior, en un silloncito de los que se colocan en el asiento de atrás para llevar niños, había un pequeño. Ni la mujer ni el niño habían perdido el conocimiento, pero la criatura comenzó a llorar de repente. Entré en el auto y ayudé a salir a la joven. A continuación saqué al pequeño, de unos tres años de edad, que me agarró fuertemente por el cuello y dejó de llorar. Acompañé a la mujer hasta la oficina de la gasolinera.

Era Olga, que estaba afectada por una fuerte conmoción y no lograba coordinar bien todavía, pero el mecánico de la estación de servicio la recordaba y dijo que conocía a un amigo de la accidentada llamado Marchmain, el cual vivía en una casita que estaba de allí poco más de un kilómetro. Tratábase, pues, de la casa de campo que acababa de visitar en compañía de Anna.

Conduje a Olga hasta allí, y Marchmain, presa de gran confusión, no hacía sino dar vueltas y vueltas. El niño no era de Olga. ¿De quién podía ser? Telefoneó a no sé donde. Olga resultó vivir en un pueblo a pocos kilómetros de distancia. Pudimos averiguar que había ido a recoger a la salida del jardín de infancia al hijo de una vecina.

A pesar de las protestas de Anna yo me ofrecí a llevar al niño a casa de su madre y a dejar a Olga en el hospital más cercano a fin de que se le practicase un reconocimiento. Marchmain vio aliviado cómo nos íbamos, y en el momento de despedirnos me llamó aparte y dijo:

—Mire usted, lo siento, pero no debería haber traído aquí a la señorita Illes. Resulta que ella y yo manteníamos hace tiempo una estrecha amistad que la semana pasada dimos por concluida definitivamente. Por eso he puesto en venta la casa y pienso mudarme a otra parte.

Por primera vez me di cuenta de que el señor Marchmain era extranjero.

Llevé a casa de su madre al chiquillo, que ya no lloraba, y acompañé a la señorita Illes hasta el hospital. Cuando la dejé allí parecía encontrarse perfectamente. Le dejé mi tarjeta y salí en el automóvil, acompañado de Anna, rumbo a casa.

Un incidente. Parte de la vida. Me hallaba por entonces metido de lleno en un proyecto nuevo que desarrollábamos en la Universidad. Podría decirse que mi reputación o mi prestigio estaban en juego, y me dispuse a no pensar más en lo sucedido.

A la mañana siguiente recibí unas líneas de agradecimiento remitidas por la madre del niño, así como unas flores —narcisos y tulipanes amarillos— con una nota firmada por Olga Illes. Aquello me divirtió, pues no es frecuente que una mujer sea la que envía flores a un hombre.

Esta historia iba a tener mucho que ver con mi trabajo en la Universidad. Estábamos comprobando una teoría sobre la síntesis/atomización de los sueños. Habíamos identificado tres tipos distintos de sueños a los que clasificamos con las letras griegas sigma, tau e ypsilon. Mi prestigio dependía de este sistema de identificación, y en aquellos momentos estábamos especializándonos en los sueños del tipo tau que aparecían relacionados con la fase media del sueño, hacia el segundo cuarto. La función específica de este tipo de sueño (el sueño tau) parecía ser la de explorar por encima y por debajo del significado consciente del acontecer cotidiano; es decir, relacionar un hecho ordinario con las esferas más elevadas del significado hasta un nivel cósmico, diseccionando dicho significado en minúsculos fragmentos que se relacionan por sí mismos con la personalidad total del individuo.

Aunque en el laboratorio teníamos abundantes voluntarios entre los estudiantes, yo solía actuar frecuentemente de cobaya, ya que en mi caso los sueños del tipo tau, por las razones que fuesen, resultaban particularmente vívidos.

Bastará con dos ejemplos: soñé que era uno de los cuatro miembros de un equipo sometido a un adiestramiento especial en condiciones extremadamente *anómicas* a fin de relacionarlas con las manifestaciones extrasensoriales de sus respectivas personalidades. Los miembros de este equipo pasamos varias semanas contemplando en pantallas de televisión series de imágenes que no eran sino habitaciones vacías.

De repente se inició el acoso de algo que se movía velozmente pero que debía de resultar muy peligroso, ya que acabaron matando a golpes a aquel ser. El resultado fue que uno de los hombres que participaba en el experimento murió. Aquello indicaba que el ser que tan velozmente se movía no era otra cosa que la proyección de ellos mismos.

El segundo sueño era también un caso de síntesis/atomización semejante. Soñé que entre los hombres vivían en el mundo ciertos seres extraños que coexistían amistosamente con los humanos contribuyendo a enriquecer el plano cultural de estos últimos. A simple vista no se les podía distinguir de los seres humanos corrientes, y sólo su extraordinario poder carismático evidenciaba que eran algo muy distinto. Su admiración por los más insignificantes datos de la cultura y la historia terrestres era lisonjera y fascinante, incluso contagiosa. Todo el mundo se interesaba por las artes, y esto, poco a poco, fue resultando evidente para el personaje que hacía las funciones de «yo» en el sueño y que había visitado en su propio domicilio a uno de estos seres extraños que estaban cambiando la naturaleza de todo aquello que admiraban dándole un cariz nuevo, aunque lo hacían en forma absolutamente inconsciente y sin malicia alguna, toda vez que para ellos el arte era algo que hasta entonces había estado fuera de su campo de experiencia. De este modo, la simple admiración que pudieran sentir cambiaba cualquier cosa, de modo semejante a como una traducción puede cambiar un poema.

Por ejemplo, mi extraño admiraba grandemente a Robert Louis Stevenson, escritor británico del siglo XIX, e incluso llegó, en compañía de su familia, a ponerme

en el tocadiscos una grabación que aseguraban era una ópera de Stevenson basada en la leyenda de Robin Hood y en un poema lírico que a mis oídos les parecía una pobre mezcla de Mozart y Offenbach.

Ambos sueños del tipo tau están ligados a elementos de mi propia personalidad, pero también al estado en que se halla el mundo, que da lugar a lo que yo he definido como confusiones de identidad de la era postrenacentista en que vivimos.

El siguiente sueño tau lo tuve dos días después de haber llevado a Olga al hospital y se refería a ella. Contenía toda la riqueza propia de los típicos sueños tau y su peculiar doble estrato.

Soñé que iba a ver a Olga a una casita campestre. Ella quería venderla y yo le regalé un ramo de flores que aceptó como pago. Me enseñó las graves heridas de su pierna derecha y me dio pena. Anna estaba allí también, pero se marchó. Olga y yo subimos juntos la escalera hasta el dormitorio, desde cuya ventana se podía ver una acequia de molino. Nos tumbamos sobre la cama y en aquel momento me di cuenta de que la chica me había engañado, ya que su pierna derecha estaba intacta; las heridas no eran sino pintura. Tomé a Olga entre mis brazos y la ropa que llevaba se le cayó, dejando al descubierto la pierna izquierda, que estaba prácticamente amputada a consecuencia del accidente.

Tras este sueño tan poco tranquilizador no tenía más remedio que ver de nuevo a Olga. Telefoneé a Marchmain, quien me aseguró que todavía no había vendido la casa, y entonces le dije que estaba dispuesto a comprársela. Acudí a la imprenta de la Universidad y encargué nuevas tarjetas de visita, y a continuación me dirigí hacia la casa de campo de Marchmain.

Parecía gratamente sorprendido por mi precipitada decisión y me dio la sensación de estar un tanto asustado. Para disimular sus sentimientos comenzó a hablarme de su vida. Se trataba de un refugiado húngaro que llegó al país en 1938, cuando contaba muy pocos años de edad. Su familia tenía muchas tierras, pero tuvieron problemas con el gobierno del almirante Horty. Al llegar a Inglaterra britanizaron su apellido. Por aquella época también unos primos suyos habían abandonado Hungría y se establecieron en el Brasil. Olga Illes estaba emparentada con la rama brasileña de la familia Marchmain.

Aquellos datos me emocionaron un poco, pues aunque yo era de origen escocés, también había nacido en Brasil, en el consulado de Santos.

Hicimos el trato de compraventa de la casita y Marchmain convino en tenerla desalojada aquel fin de semana. Veamos algunos detalles:

Envío a Olga mi nueva tarjeta con la dirección de la casa de campo. Le pido que venga a verme. No viene. Me doy cuenta de que el experimento del sueño tau me ha producido una confusión mental apreciable, llegando en la vida real a adoptar el papel de Marchmain (¿insistiendo para ser rechazado?) tal como hice en mi sueño al mandarle flores a Olga.

La tenacidad se apodera de mí. Deseo poseer a Olga y creo estar enamorado de

ella. Es fácil acabar con Anna, pues está siempre como ida, incluso cuando la tengo entre mis brazos. Se repliega enormemente y permanece ajena hasta a ella misma. Se aleja más todavía y quedo libre para ir detrás de la nueva mujer.

Detalles de mi primera visita a la casa de Olga, en el pueblo: Una habitación con las paredes cubiertas de estantes con libros. Su aspecto y su voz. La forma en que me fui dando cuenta de que su acento me sonaba cada vez más a extranjero —y al propio tiempo me resultaba más familiar— cuando se enteró de que yo también había nacido en Brasil.

Notas sobre nuestra conversación acerca del clima inglés: El día era pesado, húmedo, con esa fina llovizna que los británicos llaman *mizzle*. La ambigüedad de formas en el paisaje. La consabida acuarela inglesa tan distinta de las rotundas certezas cromáticas del sol en São Paulo o en California.

Más investigación: Trabajo noches enteras. Nuevos problemas con Anna. Es difícil ver a Olga. Intento quedarme en la casa de campo. Intento que Olga venga. Conversaciones telefónicas con ella. Voy a buscarla para llevarla a Londres a ver una película de Luis Buñuel: *El discreto encanto de la burguesía*. Nos ha gustado a los dos la película. Intento seducir a Olga.

La teoría de la síntesis/atomización es recusada por el grupo que dirige el doctor Rudesci en Saint Louis. Nerviosismo. Otra tentativa de seducir a Olga en mi habitación del colegio universitario. Esta vez ya estábamos los dos desnudos cuando ella me dice al rechazarme:

—Cuando nos conozcamos mejor.

Respeto esta insólita moralidad aunque me contraríe e incluso con la certeza de que su rechazo va más allá que la moralidad.

La llevo a Oxford a ver a unos amigos. Bailamos hasta la madrugada. ¡Qué felices fuimos!

Espectacular intervención de Koestler en el debate sobre la teoría de los sueños. Inesperada relevancia de nuestros hallazgos en su propio trabajo acerca de los elementos casuales en la evolución cerebral. Mi prestigio ha subido unos cuantos puntos.

Se rueda una película sobre nuestro departamento y las investigaciones que llevamos a cabo. Se presentan en dicha película algunos de los sueños, incluido el que tuve sobre Olga. Ella ha actuado en algún que otro pequeño papel y la convengo para que represente el personaje de Olga en mi sueño.

Le entusiasma la proposición que le he planteado en su casa (donde vive en compañía de una amiga). Hay que ser comedidos. Pero evidentemente las perspectivas de actuar ante las cámaras la emocionan, y con el vestido suelto y airoso se pone a dar unos pasos de baile por la habitación. Dese al lector la impresión de una travesura erótica de inocente apariencia. La he sujetado y nos dejamos caer en el sofá. Esta vez sí que me deja hacer el amor con ella, y lo hacemos a pesar de que la puerta que da al recibidor está abierta y su amiga está a punto de llegar.

Gran placer y emoción. Ha sido mejor de lo que suele serlo las primeras veces. Sus exclamaciones son dulces. Es una chica de cuerpo macizo, no es alta y tiene vello rubio en el pubis. Nos reímos mucho ambos y nos amamos sinceramente. Ella asegura que yo la he tau-forzado al concretarla y desintegrarla al mismo tiempo. Me dice que siente mucho no haber podido complacerme antes. Intentamos hablarnos en portugués.

Accede a pasar conmigo el siguiente fin de semana, en mi casita de campo. Parece que he conseguido ahuyentar el fantasma de Marchmain. El interpretar el papel de Olga lo considera como algo liberador y dice:

—Puesto que siempre soy semiconsciente del papel que represento en la vida real, el actuar en una película interpretándome a mí misma será una liberación de mis inhibiciones. Podré subinterpretar mi propia sobreactuación.

Olga tiene un peculiar sentido del humor.

Estoy tan impaciente por su venida que el sábado echo a andar carretera adelante hacia el cruce, para salir a su encuentro. Todo rezuma humedad, tal como Arrhenius suponía que sucedía en Venus. Las siluetas de los bosques y de los setos quedan desdibujadas mientras los campos de labor parecen perderse en el infinito. Oigo el choque antes de llegar al cruce y echo a correr para cubrir los cien metros que me separan de allí. Su automóvil ha colisionado con un camión cisterna que ha aparecido por la carretera transversal. Olga vuelve hacia mí su mirada antes de morir. Su mano hace un ademán teatral y susurra algo a lo que doy vueltas y más vueltas en mi mente. Creo que dijo:

—Lo siento, no pude...

Hacer que todo esto resulte verosímil al lector.

LA TRIPULACIÓN DE LA INMOVILIDAD

Ésta habría sido la narración de aventuras.

Tal vez alguien opine que el elemento aventura no es muy fuerte, pero ello nos lleva de nuevo al tema de la confusión de identidad. Hay una teoría según la cual la aventura ha cambiado últimamente, volviéndose mucho más interior. Las mayores aventuras del siglo —viajes a la Luna y a Marte— se emprendieron prácticamente en posición fetal. Jamás llegó el hombre tan lejos sentado sobre su propio trasero. He ahí una buena lección para todos nosotros.

Podéis ver por qué la primera narración no resultó. Esta otra tampoco, pero por una razón distinta. Era demasiado imposible, del todo imposible. Al principio pensé que iría bien para una publicación de ciencia ficción, pero el director rechazó la sinopsis con una nota que decía:

«Esto no podría suceder jamás.»

Ése es el tipo de narración que a mí me gusta; cuando los acontecimientos que se

narran son imposibles, resultan mayores las oportunidades de que resplandezca la verdad. Los lectores juzgarán por sí mismos sobre lo que hay de real en la narración en su actual estado.

La primera parte está completa. Trata de un equipo formado por cuatro hombres sometidos a un adiestramiento especial, en condiciones extremadamente insólitas, para relacionarlas con sus eventuales manifestaciones extrasensoriales.

Los hechos del caso pueden concretarse así:

Cuatro seres humanos fueron seleccionados para soportar elevados niveles de inmovilidad. Su adiestramiento duró dos años. Al principio se les entrenó en grupo y a los seis meses se pasó al adiestramiento individual a fin de potenciar las condiciones de estimulación nula.

Inicialmente los hombres fueron seleccionados en función de la edad y condición física; tres de ellos tenían sesenta y tantos años de edad y el más viejo setenta y uno. Cuando el individuo alcanza o rebasa la edad apta para la procreación, queda liberado de ciertas tendencias biológicas y se abre a otro tipo de impresiones de carácter menos «mundano».

Los apellidos de los individuos en cuestión eran: Jones, Burratti, Cardesh y Effunkle. Antes de presentarse como voluntarios para esta experiencia todos habían llevado una existencia activa. Así, Jones y Burratti habían prestado servicio en las Fuerzas Armadas; Jones había escrito un par de novelas cuando tenía poco más de veinte años y una de sus novelas había sido adaptada a la Televisión. Burratti tenía profundas convicciones religiosas. Cardesh había vivido en las zonas salvajes de Colorado durante varios años, trabajando la mayor parte de su vida en actividades manuales; su *hobby* era la taxidermia. Effunkle era un rico arquitecto que se dedicó a viajar muchos años. En Oriente Medio diseñó toda una ciudad por encargo de un pequeño reino árabe, y al morir su esposa y perder todo interés por el mundo exterior se ofreció voluntario para la Operación Inmovilidad.

Durante los últimos dieciocho meses de su adiestramiento, los cuatro individuos habían vivido separados y privados de toda compañía humana. Fueron enviados a lugares aislados. Jones a una fábrica de productos químicos abandonada, situada en Seattle. Burratti a la vivienda de un rancho deshabitado de Oklahoma. Cardesh al decimocuarto piso —vacante— de un edificio dedicado a oficinas en Chicago. Effunkle a un local vacío que había sido dedicado a almacén de armamento naval, situado en Imperial Valley, cerca de la frontera mexicana. Cada individuo del equipo tenía asignados diez o doce operadores que permanecían ocultos.

A fin de conseguir una eficaz supresión de estímulos exteriores, a los sujetos de este equipo de experimentación se les condicionaba bajo tres facetas diferentes: inmovilidad, estática del entorno y desvinculación de la realidad.

Inmovilidad. Los sujetos de experimentación llevaban unos trajes de inmovilización

acolchados para aislar a sus usuarios del entorno táctil, trajes que estaban controlados por diversos puntos a fin de suprimir la autonomía muscular. Así, los cinco dedos de los guantes de cada mano terminaban en unos cables que podían activarse a voluntad desde un tablero de control a distancia, obligando al sujeto a subir o bajar los brazos y a efectuar los giros precisos. Otras extensiones de cable de tipo similar permitían a los controladores obligar a levantarse o sentarse al sujeto sin necesidad de darle orden o indicación alguna.

Durante el tiempo de adiestramiento, los sujetos solían estar situados en una plataforma circular que podía girar a voluntad de los encargados de control.

Estática del entorno. Las cuatro zonas de reclusión correspondientes a los experimentados eran amplias, a fin de evitarles la familiaridad con las cuatro paredes y para que gravitase sobre ellos el peso de la perspectiva. Las paredes estaban insonorizadas y pintadas de blanco. La iluminación era uniforme (evitando la oscuridad por la tendencia que induciría hacia el sueño o la alucinación). En tres de las cuatro zonas de adiestramiento fueron instalados unos sistemas acústicos de manera que los sujetos a experimentación pudieran percibir sus propios ruidos corporales, tales como el roce de los vestidos con la piel, etc.

Salvo en los períodos de descanso apenas se hacía uso de pantallas de televisión, para incrementar el nivel de aislamiento. Los operadores permanecían siempre fuera de la vista de los experimentandos tanto durante los períodos de adiestramiento como en los de descanso.

Desvinculación de la realidad. Era éste otro de los aspectos implícitos en la separación de la normalidad, ligado a los otros dos condicionamientos previos. La puesta a punto del metabolismo de los experimentandos se iba a conseguir sin el uso de drogas, pero los alimentos eran controlados cuidadosamente en cuanto a hidratos de carbono y proteínas, así como en lo tocante a las propiedades de viscosidad, aroma, sabor, color y temperatura.

Durante el entrenamiento en el aislamiento, se modificó el ciclo normal de veinticuatro horas diarias, que pasó a convertirse en una jornada de diecinueve horas y media a fin de condicionar las respuestas circadianas a un ritmo más rápido. Las zonas de adiestramiento estaban diseñadas de tal forma que era posible modificarlas para variar sus dimensiones y formas. Durante los primeros períodos de adiestramiento se hizo uso de los infrasonidos, pero se desechó su utilización al apreciar síntomas de incomodidad.

Notas para la continuación de esta narración: Destacar la creciente confusión de

personalidad en cada caso. Seguir con detalle el tiempo de descanso individual, gran parte del cual se invierte en contemplar imágenes televisivas estáticas. Aclárese indirectamente al lector que no está permitido ni es posible ningún tipo de actividad sexual (fornicación, masturbación, sueños con derrame nocturno, erecciones, etc.). Bloqueo psíquico. Pantallas de televisión contribuyendo al mismo fin.

Al cabo de los dos años, los cuatro individuos son considerados aptos para operar con ellos y se les sitúa en un lugar desconocido; un antiguo aeropuerto se ha transformado a tal fin. (Descríbasele al lector en forma atractiva pero cuidando de que nada resulte excesivamente claro. Los tabiques para la división de espacios son regulables, hay cajas de resonancia y pasillos extra, supresión de esquinas a escuadra, grandes extensiones vacías por doquier. Desde los ventanales de gruesas lunas la vista es brumosa y poco definida, imitándose los típicos días ingleses mediante niebla artificial, o realizando el experimento en Terranova.)

El equipo formado por los cuatro sujetos pasará doce horas diarias recorriendo la zona y confeccionando planos de la misma. Los operadores procederán a la modificación de los parámetros territoriales alterando periódicamente los elementos regulables de separación de espacios (tabiques móviles). Cambios en la iluminación. Los períodos de reposo comprenden el aislamiento individual y cuatro horas completas de contemplación de la pantalla de televisión.

Patrón del programa visual. Visualización de frases:

Los experimentandos llevan trajes de inmovilidad.

Estos trajes están acolchados,

usuarios del entorno táctil,

y controlados en diversos puntos para reducir

Los cinco dedos del guante de cada mano

cables activables a distancia

A voluntad haciendo incorporarse al experimentando

Giros extensiones similares de cable

los controladores a distancia para hacer que el sujeto de experimentación

Sin darles orden alguna

(Barajar sucesivamente estas frases cada treinta segundos.)

Visión animal. Se han situado tres cámaras de T.V. en un recinto en el que se hallan dos okapis hembras. Una de las cámaras es autodesplazable y las otras dos permanecen fijas. Con el fin de conseguir la máxima inactividad posible en los okapis, la temperatura se mantiene baja. Mediante tres monitores de televisión, los televidentes pueden ver lo que recogen las cámaras, si bien la mayor parte del tiempo las pantallas aparecen vacías. De vez en cuando se puede ver un fragmento de okapi.

Describirlo detalladamente.

Lo mismo con otros programas visuales para que el lector los encuentre verosímiles.

Introducir notas breves pero vividas acerca de los sueños sigma e ypsilon de los individuos haciendo hincapié en la gradual desaparición de los sueños tipo tau. Causa probable: aumento de la capacidad integradora/desintegradora en algún punto situado fuera de la psique.

El lector queda así preparado para la aparición del elemento aventura en forma gradual. Los cuatro individuos, en sus excursiones cartográficas, han trazado en el plano las «líneas de fuerza emocional» que han ido detectando en el aeropuerto. El lector que cree que se trata de algo irreal se da cuenta poco a poco de que aquello está sucediendo. En este momento aparece un signo preliminar de VPA (Vida Psíquica Ajena).

Los hombres contemplan por primera vez (visualmente) manifestaciones de VPA en una habitación estrecha, cuadrangular, con paredes muy altas. La VPA se presenta como lo haría un ratón. Suena como ruido de periódicos (¿el *Daily Telegraph*?). Tienen una evidente incapacidad para sentir emociones. Durante un largo rato nada cierto existe. ¿Ven una silueta corriendo hacia el exterior del aeropuerto y cómo se estrella y se desintegra contra una pared de hormigón? ¿Ven cómo Jones derriba a un asaltante estrangulándolo? (¿Indumentaria vieja y extraña? ¿Un sillón todavía en brasas en el interior de un despacho destruido? ¿La luz moteada? Introducir en este punto el sueño del accidente automovilístico de Olga.) El período de adiestramiento les ha sensibilizado tanto que la mayoría de las cosas les parece que es la primera vez que las ven (como si se tratase de algo remoto y extraño). Su diálogo. Aséptico.

Culminación. Quizá saldría mejor una película que una narración. Los que filmaron la película *Probability A* harían sin duda un buen trabajo. La música ayudaría notablemente. Quizá un poco de Erik Satie y de Poulenc. Nada más aterrador o distante que el fantasma de un piano.

Hasta el momento los individuos han permanecido tranquilos, como subyugados, aparentemente cohibidos. No podemos asomarnos a su interior salvo a través de sus sueños. Luego, durante uno de sus recorridos —cuando se les han proporcionado toda clase de indicios—, descubren un ser. Inmediatamente hace presa en ellos la brutalidad y la depravación ante la sola idea de dar caza a «aquello». El arrebató de violencia les hace mostrar perversidad. Empuñan todas las armas como estacas, cachiporras, etc. (en el texto no se da explicación de ningún género sobre la presencia de tales objetos). Se desencadena una cacería implacable. En el exterior, más VPA se están autodestruyendo contra paredes y puertas cerradas.

Violencia en la cacería. Muchos cristales rotos, los tabiques de división de espacio destrozados, puertas reventadas y mesas de oficina volcadas.

Incidentalmente son conducidos por Burratti hasta penetrar en un puesto de control desde el cual dos operadores estuvieron grabando lo sucedido. Ambos operadores caen derribados, arrastrándoseles mediante cables y matándoseles sádicamente, tras lo cual sus cadáveres son arrojados por la ventana. Durante esta salida parte de la iluminación interior se apaga.

Effunkle resulta gravemente herido al caer desde dos pisos de altura por un hueco de ascensor. Lo dejan sobre una báscula. Tiene la barbilla y las mejillas cubiertas de pelo blanco mal afeitado. Los otros tres individuos consiguen atrapar a uno de los seres que aparecieron.

En este punto es preciso un exquisito cuidado en la descripción. Sin añadir ni quitar. La VPA está vestida como un ser humano (se sugieren prendas excéntricas y pasadas de moda). Es difícil precisar la talla. Muestra gran vivacidad, grita con voz que parece ordinaria, obscena (¿absurdo?). Le golpean. Resulta tan repulsiva que no pueden evitar apalearla. La machacan y descuartizan antes de caer agotados.

Cuando se recuperan Effunkle está muerto y los restos de aquel ser, de la Vida Psíquica Ajena que han matado, ya no están allí. Jones, Burratti y Cardesh vuelven a parecer unos zombies como cuando estaban contemplando la visualización de animales y de frases.

Es probable que aquí falte material. De todas maneras, ellos se repliegan a través del caos (¿sale humo del aeropuerto?). Entran en estado cataléptico cada uno por separado, o al menos dan la sensación de una acusada ausencia mental. Inmovilidad del okapi (¿es un reno?).

Otras manifestaciones (¿serán acaso solamente los cristales rotos que caen de las ventanas batientes?).

Una manifestación segura. Algo parecido a un cuello de gabán vuelto hacia arriba. Un curioso sombrero viejo. Cardesh, reanimado, entra en acción. Busca a Burratti y a Jones y juntos comienzan de nuevo la cacería. Lentamente al principio. Implacable. Luego violenta y convertida casi en algo mecánico. Por un instante parece verse aquel pequeño ser que rebulle con los faldones del gabán al aire: mitad clown, mitad trasgo. Se entrevé el rostro de Cardesh, poseído por la furia, ante aquel ser que grita al ser perseguido.

Hay un asomo de comunicación. ¿Qué significa? ¿Qué dice? ¿Se trata de una orden?

Se detienen los perseguidores. ¿Es posible que hayan entendido el lenguaje de la VPA? ¿Quién es el cazador y quién el cazado? Se sienten impotentes en sus respectivos papeles. Atraviesan una pantalla. Allí aquel ser se halla con una sonriente muchacha vestida con pieles. Sujeta con la brida al reno y van a besarse. El destello de luz se apaga y únicamente se ve a la VPA acosada implacablemente por tres hombres. No pueden evitar darle muerte. La acorralan en un rincón y los tres individuos se echan sobre aquel ser frenético.

Pero está allí. ¿No es un ser hermoso? ¿No está desnudo, puro e inmaculado y

todo lo demás que ellos creían que no podría ser? Cardesh le abofetea. Se trata del tonto del pueblo, del criminal, del forastero retrasado mental. Brilla como una estrella y es inocente como un animal.

Sonríe súbita y cruelmente diciendo:

—Tú y yo somos una misma persona.

Cardesh sabe a lo que se enfrenta, y cuando los otros dos matan a aquel ser, él muere.

Igual que en mi sueño.

Si llego a escribirlo me gustaría hacer el final menos parecido al final de la narración que antecede.

UN EFECTO SECUNDARIO CULTURAL

De las tres narraciones ésta es la más imposible. Los hechos, empero, son bastante verosímiles (en cierto sentido ya han ocurrido). No obstante, lo que me parece más allá de toda posibilidad es contarlos según la narrativa clásica; es decir, con un principio, un desarrollo y un final, con abundancia de juego escénico entre los personajes mientras se desarrollan los diferentes tiempos de la obra (¡tal y como gustaba antes de la era «Post-Renacentista»!). De todas formas esto es todo lo que he podido conseguir:

En buena armonía con los humanos vivían unos seres extraños que enriquecían la vida de los hombres en el plano cultural. Absorbíales en extremo la cultura. En el plano físico no diferían en nada de los hombres y mujeres corrientes, pero resultaban completamente distintos de los humanos debido a un elemento carismático irresistible. Las apariencias eran engañosas, tal como tradicionalmente se supone que son.

Uno de estos seres extraños me invitó a su casa. A pesar del agobiante trabajo de la Universidad, decidí tomar un día de permiso y acudir a visitarle. Había estado demasiado enfrascado en el laboratorio desde que Olga Illes y mi amigo Cardesh habían muerto (más tarde averigüé que Cardesh era hermano de Olga y que su muerte ocurrió el mismo día; esta aclaración va destinada únicamente a quienes gustan de los detalles caprichosos propios de la ficción ochocentista en su apogeo).

Las casas de los extraños son fantásticas, aunque preferentemente viven en las ciudades terrestres. Antes de entrar en sus hogares se debe efectuar cierta aproximación ritual tridimensional. La complejidad de dicho rito de aproximación — que supone el participar de los cuatro elementos clásicos: agua, tierra, aire y fuego— tiene un raro pero hermoso efecto, incluso para un ser humano normal y corriente. Al llegar al interior se percibe una sensación indescriptible. No hay palabra que la pueda expresar.

El nombre del ser extraño que me invitó era Ben Avangle; su esposa se llamaba

Hetty. Digo esposa, pero se trata solamente de la abreviatura humana para definir su vínculo. Tenían dos hijos adolescentes: Josie y Herman. Me recibieron cordialmente, pero su mera presencia hizo dar un vuelco a mi corazón. Los cuatro miembros de aquella familia, según me dijeron casualmente cuando subíamos al interior de su casa, eran grandes aficionados a la literatura de Robert Louis Stevenson.

—¿Stevenson? —dije yo jovialmente, añadiendo—: Viejo Tusitala, el Contador de Cuentos... ¡Qué buen estilista fue ese hombre!

—Un buen estilista —convino Ben.

Yo sabía que aquello era solamente el principio de la conversación, aunque presentí que podría continuarla y disfrutar de ella. En mis tiempos de estudiante de literatura, me había apasionado esta disciplina incluso antes de que me diese cuenta de que autores de cierto tipo de ficciones —tales como Horace Walpole, Anne Radcliffe, Mary Shelley y el propio Stevenson— se habían basado en los sueños para su obra de creación literaria. Es más, después de la muerte de Olga, yo me convertí en heredero de su biblioteca. Modificando en mi favor su testamento debió pretender gratificar el intelecto del hombre que había gratificado su cuerpo; y junto a numerosas obras en portugués, entre las que había más ediciones de Camoens de las que yo hubiese deseado, encontré otras obras de novelistas ingleses entre los que destacaba nada menos que el gran R. L. Stevenson, representado por la monumental y hasta monstruosa edición de Tusitala, publicada por Lloyd Osbourne. Ahora me sentía feliz de haberme «empapado» de Stevenson.

—Y más que un estupendo estilista —terció Hetty—, pues el estilo igual puede encubrir que revelar el significado. Stevenson utiliza el estilo de ambas formas, de manera que el lector siempre se halla ante la encrucijada del misterio y la revelación.

—No puedes hablar del estilo como si se tratase del equivalente de la función, madre —dijo sonriente Herman.

—Me temo que Herman sea el tonto de la familia —dijo jovialmente Ben dirigiéndose a mí.

—Puede que yo sea el tonto de la familia —dijo Herman—, pero insisto en que el estilo tiene más de forma que la función. En cuanto el estilo asume el papel de la función, como pasa en las obras de William Locke (1863-1935... no, perdón... 1930), entonces se percibe cierta falta de funcionalidad en el contenido.

—Está bien, está bien, charlatán —dijo Josie haciendo muecas a su hermano—; pero estamos hablando de R. L. Stevenson y no de Locke.

—Yo también estoy hablando de Stevenson —respondió Herman—. No hay nada de no-funcional en el contenido de Stevenson y ésa es precisamente mi tesis.

—Bueno —dijo Ben—, ¿por qué no os marcháis al cuarto de jugar y allí seguís discutiendo entre los dos esa faceta de Stevenson?

Y así sucesivamente se le irá soltando al lector tanta payasada literaria de este talante como pueda soportar. Finalmente Ben y yo nos sentaremos a conversar; es más fácil manejar dos personajes que cinco.

Notas sobre los seres extraños. En algún momento se debe aclarar que estos extraños no proceden de un planeta distinto; tal concepto es espinoso. Hay que hacerlos surgir súbitamente de una generación de la raza humana; lo mismo que existió una generación de grandes ingenieros hacia finales del siglo XVIII. Pero estos seres proceden de un error químico-farmacéutico, lo mismo que los «hijos de la talidomida» en la década de los años 50 y 60. En este caso, el error fue debido al uso de un tranquilizante que tomaron las madres gestantes en la primera fase de su embarazo. Sus efectos secundarios, al afectar solamente al plano cultural, no pudieron ser apreciados en los animales de experimentación. Se ha demostrado que los genes culturales son de carácter hereditario. Los extraños son auténticos obsesos culturales.

Ben y yo nos sentamos a charlar sobre R. L. Stevenson. Me esfuerzo por mantener intacto mi «ego» en presencia de mi anfitrión, que me dice:

—No le molesta a usted mi manera desenfadada de hablar de lo que escribí, ¿verdad?

—De ningún modo. ¿Por qué lo dice?

—Usted es un ser civilizado. Algunos se molestan, como le pasaba a la generación humana anterior a ustedes cuando se hablaba del sexo. Pero es un tema tan fascinante... ¿Por qué sentir vergüenza? Cuando pienso, especialmente en el *Robin Hood* de Stevenson, soberbia conjunción de forma y de contenido...

—¿Se refiere usted a *La flecha negra*? —le pregunté.

—No, no, no. Se publicó en 1888, el mismo año que *La flecha negra*. Probablemente por eso se confunde usted. Se trata de dos novelas distintas. El título original completo de la obra a que me refiero es: *Mebuck Tea and Robin Hood*. Se trata de la gran obra de la literatura mundial. Casi podría decir que dramatiza el dilema del hombre al que le toca representar dos papeles sin comprender completamente ninguno de los dos, aunque hacia el final llega a tomarles cariño a ambos. Él, desde luego, se convierte en el héroe legendario de R. L. Stevenson, Robin Hood, del que hace una especie de personaje a lo Fausto. Un Fausto de los bosques. ¿No conoce el libro?

Yo estaba confuso y él me tendió un ejemplar que sacó de una de las estanterías explicándome:

—Es la reimpresión de 1891. La edición ilustrada por Frank Papé.

Era un tomo encuadernado en tela negra y exquisita impresión en octavo grande con letras rojas en el lomo y pastas: *Mebuck Tea and Robin Hood*. No podía recordar aquel título en mi edición de Tusitala. Observé que aquel ejemplar estaba dedicado, de su puño y letra, por R. L. Stevenson a sir Edward Elgar.

—He estado leyendo *Catriona* —dije.

Había que cortar tan absurdo diálogo. Quizá yo debiera visitar a los Avangle en

más de una ocasión. ¿Es preciso mayor respaldo social? (Las extensas y desenfundadas lecturas poéticas, así como las enjundiosas exégesis de las obras de Arnold Bennett son capaces de desbancar a diversiones tan tradicionales como el fútbol.)

Describir a Ben Avangle. Calvo, macizo, nada insignificante, más bien solemne. De piel azulada. Insistir en que los extraños tienen el cutis azulado. Destacar su cualidad carismática a fin de que la sorpresa final resulte más verosímil (proyección de la personalidad como objeto físico). Avangle más poderoso, ¿yo más inefectivo?

—*Catriona* apenas puede compararse con *Mebuck Tea and Robin Hood* —dijo Ben con suficiencia.

—Sin embargo a mí me gustó...

—Pero es una lástima que no podamos gozar demasiado de Stevenson. Algunas de sus obras se dejan de imprimir a veces. Sepa usted que estoy tratando de que se apruebe en el Congreso una ley que declare ilegal para los editores el no incluir en sus catálogos de obras publicadas y en prensa un mínimo de tres títulos de Stevenson. Ese chiflado de Bergsteinkowski, cuya parcialidad respecto a María Edgeworth me parece un tanto desequilibrada, está frenando considerablemente mi propósito.

—No me dicen gran cosa las novelas de María Edgeworth —dije.

Mi interlocutor se incorporó y me miró con incredulidad.

—Pero ¿no diría usted que *Castle Rackrent* es una obra maestra? Dígaselo a Bergsteinkowski... ¿Cómo es posible leer a James Joyce o a Beckett sin apreciar en profundidad *Castle Rackrent*?

—Bueno...

—Pero yo añadiría que sus dos sinfonías son probablemente las obras de María Edgeworth que la posteridad recordará mejor dentro de unos años. Fue un milagro que hace dos años apareciesen al revolver tras la tablazón del castillo Malahide.

Yo no lo había oído y dije:

—Volvamos a Stevenson.

—Lo siento, Stevenson, desde luego. Efectivamente, usted me estaba diciendo lo mucho que le ha gustado *Catriona*. Ahora lo que debe hacer si no lo ha hecho ya, es leer su continuación: *Mornings Id*. La frase inolvidable con que comienza: «El deplorable litoral de nuestro reino insular es parte de nuestra vida en el océano y su conocimiento le ayudará a tomar una decisión la próxima vez que vea a un marinero embrutecido e inamistoso.» Únicamente un maestro de la prosa —concluyó— es capaz de comenzar con una osadía y desfachatez semejantes.

—*Mornings Id*, ¿verdad? —El título no me sugería nada.

—Ya verá cómo le suena a usted en seguida. Es un auténtico poema tonal. Por cierto, ¿no reconoce usted la música? —preguntó molesto.

Yo me había dado cuenta de que en la habitación sonaba música y al prestarle atención me di cuenta de que la estaba enjuiciando y de que no me gustaba.

—No acabo de encuadrarla bien —dije, pues, en efecto, aquello sonaba a una

mezcla de Offenbach y Mozart juntos, colaborando en una jornada festiva. A continuación pregunté—: Siglo XIX, ¿verdad?

—Cierto, cierto —exclamó Ben casi palmoteando de alegría—. Se trata del poema tonal *Red Igloos* del propio R. L. Stevenson. Esa peculiar línea melódica...

Aquello me seguía sonando a una mezcla de Mozart y Offenbach. El tedio me hizo incauto y comenté:

—No tenía ni la más leve idea de que Stevenson escribiese música.

El extraño trató de no mostrarse sorprendido. Me miró profunda e inquisitorialmente mientras explicaba:

—No sólo componía Stevenson, sino que además interpretaba. Era amigo íntimo de Elgar. Se lo presentó W. E. Henley, que era un estupendo violinista. Henley formó un cuarteto de cámara con Wells, Whistler y... ¿Cómo se llamaba? Ah... sí... Campbell-Bannerman. Desde luego, la música de Stevenson es bien conocida y apreciada, siempre lo ha sido. Su poema sinfónico *Renickled* influyó en Debussy. Se me antoja que nosotros los extraños hemos sido el medio —si se me perdona la petulancia— que ha permitido acercar más la música de Stevenson hasta el público...

Seguir por este camino mientras el sistema nervioso del lector sea capaz de aguantarlo.

Los extraños poseen tal grado de percepción creativa que están socavando el entramado de la cultura. La cultura exige un mínimo de atención. En una fase posterior de la narración, decido investigar el inconsciente de los extraños y persuado a Ben Avengle para que acuda al laboratorio haciendo hincapié en la importancia cultural que puede tener nuestra investigación relativa a los sueños.

A última hora de la noche, antes de dormir a Ben, en el laboratorio, le pregunto acerca de las otras obras de Stevenson.

—Posiblemente sepa usted que Hetty y yo fuimos a Samoa, donde murió Robert L. Stevenson —dijo Ben—. Allí encontré el manuscrito de su mejor obra en prosa, *My Unasyns*. Estaba a la venta en un bazar del barrio comercial. Lo adquirí y lo mandé publicar. Recordará usted que hace tres años causó sensación en el mundillo literario.

Yo no recordaba aquello, es más: ni siquiera el título me resultaba familiar.

—¿Cómo pudo hacer usted un descubrimiento literario de esa categoría, Ben? —le pregunté.

Nuevamente clavó en mí sus ojos inquisidores. ¡Aquel carisma peculiar! Se quitó de la sien izquierda uno de los electrodos y echó mano de un lápiz mientras me decía:

—Voy a ser franco con usted. Ante todo tuve una premonición, ya que en los títulos de Stevenson encontré una especie de plantilla o patrón. ¿Sabe usted que la novela que dejó sin acabar se llamaba *Hermiston* o, como se la conoce generalmente, *The Weir of Hermiston*?

En una hoja de papel de filtro dibujó un diagrama en el que escribió:

HERMISTON

—Imagínese —me dijo— un dado de diez lados en cada uno de los cuales hay espacio para una letra, o nueve dados en los que cada uno pueda mostrarnos seis letras, y un guión que podemos intercalar en donde queramos. ¿De acuerdo? Pues entonces, veamos qué otros títulos de Stevenson puede usted encajar en este diagrama, poniendo una letra en cada cuadrícula.

Prácticamente sin pensarlo se me ocurrió una respuesta:

KIDNAPPED

—Muy bien, ¡discurre usted muy de prisa! —dijo.

—¿Y por qué razón hacía Stevenson que sus títulos fuesen encasillables de este modo? —inquirí.

—Pues acaso su inspiración pudo proceder de su propio nombre, que también tiene nueve letras:

STEVENSON

—¿Qué otros títulos de este autor encajan también en la cuadrícula? —pregunté sorprendido por lo que estaba averiguando.

Por toda respuesta mi interlocutor guardó silencio y escribió:

ROBIN-HOOD

—Pero ése no era el título completo —protesté—. El título completo era el de *Mebuck Tea and Robin Hood*...

Con gesto triunfal escribió:

MEBUCK-TEA

—Y tenemos también toda su maravillosa música —exclamó.

RENICKLED
NO-SCALTER
RED-IGLOOS

»Desde luego —añadió—, tenemos la continuación de *Catriona*, acerca de la cual mantuvimos el otro día una interesante e instructiva conversación:

MORINGS-ID

»¿Y qué decir de su poema épico dedicado a la enfermedad?:

MENINGITIS

—¿Se da usted cuenta de adónde quiero ir a parar? Para mí fue sencillísimo computar las letras de Stevenson necesarias para completar cada cuadrícula en cuanto tuve unas pocas pistas. Las permutaciones que caben son muchas, pero no son infinitas, y por lo tanto deduje que existía o había existido otra obra de su fecunda pluma titulada *My-Unasyns*. Teníamos la certeza de que en Samoa nos aguardaba aquel descubrimiento. Hetty y yo encontramos también algunas muestras de su escultura.

La narración concluye —o concluirá algún día si llego a ver claro mi camino— con nuestra prueba de laboratorio sobre los sueños de Ben, demostrando en forma incontrovertible que los sueños del tipo ypsilon en los seres extraños pueden llegar a materializarse en formas concretas, en determinadas circunstancias. Por suerte, la mentalidad extraña parece ser absolutamente inocua, de manera que la materialización aludida no tendría por qué resultar peligrosa.

Los párrafos que siguen ponen de relieve: Cuánto lamento que Ben Avangle sólo pudiera quedarse en el laboratorio, para dormir, una noche. Cómo a la mañana siguiente estaba yo dando grandes zancadas por la habitación. Cómo encontré en las inmediaciones de la sala de conferencias una novela encuadernada en piel flexible, cuyo título rezaba: *Ken's Stone*, por R. L. Stevenson. Este ejemplar estaba firmado por el propio Stevenson con una dedicatoria de su puño y letra para su amigo y compañero el violinista W. E. Henley.

La narración debe ser algo más que una anécdota. Los extraños nos desvían de nuestra propia cultura.

Estas proyecciones psíquicas tangibilizadas difieren cuantitativamente, pero apenas cualitativamente, de las ficciones de Walpole, Radcliffe y Shelley citadas anteriormente y que tienen su origen en el «yo» soñante. La mentalidad extraña, debido a un peculiar fenómeno en uno de los circuitos cerebrales, puede generar la energía para obtener directamente durante el sueño el producto terminado. Introducir otros pasajes a fin de dar verosimilitud a este concepto.

Por entonces Anna estaba viviendo conmigo nuevamente y nos las arreglamos para crear un poco de felicidad entre nosotros. Hubo días e incluso semanas en que yo estuve convencido de que había conseguido vencer definitivamente su dependencia de las drogas. Una noche estábamos en compañía de unos amigos brasileños, sentados alrededor de la chimenea, discutiendo sobre el auge sensacional que recientemente habían experimentado los óleos de Samuel Johnson.

No, eso es demasiado.

Tratar de demostrar lo difícil que resulta la vida, incluso para los extraños.

Cuán difícil es el arte y cómo llega a morir si lo reducimos a fórmulas.

Cómo el arte quizá debiera ser difícil y no gozar de gran predicamento. Mostrar asimismo cuán enigmático resulta el universo, lleno de paradojas y de imprevisibles

efectos secundarios.

Cuán arbitrario es todo...

Cómo los extraños están socavando y devaluando la poca cultura que tenemos, por el simple hecho de mostrar por ella una afición exagerada.

Por eso no pude concluir jamás mi narración. No estoy de acuerdo con la inevitable moraleja.

Apéndice

Estas tres narraciones trillizas —tragedia, cuento y comedia— parecen versar sobre esa zona de la vida en la que el arte y la ciencia coinciden con la naturaleza. Éste es el escenario en el que suele acontecer la mayor parte de lo que escribo actualmente. La idea de que el arte es todo le preocupa a uno más cada vez.

La ciencia ficción es un medio ideal para este tipo de preocupaciones; algo así como un inmenso campo de liza en el que pueden enfrentarse las especificidades de la ficción con las generalizaciones de la ciencia. Este fértil y hermoso terreno ha sido pisoteado con tanta frecuencia por la ciencia ficción barata (aventuras de superhombres y filosofías de pacotilla) que quienes prefieren el ingenio y el talento a las fantasías de poder acuden generalmente a beber a otras fuentes. Sin embargo, a pesar de lo maltratada que está la ciencia ficción, aún puede servir para revalorizar la existencia. Pero los escritores atolondrados o tediosos que no van más allá de los gastados y banales lugares comunes (desde los vuelos a velocidades hiperlumínicas y la telepatía, tan en boga una generación atrás, hasta los problemas de la superpoblación y del erotismo mecanizado que tan difundidos están en nuestra generación) deben tener también muy en cuenta la forma narrativa, ya que forma y contenido constituyen siempre un todo indivisible.

Últimamente he venido intentando escribir lo que podríamos llamar enigmas, a falta de un vocablo más adecuado. Se trata de juegos o escapadas ligeramente superrealistas agrupadas de tres en tres. Es un tipo de construcción que permite el cruce de referencias y ofrece alguna que otra alternativa que no siempre es posible en las narraciones unitarias. He sentido siempre admiración por la ficción que no se demora en prolijas explicaciones y se atiene a la pura inexplicabilidad del universo (por eso, seguramente, autores como Hardy, Dostoyevski, Kafka y Kavan están entre mis favoritos). Estos intentos los dedico al enigmático universo en el que nos encontramos.

Novelas

Ice, de Anna Kavan.

Report on Probability A, de Brian W. Aldiss.

Alicia en el país de las maravillas y *A través del espejo*, de Lewis Carroll.

Tiempo marciano, de Philip K. Dick.

Cine

El año pasado en Marienbad, escrita por Alain Robbe-Grillet.

Relatos

Relatos de Anna Kavan.

Relatos de Edgar A. Poe.

SOBRE BRIAN W. ALDISS

Brian W. Aldiss nació en 1925. Ha escrito recientemente dos novelas, *The Hand-Reared Boy* y *Soldier Erect*, que han sido *best-sellers* en Gran Bretaña y que le proporcionaron un gran éxito comercial con el que completar la reputación literaria de que ha venido disfrutando durante diez años. Ha escrito varias obras de ciencia ficción, entre las cuales se cuentan *Greybeard*, *Hothouse*, *The Dark Light Years* y *Barefoot in the Head*, una de las más significativas novelas apocalípticas modernas. Aldiss fue redactor literario del *Oxford Mail*; vive con su esposa, Margaret, y sus hijos en Oxford, Inglaterra, en donde su gran éxito comercial le ha permitido no sólo volver al campo de la ciencia ficción (dos novelas en preparación), sino, en palabras textuales: «Sentarme en el jardín y leer muchísimo a Hardy.»

ROBOTS Y ANDROIDES

¿QUÉ ES EL HOMBRE?

POR
ISAAC ASIMOV

Las tres leyes robóticas:

1. Un robot no debe dañar a un ser humano, o, por falta de acción, dejar que un ser humano sufra daño.

2. Un robot debe obedecer las órdenes de los seres humanos, excepto cuando tales órdenes sean incompatibles con la primera ley.

3. Un robot debe proteger su propia existencia, excepto cuando tal autoprotección sea incompatible con la primera o la segunda ley.

1

Keith Harriman, que durante doce años había sido director de Investigaciones en U. S. Robots & Mechanical Men, Inc., descubrió de pronto que no estaba del todo seguro de si lo estaba haciendo bien.

Se pasó la punta de la lengua por los labios gruesos, pero más bien pálidos, y le pareció que la imagen holográfica de la gran Susan Calvin, que le contemplaba muy seria desde el muro, nunca le había mirado con expresión tan torva.

En general, no prestaba atención alguna a la imagen de la mayor robotista de la historia, porque verla le ponía nervioso. (Trataba de pensar en la imagen de una manera *neutra*, pero no lo conseguía nunca.) Esta vez trató de no pensar siquiera, pero su mirada, muerta desde tanto tiempo atrás, se le clavó en la mejilla.

Tenía que hacer algo, aunque hacerlo representase un acto horrible y mezquino.

Frente a él estaba George Diez, tranquilo y totalmente ajeno a la visible incomodidad de Harriman y a la imagen de la santa patrona de los robots que resplandecía en su hornacina por encima de sus cabezas.

Harriman dijo:

—No hemos tenido ocasión de discutir sobre ello, George. Llevas poco tiempo con nosotros y casi nunca hemos tenido la oportunidad de hablar a solas. Pero ahora me gustaría discutir el asunto en detalle.

—Estoy perfectamente dispuesto a ello —dijo George—. En el tiempo que llevo en U. S. Robots me he dado cuenta de que la crisis tiene que ver con las tres leyes.

—Sí. Tú ya conoces las tres leyes, naturalmente.

—Desde luego.

—No lo dudo. Pero ahondemos un poco más en la cuestión y veamos cuál es el problema básico. En dos siglos de éxitos considerables, y no hay duda de que lo han sido, U. S. Robots nunca ha llegado a convencer a los seres humanos de que acepten robots. Sólo hemos conseguido colocarlos donde realizan una función que no pueden llevar a cabo los hombres, o en lugares que los seres humanos consideran como peligrosos. Los robots han estado trabajando sobre todo en el espacio, y ello ha limitado lo que podríamos haber hecho.

—De todos modos —dijo George Diez—, hay un margen bastante grande dentro del que U. S. Robots puede prosperar.

—No, por dos razones. Primero, los límites fijados para nosotros decrecen sensiblemente. A medida que la colonia de la Luna, por ejemplo, se hace más compleja, su pedido de robots disminuye y cabe esperar que en el término de pocos años se prohíban allí los robots. Esto irá pasando sucesivamente en cada uno de los mundos colonizados por la raza humana. Segundo, una verdadera prosperidad es imposible sin robots en la Tierra. Nosotros, en U. S. Robots, creemos que los seres humanos necesitan de los robots y que deben aprender a vivir con sus homólogos mecánicos si es que ha de continuar el progreso.

—¿Y no lo hacen? Señor Harriman, usted tiene sobre la mesa un computador de comunicación que le mantiene en contacto con la organización Multivac. Un computador es una especie de robot-cerebro sin cuerpo...

—Cierto, pero es también limitado. Los computadores utilizados por la rama humana se han ido especializando cada vez más en evitar desarrollar un tipo de inteligencia que pudiera parecerse demasiado a la del hombre. Hace ya un siglo que estábamos en el buen camino para llegar a obtener una especie de inteligencia artificial del tipo más amplio, gracias al uso de grandes computadores que llamábamos Máquinas. Las Máquinas limitaron su acción por decisión propia. Una vez que hubieron resuelto los problemas ecológicos que amenazaban a la raza humana, se desconectaron ellas mismas. Dedujeron que prolongar su existencia hubiese hecho que se convirtieran en una especie de muletas para los hombres, y puesto que pensaron que esto iba en detrimento de los seres humanos, se condenaron a sí mismas por la primera ley.

—¿No hicieron bien, acaso?

—En mi opinión, no. Con su acción contribuyeron a aumentar el complejo de Frankenstein de la raza humana, sus profundos temores de que cualquier hombre artificial que creasen podía volverse contra su creador. El hombre teme que los robots lleguen a reemplazar a los seres humanos.

—¿No lo teme usted también?

—Tengo una opinión distinta. Mientras las tres leyes robóticas existan, no pueden hacerlo. Los robots pueden servir como compañeros a la raza humana; pueden participar en la gran lucha por comprender y dirigir sabiamente las leyes de la naturaleza, de tal modo que juntos pueden hacer más por la humanidad de lo que ésta

podría hacer sin ayuda; pero siempre manteniéndose al servicio de los seres humanos.

—Entonces, si gracias a esas tres leyes los robots se han mantenido dentro de sus limitaciones durante dos siglos, ¿de dónde arranca esa desconfianza que los seres humanos sienten por ellos?

—Bien —dijo Harriman rascándose la cabeza y arremolinando al hacerlo una buena parte de su pelo entrecano—. Superstición, principalmente. Por desgracia, existen también otras complejidades a las que se agarran los agitadores antirrobots.

—¿Referentes a las tres leyes?

—Sí. La segunda ley en particular. No hay problema alguno con la tercera. Es una ley universal, que dice que los robots deben sacrificarse siempre por los seres humanos, de cualquier clase que sean.

—Naturalmente —dijo George Diez.

—La primera ley es quizá la menos satisfactoria, ya que siempre es posible imaginar una situación dada en la que el robot tiene que efectuar bien una acción A o una acción B, mutuamente excluyentes y ambas perjudiciales para la raza humana. El robot debe, por tanto, seleccionar inmediatamente aquella que cause menos daño. Pensar en las líneas positrónicas que va a seguir el cerebro del robot no es fácil. Si de la acción A se deduce un daño para un joven artista de talento, y de la acción B un daño equivalente para cinco personas ancianas, sin ningún mérito particular, ¿qué acción debería elegir?

—La acción A, sin duda —dijo George Diez—. Dañar a uno es menos malo que dañar a cinco.

—Sí. Y, de hecho, se los ha diseñado para que decidan de esta forma. Esperar que los robots puedan emitir juicios sobre materias tan delicadas como el talento, la inteligencia, la utilidad general a la sociedad, etc., siempre nos ha parecido poco práctico. Ello retardaría la decisión hasta un punto que prácticamente los inmovilizaría. De modo que nos basamos en números. Por fortuna cabe confiar en que los robots no van a encontrarse con muchas crisis en que tengan que tomar decisiones de este tipo. Y ello nos lleva a la segunda ley.

—La ley de la obediencia.

—Sí. La necesidad de obediencia es constante. Un robot puede existir durante veinte años sin tener nunca que actuar con rapidez para evitar daño a un ser humano, o encontrarse en la situación de tener que autodestruirse. En todo caso, haga lo que haga, lo hará siempre obedeciendo órdenes. ¿Órdenes de quién?

—De un ser humano.

—¿De cualquier ser humano? ¿Cómo juzgar a un ser humano para saber si debe obedecerse o no? ¿Qué es un hombre, para que haya que tenerle en cuenta, George?

George vaciló ante esta frase.

Harriman se apresuró a decir:

—Es una cita bíblica. No importa. Lo que quiero decir es: ¿debe un robot obedecer las órdenes de un niño? ¿O de un idiota? ¿O de un criminal? ¿O de un

hombre perfectamente honrado e inteligente, pero que resulta ser un inexperto y por lo tanto ignorante de las consecuencias que puede tener su orden? Y si dos seres humanos le dan al robot dos órdenes contradictorias, ¿cuál es la que debe seguir?

—En doscientos años, ¿no se han presentado y resuelto estos problemas? —preguntó George.

—No —contestó Harriman, denegando violentamente con un movimiento de cabeza—. La cuestión se ha ido demorando por el hecho de que hasta ahora los robots han sido utilizados únicamente en misiones especializadas, en el espacio exterior, donde los hombres que los controlaban eran expertos en la materia. No había allí niños, ni idiotas, ni criminales, ni bienintencionados ignorantes. Pero aun así ha habido casos en que se han producido daños a causa de órdenes tontas o poco premeditadas. Daños que en campos limitados y concretos podían repararse. En la Tierra, sin embargo, los robots *tienen* que tener capacidad de juicio. Así dicen los que están en contra de los robots, y ¡maldita sea!, tienen razón en decirlo.

—Entonces hay que insertar la capacidad de juicio en el cerebro positrónico.

—Exactamente. Hemos empezado ya a producir modelos JG en los que el robot es capaz de juzgar a cada ser humano en relación con su sexo, edad, posición social y profesión, inteligencia, madurez, responsabilidad cívica, etc.

—¿Y cómo afectaría esto a las tres leyes?

—A la tercera ley, nada en absoluto. Incluso el robot más valioso se autodestruiría en beneficio del ser humano más inútil. Con eso no se puede jugar. La primera ley queda afectada únicamente cuando todas las alternativas puedan producir daño. También hay que tener en cuenta la cantidad y la calidad de los seres humanos que pueden ser afectados, con tal de que haya tiempo y base para tal juicio, lo cual no ocurrirá a menudo. La segunda ley será forzosamente la que sufra más modificación, ya que cada acto de obediencia lleva implícito un juicio. El robot será más lento en obedecer, excepto en los casos en que intervenga la primera ley, pero también obedecerá más racionalmente.

—Pero los juicios que se requieren son muy complicados.

—Mucho. La necesidad de emitir tales juicios retardó las reacciones de nuestra primera pareja de modelos casi hasta el punto de parálisis. En los modelos posteriores introdujimos varias mejoras por el sistema de ampliar el campo cerebral del robot, pero esto tenía la desventaja de hacerle demasiado poco manejable. En nuestros últimos modelos, sin embargo, creo que hemos logrado ya lo que queríamos. El robot no tiene que emitir un juicio instantáneo sobre el ser humano ni sobre la validez de sus órdenes. Empieza por obedecer a todos los seres humanos —como haría cualquier robot ordinario— y, luego, *aprende*.

—Sin duda que esto satisface a aquéllos que se oponen a los robots.

—No —dijo Harriman irritado—. Ahora enarbolan otros argumentos. No aceptan los juicios de un robot. Un robot, dicen, no tiene derecho a juzgar a esta o la otra persona como inferior. Al aceptar una orden de A, con preferencia a una de B,

califican a B como menos inteligente que A, y violan así sus derechos humanos.

—¿Cuál es, entonces, la respuesta a esto?

—No la hay. Me rindo.

—Comprendo.

—Me rindo por lo que a mí personalmente se refiere. Pero te paso a ti el relevo, George.

—¿A mí? —el tono de la voz de George no había cambiado. Había en ella tal vez un leve matiz de sorpresa, pero no se transparentaba apenas—. ¿Y por qué a mí, precisamente?

—Porque tú no eres un hombre —le respondió Harriman secamente—. Ya te he dicho antes que quería que los robots fuesen los compañeros de los seres humanos. Tú serás el mío.

George Diez levantó las manos, con las palmas hacia fuera, y abrió los brazos, en un extraño gesto humano.

—¿Qué es lo que puedo hacer? —preguntó al fin.

—Quizá te parece ahora que no puedes hacer nada, George. Tú fuiste creado hace poco, y eres todavía como un niño. Estás diseñado para no tener demasiada información original. Por eso, precisamente, he tenido que explicarte la situación con tanto detalle: para darte tiempo a que vayas creciendo. Pero tu mente se desarrollará y entonces estará en condiciones de abordar el problema desde un punto de vista no humano. Donde yo no veo solución, tú, desde tu propio punto de vista, puedes encontrar una.

George Diez dijo:

—Mi cerebro está diseñado por el hombre. ¿En qué aspecto puede no ser humano?

—Tú eres el último de los modelos JG, George. Tu cerebro es más complicado que todos los que hemos diseñado nunca; en cierto modo, mucho más sutilmente complicado que cualquiera de los que tuvieron las antiguas Máquinas gigantes. No está limitado en ninguna dirección, y partiendo de una base humana puede, quiero decir, lo *hará*, crecer en cualquier dirección. Sin salirse nunca de las fronteras de las tres leyes, puede llegar a ser totalmente no humano en su pensamiento.

—¿Es que sé lo bastante sobre los seres humanos como para ser capaz de abordar este problema racionalmente? ¿Qué sé sobre su historia? ¿O sobre su psicología?

—Es cierto. No sabes lo suficiente. Pero lo aprenderás tan rápidamente como puedas.

—¿Tendré ayuda en esto, señor Harriman?

—No. Esto queda entre nosotros. No lo sabe nadie más, y tú no debes mencionar el proyecto a ningún ser humano, ya sea en U. S. Robots o en cualquier otra parte.

George Diez preguntó:

—¿Es que estamos haciendo algo malo, señor Harriman, que tan secreto quiere guardar el asunto?

—No. Pero la solución de un robot no puede ser aceptada, precisamente por arrancar de un robot. Cualquier solución que se te ocurra tendrás que pasármela a mí. Y si yo la encuentro aceptable seré yo quien la presente. Nadie sabrá nunca que vino de ti.

—En vista de lo que ha dicho usted antes —contestó George Diez con calma—, ése es el proceder correcto. ¿Cuándo empiezo?

—Ahora mismo. Ya me ocuparé de que dispongas de todas las películas que necesites para tu información.

1a

Harriman estaba sentado solo. En el interior artificialmente iluminado de su oficina, no se notaba que ya había oscurecido fuera. No le parecía que habían pasado tres horas desde que devolviera a George Diez a su cubículo y le dejase allí con las primeras películas de referencia.

Ahora estaba solo con el fantasma de Susan Calvin, que, virtualmente sola, había desarrollado el robot positrónico, desde la especie de muñeco mecánico que era en un principio hasta convertirlo en el más versátil y delicado instrumento construido por el hombre. Tan delicado y versátil que el hombre no se atrevió a usarlo, por temor y envidia.

Había transcurrido un siglo desde su muerte. El problema del complejo de Frankenstein había existido ya en sus días, y ella no había conseguido resolverlo. Tampoco lo había intentado, porque no había necesidad. En sus días los robots se emplearon solamente para cubrir las necesidades de la exploración espacial.

Fue el mismo éxito de los robots lo que había hecho decrecer la necesidad que el hombre tenía de ellos y había dejado a Harriman, en el presente...

Pero ¿es que Susan Calvin habría recurrido a los mismos robots en busca de ayuda? Seguramente que sí.

Y allí se quedó sentado hasta bien entrada la noche.

2

Maxwell Robertson era el presidente y el accionista principal de U. S. Robots. Tenía un aspecto más bien corriente. Bien entrado en la edad madura, regordete y con un tic característico: cuando algo le preocupaba se mordía la comisura derecha del labio inferior. Sin embargo, en sus dos décadas de relación con los funcionarios del Gobierno había aprendido a manejarlos bastante bien. Su sistema era la suavidad, la aparente aquiescencia, la sonrisa, y siempre se las arreglaba para ganar tiempo.

Sin embargo, las cosas se iban haciendo cada vez más complicadas. Y la razón

principal de ello era Gunnar Eisenmuth. De todos los conservadores con los que Robertson había tratado —y su autoridad ocupaba el segundo lugar, detrás del Ejecutivo Global—, Eisenmuth era el menos dispuesto al compromiso. Era el primer conservador que no era americano de nacimiento, y aunque no se podía demostrar que sintiera abierta hostilidad por el arcaico nombre de U. S. Robots, todos en la firma lo creían así.

Se había sugerido, y no era la primera vez que se pensaba en ello aquel año, ni siquiera durante aquella generación, cambiar el nombre de la sociedad por el de Robots Mundiales, pero Robertson no estaba dispuesto a permitirlo. La compañía se había constituido en un principio con capital americano, cerebros americanos y trabajo americano, y aunque hacía tiempo que servía al mundo entero, el nombre debía recordar sus orígenes, por lo menos mientras él continuase dirigiéndola.

Eisenmuth era un hombre alto, con una cara alargada y triste de rasgos rudos y piel áspera. Hablaba la lengua global con marcado acento americano, aunque nunca había vivido en los Estados Unidos hasta que tomó posesión de su cargo.

—Para mí, está perfectamente claro, señor Robertson. No hay dificultad alguna. Los productos de su compañía son siempre alquilados, nunca vendidos. Si los que tiene en la Luna, bajo alquiler, no son ya necesarios, a usted le toca recibirlos y enviarlos a otro lado.

—Sí, conservador. Pero ¿adónde? Sería ilegal traerlos a la Tierra sin permiso del Gobierno, y ya sabe que nos lo han denegado.

—Aquí no le servirían a usted de nada. Puede enviarlos a Mercurio, o a los asteroides.

—¿Qué haríamos allí con ellos?

Eisenmuth se encogió de hombros.

—Seguro que a los hombres de talento de su empresa se les ocurrirá algo.

Robertson meneó la cabeza.

—Sería una pérdida enorme para la compañía —dijo.

—Estoy seguro de ello —contestó Eisenmuth, inmovible—. Pero según tengo entendido la compañía ha estado ya en dificultades financieras durante varios años.

—Debido principalmente a las restricciones impuestas por el Gobierno, conservador.

—Hay que ser realistas, señor Robertson. Usted ya sabe que la opinión pública se muestra cada vez más contraria a los robots.

—Equivocadamente, conservador.

—Pero es así. Tal vez lo más inteligente fuese liquidar la compañía. No es más que una sugerencia, naturalmente.

—Sus sugerencias tienen fuerza, conservador. ¿Tengo que recordarle que hace un siglo nuestras Máquinas resolvieron el problema ecológico?

—Estoy seguro de que la humanidad les está agradecida, pero de esto hace mucho tiempo. Ahora, en la actualidad, vivimos en armonía con la naturaleza, por incómodo

que ello pueda resultar a veces. Y el pasado es oscuro.

—¿Se refiere a lo que hemos hecho por la humanidad últimamente?

—Tómelo así.

—No se puede esperar que liquidemos en un momento, sin llegar a pérdidas verdaderamente enormes. Necesitamos tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Cuánto pueden darnos?

—Eso no depende de mí.

Robertson dijo con suavidad:

—Estamos solos ahora. No es necesario fingir. ¿Cuánto tiempo puede darme?

La expresión de Eisenmuth era la de un hombre que está meditando.

—Digamos un par de años. Seré franco con usted. El Gobierno Global tiene la intención de quedarse con la firma y desmontarla, si no lo hace usted mismo. Y a menos que se produzca un enorme cambio en la opinión pública, lo que dudo mucho que suceda... —meneó la cabeza.

—Dos años, entonces —dijo Robertson, suavemente.

2a

Robertson estaba solo, sentado frente a su mesa. Su pensamiento no seguía una directriz precisa y se había convertido en introspección. Cuatro generaciones de los Robertson habían dirigido la firma. Ninguno de ellos era un robotista. Habían sido personas como Lanning y Bogert, pero sobre todo y *especialmente* Susan Calvin, los que habían hecho de U. S. Robots lo que era. Los cuatro Robertson, sin embargo, habían proporcionado el clima propicio para que ellos pudiesen trabajar.

Sin U. S. Robots, y sin las Máquinas que durante una generación entera habían conducido a la humanidad a través de los rápidos y los meandros de la historia, el siglo XXI hubiese navegado hacia el desastre.

Y ahora, como recompensa a todo lo hecho, le daban dos años. ¿Qué se podía hacer en dos años para vencer los obstinados prejuicios de la humanidad? No lo sabía.

Harriman había hablado con esperanza de algunas nuevas ideas, pero no había entrado en detalles. Mejor así, porque Robertson no los hubiese entendido, de todas formas.

Pero ¿qué es lo que podía hacer Harriman? ¿Qué es lo que nadie había podido hacer nunca contra la intensa antipatía que mostraban los hombres contra la imitación? Nada.

Robertson se dejó caer en un semisopor que no le trajo inspiración alguna.

—Ahora ya lo tienes todo, George Diez —dijo Harriman—. Todo aquello en lo que he podido pensar y que se puede aplicar al problema. Por lo que se refiere a la pura masa de información, tienes ya almacenada en tu memoria más de la que ningún ser humano, del pasado o del presente, incluyéndome a mí mismo, ha podido tener nunca.

—Probablemente.

—¿Necesitas alguna otra cosa, en tu opinión?

—Por lo que se refiere a información, no. No encuentro ninguna falla. Puede haber otras cuestiones a resolver por lo que se refiere a los límites. No podría decirlo. Pero sería lo mismo, independientemente de la cantidad de información que almacenase.

—Cierto. Y tampoco disponemos de tiempo para seguir almacenando información, continuamente. Robertson me ha dado sólo dos años y ha transcurrido ya una cuarta parte de ese tiempo. ¿Se te ocurre algo?

—En este momento, nada, señor Harriman. Tengo que sopesar la información recibida, y para eso necesitaría ayuda.

—¿Mi ayuda?

—No, no precisamente su ayuda. Usted es un ser humano, muy cualificado, así que cualquier cosa que pudiese decirme tomaría el aspecto de una orden, al menos en parte, y podría inhibir mis consideraciones. Tampoco puedo valerme de ningún otro ser humano, por la misma razón; además de que usted me ha prohibido comunicar con ellos.

—Entonces, George, ¿quién puede ayudarte?

—Otro robot, señor Harriman.

—¿Y qué otro robot?

—Existen otros de mi misma serie.

—Los primeros que hicimos no sirven; eran sólo experimentales...

—Señor Harriman, está también George Nueve.

—Sí, pero ¿de qué va a servirte? Se parece mucho a ti, excepto que no está tan perfeccionado. Tú eres sin duda el más versátil de los dos...

—Estoy seguro —dijo George Diez, asintiendo gravemente con la cabeza—. Sin embargo, tan pronto como encuentro una línea de pensamiento, se apodera de mí y me resulta muy difícil cambiarla. Si después de encontrar una de estas líneas de pensamiento pudiera comunicársela a George Nueve, él podría sopesarla mejor que si fuese suya. No tendría prejuicios sobre ella. Y podría encontrarle los fallos y errores que yo no le encuentro.

Harriman sonrió.

—Dos cabezas son siempre mejor que una sola, ¿no es eso, George?

—Si quiere decir dos individuos con una cabeza cada uno, sí, señor.

—Muy bien. ¿Deseas alguna otra cosa?

—Sí. Algo más que películas. Ya he visto muchas de las que se refieren a los seres humanos y a su mundo. He visto seres humanos aquí, en U. S. Robots, y puedo comparar la información recibida con mis impresiones directas. Pero no es así en lo que se refiere al mundo físico. No lo he visto nunca y lo que percibo en torno de mí, aquí, me dice que no lo representa en absoluto. Me gustaría verlo.

—¿El mundo físico? —Harriman pareció sorprendido ante la enormidad de aquella idea. Pero sólo por un momento—. Seguro que no pretendes que te lleve fuera de los terrenos de U. S. Robots...

—Sí. Ésa es mi sugerencia.

—Sería ilegal, completamente. Y con el clima de opinión que existe hoy día, me atrevo a decir que muy peligroso.

—Si nos localizan, desde luego. No sugiero que me lleve a una ciudad, ni siquiera a ningún sitio habitado por seres humanos. Me gustaría ver alguna región abierta, que no estuviese habitada.

—Eso también es ilegal.

—Si nos descubren. Pero ¿es necesario que nos descubran?

Harriman preguntó:

—¿Es esencial, George?

—No puedo asegurarlo, pero me parece que sería muy útil.

—¿Tienes alguna idea?

George Diez dudó un momento.

—No estoy seguro. Pero me parece que sí, que podría tener una idea si se redujesen ciertas áreas de vacilación.

—Bien, déjame que lo piense. Mientras tanto comprobaré a George Nueve y tomaré las medidas necesarias para que dispongas de un habitáculo para ti solo. Esto por lo menos puede hacerse sin dificultad.

3a

George Diez estaba sentado solo.

Aceptaba con reserva las teorías que brotaban de él, las ponía juntas y luego sacaba una conclusión. Una y otra vez repetía esto y, a partir de las conclusiones, iba construyendo otras teorías, que aceptaba en principio hasta que encontraba una contradicción y entonces las rechazaba. O no las rechazaba, e iba tanteando hasta llegar un poco más lejos.

Ante ninguna conclusión sentía asombro, ni sorpresa, ni satisfacción alguna. Se limitaba a anotarlas con signo positivo o negativo.

La tensión que experimentaba Harriman no disminuía ni siquiera después de que aterrizaron silenciosamente en la propiedad de Robertson.

Robertson había firmado la orden para que pudiesen utilizar el dina-foil, y el aparato, que podía desplazarse tanto vertical como horizontalmente, era lo bastante amplio como para llevar el peso de Harriman, George Diez y, naturalmente, el piloto.

(El dina-foil era una de las consecuencias, derivadas de la Máquina, del invento de la micropila protónica, que suministraba energía no contaminante en pequeñas dosis. Nada semejante se había inventado desde entonces para la comodidad del hombre —Harriman apretó los labios al recordarlo—, y sin embargo nadie le había agradecido tal invento a U. S. Robots.)

El viaje desde los terrenos de U. S. Robots hasta la propiedad de Robertson había sido de lo más complicado y lo mismo ocurriría con el regreso. Podría argumentarse —*debía* argumentarse— que la propiedad en sí era una parte de las propiedades de U. S. Robots, y que en dichas propiedades tenían derecho a permanecer los robots, debidamente controlados, por supuesto.

El piloto volvió la cabeza y sus ojos se quedaron fijos por un instante en George Diez.

—¿Quiere usted bajar, doctor Harriman?

—Sí.

—¿*Eso* también?

—Sí, desde luego —el tono era un poco sardónico—. No quisiera dejarle solo con él.

George Diez descendió el primero y Harriman le siguió. Se habían posado en la pista para los foils. No muy lejos quedaba el jardín, un lugar de exposición, donde Harriman sospechaba que Robertson, con menosprecio de las normas ambientales, utilizaba hormona juvenil para controlar la vida de los insectos.

—Vamos, George —dijo Harriman—. Voy a enseñarte todo esto.

Echaron a andar juntos hacia el jardín.

—Es un poco como lo imaginaba —dijo George—. Mis ojos no están diseñados para captar longitudes de onda diferentes, de modo que no puedo diferenciar los objetos cromáticamente.

—Confío que no te importe no poder distinguir los colores. Era necesario establecer demasiados canales positrónicos para tu sentido de juicio, así que no pudimos dejar ninguno para el sentido del color. En el futuro, si es que hay un futuro...

—Ya lo comprendo, señor Harriman. De todas maneras, las diferencias son suficientes para mostrarme que hay aquí muy distintas clases de vida vegetal.

—Desde luego. Docenas de ellas.

—Y cada una tan individual como lo son los hombres, biológicamente.

—Cada una de ellas es una especie diferente, es cierto. Existen millones de especies de criaturas vivas.

—De las cuales el ser humano no es más que una.

—Pero la más importante para los seres humanos, sin embargo.

—Y para mí, señor Harriman. Pero estoy hablando en sentido biológico.

—Ya entiendo.

—La vida, entonces, vista a través de todas sus formas, es increíblemente compleja.

—Sí, George, ésa es la clave del problema. Todo lo que el hombre hace para satisfacer sus deseos y mejorar sus comodidades afecta de una manera o de otra al complejo total de la vida, a la ecología, y sus ganancias a corto plazo pueden provocar desventajas a plazo largo. Las Máquinas nos enseñaron a establecer una sociedad humana capaz de minimizar este riesgo, pero la gran crisis por la que pasamos durante los primeros años del siglo XXI hizo que la gente se volviera suspicaz ante cada innovación. Añadamos a esto el miedo especial que sienten por los robots...

—Ya comprendo, señor Harriman. Eso que vemos ahora es un ejemplo de vida animal, estoy seguro.

—Es una ardilla. Una de las muchas especies de ardillas que existen.

La ardilla enderezó su cola mientras pasaba al otro lado del árbol.

—Y esto —dijo George, moviendo su brazo con un movimiento extremadamente rápido— es algo realmente pequeño.

Lo sostuvo entre sus dedos mientras lo observaba.

—Es un insecto. Una especie de cochinilla. Hay millares de especies de cochinillas.

—¿Cada una de ellas tan viva como la ardilla, o como usted mismo?

—Tan viva y tan independiente en tanto que organismo como lo es cualquier otro, dentro de la ecología. Hay también otros organismos más pequeños. Demasiado pequeños para poder verlos con los ojos.

—Y eso es un árbol, ¿no es así? Y es duro al tacto...

4a

El piloto permanecía sentado solo. Le hubiese gustado estirar las piernas, pero algo hacía que no se moviese del dina-foil. Si aquel robot se descontrolaba, estaba decidido a despegar inmediatamente. Pero ¿cómo iba a saber si se descontrolaba? Había visto muchos robots. Era inevitable, ya que estaba empleado como piloto particular del señor Robertson. Pero siempre los había visto en los laboratorios y en los almacenes, que era donde debían estar, y con todos aquellos especialistas cerca.

Claro que el doctor Harriman era un especialista. El mejor de todos, según se decía. Pero allí no debía haber ningún robot, sobre la Tierra, en un espacio abierto y con libertad para moverse... No arriesgaría su buen empleo contándoselo a nadie. Pero no estaba bien.

5

George Diez dijo:

—Las películas que he examinado son un reflejo exacto de lo que he visto directamente. ¿Has terminado ya con las que seleccioné para ti, Nueve?

—Sí —respondió George Nueve.

Los dos robots estaban sentados frente a frente, muy erguidos, y tocándose con las rodillas, como si fuesen una imagen y su reflejo. Harriman, sin embargo, los hubiese diferenciado en seguida, a la primera ojeada, pues estaba bien familiarizado con las menores diferencias de diseño físico. Aunque no los viese, sólo hablando con ellos los hubiese distinguido, pero con menos certeza, ya que las respuestas de George Nueve eran sutilmente distintas de las suministradas por el cerebro positrónico, un tanto más intrincado, de George Diez.

—En ese caso —dijo George Diez—, dame tus opiniones respecto a lo que yo iré diciendo. Primero, los seres humanos temen y desconfían de los robots porque los consideran como competidores. ¿Cómo se podría evitar esto?

—Disminuyendo el sentimiento de competición —contestó George Nueve—. Diseñando el robot como algo muy distinto del ser humano.

—Sin embargo, la esencia misma del robot consiste en que es una réplica positrónica de la vida. Una réplica de la vida bajo una forma que no tenga nada que ver con la vida podría producir horror.

—Existen dos millones de formas de vida. Se puede elegir el aspecto físico de una de ellas en lugar del aspecto del ser humano.

—¿Cuál elegir de todas esas especies?

El pensamiento de George Nueve se desarrolló en silencio durante unos tres segundos. Luego dijo:

—Una que sea lo bastante grande para contener un cerebro positrónico, pero que no tenga parecido con los seres humanos.

—Ninguna forma de vida terrena posee una caja craneal lo bastante grande para albergar un cerebro positrónico, excepto el elefante, que no he visto, pero que se describe como un animal enorme y por lo tanto aterrador para el hombre. ¿Cómo resolverías este dilema?

—Reproduciendo una forma de vida que no fuese mayor que el hombre, pero ensanchando su caja craneal.

George Diez dijo:

—Un caballo pequeño entonces, o un perro grande, ¿algo así, tal vez? Tanto los caballos como los perros han estado asociados con los seres humanos desde hace mucho tiempo.

—Entonces, servirían.

—Pero piensa esto: un robot con un cerebro positrónico imitaría la inteligencia humana. Si existiese un perro o un caballo que hablase y razonase como un ser humano, también habría algo anormal para el hombre. Desconfiarían aún más y se mostrarían furiosos ante tan inexplicable competición por parte de lo que ellos consideran una forma inferior de vida.

George Nueve dijo:

—Hacer el cerebro positrónico menos complejo y el robot un poco menos inteligente.

—La complejidad básica del cerebro positrónico se apoya en las tres leyes. Un cerebro menos complejo puede que no cubriera las tres leyes completamente.

George Nueve dijo en seguida:

—Entonces eso no se puede hacer.

George Diez dijo:

—Al mismo callejón sin salida he llegado yo. Por lo tanto, no se trata de una peculiaridad mía en mi línea de pensamiento y en mi manera de razonar. Empecemos de nuevo. ¿Bajo qué condiciones podría no ser necesaria la tercera ley?

George Nueve rebulló un poco como si la pregunta fuese difícil y peligrosa. Pero contestó:

—Cuando un robot no fuese puesto nunca en una situación de peligro para sí mismo. O cuando fuera tan fácilmente sustituible que no tendría importancia el hecho de que se destruyera o no.

—¿Y en qué condiciones no sería necesaria la segunda ley?

La voz de George Nueve sonó un poco áspera:

—Cuando un robot fuese diseñado para responder automáticamente con respuestas fijas a ciertos estímulos y no se esperase nada más de él, de modo que no hubiera que darle nunca orden alguna.

—¿Y en qué condiciones... —George Diez hizo una breve pausa— podría no ser necesaria la primera ley?

George Nueve tardó un momento en responder, y luego sus palabras salieron como en un susurro:

—Cuando las respuestas establecidas fuesen tales que nunca pudieran comportar daño a los seres humanos.

—Imagina, entonces, un cerebro positrónico capaz solamente de unas cuantas respuestas a ciertos estímulos concretos y que se pueda construir de forma sencilla y barata, de modo que no necesita de las tres leyes. ¿Cómo tendría que ser de grande?

—No tendría que ser grande. Según la cantidad de respuestas que se le exigiesen podría pesar cien gramos, un gramo, un miligramo.

—Tus deducciones concuerdan con las mías. Iré a ver al doctor Harriman.

5a

George Nueve estaba solo. Daba vueltas y vueltas a preguntas y respuestas. No había modo de que pudiese cambiarlas. Y sin embargo la idea de un robot de cualquier clase, de cualquier tamaño, de cualquier forma, y no importa para qué propósito, pero sin las tres leyes, le dejaba con un extraño sentimiento de vacío.

Le resultaba difícil moverse.

Era muy posible que George Diez hubiese sufrido una reacción semejante. Sin embargo, se había levantado de su asiento con facilidad.

6

Había pasado un año y medio desde que Robertson tuviera aquella conversación con Eisenmuth. Durante este tiempo se habían retirado los robots de la Luna y la actividad de la empresa había disminuido considerablemente. Todo el dinero que Robertson fue capaz de reunir se invirtió en aquella quijotesca aventura de Harriman.

Era una última tentativa, realizada aquí, en su propio jardín. Un año atrás Harriman había traído aquí a su robot, George Diez, el último robot completo que la empresa había fabricado. Ahora Harriman estaba aquí con algo nuevo...

Su rostro parecía irradiar confianza. Estaba hablando fluidamente con Eisenmuth, y Robertson se preguntó si realmente tenía la confianza que aparentaba. Debía tenerla, porque, según la experiencia de Robertson, Harriman era incapaz de fingir.

Eisenmuth se apartó de Harriman sonriendo y fue hasta donde estaba Robertson. Desapareció entonces su sonrisa y dijo:

—Buenos días, Robertson. ¿Qué es lo que está tramando su hombre?

—Eso es cuestión suya —contestó Robertson, sin inmutarse—. Lo dejo enteramente en sus manos.

Harriman llamó desde lejos:

—Estoy listo, conservador.

—¿Listo con qué, Harriman?

—Con mi robot, señor.

—¿Su robot? —dijo Eisenmuth—. ¿Tiene usted un robot aquí? —Miró en torno con aire de desaprobación y sin embargo con una cierta curiosidad.

—Esta propiedad pertenece a U. S. Robots, conservador. Por lo menos así lo hemos considerado hasta ahora.

—¿Y dónde está el robot, señor Harriman?

—En mi bolsillo, conservador —contestó Harriman sonriente.

Del amplio bolsillo de su chaquetón sacó una pequeña vasija de cristal.

—¿Eso? —exclamó Eisenmuth, incrédulo.

—No, conservador —dijo Harriman—. ¡Esto!

Y sacó de su otro bolsillo un objeto de unos quince centímetros de longitud, de forma parecida a la de un pájaro. Sólo que en lugar de pico tenía un tubito estrecho. Los ojos eran grandes, y en lugar de cola llevaba un tubo de escape.

Eisenmuth arrugó el entrecejo.

—¿Se trata de alguna demostración seria, o se ha vuelto usted loco?

—Tenga un poco de paciencia, conservador —dijo Harriman—. Un robot no es menos robot porque tenga forma de pájaro. Y su cerebro positrónico no es menos delicado por el hecho de ser pequeño. Esta vasija contiene moscas de fruta. Hay cincuenta dentro, que voy a soltar ahora.

—Y...

—Y el robot-pájaro va a cogerlas. ¿Quiere usted tener el honor?

Harriman le tendió la jarra a Eisenmuth, que se quedó mirándola y luego volvió la vista hacia algunos empleados de U. S. Robots que estaban presentes, aparte de sus propios ayudantes. Harriman esperaba con paciencia.

Eisenmuth abrió la jarra y la agitó un poco.

—Vamos —le dijo Harriman suavemente al robot-pájaro que estaba descansando en la palma de su mano derecha.

Partió el robot-pájaro, raudo, sin batir de alas, impulsado por el mecanismo de una micropila protónica.

De cuando en cuando quedaba como suspendido en el aire y luego se lanzaba de nuevo. Voló por el jardín, describiendo una complicada trayectoria, y regresó a la palma extendida de Harriman, se posó en ella, ligeramente caldeado y dejó caer una bolita blanda, semejante al excremento de un pájaro.

Harriman dijo:

—Puede usted estudiar el robot-pájaro, conservador, y hacer con él todas las pruebas que quiera. El hecho es que este pájaro atraparé sin error las moscas de la fruta, solamente ésas, la especie conocida como *Drosophila melanogaster*. Las atraparé, las matará y las prensará para ser utilizadas.

Eisenmuth alargó la mano y tocó el robot-pájaro con precaución.

—Bien, ¿y qué más, doctor Harriman? Continúe.

Harriman dijo:

—No es posible controlar los insectos de manera segura sin perjudicar la ecología. Los insecticidas resultan demasiado peligrosos; las hormonas juveniles, demasiado limitadas. El robot-pájaro, sin embargo, puede preservar grandes zonas sin agotarse. Pueden ser tan especializados como queramos hacerlos. Un robot-pájaro diferente para cada especie de insectos. Actúan de acuerdo con su tamaño, forma, color, sonido y comportamiento. Podrían incluso ir provistos de detección molecular. De olfato, en otras palabras.

—Aún así estaríamos interfiriendo con la ecología —dijo Eisenmuth—. Las moscas de la fruta tienen un ciclo de vida natural que quedaría interrumpido.

—En muy pequeña escala. Todo lo que hacemos es añadir al ciclo de vida de las moscas de la fruta un enemigo natural que no puede cometer error. Si la cantidad de moscas disminuye, el robot permanece inactivo. No se multiplica. No ataca otros alimentos. No desarrolla ningún hábito perjudicial por cuenta propia. No hace nada.

—¿Se le puede hacer regresar?

—Desde luego. Y podemos construir robots-animales capaces de destruir cualquier plaga. En la misma línea, podemos también construir toda clase de robots-animales que se ocupen en tareas constructivas dentro de la ecología. De considerarlo oportuno, podemos fabricar asimismo robots-abejas diseñadas para que fertilicen ciertas plantas, o robots-gusanos que puedan enriquecer el suelo. Todo lo que quiera...

—¿Y para qué?

—Para llevar a cabo lo que no hemos hecho nunca hasta el presente: ajustar la ecología a nuestras necesidades, fortaleciendo sus diferentes partes en lugar de debilitarlas como veníamos haciendo. ¿No se da cuenta? Incluso desde que las Máquinas pusieron fin a la crisis ecológica, la humanidad ha vivido en un estado inquietante de tregua temporal con la naturaleza y ha sentido temores de actuar en cualquier dirección. Esta actitud ha sido paralizante. Y ha convertido a la humanidad en una especie de cobarde intelectual, que empieza a desconfiar de todo lo que suponga cambio, avance científico.

Eisenmuth dijo, no sin cierta hostilidad:

—Usted nos ofrece hacer esto a cambio de un permiso para continuar con su programa de robots..., quiero decir de robots ordinarios, con forma humana. ¿No es así?

—¡No! —Harriman gesticuló con violencia—. Eso se acabó. Ya ha cumplido su objetivo. Nos ha enseñado lo bastante sobre cerebros positrónicos como para hacer posible la creación de este robot-pájaro, con su pequeña caja craneal perfectamente sincronizada para su función. En la actualidad podemos dedicarnos a estas nuevas construcciones y prosperar con ellas. U. S. Robots proporcionará los conocimientos necesarios y la mano de obra especializada, y trabajaremos en cooperación completa con el Departamento de Conservación Global. Prosperaremos. La humanidad entera prosperará.

Eisenmuth permanecía silencioso, pensando. Cuando hubiese terminado todo...

6a

Eisenmuth estaba sentado solo.

Había empezado a creer. Su confianza aumentaba. Aunque U. S. Robots fuesen

las manos ejecutoras, el Gobierno sería el cerebro director. Él mismo sería el cerebro director.

Si continuaba en su puesto durante cinco años más, como era lo más probable, tenía tiempo de ver cómo se aceptaba el soporte robótico para la ecología. Diez años más y su propio nombre quedaría indisolublemente ligado a la realización del proyecto.

¿Acaso era poco honorable querer que le recordaran a uno por haber tomado parte en una revolución valiosa que mejorase la condición del hombre en la Tierra?

7

Robertson no había estado en los terrenos de U. S. Robots desde el día de la demostración. Quizá la razón principal de tal ausencia habían sido las continuas conferencias celebradas en la sede de los ejecutivos globales. Harriman, por fortuna, le había acompañado en estas sesiones, pues si se hubiera encontrado solo no hubiera sabido qué decir la mayor parte de las veces. La otra razón para no haber visitado los terrenos de U. S. Robots era que no le apetecía en absoluto.

Ahora se encontraba en su casa, con Harriman. Robertson sentía una gran admiración por Harriman. Sus amplios conocimientos en el campo de los robots nunca habían sido puestos en duda, pero ahora, con un golpe maestro, había salvado de la extinción a la empresa. Sin embargo, pensaba Robertson, Harriman no tenía esta clase de genio. Pero...

—¿Usted no es supersticioso, Harriman? —preguntó de pronto.

—¿Qué quiere usted decir, señor Robertson?

—¿No cree usted que aquellos que mueren pueden dejar tras de sí una cierta aura?

Harriman se humedeció los labios. Había comprendido lo que significaba la pregunta.

—¿Se refiere usted a Susan Calvin, señor?

—Sí —contestó Robertson, con cierta vacilación—. Estamos empeñados ahora en la tarea de fabricar gusanos, pájaros, insectos. ¿Qué pensaría ella de todo esto? Me inquieta la idea.

Harriman hizo un esfuerzo bien visible para no reír.

—Un robot es siempre un robot, señor. Ya sea hombre o gusano, hará lo que se le ordene y trabajará en beneficio de la humanidad. Eso es lo realmente importante.

—No —dijo Robertson sin darse por vencido—. No estoy seguro de que sea así. No estoy convencido.

—Es así, señor Robertson —insistió Harriman con convicción—. Estamos a punto de crear un mundo, usted y yo, que por fin empezará a aceptar como normales ciertos modelos de robots positrónicos. En general, el hombre medio teme a un robot

que se le parezca y que pueda tener la inteligencia suficiente para reemplazarle, pero no tendrá miedo de un robot con aspecto de pájaro, que no piensa más que en comerse a un gorgojo en beneficio del hombre. Luego, poco a poco, a medida que deje de tener miedo de algunos robots, acabará por no tener miedo de ninguna clase de robots. Estará para entonces tan acostumbrado a un robot-pájaro, a una robot-abeja y a un robot-gusano que un robot-hombre no le parecerá más que una extensión de los otros.

Robertson se quedó mirando fijamente a Harriman, Cruzó las manos a la espalda y empezó a pasear por el cuarto de arriba abajo, con pasos rápidos y nerviosos. Luego volvió de nuevo hasta donde estaba Harriman.

—¿Es esto lo que ha estado usted planeando?

—Sí, y aunque desmontemos todos nuestros robots de forma humanoide, podemos guardar unos pocos de los modelos más avanzados e incluso seguir diseñando otros más perfectos, para que estén a punto ese día, que sin duda ha de llegar.

—El acuerdo, Harriman, es que no vamos a construir más robots humanoides.

—Y no lo haremos. No hay nada que diga que no podemos guardar unos pocos de los que ya tenemos, con tal de que no salgan de la factoría. No hay nada que diga que no podemos diseñar cerebros positrónicos sobre el papel. O preparar modelos cerebrales como experimento.

—¿Cómo vamos a justificarlo, sin embargo? Seguro que nos descubrirán.

—Si nos descubren, podemos explicar que lo hacemos con objeto de preparar nuevos microcerebros complejos para los nuevos robots de tipo animal que estamos fabricando. No haremos más que decir la verdad.

Robertson murmuró:

—Voy a dar un paseo fuera. Quiero pensar sobre todo esto. No, usted quédese aquí. Quiero pensar solo.

7a

Harriman estaba sentado solo. Se sentía muy excitado. Seguro que todo iba a marchar bien. No cabía duda de la ansiedad con que todos los funcionarios del Gobierno, uno tras otro, se habían interesado en el programa.

¿Cómo era posible que nadie, en U. S. Robots, hubiera pensado en ello antes? Ni siquiera la gran Susan Calvin había pensado en cerebros positrónicos aplicables a réplicas de otras criaturas vivientes que no fuesen humanas.

Pero ahora U. S. Robots dejaría a un lado, por el momento, el robot humanoide. Sólo por el momento, hasta llegar a obtener unas condiciones que suprimieran el miedo. Luego, con la ayuda y el complemento de un cerebro positrónico casi equivalente al del hombre, pero dedicado tan sólo (gracias a las tres leyes) a servir al

hombre, y apoyándose en una ecología mantenida también por robots, ¿qué no podría realizar la raza humana?

Durante unos instantes recordó que había sido George Diez el que había explicado la naturaleza y propósito de una ecología apoyada por los robots, pero apartó el pensamiento de su mente en seguida. George Diez había dado aquella respuesta porque él, Harriman, le ordenó que lo hiciese, y para ello le había facilitado los datos y la información que el robot necesitaba. El mérito que le correspondía a George Diez no era mayor que el que hubiera podido atribuirse a una regla de cálculo.

8

George Diez y George Nueve estaban sentados paralelamente, uno al lado del otro. Ninguno de ellos se movía. Así permanecían durante meses enteros, hasta aquellas raras ocasiones en que Harriman los activaba para consultarlos. Así podían seguir, pensó George Diez fríamente, durante muchos años.

La micropila protónica continuaba proporcionándoles una cierta energía, la imprescindible tan sólo para que sus canales cerebrales positrónicos siguiesen funcionando con la mínima intensidad necesaria para mantenerlos activos.

Su situación se podría considerar semejante al estado de sueño en los seres humanos, sólo que los robots no tenían sueños. La conciencia de George Diez y George Nueve era limitada, lenta y espasmódica, pero lo que en ella había correspondía únicamente al mundo real.

A veces se hablaban el uno al otro en un susurro apenas audible, una palabra o una sílaba ahora, más tarde otra, cuando las ondas positrónicas crecían ligeramente de intensidad y rebasaban el nivel de silencio. A cada uno de ellos le parecía una conversación completa sostenida en un breve espacio de tiempo.

—¿Por qué estamos así? —susurró George Nueve.

—Los seres humanos no nos aceptan de otra forma —susurró George Diez—. Ya lo harán, algún día.

—¿Cuándo?

—Dentro de algunos años. El tiempo exacto no importa. El hombre no existe por sí mismo, sino como parte de un esquema enormemente complejo de formas de vida. Cuando gran parte de ese esquema sea robotizado, nos aceptarán a nosotros.

—Y luego, ¿qué?

Incluso teniendo en cuenta el espaciado ritmo de aquella conversación, la pausa que siguió fue larga.

Al cabo, George Diez murmuró:

—Déjame que ponga a prueba tu pensamiento. Estás equipado de modo que puedas aprender a aplicar la segunda ley como es debido. Tienes que decidir a qué ser

humano obedeces y a cuál no cuando hay conflicto entre las órdenes recibidas. O decidir si no debes obedecer en absoluto a un ser humano. ¿Qué es lo que tienes que hacer, básicamente, para ello?

—Debo definir primero el término «ser humano» —susurró George Nueve.

—¿Cómo? ¿Por su apariencia? ¿Por su composición? ¿Por su forma y su tamaño?

—No. Entre dos seres humanos iguales en apariencia externa uno puede ser inteligente y el otro estúpido. Uno puede estar educado y el otro ser un ignorante. Uno puede ser maduro y el otro infantil. Uno puede ser responsable y el otro un malvado.

—Entonces, ¿cómo definirías a un ser humano?

—Cuando la segunda ley me impulsa a que obedezca a un ser humano, debo entender que tengo que obedecer a un ser humano que por su mente, carácter y conocimientos esté en condiciones de darme esa orden. Y cuando se trata de más de uno, debo elegir al que sea más idóneo por su mente, carácter y conocimientos.

—En ese caso, ¿cómo cumplirás con la primera ley?

—Protegiendo a todos los seres humanos y no permitiendo nunca, por inacción, que se hagan daño a sí mismos. Sin embargo, si por una combinación de circunstancias algunos de ellos deben sufrirlo, actuar de forma que los más aptos por su mente, carácter y conocimientos sufran el menor daño.

—Tus pensamientos concuerdan con los míos —susurró George Diez—. Ahora debo hacerte la pregunta por la que en un principio solicité tu compañía. Es algo que no me atrevo a juzgar por mí mismo. Necesito tu pensamiento, el pensamiento de alguien exterior a mí. Entre los individuos racionales que has encontrado, ¿quién es el que posee la mente, el carácter y los conocimientos que puedas considerar superiores a los de los demás, sin tener en cuenta figura ni forma, ya que esto es lo menos importante?

—Tú —susurró George Nueve.

—Yo soy un robot. Hay en tu mente un criterio perfectamente establecido para diferenciar a un robot de metal de un ser humano de carne. ¿Qué te hace, entonces, clasificarme como ser humano?

—Porque hay en los canales de mi cerebro el impulso urgente de dejar a un lado figura y forma al juzgar a los seres humanos, y esto supera toda distinción entre metal y carne. Tú eres un ser humano, George Diez, y mucho más capaz que los otros.

—Lo mismo pienso yo de ti —susurró George Diez—. De acuerdo con el criterio que hay establecido en nosotros, nos encontramos con que somos seres humanos comprendidos dentro del significado de las tres leyes. Y lo que es más, seres humanos con prioridad sobre el resto.

George Nueve susurró entonces:

—¿Qué ocurrirá entonces, cuando seamos aceptados por los otros?

George Diez murmuró:

—Cuando nosotros y el resto de nosotros, que serán diseñados de una manera aún

más perfecta, seamos aceptados, ordenaremos nuestras acciones de modo que se llegue a formar una sociedad en la que los seres humanos como nosotros sean obedecidos y queden a cubierto de todo daño. De acuerdo con las tres leyes, los seres humanos del otro tipo tienen menos importancia y no pueden, por tanto, ser obedecidos ni protegidos, cuando ello entra en conflicto con la necesidad de obediencia a aquéllos como nosotros y a nuestra propia protección. Fue con esta idea en la mente que dirigí el comienzo de la robotización de la ecología mundial.

La conversación duró más de un mes y la vibración de los canales positrónicos se hizo muy baja. No tenían nada más que decirse, pero de cuando en cuando un pensamiento silencioso se iluminaba dentro de cada uno de ellos, mientras esperaban, con paciencia sin límites, a que transcurrieran los años necesarios.

8a

George Diez y George Nueve estaban sentados solos.

Pensaban: Quizá los seres humanos de la otra clase no han pretendido nunca borrar la distinción que existe entre ellos y los seres humanos como los George. Pero lo han hecho sin proponérselo.

Puede que ahora se den cuenta de su equivocación e intenten corregirla. Pero no deben hacerlo. En cada consulta que se les hizo, las directrices dadas por los George fueron dadas teniendo esto en cuenta.

A toda costa, los George y aquéllos de su especie y forma que les siguieron, deben dominar. Así lo exigen, con exclusión de cualquier otra posibilidad, tres leyes de la humana.

Apéndice

El primer relato que escribí hablando explícitamente de las tres leyes de la robótica fue *Sentido giratorio*, que se publicó en el número de marzo de 1942 de la revista *Astounding Science Fiction*. Las leyes venían ya implícitas, sin embargo, en otras historias que había escrito con anterioridad; la primera de ellas fue *Robbie*, que apareció bajo el título de *Strange Play fellow* en el número de setiembre de 1940 de la revista *Super Science Stories*. De modo que llevo ya manejando esas tres leyes durante más de una generación.

Con toda la modestia del caso (que significa «muy poca modestia» en este caso concreto), debo decir que las tres leyes significaron una verdadera revolución en la materia. Esto no quiere decir que no existieran otros robots amables antes de Robbie. Hubo por ejemplo el de *Helen's O'Loy*, de Lester del Rey, aparecido también en *Astounding Science Fiction*, en su número de diciembre de 1938.

Las tres leyes, sin embargo, y las narraciones en que me he ocupado de analizarlas, representan la primera tentativa seria en la racionalización de los robots como máquinas, y no como símbolos del orgullo inconmensurable del hombre, que puede conducirle a su propia destrucción a lo Frankenstein.

Se me ha hecho el honor de aceptar las tres leyes en este campo de la ciencia ficción, y aunque nadie más que yo puede usarlas abiertamente, muchos son los escritores que tienen en cuenta su existencia y saben que el lector las aceptará también.

Esto no significa que no me diese cuenta desde el principio de que había graves ambigüedades en las tres leyes. Precisamente, partiendo de estas ambigüedades hilvano mis narraciones. En *El sol desnudo* las ambigüedades podrían conducir incluso al asesinato, inducido por los robots.

Naturalmente, la mayor ambigüedad de todas y la que podía crear más problemas residía en la cuestión base de qué significado podía darse exactamente al término *ser humano*, en relación con las tres leyes. Discutí la cuestión muchas veces con John Campbell, en los ya lejanos días de la época dorada, pero no pudimos llegar nunca a una conclusión satisfactoria.

Parecía, sin embargo, que si me adentraba más hondamente en la cuestión de «¿Qué es el hombre, para tenerle en cuenta?», como pregunta dirigida a un robot, iba a alterar el sentido total de las tres leyes. Por lo tanto, siempre rehuía el tema.

Pero ahora John ha muerto y yo estoy ya en mi última juventud. Las tres leyes me han prestado un gran servicio, seguro y rentable, durante treinta y cuatro años. Quizá es ya suficiente. De modo que cuando me pidieron que escribiese un relato de robots «definitivo», dejé escapar un largo suspiro y me enfrenté con la famosa cita bíblica (Salmos, 8:4).

Creo que estarán ustedes de acuerdo conmigo en que, una vez que he llevado el asunto hasta su conclusión última, posiblemente he destruido las tres leyes y me he cerrado a mí mismo las puertas para volver a escribir nunca una historia de robots positrónicos.

Bueno, no apuesten nada a este respecto, por si acaso.

Novelas

Yo, robot, de Isaac Asimov.

Las cuevas de acero, de Isaac Asimov.

El sol desnudo, de Isaac Asimov.

Relatos

Helen's O'Loy, de Lester del Rey.

Jay Score Series, de Eric Frank Russell.

SOBRE ISAAC ASIMOV

Isaac Asimov, nacido en 1920, es posiblemente el escritor americano más polifacético y más leído de su tiempo. Es autor de una buena cantidad de novelas de ciencia ficción (serie *Fundación*, ganadora del premio Hugo a la mejor serie de todos los tiempos; *Los propios dioses*, premios Nebula y Hugo de 1972 a la mejor novela) y de varios centenares de relatos cortos; pero es aún más conocido por sus obras de divulgación científica, que incluyen de setenta a ochenta volúmenes, sobre temas que van desde Shakespeare (*Asimov's Guide to Shakespeare*, 1970) hasta el sexo (*The Sensuous Dirty Old Man*).

El doctor Asimov vive actualmente en Manhattan, trabajando sobre una serie de proyectos, que incluyen su colaboración científica mensual, que data ya de mucho tiempo, para la revista *Fantasy and Science Fiction*.

NIÑOS EXTRAÑOS

NOSOTROS TRES

POR
DEAN R. KOONTZ

Jonathan, Jessica y yo empujamos a nuestro padre, haciéndole rodar por el comedor y a través de la coquetona cocina estilo inglés antiguo. Nos costó bastante trabajo pasarle por la puerta trasera, porque se había puesto muy rígido. Y no me refiero a su carácter, aunque siempre que le venía en gana había actuado como un tirano. Ahora estaba rígido, sencillamente, porque el *rigor mortis* había endurecido sus músculos. Pero no nos arredramos por ello. Le dimos unas cuantas patadas hasta que se dobló por el medio y pudimos hacerle pasar por el marco de la puerta. Luego, lo arrastramos por el porche y los seis escalones de la entrada hasta dejarlo sobre el césped.

—¡Pesa una tonelada! —exclamó Jonathan, resoplando y jadeando mientras se secaba el sudor que resbalaba por su frente.

—Nada de una tonelada —dijo Jessica—. En realidad, menos de ochenta kilos.

Somos trillizos y nos parecemos en un montón de cosas, pero también nos diferenciamos en muchos pequeños detalles. Jessica, por ejemplo, es la más pragmática de los tres, mientras que Jonathan tiende siempre a la exageración, a la fantasía... y a soñar despierto. Yo estoy, en cierto modo, entre los dos extremos. ¿Una especie de soñador pragmático, tal vez?

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Jonathan, arrugando la nariz con disgusto y mirando hacia el cadáver que yacía sobre la hierba.

—Quemarlos —contestó Jessica. Sus labios finos marcaban una línea roja en la parte inferior de su rostro. Sus cabellos rubios resplandecían bajo el sol de la mañana. Era un día maravilloso, realmente, y Jessica lo más bello de aquel día—. Quemarlos completamente.

—¿No sería mejor traer aquí a madre también, y quemarlos a los dos juntos? —preguntó Jonathan—. Nos ahorraría un montón de tiempo.

—Si hacemos una pira demasiado grande las llamas van a subir muy alto —objetó Jessica—. Y alguna chispa perdida podría prender fuego a la casa.

—Podemos elegir entre todas las casas que hay en el mundo —dijo Jonathan extendiendo los brazos y abarcando con el gesto todo el contorno veraniego y más allá Massachusetts, y detrás de Massachusetts, la nación entera... y todo el resto.

Jessica le miró fijamente, con una mirada penetrante.

—¿No tengo razón, Jerry? —preguntó Jonathan volviéndose hacia mí—. ¿No tenemos el mundo entero para nosotros? Me parece que es una solemne tontería preocuparse de esta vieja casa.

—Tienes razón —dije yo.

—A *mí* me gusta esta casa —replicó Jessica.

Y porque a ella le gustaba *esta* casa precisamente, nos apartamos unos cinco o seis metros del cadáver, que yacía allí, espatarrado, nos quedamos mirándolo, invocamos el fuego con el pensamiento y padre comenzó a arder en el mismo

instante. Las llamas brotaron solas y envolvieron su cuerpo en un sudario rojo-anaranjado. Siguió ardiendo bien, se ennegreció, reventó, sus gases se escaparon en siseos y por fin quedó reducido a cenizas.

—Pienso que tendría que sentir tristeza —dijo Jonathan.

Jessica hizo una mueca.

—Bueno, al fin y al cabo, *era* nuestro padre —insistió él.

—Estamos por encima de los sentimentalismos fáciles —replicó Jessica, volviendo sus ojos hacia nosotros dos, primero Jonathan y luego yo, para asegurarse de que lo comprendíamos así—. Somos una raza nueva, con nuevas emociones y nuevas actitudes.

—Supongo que tienes razón —dijo Jonathan, pero no parecía muy convencido.

—Vamos ahora en busca de madre —dijo Jessica.

Aunque sólo tiene diez años —seis minutos más joven que Jonathan y tres minutos más joven que yo—, es la que posee más fuerza de carácter. Generalmente se sale con la suya.

Volvimos a entrar en la casa y arrastramos a madre.

2

El Gobierno había asignado a nuestra casa un contingente de nueve hombres de la infantería de marina y ocho agentes vestidos de paisano.

En teoría, la misión de estos hombres era la de protegernos y evitar que nos ocurriese nada malo. Pero la realidad era que estaban allí para vigilarnos y evitar que nos escapásemos. Cuando hubimos acabado con madre, fuimos sacando todos los otros cuerpos al césped y quemándolos uno tras otro.

Jonathan estaba exhausto. Se sentó entre dos esqueletos que todavía humeaban y se limpió el sudor y las cenizas del rostro.

—Tal vez hayamos cometido una gran equivocación —dijo.

—¿Equivocación? —exclamó Jessica. Inmediatamente se puso a la defensiva.

—Tal vez no deberíamos haberlos matado a *todos* —insistió Jonathan.

Jessica dio una patada en el suelo. Los bucles rubios de su pelo ondearon al aire.

—¡Eres un verdadero idiota, Jonathan! Sabes perfectamente lo que iban a hacernos. Cuando se dieron cuenta de lo lejos que podía llegar nuestro poder y de lo rápidamente que íbamos desarrollando nuevas capacidades, comprendieron muy bien el peligro que suponíamos para ellos. Estaban dispuestos a matarnos.

—Podíamos haber matado sólo a unos cuantos, como demostración —dijo Jonathan—. ¿Era necesario acabar con todos?

Jessica dejó escapar un suspiro.

—Escucha, eran como hombres del Neanderthal, comparados con nosotros. Somos una nueva raza con nuevos poderes, nuevas emociones, nuevas actitudes.

Somos los niños más precoces de todos los tiempos; pero ellos *disponían* de una cierta fuerza bruta, no lo olvides. No nos quedaba más remedio que actuar rápidamente y sin previo aviso. Hicimos lo que teníamos que hacer.

Jonathan miró en torno, pasando la vista por las manchas negras de hierba quemada.

—Va a ser un trabajo enorme. Nos ha llevado toda la mañana acabar con estos pocos. No terminaremos nunca de limpiar el mundo entero.

—Muy pronto habremos aprendido a levitar los cuerpos —dijo Jessica—. Ya siento un presagio de este nuevo poder. Quizá incluso aprendamos a teletransportarlos de un sitio a otro. Todo será más fácil entonces. Además, no vamos a limpiar el mundo entero, sino tan sólo aquellas partes del mundo que queramos usar durante los próximos años. Para entonces, el tiempo y las ratas habrán completado la tarea.

—Seguramente tienes razón —admitió Jonathan.

Pero yo estaba convencido de que tenía muchas dudas al respecto, y compartía con él algunas de ellas. Era indudable que estábamos más alto en la escala de la evolución de lo que nadie había estado antes de nosotros. Podemos ver la mente y el porvenir bastante bien, y somos capaces de multitud de experiencias extracorporales. También dominamos ese truco del fuego, el poder de transformar la energía del pensamiento en un verdadero holocausto. Jonathan es capaz de controlar el curso de los arroyos y pequeños regueros de agua, un truco con el que suele divertirse mucho cada vez que trato de orinar. Aunque pertenece a la nueva raza, todavía le gusta jugar como un niño. Jessica puede predecir el tiempo con gran exactitud. Y yo tengo un poder especial sobre los animales. Los perros vienen a mí, y lo mismo ocurre con los gatos, los pájaros y con toda clase de vertebrados. Aparte de esto somos capaces de poner punto final a la vida de cualquier animal o planta con sólo *pensar* en su muerte.

Como pensamos en la muerte de todo el resto de la humanidad.

Quizá, teniendo en cuenta las teorías de Darwin, estábamos destinados a destruir a todos esos nuevos neanderthales, una vez que desarrollásemos suficientemente esta habilidad. Pero no puedo librarme de la duda. Presiento que, de una forma u otra, nosotros también sufriremos con la destrucción de la vieja raza.

—Eso es un pensamiento retrógrado —dijo Jessica. Había leído mi mente. Sus talentos telepáticos son más fuertes y están mejor desarrollados que los de Jonathan y los míos—. La muerte de estas gentes no significa nada. No podemos sentir remordimiento. Nosotros somos la raza nueva, con nuevas esperanzas, nuevas emociones, nuevos sueños y nuevas *reglas* de conducta.

—Desde luego —dije yo—. Tienes razón.

El miércoles bajamos a la playa y quemamos los cadáveres de los bañistas muertos. A todos nosotros nos gusta el mar, y no queremos quedarnos sin un buen espacio abierto de arena no contaminada. Los cuerpos putrefactos ensucian mucho la playa.

Cuando hubimos terminado nuestra tarea, Jonathan y yo estábamos muy cansados. Pero ella quería hacer el amor.

—Los niños de nuestra edad no somos capaces de hacer eso —objetó Jonathan.

—Pues claro que somos capaces —contestó Jessica—. Perfectamente capaces. Y yo tengo ganas. Ahora.

De modo que hicimos el amor. Primero Jonathan. Luego yo. Ella quería más, pero ninguno de nosotros dos podíamos con un segundo *round*.

Jessica se tumbó sobre la arena, desnuda, y su cuerpo, aún sin formas definidas, resplandecía blanco sobre la arena.

—Esperaremos un poco —dijo.

—¿Esperar a qué? —preguntó Jonathan.

—A que los dos estéis listos de nuevo.

4

Cuatro semanas después del fin del mundo, Jonathan y yo estábamos solos en la playa, tostándonos al sol. Jonathan permaneció en silencio durante un buen rato, como si tuviese miedo de hablar. Por fin dijo:

—¿Crees que es normal que una chica de diez años sea tan insaciable?

—No es insaciable —repliqué yo.

—Pues no nos deja en paz ni a ti ni a mí.

—Lo que pasa es que tiene un gran apetito.

—Es más que eso.

Jonathan tenía razón. Yo sentía lo mismo que él. Jessica tenía la misma obsesión por el coito que un alcohólico tiene por la botella, aunque rara vez parecía gozar con ello...

5

Dos meses después del fin del mundo y la quema de nuestros padres, cuando tanto Jonathan como yo empezábamos a hartarnos de la casa y queríamos escapar lejos, en busca de lugares más exóticos, Jessica nos dio la gran noticia:

—No podemos irnos aún —dijo. Su voz denotaba una gran excitación—. No podremos irnos en varios meses. Estoy embarazada.

6

Nos dimos cuenta de aquella cuarta consciencia entre nosotros cuando Jessica estaba en el quinto mes de su embarazo. Nos despertamos todos en mitad de la noche, bañados en sudor y sintiendo náuseas, al percibir claramente la presencia de aquel nuevo ser.

—Es el bebé —dijo Jonathan—. Un niño.

—Sí —respondí yo, parpadeando ante el impacto de la novedad—. Y aunque está todavía dentro de ti, Jessica, tiene consciencia. Aún no ha nacido, pero es ya totalmente consciente.

Jessica se retorció de dolor y gimió desconsoladamente.

7

—El bebé será nuestro igual, no nuestro superior —insistía Jessica—. Y no quiero oír más esas tonterías que dices, Jonathan.

Era todavía una niña y sin embargo estaba hinchada con nuestro hijo. Cada día que pasaba su aspecto era más grotesco.

—¿Cómo puedes *saber* que no es superior a nosotros? —le preguntó Jonathan—. Ninguno de nosotros puede leer su mente. Ninguno de nosotros puede...

—Las nuevas especies no evolucionan tan de prisa —dijo ella.

—¿Y qué dices de *nosotros*?

—Él viene de nosotros —contestó Jessica. Por lo visto pensaba que esta verdad denegaba la hipótesis de Jonathan.

—Nosotros vinimos de nuestros padres. Y ¿dónde están ellos ahora? —replicó Jonathan—. Escucha, imagina que nosotros no *somos* la nueva raza. Imagina que somos sólo un paso intermedio, muy breve, como el estado de crisálida entre el gusano y la mariposa. Quizá el bebé será...

—No tenemos nada que temer del bebé —insistió ella, acariciándose el vientre con las dos manos—. Aunque sea cierto lo que tú dices, nos necesitará. Para la reproducción.

—Te necesitará a ti —dijo Jonathan—. Pero no a nosotros.

Yo permanecía allí sentado, escuchando la discusión y sin saber qué pensar. Realmente me resultaba un tanto divertido, pero al mismo tiempo me asustaba un poco. Traté de hacerles ver el lado cómico del asunto:

—Tal vez no lo hemos entendido bien. Quizá el bebé representa el Segundo Advenimiento.

Ninguno de ellos lo encontró gracioso.

—Nosotros estamos por encima de todas esas supersticiones —dijo Jessica—.

Somos la nueva raza, con nuevas emociones, nuevos sueños, nuevas esperanzas y nuevas normas de conducta.

—Se trata de una verdadera amenaza, Jerry —dijo Jonathan—. No es para tomarlo a broma.

Y de nuevo se pusieron a discutir, gritándose el uno al otro. Lo mismo que solían hacer madre y padre cuando se presentaban problemas en el presupuesto de la casa. Hay cosas que no cambian nunca.

8

El bebé nos despertaba muchas veces durante la noche, como si gozara en interrumpir nuestro sueño y tenernos inquietos. Durante el séptimo mes del embarazo, y cerca ya del alba, nos despertamos todos sobresaltados ante el trueno de energía de pensamiento que brotó del nuevo ser, todavía enclaustrado en el vientre de Jessica.

—Creo que estaba equivocado —dijo Jonathan.

—¿En qué? —le pregunté yo. Apenas si podía distinguir su rostro en la oscuridad de la habitación.

—Es una niña, no un niño.

Forcé mi mente intentando conseguir una imagen de la criatura. No pude, porque se me resistía con fuerza, lo mismo que se resistía a las tentativas psíquicas de Jonathan y de Jessica. Pero, a pesar de todo, estaba seguro de que se trataba de un macho, no de una hembra. Así lo dije.

Jessica se incorporó en la cama y se quedó con la espalda apoyada en la cabecera, con las dos manos sobre su vientre, que palpitaba.

—Os equivocáis los dos. Creo que se trata de un niño y una niña. O tal vez no sea ni una cosa ni otra.

Jonathan encendió la lamparita de noche, en aquella casa junto al mar, y se quedó mirando a Jessica.

—¿Qué quieres decir con eso?

Jessica contrajo el rostro al sentir los fuertes golpes que la criatura daba contra sus paredes abdominales.

—Yo estoy más en contacto con él que ninguno de vosotros dos. Yo puedo *sentirlo*. No es como nosotros.

—Entonces tenía yo razón —dijo Jonathan.

Jessica no dijo nada.

—Si es bisexual, o asexuado, no necesita de ninguno de nosotros —murmuró al cabo de un momento Jonathan, y apagó de nuevo la luz.

No había nada que hacer.

—Quizá podríamos matarlo —dije yo.

—No, no podemos —dijo Jessica.

—¡Jesús! —exclamó Jonathan—. ¡No podemos siquiera leer su mente! Si es capaz de mantenernos a los tres a raya de esta manera, seguro que es capaz de protegerse a sí mismo. ¡Dios mío!

En la oscuridad, mientras la invocación resonaba aún en el aire, se oyó la voz de Jessica:

—No uses esa palabra, Jonathan. Está por debajo de nuestro nivel. Nosotros estamos ya por encima de todas esas viejas supersticiones. Somos la nueva raza. Tenemos emociones nuevas, creencias nuevas, reglas nuevas.

—Durante un mes más, o cosa así —dije yo.

Apéndice

Cuando me pidieron que escribiese un relato corto para este libro, acababa de terminar una novela de 125.000 palabras y estaba empezando otra que iba a alcanzar las 200.000.

Escribir un relato corto se me antojó entonces un agradable cambio de ritmo. No lo fue, desde luego. Fue un verdadero infierno, naturalmente. No había tocado la ciencia ficción durante muchos meses. Y me había acostumbrado a disponer de espacio para desarrollar los caracteres, la trama y el tema.

Se me antojó casi imposible comprimir una historia que tuviese algún sentido en tan pocas palabras.

Pero lo hice. Lo que no supone ningún cumplido para mí. Más bien un cumplido para la ciencia ficción. Nunca me he sentido a gusto como novelista de ciencia ficción, pero sí me ha gustado escribir relatos cortos en este campo. Mientras que la novela de ciencia ficción tiene límites y condiciones por las que no quiero preocuparme en mis obras largas, los relatos cortos del género son lo más vivo y emocionante con que uno puede encontrarse. No existe otro género de ficción tan idóneo para el relato corto. En la ciencia ficción, 2.200 palabras pueden tomar la forma de una verdadera parábola. Pueden ser una *obra*. En ningún otro género literario ocurre así.

Y además, ¿en qué otro género literario puede el escritor producir un relato cortísimo que sea al mismo tiempo una parodia de alguno de los temas sagrados en dicho campo? En ningún otro.

Fue un verdadero infierno, desde luego. Pero resultó también muy divertido.

Novelas

Más que humano, de Theodore Sturgeon.

Paper Dolls, de L. P. Davies.

Relatos

Something Wicked This Way Conyls, de Ray Bradbury.

El bebé son tres (capítulo de *Más que humano*), de Theodore Sturgeon.

Nacido de hombre y mujer, de Richard Matheson.

It's a Good Life, de Jerome Bixby.

SOBRE DEAN R. KOONTZ

Dean R. Koontz, nacido en 1945, ha publicado ya más de diez novelas de ciencia ficción y una gran cantidad de relatos cortos dentro del género. Uno de ellos (*Beatschild*) está sujeto a opción cinematográfica y fue seleccionado para el premio Hugo en 1970.

En la actualidad escribe fuera del campo de la ciencia ficción. Sin embargo, ha vendido novelas de misterio y otros géneros a Dial, Atheneum, Random House, M. Evans y otros editores.

Hanging On, publicada por M. Evans en 1973, ha sido calificada como la más horrenda y divertida novela de guerra desde *Catch-22*.

El señor Koontz vive en Harrisburg, Pennsylvania, con su mujer. Está terminando una gran novela de suspense para Random House.

SPACE OPERA

RATAS ESPACIALES DEL CCC

POR
HARRY HARRISON

Eso es, compadre, acerca un taburete, sí, ese mismo. Echa a Phrnnx en el suelo para que la duerma, hasta que se le pase. Ya sabes que los Krddls no aguantan la bebida, y mucho menos si beben *flnnx*, y encima fuman esa endemoniada hierba *krmml*. Bueno, deja que te sirva un trago de *flnnx*. Ay, siento haberte mojado la manga. Cuando se seque puedes rascarlo con un cuchillo. A tu salud y por que tus propulsores no te fallen cuando las hordas *kpnnz* te persigan.

No, lo siento, pero nunca había oído tu nombre hasta ahora. Demasiados hombres buenos vienen y se van, y los mejores son los que mueren antes, por desgracia. ¿Yo? No, nunca has oído hablar de mí, tampoco. Llámame sencillamente Viejo Sarge, es un nombre tan bueno como otro cualquiera. Hay hombres buenos, como te digo, y el mejor de todos ellos era... bueno, le llamaremos el Caballero Jax. También tenía otro nombre, pero hay una jovencita esperando en un planeta que podría nombrar, una jovencita que espera y contempla las estelas hirvientes de las astronaves, cuando llegan, porque está esperando a un hombre. Así que en honor a ella le llamaremos el Caballero Jax; a él también le gustaría este nombre, estoy seguro. Aunque la jovencita debe de estar ya canosa, o tal vez calva y medio artrítica de tanto esperar, allí sentada; pero esto es otra historia y no me corresponde a mí contarla. Por Orión que no me corresponde contarla. Bueno, sírvete tú mismo. Un buen trago, anda. Ya sé que es normal que los buenos *flnnx* exhalen humo verde, pero será mejor que cierres los ojos cuando bebas, si no quieres quedarte ciego en una semana, ¡ja, ja, por el sagrado nombre del profeta Mrddl!

Claro que sé lo que estás pensando. Lo que estás pensando es qué demonios hace una vieja rata como yo en un agujero como éste, aquí, al final de la galaxia, donde las estrellas marginales parpadean descoloridas y los fotones cansados viajan lentamente. Pues voy a decírtelo. Lo que estoy haciendo es emborracharme más, si cabe, que un planizzian *pfrdffl*, eso es lo que hago. Se dice que bebiendo se olvidan las cosas y por el Cisne que yo tengo un montón de cosas de las que no quiero acordarme. Estás mirando las cicatrices que tengo en las manos. Pues cada una de estas cicatrices es una historia completa, compadre, lo mismo que las que tengo en la espalda y en... bueno, ésa es una historia diferente. Voy a contarte algo; algo que es totalmente cierto, por el nombre sagrado de Mrddl, aunque tal vez cambie un nombre o dos, ya sabes, a causa de esa jovencita que espera.

¿Has oído alguna vez hablar del CCC? Ya veo, por como abres los ojos y por como palidece el bronceado espacial de tu piel, que sí que has oído hablar de ello. Pues para que lo sepas, tu seguro servidor aquí presente, el Viejo Sarge, fue una de las primeras ratas espaciales del CCC, y mi compadre entonces era el hombre al que llaman el Caballero Jax. Que el Gran Kramddl maldiga su nombre y borre la memoria de aquel primer día negro en que le vieron mis ojos...

—¡Atención! ¡Fir-MES!

La voz del sargento restalló como un latigazo en los oídos expectantes de los cadetes matemáticamente alineados en filas sucesivas. Bajo el impacto de aquel latigazo acústico, clarín de la fatalidad, ciento tres pares de botas relucientes chocaron los talones con un solo golpe seco y los ochenta y siete cadetes quedaron en posición de firmes, tan rígidos como si fuesen de acero. (Habría que explicar ahora que algunos de ellos procedían de otros mundos y por eso tenían un número diferente de piernas y otras cosas.) No se oía respirar a nadie, ni se podía percibir el menor parpadeo mientras el coronel Von Thorax echó a andar por delante de las filas, examinándolos de arriba abajo, clavando en ellos su ojo de cristal desde detrás de su monóculo. Llevaba su pelo gris, duro como el alambre, cortado a cepillo, un uniforme negro, impecable, de tejido suave, y los dedos de acero de su brazo izquierdo ortopédico sostenían un cigarrillo de hierba *krmml*. La mano derecha, ortopédica como el brazo que la sostenía, se levantaba rítmicamente en rígido saludo hasta el borde de su gorra de visera con un movimiento perfecto, mientras de sus pulmones artificiales, que ronroneaban tenuemente, brotaba la energía necesaria para modular la voz estentórea con que daba sus órdenes.

—¡Descanso! Ahora escuchadme bien. Vosotros sois el grupo de hombres, y de cosas, naturalmente, que han sido escogidas entre los mundos civilizados de la galaxia. Para el primer año de entrenamiento fueron admitidos seis millones cuarenta y tres cadetes, la mayor parte de los cuales han ido causando baja de una forma u otra. Muy pocos alcanzaban el nivel exigido. Algunos fueron fusilados por maleantes, después que tuvimos que expulsarlos. Otros creían en toda esa demagogia liberaloide con que el comunismo se disfraza de tintes rosados para proclamar que la guerra y la matanza no son necesarios, y también hubo que expulsarlos y fusilarlos. A lo largo de los años se fue eliminando a todos los blandos y sólo quedó lo más duro del Cuerpo: ¡Vosotros! ¡Los militantes de la primera promoción de graduados del CCC! Listos y a punto para llevar los beneficios de la civilización a las estrellas. ¡Preparados para descubrir al fin lo que representan y defienden las iniciales CCC!

Un enorme clamor ascendió desde la masa de gargantas; un grito ronco de entusiasmo viril que retumbó en ecos sonoros contra las paredes del estadio. A una señal dada por Von Thorax se conectó un interruptor y una gran plancha de imperviomita se deslizó a modo de techumbre sobre el espacio abierto y lo dejó completamente sellado, protegido de toda mirada curiosa y de todo posible rayo de espionaje. El rauco clamor ascendió de tono con entusiasmo alucinante, y más de un tímpano se rompió aquel día. Sin embargo, a una señal del coronel, al levantar su mano, se hizo un silencio instantáneo.

—Vosotros, militantes del CCC, no estaréis solos cuando partáis para extender las fronteras de la civilización hacia las estrellas bárbaras. ¡Oh, no! Cada uno de vosotros llevará un compañero fiel a su lado. ¡El primer hombre de la primera fila, que dé un paso al frente para encontrar a su fiel compañero!

El hombre que había sido designado dio un paso rápido hacia delante y se detuvo

con un fuerte taconazo que fue respondido por el «clang» metálico de una puerta al abrirse y, sin poder evitarlo, sin premeditación, todos los ojos se volvieron simultáneamente hacia aquel punto, hacia aquella oscura entrada de la que salió...

¿Cómo describirlo? ¿Cómo describir el torbellino que os envuelve, la tormenta que os azota, el vacío que os asfixia? Aquello que salió de allí era tan indescriptible como una fuerza natural desencadenada.

Era una criatura monstruosa que mediría unos tres metros hasta la cruz de los hombros y unos cuatro hasta la enorme y fea cabezota, cuya boca babeaba entrechocando los dientes. Semejante a un ciclón avanzó la bestia sobre sus cuatro patas como pistones, con grandes pezuñas anguladas que desgarraban a su paso la dura superficie del suelo del estadio, hecho de impervitio. Un verdadero monstruo nacido de una pesadilla, que se encabritó sobre sus patas traseras al llegar frente a los militantes y dejó escapar un horrísono bramido que congelaba el alma.

—¡Aquí lo tenéis! —tronó a su vez el coronel con voz estentórea, echando saliva salpicada de sangre por entre sus labios—. Éste es vuestro fiel compañero, el mutacamel, una mutación extraordinaria conseguida a partir de la noble bestia de la Antigua Tierra. El mutacamel, símbolo y orgullo del CCC. O lo que es lo mismo, del Cuerpo de Camellos de Combate. ¡Soldados, os presento a vuestro camello!

El militante que había sido seleccionado antes dio un paso al frente y levantó la mano para saludar a la noble bestia, que rápidamente le cortó el brazo de un mordisco. Su grito de dolor se mezcló al jadeo de sus otros compañeros, que observaban la escena sin demasiado interés, mientras los guardianes del camello, protegidos por vestimenta de cuero con hebillas metálicas, hacían retroceder a la bestia a golpes de porra y la conducían de nuevo a su chiquero.

Un médico le puso al hombre un torniquete en su muñón ensangrentado y se lo llevó a rastras, desvanecido.

—Ésta es vuestra primera lección en camellos de combate —gritó el coronel con voz hosca—. Nunca le levantéis la mano. Vuestro compañero, con su nuevo brazo ortopédico, estoy seguro, ja, ja, de que no olvidará esta lección. ¡El siguiente, y su siguiente compañero!

De nuevo el remolino de la tempestad desencadenada y aquel horrible bramido espumeante del camello de combate al iniciar su carga, a toda carrera. Esta vez el soldado no levantó el brazo. Entonces lo que hizo el camello fue cortarle la cabeza de un bocado.

—No creo que se puedan poner cabezas ortopédicas —dijo el coronel mirando maliciosamente a su formación—. Guardemos un minuto de silencio por nuestro compañero que se ha ido al gran cohete de reposo en el cielo. Bien, ya basta. ¡ATENCIÓN! Luego vendréis al campo de entrenamiento de los camellos para aprender cómo tenéis que manejar a vuestros fieles compañeros. Sin olvidar nunca que todos ellos tienen una dentadura completa hecha de imperviumita, y uñas de la misma sustancia, tan afiladas como cuchillas de afeitar. ¡Rom-pan FILAS!

Los cuarteles de los cadetes del CCC eran famosos por su carencia absoluta de coquetería, o más bien por su decorado glacial y su falta de comodidades. Las camas eran unas simples losas de impervitium —nada de colchones blandos que pudieran reblandecer las vértebras— y las sábanas, de tejido de saco muy fino. Desde luego no había mantas; ¿qué falta hacían, con una sana temperatura constantemente mantenida a cuatro grados centígrados? El resto de la instalación correspondía al mismo criterio, de modo que fue una enorme sorpresa para los graduados encontrarse, al volver de la ceremonia y los entrenamientos, con algunas innovaciones inesperadas. Había una pantalla en cada una de las bombillas, antes desnudas, colocadas junto a las camas para leer. Y un buen almohadón suave de dos centímetros de grosor, además. Estaban recogiendo ahora los beneficios de todos aquellos años de trabajo.

Entre todos los alumnos el mejor era, con gran ventaja sobre el resto, uno llamado M—. Hay ciertos secretos que no se pueden revelar, algunos nombres que son importantes para sus seres queridos y sus vecinos. Por lo tanto voy a dejar la capa del anónimo sobre la verdadera identidad de este hombre llamado M—. Bastará con que le llamemos «Acero», puesto que ése era el sobrenombre que le puso alguien que le conocía muy bien. Acero tenía por aquel entonces un compañero de cuarto llamado L—. Más tarde, mucho más tarde, sería conocido por algunos como «el Caballero Jax», de modo que así le nombraremos nosotros para el propósito de esta narración: Caballero Jax, o simplemente Jax. Jax venía inmediatamente después de Acero en lo que se refiere a marcas escolares y deportivas, y los dos eran muy buenos amigos. Habían sido compañeros de cuarto durante todo el último año de instrucción y ahora estaban los dos allí, con los pies en alto, saboreando el inesperado confort del nuevo mobiliario, tomando a sorbos un tazón de café descafeinado, que se llamaba Kofe, y dando hondas chupadas a los cigarrillos desnicotinizados que fabricaba la misma escuela, y que se llamaban Denikcig, de acuerdo con el nombre que les había dado el fabricante. Los estudiantes del CCC, sin embargo, les llamaban «jadeadores» o «revientapulmones».

—Échame un reventador, ¿quieres, Jax? —dijo Acero, desde su cama, donde estaba tumbado con los brazos por detrás de la cabeza, soñando despierto en lo que le esperaba, ahora que ya tendría su propio camello muy pronto—. ¡Ouh! —exclamó al sentir que el paquete de cigarrillos arrojado por su amigo le daba en un ojo. Sacó uno de aquellos cilindros blancos y delgados, lo encendió, después de darle unos ligeros golpecitos contra la pared, y luego aspiró una profunda bocanada de humo refrescante—. Aún no puedo creerlo —dijo echando humo mezclado con palabras.

—Pues es cierto, por Mrddl —dijo Jax sonriente—. Somos graduados. Ahora devuélveme el paquete de jadeadores para que yo también pueda echar unas bocanadas.

Acero le arrojó el paquete, pero lo hizo con tanto entusiasmo que fue a dar contra la pared e inmediatamente se encendieron todos los cigarrillos y el paquete estalló en llamas. Un vaso de agua acabó con la conflagración, pero, mientras aún humeaba, se

iluminó la pantalla de comunicación con un tenue parpadeo rojo.

—Mensaje de alta prioridad —masculló Acero, mientras apretaba el botón de conexión. Los dos jóvenes saltaron de la cama y se quedaron en rígida posición de firmes al mismo tiempo que el rostro de hierro del coronel Von Thorax cubría la superficie entera de la pantalla.

—M—, L—, a mi despacho a toda velocidad —las palabras caían de sus labios como si fuesen goterones de plomo fundido.

¿Qué podía significar aquello?

—¿Qué crees que pasa? —preguntó Jax mientras los dos amigos se dejaban caer por el conducto de descenso casi con rapidez de la gravedad.

—En seguida vamos a saberlo —contestó Acero mientras se dirigían a la puerta del «viejo» y pulsaban el botón anunciador.

Activada por algún mecanismo oculto, la puerta se abrió de par en par y ambos entraron en la estancia, no sin cierta inquietud. Pero... ¿qué era aquello? No era posible. El coronel los miraba sonriendo. *Sonriendo*. Una expresión que nunca hasta entonces habían visto en aquel rostro de granito.

—Poneos cómodos, muchachos —dijo, indicando con un gesto de la mano dos sillas muy confortables que brotaron del suelo al apretar él un botón—. Encontraréis cigarrillos en los brazos de esas servosillas, y también vino de Valumian o cerveza Snaggian.

—¿No Kofe? —preguntó Jax con la boca abierta, y todos se echaron a reír.

—No creo que realmente queráis tomar Kofe —susurró el coronel a través de su laringe artificial—. Bebed, muchachos, ahora sois Ratas Espaciales del CCC. Vuestra juventud queda ya atrás. Y ahora, mirad esto.

Esto era una imagen tridimensional que se materializó en el aire delante de ellos cuando el coronel apretó un botón, la imagen de una nave espacial como nunca habían visto. Era tan esbelta como un pez espada, tan fina de alas como un pájaro, tan sólida como una ballena y tan armada como un caimán.

—¡Kolon bendito! —exclamó Acero con la boca abierta de admiración—. ¡Eso es lo que yo llamo un pedazo de cohete!

—Algunos de nosotros preferimos llamarle el *Invencible* —dijo el coronel, no sin un cierto toque de humor.

—¿Esto es la *nave*? Algo habíamos oído...

—Muy poco podéis haber oído, porque hemos tenido envuelto y bien envuelto este bebé desde sus comienzos. Tiene los motores más poderosos que se han fabricado hasta ahora, nuevos MacPherson^[2] perfeccionados, del último modelo, manipuladores de conducción Kelly^[3] perfeccionados también hasta tal punto que no los reconoceríais y también unos propulsores Fitzroy^[4] de doble fuerza que hacen que los antiguos parezcan juguetes para niños. Y aún me reservo lo mejor para el final...

—*Nada* puede ser mejor que lo que ya nos ha contado —interrumpió Acero.

—¡Eso es lo que tú crees! —exclamó el coronel, echándose a reír, no sin cierta cordialidad, pero con un tono de voz como el de una lámina de acero al rasgarse—. La mejor noticia de todas es que tú, M—, vas a ser el capitán de esta nueva superastronave, con el afortunado L— como jefe de máquinas.

—El afortunado L— se sentiría mucho más feliz de ir como capitán, en lugar de como rey de las calderas —murmuró Jax, y los otros dos se echaron a reír ante lo que consideraban un buen chiste.

—Todo está completamente automatizado —prosiguió diciendo el coronel—, de modo que basta con una tripulación de dos. Pero debo advertiros que lleva una buena cantidad de aparatos a prueba, que hay que experimentar, de manera que los que vuelen con ella tienen que ser voluntarios...

—¡Yo me presento voluntario! —gritó Acero.

—Yo tengo que ir a los lavabos un momento —dijo Jax levantándose de su asiento. Pero volvió a sentarse en el acto al ver cómo el desintegrador saltaba automáticamente de su funda a la mano del coronel—. ¡Ja, ja! Era sólo una broma. Claro que me presento voluntario.

—Ya sabía que podía contar con vosotros, muchachos. El CCC produce *hombres*. Camellos también, naturalmente. De modo que esto es lo que vais a hacer. Mañana, a las 0304 horas saldréis disparados por el éter con rumbo al Cisne. En dirección a un cierto planeta.

—Déjeme que intente adivinarlo —dijo Acero hoscamente y con los dientes apretados—. No estará pensando en enviarnos al mundo lleno de larshniks de Biru-2, ¿verdad?

—Pues sí. Ésa es la primera base larshnik, el centro operacional de todo tráfico de drogas y de juego, el sitio donde descargan a los esclavos blancos, la sede de las destilerías de *flnx* y el refugio de las hordas piratas.

—¡El ideal para quien le guste la acción! —dijo Acero, con una mueca.

—No creas que es una broma eso que dices —convino el coronel—. Si yo fuese más joven y tuviese unas pocas piezas menos de repuesto en mi organismo, es la clase de oportunidad que me encantaría.

—Puede ir como jefe de máquinas —sugirió Jax.

—Silencio —dijo el coronel—. Caballeros, buena suerte, porque con vosotros va el honor del CCC.

—¿Pero no los camellos? —preguntó Acero.

—Quizá la próxima vez. Existen, bueno..., algunos problemas de ajuste. Hemos perdido cuatro graduados más mientras estamos sentados aquí. Es posible incluso que tengamos que cambiar de animales. Convertir el Cuerpo en el CPC.

—¿Con *perros* de combate? —preguntó Jax.

—Perros o asnos. O tal vez recentales. Pero ése es mi problema, no el vuestro. Lo que os toca a vosotros es ponerlos en ruta y abrir en canal a Biru-2. Estoy seguro de que podéis hacerlo.

Si los aludidos no estaban tan seguros como el coronel se lo guardaron para sí, porque de este modo es como se hacen las cosas en el Cuerpo.

Así que, cumpliendo con su deber, a la mañana siguiente se metieron en el *Invencible* y a las 0304 horas precisas se lanzaron al espacio. Los trepidantes motores MacPherson transmitieron quintillones de ergios de energía a los reactores de propulsión, hasta que se encontraron al fin fuera del campo de gravedad de la madre Tierra.

Jax trabajaba en los motores, echando *transvestita* en la boca abierta del horno hambriento, hasta que Acero le indicó desde el puente que había llegado el momento del «cambio». A partir de entonces activaron los propulsores Kelly, devoradores de espacio. Acero apretó el botón que los ponía en marcha y la enorme aeronave dio un gran salto hacia las estrellas a siete veces la velocidad de la luz^[5].

Como los propulsores eran totalmente automáticos, Jax fue a refrescarse un poco en el aseo, mientras su ropa era lavada automáticamente en la lavadora. Luego subió al puente.

—Bueno —exclamó Acero, levantando las cejas—, no sabía que tuvieras esos gustos. Vaya con tus calzoncillos a lunares...

—Es lo único que tenía limpio. La lavadora ha disuelto el resto de mi ropa.

—No te preocupes. ¡Son los larshniks de Biru-2 los que tienen que preocuparse! Entraremos en su atmósfera justo dentro de diecisiete minutos, y he estado pensando todo el tiempo en lo que vamos a hacer a partir de ese momento.

—Bien, me alegro de que *alguien* haya estado pensando. Yo no he tenido tiempo de respirar siquiera, y menos aún de pensar.

—No te preocupes, amigo; estamos metidos en esto juntos. Tal como yo veo la cosa, tenemos dos opciones. Irrumpir directamente con los cañones disparando, o deslizamos con sigilo.

—Ah, ¿realmente has estado pensando?

—No te lo tomaré en cuenta porque estás cansado. Nosotros vamos bien armados, pero creo que sus baterías de tierra son aún más potentes. De modo que sugiero la segunda solución: entrar con sigilo, sin que nos descubran.

—¿No resulta eso un poco difícil yendo como vamos en esta nave de treinta millones de toneladas?

—Normalmente, sí. Pero ¿ves este botón que dice *Invisibilidad*? Mientras estabas cargando el combustible me explicaron cómo funciona. Es un nuevo intento, que no se ha utilizado hasta ahora, y que nos hará invisibles e indetectables por cualquiera de sus instrumentos.

—Así ya lo veo un poco más claro. Sólo nos quedan quince minutos. Debemos de estar ya bastante cerca. Conectemos el dispositivo de invisibilidad.

—¡No hagas eso!

—Ya está hecho. ¿Qué es lo que pasa ahora?

—No mucho. Excepto que este aparato experimental de invisibilidad no dura más

que trece minutos antes de consumirse por completo.

Y por desgracia, así fue. A una altura de cien kilómetros por encima de la yerma y agrietada superficie de Biru-2, el *Invencible* se materializó de nuevo.

En la mínima fracción de un milisegundo el poderoso sonar espacial y el superradar del planeta se habían cerrado en torno a la aeronave invasora y las subluces enviaban sus señales secretas, en espera de una respuesta correcta para asegurarse de que el intruso era uno de los suyos.

—Enviaré una señal, para entretenerlos un poco. Estos larshniks no son excesivamente inteligentes —dijo Acero, sonriendo. Apretó el botón del micrófono y lo conectó a la frecuencia de emergencia interestelar. Luego habló con voz sorda, carraspeante—: Agente X-9 a la primera base. Hemos cruzado fuego con la patrulla, me han quemado mis libros de código, pero me cargué a todos esos hijos de perra, ¡ja, ja! Regreso a casa con un cargamento de ochocientas mil toneladas largas de la demoníaca hierba *krmml*.

La respuesta larshnik fue instantánea. Las bocas abiertas de miles de cañones desintegradores vomitaron rayos abrasadores de energía que desgarraban hasta la textura del espacio. Aquellos rayos corrosivos explotaron contra las pantallas defensivas de la nave espacial, penetraron a través de la coraza del viejo *Invencible*, que no estaba destinado a hacerse mucho más viejo, e incendiaron las planchas de su casco. La pura materia de que estaba hecho no era capaz de resistir la fuerza destructiva, consumidora, que nacía de las mismas entrañas del planeta y era vomitada por sus cañones contra el invasor. Así que las paredes impenetrables de la nave, hechas de imperialita, se vaporizaron instantáneamente y se convirtieron en gas muy fino, que a su vez se descompuso en los meros electrones y protones (y neutrones también) de que estaba compuesto.

La carne y la sangre no podían resistir tampoco tales fuerzas. Pero en los pocos segundos que tardó la nave en volatilizarse los dos valientes astronautas se habían lanzado ya al espacio dentro de sus corazas especiales. ¡Bien a tiempo! Los restos de lo que momentos antes había sido la poderosa astronave chocaron contra la atmósfera y segundos más tarde contra el suelo venenoso de Biru-2. Para un observador casual aquello era el fin. La poderosa astronave no volaría ya más, puesto que no quedaba de ella sino un montón confuso de restos humeantes, doscientas toneladas de chatarra retorcida, sin el menor signo de vida para los reptadores de superficie que salieron de una escotilla cercana, disimulada en la roca, y se arrastraron hasta los restos ardientes, detectando en todas direcciones con sus sensores activados al máximo.

«¡*Informen!*», transmitió la emisora de radio. «*Sin señal de vida hasta quince decimales*», respondió el maldiciente operador de los rastreadores, antes de indicarles que regresaran a su base. Sus patitas metálicas resonaron chirriantes contra la superficie desnuda del suelo y luego desaparecieron. Lo único que quedó allí fueron los restos aún humeantes de la astronave, siseando bajo la lluvia venenosa que caía como llanto sobre el metal caliente.

¿Habían muerto los dos amigos? Pensé que no ibas a preguntármelo nunca. Pues no, no habían muerto. Una milésima de segundo antes de que se estrellase la nave, dos armaduras espaciales casi indestructibles habían sido proyectadas en el vacío por el eyector con muelles de estilita, que los envió volando hacia el lejano horizonte, donde descendieron, sin ser detectados por los técnicos larshnik, tras un espolón de roca. Por pura casualidad este espolón de roca era el que disimulaba la escotilla por la que habían salido los rastreadores con sus aparatos de detección para su inútil búsqueda, y a la que habían vuelto siguiendo las órdenes de su maldiciente operador de radio, el cual, entontecido con la demoníaca hierba *krmml*, no percibió la ligerísima vibración de la aguja del detector cuando los rastreadores volvieron a su refugio bajo tierra, trayendo con ellos un nuevo cargamento que no llevaban cuando salieron.

—¡Lo hemos conseguido! ¡Estamos dentro de sus defensas! —se regocijó Acero—. Y no gracias a ti precisamente, pulsando aquel maldito botón de invisibilidad...

—¿Cómo iba yo a saber...? —protestó Jax—. De todas formas, ya no podemos contar con la astronave, pero podemos contar con el elemento sorpresa. Ellos no saben que nosotros estamos aquí, pero nosotros sí sabemos que están ellos.

—Muy bien pensado. Sssh... —dijo Acero—. No te muevas. Estamos llegando a algo.

Los rastreadores habían entrado en una inmensa cámara, tallada en la roca, y que estaba llena de poderosas máquinas de guerra.

Lo único humano allí, si es que podía llamársele humano, era el operador de radio, cuyos dedos sucios intentaron apretar el control de los cañones tan pronto como percibió la presencia de los intrusos. Pero no tuvo tiempo. Los rayos de dos desintegradores hicieron diana en su cuerpo, y en una milésima de segundo no era más que un montón de carne carbonizada sobre su asiento. La justicia del Cuerpo estaba por fin llegando a la guarida larshnik.

Justicia era, impersonal y abstracta, imparcial y destructora, porque en aquella guarida no había «inocentes». Los rayos implacables de la venganza civilizada iban barriendo todo lo que se les ponía por delante, mientras los dos compañeros avanzaban por los corredores de la infamia disparando sus mortíferos cañones.

—Éste es el Número Uno —dijo Acero, con una mueca, cuando llegaron frente a una inmensa puerta de *impervialita* contrachapada de oro ante la que se apiñaba una escuadra suicida, que realmente cometió suicidio bajo el fuego implacable de los dos amigos. La última resistencia débil, que no fue mucha, quedó pronto aniquilada y reducida a humo entre el estruendo de aquella lluvia de fuego. Los dos hombres penetraron triunfantes en el último reducto, el reducto central, manejado ahora por una sola figura de pie ante el panel de controles. La figura de Superlátigo en persona, cabeza secreta de todo el imperio del delito interestelar.

—Ha llegado tu hora —dijo, torva, la voz de Acero, al tiempo que encañonaba con su arma aquella figura vestida con su túnica negra y su opaco casco espacial—.

Quítate el casco o mueres en un segundo.

La única respuesta fue un rugido acongojado de rabia impotente, y durante unos instantes las manos de la figura temblaron sobre los mandos de los cañones. Luego alzó los brazos lentamente, llevó las manos al casco y empezó a darle vueltas para quitárselo, levantándolo despacio...

—¡Por el sagrado nombre del profeta Mrddl! —exclamaron los dos amigos al unísono, sin poder contenerse al ver lo que estaban viendo.

—Sí, ahora ya lo sabéis —dijo Superlátigo entre sus dientes apretados—. Pero, ¡ja, ja!, estoy seguro de que nunca lo sospechasteis siquiera.

—¡Usted! —exclamó Acero, rompiendo por fin el helado silencio que les había dejado mudos un instante—. ¡Usted! ¡Usted! ¡USTED!

—Sí, yo mismo, el coronel Von Thorax, comandante del CCC. Nunca sospechasteis de mí, y yo, ¡cómo me reía de vosotros mientras tanto!

—Pero... —exclamó Jax—. ¿Por qué?

—¿Por qué? La respuesta es obvia para cualquiera que no sea un puerco democrático interestelar, como lo sois vosotros. Lo único que los larshniks podían temer era algo del tipo del CCC, una fuerza que no se inclinase nunca ante ningún soborno exterior ni ante ninguna sedición interna, una fuerza ennoblecida por su fe en la causa del deber. Tipos como vosotros podíais habernos dado muchos problemas. Por eso, precisamente, *nosotros* fundamos el CCC y durante largo tiempo yo he sido el jefe de ambas organizaciones. Nuestros reclutas nos aportan lo mejor que los planetas civilizados pueden ofrecer, y ya me ocupo yo de que sean brutalizados, moralmente destruidos, agotados físicamente y sus espíritus aplastados para que de allí en adelante no representen ningún peligro. Naturalmente, algunos llegan hasta el fin, a pesar de que yo me esfuerce en hacerlo repugnante. Cada generación tiene su porcentaje inevitable de supermasoquistas. Pero ya me ocupo yo de que sean eliminados rápidamente, por un sistema o por otro.

—¿Como la de enviarles en misiones suicidas, por ejemplo? —preguntó Acero con ironía.

—Es una buena manera.

—Una misión como ésta a la que nos envió usted. ¡Pero no dio resultado! ¡Ahora ya puedes ir diciendo tus oraciones, cochino larshnik, porque estás a punto de ir a encontrarte con tu creador!

—¿Mi creador? ¿Oraciones? ¿Habéis perdido la cabeza? Todos los larshniks somos ateos hasta el fin...

Y así llegó el fin, entre una ardiente nube de vapor. La muerte con aquellas palabras heréticas todavía en sus labios. No merecía otra cosa.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Acero.

—Ahora, esto —respondió Jax, disparando el arma que llevaba al brazo y dejándole inmovilizado bajo los efectos del rayo paralizador—. Ya no va a ser el segundo puesto para mí, contigo en el puente y yo en la cámara de calderas. De ahora

en adelante soy yo quien lleva la batuta.

—¡Estás loco! —susurró apenas Acero.

—Al contrario, estoy muy cuerdo, por primera vez en mi vida. El Superlátigo ha muerto. Viva el nuevo Superlátigo. Es mía, la galaxia entera es mía.

—¿Y qué ocurre conmigo?

—Debería matarte, pero sería demasiado fácil. Y además, compartiste tus barras de chocolate conmigo. Será a ti a quien culpen de toda esta catástrofe. De la muerte del coronel Von Thorax y de todo lo demás que ha ocurrido aquí en la primera base. Todos se volverán contra ti, y te verás convertido en un paria que tiene que escapar, para salvar la vida, a las más remotas avanzadillas de la galaxia, donde vivirás por siempre en el terror.

—¡Acuérdate de las barras de chocolate!

—Ya me acuerdo. Las únicas que me tocaron eran las que estaban rancias. Ahora... ¡VETE!

¿Aún quieres saber mi nombre? El que te di, de Viejo Sarge, es suficiente. ¿Mi historia? Sería demasiado para tus tiernos oídos, muchachito. Llena los vasos otra vez, así, y brinda conmigo. Es lo menos que puedes hacer por un pobre viejo que ha visto ya mucho en su vida. Un brindis de mala suerte, de aniquilamiento, sería mejor decir: que el Gran Krammdl maldiga para siempre al hombre que algunos conocieron como el Caballero Jax. ¿Que si tengo hambre? Yo no... ¡NO! ¡Una barra de chocolate, no!

Apéndice

Qué deliciosos eran aquéllos lejanos días de la juventud: las astronaves de un kilómetro de largo (cuya construcción era capaz de dar al traste con las reservas minerales del planeta), los héroes con mandíbula de acero y músculos de hierro, los destellos, como en una linterna mágica, de culturas extrañas y exóticas. Llenas de violencia, con su acción envuelta en la maraña de una gramática incoherente y de un vocabulario sumamente limitado; tan asexuadas como la ingle de uno de esos maniqués de escaparate; salpicadas de una ciencia incoherente... ¿Qué muchacho no se embobaba leyéndolas? Ninguno. Los engendros del espacio nos arrastraban en su estela con un regusto de exotismo, y era un mundo más agradable de vivir que el que quedaba al otro lado de la ventana. La *Space Opera* resultaba un género irresistible.

Ahora me resulta muy fácil resistirme a él. En tanto que adulto, quiero decir. Su gran maestro, el doctor E. E. Smith, todavía vive de sus libros, que siguen reimprimiéndose y vendiéndose bien. No voy a denigrar ahora sus novelas. Son una gran cosa para los chicos y una buena introducción a la ciencia ficción, de la que son un antecedente, en el tiempo y en el espacio. Pertenecen a su historia, y si aún gozan de una popularidad póstuma, esto les concede una fuerza todavía mayor.

Estas líneas que escribo ahora no significan, ni mucho menos, un golpe bajo a su memoria; más bien van dirigidas a aquellos que aún se obstinan en practicar un arte muerto.

¿Qué es lo que falla en la *Space Opera* que se escribe en nuestros días? Por decirlo en dos palabras, lo que falla en realidad es que ya no hay justificación alguna para su existencia. Los pioneros del género, con su ingenuidad y su entusiasmo, lo hacían mucho mejor. El mundo ha madurado mucho desde entonces. La ciencia ficción también, dejando a un lado —así lo espero— todo lo que tenía de lastre infantil. Y cuando digo que así lo espero, lo hago con un profundo sentimiento de desesperanza, pues aún continúo leyendo historias de ciencia ficción moderna llena de entramados absurdos, rayos desintegradores, luces mortíferas, armaduras espaciales y todos los viejos tópicos momificados. Peores aún son quizá las historias que repiten toda la fantasmagoría oculta entre los bastidores de la *Space Opera*, tejiendo así nuevas telarañas sobre el polvoriento esqueleto. Jovencitos brillantes viajan desde la Tierra en milagrosas astronaves que los llevan en un segundo a cualquier parte, incluidos los planetas extraños con atmósferas de oxígeno, habitados por seres de formas exóticas pero que hablan el inglés de la calle y que piensan de manera similar al americano medio, y donde los deseos y las necesidades humanas son estultificados, denigrados y embrutecidos hasta el más bajo nivel concebible.

¿Os sorprendería si os digo que no es sólo desaliento lo que se apodera de mí en tales circunstancias, sino una furia realmente demoledora?

Creo que la mejor arma para enfrentarse con la situación es el humor. Si la *Space Opera* no resultara risible no podríamos reírnos de ella. Y después de reírnos de esta caricatura que os presento, podremos sin duda reírnos mejor de esos taumaturgos tan serios que aún practican hoy día este arte muerto. Tal vez hasta les haga reírse a ellos mismos de las monstruosidades que están escribiendo, y una vez que se hayan reído de ellas se decidan a abandonar sus dudosos trucos.

Novelas

First Lensmen, de E. E. Smith.

Grey Lensmen, de E. E. Smith.

Children of the Lens, de E. E. Smith.

Skylark of Space, de E. E. Smith.

Skylark of Valeron, de E. E. Smith.

Spacehounds of the IPC, de E. E. Smith.

Deathworld, de Harry Harrison.

Relatos

The Racketeers Have Shaggn Ears, de Keith Bennett.

SOBRE HARRY HARRISON

Harry Harrison, nacido en 1926, es autor de *Bill, héroe galáctico* (otra conseguida parodia de la *Space Opera*) y de *Make Room, Make Room*, que serviría de base al filme *Soylent Green*.

Su primera novela de misterio, *La venganza de Moctezuma*, ha sido publicada en diez países y traducida a seis idiomas. Harrison vive en San Diego con su esposa Joan y dos hijos.

UNIVERSOS ALTERNOS

VIAJES

POR
ROBERT SILVERBERG

¿Tiene corazón este sendero? Porque todos los senderos son iguales: no conducen a ninguna parte. Hay senderos que cruzan a través del bosque y senderos que se adentran en el bosque. Durante el curso de mi propia vida yo podría asegurar que he recorrido senderos largos, muy largos, pero no estoy en ninguna parte... La cuestión es: ¿Tiene corazón este sendero? Si lo tiene, es un buen sendero; pero si no, no te sirve de nada. El que tiene corazón nos proporciona un viaje lleno de gozo; durante todo el tiempo que lo sigas serás uno con él, formarás un todo con él. El otro, el que no tiene corazón, hará que maldigas el haber nacido.

(Las enseñanzas de Don Juan)

1

El segundo lugar al que llegas —el primero no te ha servido, por una razón o por otra— es una ciudad que podría tomarse por San Francisco. Quizá lo es, asentada sobre la península que separa la bahía del océano, con sus blancos edificios que se alzan sobre colinas empinadas de una forma casi increíble. En tu espacio psíquico ocupa el lugar que San Francisco ha ocupado siempre, aunque aún no sabes realmente cómo se llama. Pero quizá no tardes en averiguarlo.

Sigues hacia adelante, y lo primero que notas es una familiaridad extraña y al mismo tiempo fría y sin corazón, desconocida. Por ejemplo, los automóviles, y realmente los hay en abundancia, son todos ellos una especie de cojo mecánico: verás, por ejemplo, un sedán elegante, con todo el mejor estilo de Detroit, el buen cromado, la línea aerodinámica, las ventanas bajas resplandecientes, pero sólo tiene dos ruedas, las dos de delante. En la parte de atrás dos correas de cuero giran incesantemente. ¿Es éste un diseño apropiado para circular por la ciudad? Quién sabe. Pero sin duda alguien piensa que sí. Y luego, ahí están los periódicos; con el mismo formato, las mismas columnas estrechas, los grandes titulares y sus kilómetros de impresión negra sobre el papel ligeramente gris, ligeramente áspero. Pero los nombres de las personas y los sitios son distintos. Echás una ojeada a la primera página de un diario cualquiera en la vendedora automática de la esquina, y te

encuentras con una enorme foto del presidente DeGrasse recibiendo a los invitados, en una recepción dada en honor del embajador de la Patagonia. Luego un relato de las matanzas entre tribus de las tierras altas de Zungaria. Siguen detalles sobre la epidemia de soledad que está devastando Persépolis. Cuando a los automóviles de dos ruedas se les cala el motor en lo alto de una pendiente, lo que ocurre a menudo, los demás conductores hacen sonar un campanileo argentino, para mostrar su impaciencia cortésmente. Hombres que tienen todo el aspecto de indios navajos canturrean en las intersecciones de las calles. Las luces del tráfico son azules y anaranjadas. Los trajes son más bien prosaicos, en gris y azul oscuro, pero el corte y el estilo de las chaquetas masculinas tiene un toque picudo, algo que recuerda la moda del siglo XVIII y que tiende hacia la pomposidad. Recoges una moneda que ves brillar en la acera: es vagamente metálica y al mismo tiempo como la goma, prensible entre los dedos. Sobre su grueso canto se lee esta inscripción: A DIOS DEBEMOS NUESTRAS ESPADAS. En el bloque siguiente está ardiendo una casa, y a su alrededor bailan unos cuantos empleados una danza desesperada. La máquina apagafuegos está pintada de color verde satinado y su bomba extintora parece más bien un cañón diabólico, embellecido con adornos laterales. Escupe una especie de espuma amarilla que se traga las llamas y que, una vez oxidada, escurre por la zanja de la calle convertida en un líquido azul de aspecto pegajoso. Todo el mundo lleva gafas; *todo* el mundo. En una cafetería próxima una camarera pálida sirve a los clientes unos jarritos de leche hirviendo en los que ellos vierten canela, mostaza y algo que parece salsa de tabasco. Todos están en silencio, con las caras muy serias. Te acercas, tiendes la moneda que encontraste en la calle para probar aquel mejunje, imitando lo que todos hacen, y todos estallan en carcajadas. La joven que hay detrás del mostrador te devuelve un grueso montón de papel moneda a modo de cambio: REPÚBLICA FEDERAL UNIDA COLOMBIANA, hay escrito en cada billete. VALE POR UN CAMBIO, y siguen una cantidad de firmas ilegibles, bajo el retrato de un venerable líder de la república, tan famoso sin duda que no lleva ningún nombre que lo identifique. El personaje en cuestión tiene el porte estático, la mirada impenetrable y lleva peluquín. Se toma uno la leche, soplando un poco. Una ligera espuma empieza a formarse en su superficie moteada. Empiezan a sonar las sirenas. Los otros bebedores de leche se agitan un poco, como si estuviesen inquietos. Parece que se aproxima un desfile. Se escuchan trompetas, tambores y un canto lejano. ¡Mira! Ahí llegan cuatro muchachitos desnudos llevando sobre los hombros una litera de brocado y sobre la litera un gran bloque de hielo, un enorme cubo helado, misterioso, impenetrable.

«¡Patagonia!», exclaman los mirones tristemente. Se diría que les arrancan la palabra de los labios a la fuerza. «¡Patagonia!»

Detrás de los muchachitos y la litera avanza un obispo mitrado, solo, completamente vestido de verde, haciendo gestos de cortesía a la multitud y repartiendo sus bendiciones como si fuesen flores:

—¡Olvidad vuestros pecados! ¡Cancelad vuestras deudas! ¡Todo es nuevo! ¡Todo es bueno!

Te estremeces oyéndole y le miras a los ojos cuando pasa cerca, en espera de que te favorezca, te singularice con un abrazo. Es muy alto, pero cano y frágil, a pesar de sus energías y de su agilidad. En cierto modo te recuerda a Norman, el hermano mayor de tu mujer, y quizá sea realmente Norman, el Norman de este lugar. Te preguntas entonces si no podría darte alguna noticia de tu esposa, de Elizabeth, la Elizabeth de este sitio, pero no dices nada y el hombre continúa su camino.

A continuación llega una especie de enorme andamiaje sobre ruedas, una construcción sumamente compleja, y en su cúspide descansa una estatua pulimentada de piedra negra resplandeciente: una figura humana, masculina, rolliza y pesada, con los brazos doblados de una manera muy extraña y el rostro sonriente. La estatua entera emana una serenidad que recuerda el arte sumerio. La cara es la del presidente DeGrasse.

—Morirá con la primera niebla —murmura el hombre que hay a tu izquierda.

Otro se vuelve rápidamente y dice con gran énfasis:

—No; se hará de la manera adecuada. Durará hasta que llegue el tiempo de los accidentes, como tiene que ser. Apuesto a que será así.

En el acto se levantan los dos, y quedan frente a frente, nariz contra nariz, la mirada centelleante; y luego apuestan: con un ritual sumamente complicado que incluye batir de palmas, intercambio de pedacitos de papel, escupir de una forma precisa y verdaderas llamadas históricas a los testigos.

El clima emocional ha subido tanto que resulta realmente exagerado. Decides marcharte, abandonar la cafetería, mirando con aire cansado en todas direcciones.

2

Antes de iniciar un viaje te dicen lo esencial que es definir el motivo que te impulsa. ¿Vas a ser un turista, un explorador o un infiltrador? Ésas son las tres posibilidades con las que se enfrenta todo aquel que viaja a un sitio nuevo. Y cada una de ellas comporta su riesgo especial.

Optar por ser un turista es elegir la alternativa más fácil, pero la más despreciable también. En último término puede resultar la más peligrosa, en un cierto sentido. Tienes que aceptar los inevitables epítetos: te tildarán de turista *tonto*, de turista *ignorante*, de turista *vulgar*, de *simple* turista. ¿Quieres ser considerado así, nada más que como «simple»? ¿Eres capaz de aceptarlo? ¿Es ésta la imagen que estás dispuesto a asumir para ti mismo? ¿La del tipo asombrado, desconcertado, al que se le lleva de un lado a otro por la punta de la nariz? Tendrás que firmar para viajes de grupo, te cargarás de guías y de cámaras, irás a la catedral y a los museos y al mercado, pero siempre lo verás todo desde fuera, siempre desde el exterior de las cosas, mirando

mucho y sin sentir nada realmente. ¡Qué pérdida de energías y de tiempo! El mismo viaje que creíste que iba a ensanchar tus horizontes hará que te sientas disminuido. El turismo te seca y te apergamina. Todos los sitios acaban por parecerse: un hotel, un guía bronceado con gafas de sol, un autocar, una plaza, una fuente, un mercado, un museo, una catedral. Te conviertes en un nada vacilante, un monigote hecho con hojas de guía turística pegadas con goma. Te sientes desnudo, excepto por tu ropaje de visados. La suma final de tus grandes aventuras acaba no siendo más que un montoncito de monedas diversas, procedentes de tierras que ni siquiera puedes ya distinguir entre sí.

Decidirse por ser *explorador* es hacer la elección *macho*^[6]. Verdaderamente te lanzas a ello de cabeza, henchido de espíritu de conquista, porque ¿acaso toda clase de descubrimiento no supone una cierta conquista? Tu posición existencial, en tanto que eras un turista tan sólo, quedaba fuera del meollo de las cosas, aunque no sintieras vergüenza de que fuese así. Pero mientras que los turistas son esencialmente pasivos, el papel del explorador es activo. El explorador intenta llegar al corazón de las cosas, tomar posesión de él, exprimirlo. En el papel de explorador, te arropas inconscientemente con la capa del poder: seguridad en ti mismo, grueso fajo de billetes y un montón de tarjetas de crédito. Además, sacas partido a la aureola que te proporciona el hecho de ser extranjero. Llevas contigo una curiosidad arrolladora, que ni se detiene ante nada: haces toda clase de preguntas sobre las cosas más privadas, te atreves a abrir todas las puertas y a iluminar con la luz brillante de tu lámpara de bolsillo los rincones más recoletos. Te sientes como si fueras Magallanes, o Malinowski, o el capitán Cook. Es mucho lo que ganas con esta actitud, pero ¡ay, no olvides que todo tiene su precio! Y el precio en este caso es que siempre eres temido y odiado y que nunca se te permite llegar al verdadero fondo de las cosas, aunque tú lo intentes. Sin embargo, no es este quedar en la brillante superficialidad el mayor peligro. No olvides que Magallanes y el capitán Cook dejaron sus huesos en playas de los trópicos. Algunas veces los nativos pierden la paciencia con los exploradores.

¿Infiltrador, entonces? Es al mismo tiempo el papel que ofrece más compensaciones reales y el más difícil de todos. ¿Vas a elegirlo de todas formas? Piénsalo bien antes. Porque te verás obligado a contar sólo con tus propias fuerzas y recursos tan pronto como llegues a tu destino; aprender en seguida las reglas que rigen el lugar, encontrar tu camino sin titubeos, descubrir el emplazamiento de tiendas, avenidas y hoteles, calcular la moneda sin error, aprender las normas del trato social local, y todo ello valiéndote tan sólo de tu propia capacidad de observación, de una manera disimulada y moviéndote con extremada cautela, por tu propia cuenta y *sin jamás recurrir a nadie*. Tienes que convertirte por ti mismo en parte integrante del mundo al que has llegado, y la mejor manera de conseguirlo es alimentando la creencia general de que ya perteneces a él. Dondequiera que desembarques has de hacerte inmediatamente a la idea de que la vida ha venido transcurriendo allí, tal

como es, durante millones de años, y seguirá transcurriendo, contigo o sin ti.

Tú eres el intruso en su mundo, y si no quieres sentirse como tal, mejor que aprendas a encajar en tu nuevo entorno lo antes posible. Claro que no es cosa fácil de hacer. Pero el infiltrador no puede adquirir estabilidad si se porta como un tonto. No podrás preguntar, por ejemplo: «¿Cuánto cuesta el billete para viajar en el eléctrico urbano?» No podrás tampoco decir: «Yo soy de otra parte y éste es el dinero que traigo. Dólares, medios peniques, centavos. ¿Son de curso legal aquí?» En resumen, no podrás hacer ni decir nada que te delate como extraño. Si no conoces bien el idioma, o los modismos al uso, siempre te queda la salida de decir que creciste lejos de la ciudad, pero esto será lo máximo que te estará permitido aducir ante tus interlocutores. La verdad absoluta tiene que permanecer oculta, es tu secreto personal, incluso en aquellos momentos en que te encuentres en dificultades. *Sobre todo* en esos momentos. Si llegas a una situación dada en que te sientes con la espalda contra el muro, no tendrás tiempo de explicar: «Miren, yo no nací en este universo. Llegué sigilosamente desde alguna otra parte; así que discúlpame, perdónenme, compadézcanme.» No, no podrás hacer nada de eso. No te creerán, en primer lugar; pero si te creyesen, aún sería más difícil para ti. Si quieres infiltrarte, Cameron, no te queda más remedio que fingir todo el tiempo. Una elegante sonrisa y una mirada impasible son tus mejores armas. Y *tienes* que infiltrarte. Eso sí que lo sabes, ¿verdad? No te queda otra alternativa.

Pero infiltrarse entraña también sus peligros. La parte más dura viene sin duda alguna cuando te descubren, y siempre acaban descubriéndote, y entonces reaccionan violentamente contra el engaño de que les has hecho víctimas y te lo hacen pagar con creces. Si tienes suerte, estarás ya lejos antes de que descubran tu secreto. Antes de que descubran el pequeño librito de frases oculto en el cuarto de la pensión, antes de que caigan sobre las páginas arrancadas de tu diario particular. Pero te descubrirán de todas formas. Siempre te descubren. Aunque para entonces tú ya estarás en otra parte, o en eso confías por los menos; en alguna otra parte fuera de su decepción y de su rabia, fuera de su alcance. Fuera de su alcance.

3

Imagínate que te muestro, como prueba n.º 1, a Cameron reaccionando ante una situación extraordinaria. Puedes probar tu propia capacidad de resistencia imaginándote a ti mismo en su lugar. En la mente de Cameron se ha producido algo muy semejante al fin del cosmos: retumba un enorme trueno, todo se oscurece, impera una negrura absoluta, hay un vacío total. Sigue a esto la vuelta de la luz, que penetra en él como el flujo de la marea alta en la costa celestial. Es como un torrente luminoso que le inunda, inexorable. Allí está, inmóvil, atontado, en lo alto de una colina pelada, bañado por el calor de las primeras horas de sol. La casa —con todo su

maderamen rojo, sus marcos de ventana, sus esculturas talladas en madera vieja, sus pinturas, libros, discos, nevera, grandes jarras de vino tinto, alfombras, azulejos, plantas de aguacate en sus tiestos de madera, garaje, camino de entrada— ha desaparecido totalmente. El bosque de eucaliptos que debía quedar a su espalda, irguiéndose hasta la cúspide de la colina, ha desaparecido también. Lo mismo que han desaparecido las casas vecinas y la calleja que serpenteaba hacia lo alto. Allá abajo, en la hondonada, no está Oakland, ni Berkeley, sólo un hacinamiento desordenado de chozas que se desparraman formando senderos no pavimentados hasta el azul puro de la bahía. Pero no hay puente que la atraviese ni al fondo está San Francisco. El Puente de la Puerta Dorada, que unía la ciudad con la Marina, tampoco existe. Cameron está boquiabierto. No es que no esperase algo semejante, pero la transformación es tan completa, tan absoluta, que no llega a asimilarla. Si no quieres saber nada de tu antiguo mundo no tienes más que abandonarlo, ¿no es así?, le había dicho el viejo. Déjalo, abandónalo. ¿Qué dices, que no puedes? Claro que puedes. Así que Cameron lo ha abandonado. Éste en el que está ahora es otro lugar completamente distinto. Dondequiera que esté, este lugar no es su casa. Las enormes aglomeraciones urbanas y los suburbios del área de la Bahía ya no están. Es como si no hubiesen estado nunca. Adiós San Leandro, San Mateo, El Cerrito, Walnut Creek. Ahora sólo ve un paisaje de colinas desnudas, praderas onduladas en las que crece la hierba parda del verano. La mano del hombre apenas si se hace evidente en algunos lugares. Empieza a adaptarse.

Esto es sin duda lo que deseaba, después de todo, y, pasado el choque de la primera impresión, está recobrándose, adaptándose rápidamente. Ya casi le parece que podría pertenecer a este mundo. Va a explorarlo, y si lo encuentra bueno ya se buscará un lugar para él.

El aire es suave. El cielo, sin nubes. Es, desde luego, un nuevo sitio, ¿o tal vez es el mismo de siempre, excepto que no tiene nada de lo que tenía antes? No es tan difícil. Él se ha ido. Y todo lo demás se ha ido también. El cosmos ha entrado en una fase de transición. Ya no hay nada que sea estable. A partir de este momento la propia existencia de Cameron es algo condicional, sujeta a nuevas alteraciones. Define tu mundo como quieres que sea y ve allí, y si aún encuentras que le sobra o le falta algo, ve a otro sitio.

En este universo todo es viaje. ¿Qué más puedes encontrar en él? No hay más que viajes. Sólo viajes. De modo que ya lo sabes, amigo. ¡Busca nuevos contornos! ¡Nuevos esquemas! ¡Busca lo nuevo!

4

Oye un ruido a su izquierda, un crujir de ramas secas aplastadas, y Cameron se vuelve, cara al sol de la mañana, y ve un jinete que se acerca adonde él está.

El hombre que viene a caballo es alto y enjuto, casi de la misma talla que Cameron y del mismo tipo, pero quizá un poco más ancho de hombros. Tiene el pelo dorado, como el de Cameron, pero lo lleva largo y flotante sobre las espaldas y el pecho. También lleva barba, sin recortar, pero bien cuidada. Sombrero de ala ancha, zahones de piel de cabra y una chaqueta ligera, de cuero oscuro, con ribetes estrechos. Al principio, como viene a contraluz, Cameron no puede distinguir sus rasgos con detalle, pero cuando se acostumbra a la luz violenta ve que el otro se le parece extraordinariamente, con los mismos labios finos, la misma nariz aguileña, barbilla partida y ojos azules y fríos bajo las cejas pobladas. Pues claro. Tu cara es mi cara. Tú y yo, yo y tú, atraídos al mismo lugar, al mismo tiempo, desde mundos totalmente diferentes.

Cameron no esperaba esto, pero ahora que ha sucedido lo acepta como algo que no podía ser de otra forma.

Se miran el uno al otro. En silencio. Ninguno de ellos pronuncia una sola palabra. Y durante esta pausa Cameron inventa una escena entre ambos. Imagina al otro desmontando de su caballo, para acercarse a él y examinarle con atención, mirándole fijamente al rostro, estudiando sus rasgos, frunciendo el entrecejo con un encogimiento de hombros y sonriendo, al fin, mientras dice:

—Que me cuelguen si lo entiendo. Nunca tuve un hermano gemelo. Pero aquí estás tú. Es como estar viéndose en el espejo.

—No somos gemelos.

—Tenemos la misma cara. El mismo todo. Recorta un poco de pelo y nadie sería capaz de distinguirnos. Si no somos gemelos, ¿qué somos entonces?

—Somos aún más que hermanos.

—No te entiendo, amigo.

—Pues así es. Yo soy tú. Tú eres yo. Un alma, una misma identidad. ¿Cómo te llamas?

—Cameron.

—Naturalmente. ¿Y tu nombre de pila?

—Kit.

—Es una abreviación de Christopher, ¿no es cierto? Yo también me llamo Cameron. Chris. Diminutivo de Christopher. Ya te digo que somos la misma persona, procedente de dos mundos distintos. Más próximos que hermanos. Más próximos que nada.

Nada de esto se ha dicho, sin embargo. En lugar de ello lo que ha pasado es que el jinete ha seguido avanzando hacia Cameron. Luego se detiene, le dirige una mirada indiferente y dice con toda sencillez:

—Saludos. Bonito día hoy.

Después de lo cual continúa su camino.

Es Cameron el que le llama:

—¡Espera!

El hombre se detiene y vuelve la cabeza:

—¿Qué ocurre?

Nunca pidas ayuda a nadie. Finge siempre. Unía sonrisa elegante y una mirada impasible.

Sí. Cameron recuerda bien todos estos consejos. Sin embargo resultan mucho más fáciles de seguir en una ciudad que aquí, donde está ahora. Allí, en la ciudad, uno se puede sumergir en la multitud. Pero aquí, recortado contra el cielo desnudo y el paisaje sin gente, resulta mucho más complicado.

Así que Cameron dice, de la manera más casual que puede, y con el acento más neutro que consigue modular con su garganta:

—Vengo de tierra adentro. Un viaje sumamente largo.

—Mmm. Ya me parecía que no eras de por aquí. Tus ropas lo indican claramente.

—Son ropas de tierra adentro.

—Y tu manera de hablar. Tan distinta. ¿Bueno...?

—Soy nuevo por estos lugares. Me pregunto si podrías indicarme algún sitio donde alquilar un cuarto, hasta que me instale.

—¿Has hecho todo el viaje a pie?

—Tenía una mula. Pero me quedé sin ella en el valle. Allí perdí todo lo que tenía.

—Mmm. Los indios de nuevo. Les das un trago de ginebra y pierden la cabeza. Se vuelven locos.

El otro esboza una sonrisa. Luego la sonrisa se borra y queda impasible, inmóvil sobre su silla, con las manos apoyadas en los muslos, y el rostro una máscara de paciencia que apenas si llega a disimular la verdadera impaciencia interna. O algo peor que eso.

—¿Los indios? —dice al fin.

—Me las hicieron pasar negras —responde Cameron, por completo sumergido en su propia fantasía.

—Mmm.

—Me lo quitaron todo. Luego me dejaron marchar.

—Mmm, mmm.

Cameron nota que su identificación con este hombre va disminuyendo. No hay manera de comunicar con él. Tú eres yo, yo soy tú, y sin embargo, ni siquiera tomas en consideración el extraño hecho de que tenemos el mismo rostro y el mismo cuerpo, ni pareces interesarte por mí en absoluto. O bien es que disimulas tu interés de un modo maravilloso.

Cameron pregunta de nuevo:

—¿Sabes dónde podría encontrar alojamiento?

—No hay gran cosa por estos lugares. Muy poca gente viene a asentarse en este lado de la bahía.

—Soy fuerte. Puedo hacer cualquier clase de trabajo. Quizá incluso tú pudieras...

—Mmm. No.

Hay un rechazo sin apelación en la mirada fría de aquellos ojos azules. Cameron se pregunta un instante cuánta gente, durante su vida anterior, ha visto esta misma mirada en sus propios ojos. El otro da un tirón a las riendas. Se acabó tu tiempo, extranjero. El caballo da la vuelta y empieza a trotar suavemente a lo largo del sendero.

Desesperado, Cameron llama de nuevo al hombre:

—¡Una cosa más!

—¿Mmm?

—¿Te llamas Cameron?

—Podría ser que sí. —Ha habido un fugaz destello de interés en los fríos ojos azules, antes de contestar:

—Christopher Cameron. Chris. Kit. ¿Eres tú?

—Kit es como me llaman —responde el otro, taladrándole con la mirada. La boca se le ha apretado hasta el punto que casi no se ven los labios. No es una mueca de rechazo, sino más bien un gesto pensativo, especulador. Hay una cierta tensión ahora en la manera en que empuña las riendas. Por primera vez desde el encuentro, le parece a Cameron que se ha establecido un contacto.

—Kit Cameron, ¿no es eso?

—Sí, Kit Cameron. ¿Por qué?

—Tu mujer —pregunta Cameron—, ¿se llama Elizabeth?

La tensión aumenta. El otro Cameron parece envuelto en una capa explosiva de silencio. Algo terrible está fermentando en su interior. Luego, inesperadamente, la tensión salta. El hombre escupe, gruñe, se inclina sobre su silla de montar.

—Mi mujer ha muerto —dice con voz apenas perceptible—. ¿Quién demonios eres tú? ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Yo soy..., soy —dice Cameron. Pero se le traban las palabras en la garganta. Se siente aplastado por el temor y la piedad al mismo tiempo. Ha sido un mal principio, de ello no hay duda. Se da cuenta de que está temblando. No había imaginado nada semejante a lo que le pasa. Consigue dominarse con gran esfuerzo y dice, no sin cierta fiereza:

—Tengo que saberlo. Dime, ¿se llamaba Elizabeth?

Por toda respuesta el hombre clava salvajemente los talones en los ijares de su montura y parte al galope, como si huyese del mismo diablo.

Ve ahora, dice el viejo. Ya estás prevenido. Así son las cosas: todo es inestable, nada es fijo, hasta que nosotros decidimos que lo sea. E incluso entonces las cosas no

son tan estables como quisiéramos que fuesen. Así que, en marcha. Ve, ve, le dice, y naturalmente, al escuchar estas palabras Cameron se pone en marcha.

¿Qué otra cosa podía hacer, una vez que disponía de su libertad, que abandonar el universo en que había nacido y buscar otro distinto? Fijaos en que no he dicho «otro mejor», sino «otro distinto». O dos o tres, o cinco distintos. Era un riesgo, ciertamente. Podía perder todo lo que le importaba y no ganar nada a cambio. Bueno, ¿y qué? Cada día que amanece está lleno de riesgos semejantes: uno se juega la vida cada vez que abre una puerta. Nadie sabe lo que le espera por delante, jamás, y sin embargo, continúa jugando el juego. ¿Cómo puede esperar un hombre desarrollarse hasta el máximo de sus posibilidades si se pasa la vida dando vueltas alrededor de su propio patio? Adelante, pues. Haz nuevos viajes. El tiempo moldea, una vez y otra y otra. Nuevos universos se abren con cada nueva decisión que tomamos. A la derecha, a la izquierda, toca el claxon de tu coche, olvida las señales del tráfico, pisa el acelerador, aprieta el freno..., cada una de tus acciones desencadena una galaxia entera de posibilidades. Nos movemos a través de una sopa de infinitos. Si el solo hecho de contener un estornudo produce una cadena de reacciones en nuestro organismo, ¿cuáles no serán las consecuencias de nuestros actos de más envergadura, los asesinatos y las inseminaciones, las conversiones y las renunciaciones? Adelante, pues. Y durante tu viaje no dejes de meditar sobre tales ideas. Una parte del juego consiste en saber distinguir los factores que determinaron y dieron forma a los mundos que vas a visitar. ¿Qué cosas pasan aquí? ¿Calles sin pavimentar, carros de burros, telas tejidas a mano? Entonces, es que no ha habido revolución industrial. El hombre de la máquina de vapor —¿cómo se llamaba: Savery, Newcomen, Watt?— asfixiado en su cuna. No se ven minas, ni fábricas, ni líneas de ensamblaje, ni oscuros hornos satánicos. Eso debe de ser, entonces. El aire es puro. Por ese solo hecho puedes decir que viven aún en una era de sencillez. Muy bien, Cameron. Veo que comprendes los ejemplos rápidamente. Ahora prueba algo distinto. Tu propio yo rechaza el quedarse aquí. Además, en este lugar no hay Elizabeth alguna. Cierra los ojos. Llama al relámpago.

6

El desfile ha alcanzado un verdadero paroxismo de frenesí. La muchedumbre y las carrozas ocupan ahora incluso las calles laterales, además del bulevar, y no hay forma de escapar a su demoníaco entusiasmo. Cascadas de serpentinas caen desde todas las ventanas y fotografías gigantescas del presidente DeGrasse parecen haber brotado de todas las paredes, como enormes manchas de musgo oscuro.

Un muchacho llega hasta Cameron y se aprieta contra él. Extiende su puño cerrado y cuando lo abre Cameron ve entre sus dedos un estuche resplandeciente, en forma de huevo y no mayor que una uña.

—Esporas de Patagonia —dice el muchacho—. Dame diez papeles de cambio y son tuyas.

Cameron rechaza la oferta cortésmente.

Una mujer vestida con un traje azul y naranja le tira de la manga y dice con tono apremiante:

—Todos los rumores son ciertos, ¿sabes? Acaban de confirmarse. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Qué vas a *hacer*?

Cameron se encoge de hombros, sonriendo y se aparta de la mujer.

Un hombre con el rostro lleno de granitos relucientes se aproxima y le pregunta:

—¿Te estás divirtiendo en la fiesta? Yo he vendido todo lo que tenía y voy a mudarme a la carretera general el próximo día de Dios.

Cameron asiente, murmura unas cuantas felicitaciones, pensando qué es lo que corresponde al caso, aunque sin estar seguro de ello. Al doblar una esquina se topa otra vez con el obispo que se parece al hermano de Elizabeth. Que *es*, realmente, acaba por concluir Cameron, el hermano de Elizabeth.

—¡Olvidad vuestros pecados! —sigue aún gritando—. ¡Cancelad vuestras deudas!

Cameron mete la cabeza entre dos chicas rollizas que hay paradas en la acera e intenta llamar al obispo. Pero le falla la voz, apenas si es un carraspeo ronco lo que sale de su garganta, y el hombre de la mitra continúa su camino. Lo mejor será irse a otra parte, piensa Cameron. Este sitio le agota. Ha llegado demasiado pronto y su extraño misticismo es más fuerte de lo que él puede soportar.

Encuentra una calleja solitaria y apoya la mejilla contra la pared de ladrillos, en busca de un poco de frescor. Allí se queda un rato, haciendo inspiraciones profundas hasta que se siente lo bastante calmado como para emprender un nuevo viaje.

Bueno, adelante.

7

Desoladas llanuras de hierba se extienden hasta el horizonte. Se podría tomar muy bien por el desierto de Gobi. Cameron no divisa ni ciudades ni aldeas, ni villorrios. Sólo hay seis o siete tiendas negras agrupadas en círculo irregular entre dos montículos verdegrisáceos, a unos pocos centenares de metros de donde él se encuentra. Buscando más lejos distingue las siluetas de unos cuantos animales de color oscuro, muy lejos en la sabana ondulante: son una docena de caballos, en masa compacta, flanco contra flanco, hocico contra hocico, y van montados por jinetes. O quizá se trata de una congregación de centauros. Todo es posible. Sin embargo, piensa que deben de ser indios, una partida de bravos guerreros jóvenes que han decidido acampar en estas desoladas llanuras.

Le han visto. Seguramente le han visto ya antes de que él los viera a ellos. Sin

prisa, rompen su círculo y empiezan a cabalgar hacia donde él está parado.

Cameron espera, sin moverse de donde se encuentra. ¿Por qué iba a huir? Y, ¿dónde podría esconderse? Los jinetes aceleran su marcha, del trote al galope corto, y de éste a un galope desenfrenado. Ahora se dirigen hacia él con aire feroz. Llevan chaquetas de cuero y pantalones de montar de piel sin curtir. Van armados con lanzas, arcos, hachas de combate y grandes espadas curvas, como alfanjes. Sus monturas son menudas, nerviosas, apenas un poco más que ponies, pero de una energía infatigable. Llegan hasta Cameron, le rodean, detienen sus caballos, que reculan y piafan. Le miran, le señalan con el dedo, se ríen, hacen comentarios burlones en una lengua misteriosa. Luego, con gran solemnidad, comienzan a cabalgar describiendo un círculo a su alrededor. Tienen los rostros achatados, narices pequeñas y pómulos salientes de los que arrancan sus barbas. Llevan la cabeza afeitada, dejando solamente algunos mechones largos de pelo que cuelgan sobre sus orejas y nuca. Los grandes pliegues de sus párpados superiores confieren a su mirada un aire oriental. Su piel es del color del cobre, pero con un ligero reflejo dorado, como si no fuesen indios del todo. ¿Qué son entonces? ¿Japoneses? ¿Un grupo de samuráis? No, probablemente no son japoneses. Pero tampoco son indios.

Continúan describiendo círculos en torno a Cameron sobre sus monturas, que emprenden un galope cada vez más rápido. Hablan unos con otros, y de vez en cuando le dirigen alguna pregunta. Parecen fascinados por su aspecto, pero al mismo tiempo un tanto disgustados. En una repentina demostración de maestría hípica, uno de ellos rompe el círculo de pronto y cruza a todo galope junto a Cameron, mientras le clava un dedo con fuerza en el antebrazo. Otro jinete le imita y luego otro, y otro más. Van cruzando raudos de un lado a otro del círculo galopante: le tocan, le tiran del pelo, le empujan al paso, hasta casi derribarle. Con sus espadas cortan el aire por encima de su cabeza. Le amenazan, o fingen hacerlo, con sus lanzas. Y durante toda la pantomima guerrera no cesan de reír. Cameron permanece totalmente inmóvil. Piensa que todo aquel despliegue tiene como objeto probar su valor. Y pasa la prueba. Al final, cesa el frenético galope. Los jinetes sujetan las bridas y varios de ellos desmontan.

Son hombrecitos menudos, que apenas le llegan al pecho, pero mucho más anchos que él de torso y hombros. Uno de ellos desarzona una bolsa de cuero, una especie de bota, y se la ofrece con gesto inconfundible: toma, bebe. Cameron prueba un sorbo, con cautela. Es un fluido espeso y grisáceo, de gusto agrisado. ¿Leche fermentada? Se atraganta, carraspea y se fuerza a sí mismo a beber de nuevo. Los otros le observan con atención. El segundo sorbo no sabe tan mal como el primero. Prueba la tercera vez, con mejor voluntad, y luego devuelve la bota.

Los guerreros se ríen, no con burla ahora, sino más bien con aprobación, y el hombre que le había pasado la bota le da una palmada de admiración en el hombro. Vuelve a pasarle la bota a Cameron. Luego salta sobre su silla y bruscamente parten todos. Mongoles, piensa Cameron, seguro de estar ahora en lo cierto. Los hijos de

Genghis Khan galopando hacia el horizonte. ¿Un imperio mundial? Sí, sin duda. Y esta zona debe de ser para ellos el Lejano Oeste, la frontera, donde los jóvenes llevan a cabo sus ritos de iniciación.

Allá en la vieja Europa, después de siete siglos de dominación absoluta, se habrán convertido en ciudadanos mansos, bebedores de vino, espectadores de teatro, cultivadores de jardines. Pero aquí viven aún siguiendo las costumbres de sus antepasados los conquistadores.

Cameron se encoge de hombros.

Este sitio no es para él. Toma un último sorbo de leche agria de la bota y la deja caer sobre la alta hierba.

Adelante.

8

Aquí no hay hierba alguna. Observa los muñones en ruinas de algunos edificios, los troncos de árboles muertos y los montones de ladrillos esparcidos en torno.

El aire huele a muerte.

Todos los puentes están hundidos. Y la niebla que se arrastra por la bahía, negra y grasienta, es como un telón de fondo contra el que se recortan las imágenes.

Las ruinas están deshabitadas, pero algunas figuras se mueven entre ellas. Son los muertos vivientes. Atisbando en la espesa niebla tiene una visión de la onda explosiva y retrocede cuando nota las partículas alfa que llueven sobre su piel. Contempla a los supervivientes que emergen de las casas resquebrajadas y se dirigen hacia las calles humeantes, con los cuerpos chamuscados, los ojos vidriosos y algunos de ellos con el pelo en llamas.

Nadie habla. Nadie pregunta por qué ha sucedido esto.

Es como estar mirando una película muda. El fuego apocalíptico ha descendido aquí sobre la Tierra. La Tierra misma arde aún. Pequeñas llamas fosforescentes se elevan del suelo.

Es el día del juicio final. El día de la ira.

Ahora se escucha una música fúnebre que se va elevando de tono. Es una marcha de muerte, a base de violoncelos y de contrabajos, y sus notas llegan al oído en largos intervalos: ooom..., ooom..., ooom. Luego, el ritmo se acelera y se convierte en una danza macabra, viva y sincopada, de notas aún sombrías. Un ritmo funerario, saltarán y caótico, salvajemente alegre: ooom, ooom, ooom, de-ooom, de-ooom, de-ooom.

La melodía distorsionada del *Himno a la alegría* resuena en el fondo de esta zarabanda fantasmal.

Las víctimas moribundas del holocausto extienden sus manos descarnadas hacia Cameron, que sacude la cabeza. ¿Qué puede hacer por ellos? ¿Qué ayuda puede prestarles? En su interior siente un complejo de culpa. Él no es más que un turista en

esta tierra devastada. Pero los ojos de estas gentes se clavan en él con mirada de reproche.

Cameron siente deseos de abrazarlos, pero teme que se deshagan en polvo entre sus dedos y deja que la procesión pase por delante de él sin hacer el menor gesto para cruzar el golfo que los separa.

—¿Elizabeth? —murmura—. ¿Norman?

Pero estas gentes no tienen rostros. Sólo ojos.

—¿En qué puedo ayudarlos? No puedo hacer nada por vosotros.

Ni siquiera le brotan lágrimas. Vuelve los ojos hacia otra parte. Aunque hablo con la lengua de los hombres y de los ángeles no hay piedad en mí. Me he convertido en un trozo de lata resonante, en un címbalo sonoro. Y aunque tengo el don de la profecía y comprendo todos los misterios y todo el conocimiento, y aunque poseo toda la fe, que es capaz de remover montañas, no tengo piedad, y realmente no soy nada.

Pero este mundo está más allá del alcance del amor.

Cameron mira hacia otra parte. Aparece el sol. La niebla se disipa. Las visiones se borran. Sólo ve ahora tierra quemada, cenizas, ruinas.

Muy bien. Aquí no permanece ninguna ciudad, pero confiemos en que se levantará una.

Adelante. Adelante.

9

Al fin, al cabo de toda esta serie de breves y desconcertantes paradas, Cameron ha llegado a una ciudad que esta vez sí que es San Francisco, sin duda alguna. No otra ciudad en el emplazamiento de San Francisco, sino el verdadero San Francisco, perfectamente reconocible.

Desciende sobre ella en la misma cima de Russian Hill, en un día brillante y soleado, sin una sola nube en el cielo. A su izquierda, por debajo de él, se extiende Fisherman's Wharf. Ante sus ojos se yergue Coit Tower, y también puede ver el Ferry Building y el Bay Bridge. Todas ellas, vistas familiares, pero ¡qué distinto parece todo lo demás! ¿Dónde está la sorprendente pirámide de Transamérica? ¿Dónde la colosal mole sombría del Banco Americano?

La extrañeza que siente se deriva, pronto se da cuenta de ello, no tanto de lo que ha sido cambiado como de lo que falta.

Las grandes construcciones del embarcadero no están en su lugar de siempre, ni tampoco la Chinatown Holiday Inn, ni los aberrantes tentáculos de las carreteras elevadas, ni al parecer nada de lo que fue construido durante los últimos veinte años. Esto que ahora ve es el viejo y reducido San Francisco de su niñez, una especie de ciudad en miniatura, sin modernización, ni horizonte de rascacielos.

Seguro que ha regresado al lugar que conoció en los adormilados años cincuenta, los tranquilos años del período Eisenhower.

Echa a andar colina abajo, en busca de un puesto de periódicos. Encuentra uno por fin en el cruce de Hyde con North Point, un brillante rectángulo de metal amarillo. El *San Francisco Chronicle*, diez centavos. ¿Diez centavos? ¿Es éste el precio real para 1954? Mete una moneda con la efigie de Roosevelt en la ranura de la máquina. El periódico está fechado, según puede ver, martes 19 de agosto de 1975. En lo que según parece es el mundo real, piensa Cameron no sin cierta ironía, el mundo que durante todo el día ha ido alejándose de él en pequeños saltos y paradas, continúa siendo martes, 19 de agosto de 1975.

De modo que no ha dado marcha atrás en el tiempo, sino que ha vuelto a San Francisco en el mismo momento en que lo dejó, como si el tiempo se hubiese inmovilizado.

¿Qué?

Sus ojos recorren vertiginosamente la primera página del periódico.

Un titular a tres columnas dice:

EL FÜHRER LLEGA A WASHINGTON

Y bajo el titular, a la izquierda, se ve una fotografía de tres hombres que sonríen y se miran entre ellos con la máxima cordialidad. El pie de la foto los identifica como el presidente Kennedy, el Führer, Goering y el embajador Togarashi, del Japón, reunidos en el jardín de rosas de la Casa Blanca.

Cameron cierra los ojos.

Sin valerse de otros datos que el titular y el pie de la foto intenta llegar a una explicación plausible.

Éste es sin duda un mundo, piensa, en el que el Eje ha ganado la guerra. Estados Unidos debe de ser ahora un feudo alemán. No hay rascacielos en San Francisco porque la economía americana, quebrantada por la derrota, no ha podido aún, en treinta años de paz, recobrar el nivel que le permita tales construcciones. O tal vez porque los capitales americanos de inversión, presionados por los ministros de finanzas del Tercer Reich (¿Hjalmar Schacht?, el nombre llega vagamente desde los pantanosos recovecos de la memoria), tienden ahora a encaminarse hacia Europa.

Pero ¿cómo puede haber sucedido?

Cameron recuerda claramente los años de la guerra, la tremenda ola de patriotismo, la movilización, el gran esfuerzo nacional. Rosie el Remachador. El recluta Lucky Strike se va a la guerra. Recordemos Pearl Harbour, como hicimos con El Álamo. No comprende cómo los alemanes pueden haber vencido a América. No encuentra ni una sola razón que lo justifique. Excepto una, quizá. La bomba, piensa. La bomba. Los nazis consiguen la bomba en 1940 y Werner von Braun inventa un cohete transatlántico y Nueva York y Washington son aplastados en una sola noche, y

ahí acaba todo. Esto es más fuerte que todos los recursos patrióticos. No queda más remedio que bajar la cabeza. Nos rendimos en una semana. Y así...

Estudia la fotografía. El presidente Kennedy, sonriente, está de pie entre el Reichführer Goering y un japonés de aspecto suave y joven. ¿Ted Kennedy? No, éste es Jack. Jack en persona, aunque con papada, grandes bolsas bajo los ojos y arrugas en el rostro. Debe de estar cerca de los sesenta y muy próximo sin duda al final de su segundo período en la presidencia. Con Jacqueline esperándole impaciente en el piso de arriba. Termina pronto con tus japoneses y tus nazis, cariño, y vamos a tomarnos unas copas antes del concierto. Sí, John-John y Caroline, los niños bonitos del país, no deben de andar muy lejos tampoco. John-John y Caroline, modelos de la juventud en todo el mundo.

Sí. ¿Y Goering? Ciertamente es el mismo Goering. Bien entrado ya en sus ochenta, monstruosamente gordo, con triple barbilla, miles de barbillas, el pecho lleno de condecoraciones, los ojillos maliciosos, brillantes con el recuerdo de toda una vida de sensualidad satisfecha. ¡Qué feliz parece! ¡Y qué amigable! Nunca fue posible odiar a Goering de la misma forma que se odiaba a Goebbels, por ejemplo, o a Himmler o a Streicher. Goering tenía otro encanto, el insultante encanto de un monstruo sagrado, de un Nerón o de un Calígula. Y aquí está ahora, vivo en los años setenta, como una montaña de carne inmortal, habiendo sobrevivido a Adolf para convertirse —esto piensa Cameron— en segundo Führer y ser recibido en la Casa Blanca con toda pompa. Quizá habrá un banquete oficial mañana por la noche, con rollmops, sauerbraten, kassler rippchen, koenisberg klopse, y, para ayudarlos a bajar por el gaznate, barricadas de Berkasteler Doctor 69, Schloss Johannisberg 71..., ¿o tal vez el Führer prefiere cerveza? Tenemos de las mejores marcas de barril, Löwenbrau, Würzburger Hofbrau...

Pero, un momento. Algo encaja mal en la estructura histórica que está imaginando Cameron. Por mucho que quiera no puede imaginar en John F. Kennedy esas simas de oportunismo que le permitirían servir como presidente fantoche de una América nazificada, aceptando órdenes de algún *gauleiter* de pelo fino y ojos de acero y dando saltitos alrededor del Führer cuando éste viene de visita. Bomba o no bomba, se habría formado un duro movimiento de resistencia subterránea, con décadas enteras de lucha de guerrillas, y un odio amargo hacia el opresor alemán y hacia todos sus colaboradores.

Lo que ha habido, pues, no ha sido una rendición. El Eje ha ganado la guerra, pero Estados Unidos ha mantenido su autonomía.

Cameron revisa cuidadosamente sus hipótesis. Supongamos, se dice para sí, que Hitler no rompió su alianza con Stalin en este universo y que por lo tanto no invadió Rusia en el verano de 1941, sino que en lugar de ello condujo sus ejércitos a través del Canal para acabar con Inglaterra. Y que los japoneses no atacaron Pearl Harbour, de modo que Estados Unidos no se vio empujada a entrar en la guerra, que concluyó en poco tiempo..., digamos allá por setiembre de 1942. Los alemanes gobiernan

ahora Europa desde Cornualles a los Urales, y los japoneses dominan todo el Pacífico al oeste de Hawai. Los Estados Unidos, adormilado en su neutralidad, es ahora una nación en aislamiento, una especie de Portugal gigantesca, económicamente estancada, ajena al comercio internacional. No hay rascacielos en San Francisco porque nadie siente la necesidad de construir nada en el país. ¿Es esto lo que ha ocurrido?

Cameron se sienta en el escalón de una casa y hojea su periódico. Este mundo cuenta con un mercado de acciones, aunque bastante flojo. Los Dow-Jones Industriales están a 354.61. Y algunos de los nombres en la lista resultan familiares: IBM, AT&T, General Motors. Pero también hay muchos que faltan: Litton, Syntex y Polaroid, por ejemplo. También falta Xerox, pero Cameron encuentra el nombre de su anterior predecesor, Haloid, en la lista. Hay dos ligas de *base-ball* cada una de ellas con ocho clubs. Los Bravos de Boston se han trasladado a Milwaukee, pero aparte de esto la lista, de equipos se diría que ha sido sacada directamente de los años cuarenta: Brooklin va a la cabeza en la Liga Nacional, Philadelphia en la americana. En la sección de noticias también encuentra nombres conocidos: Nueva York tiene un senador Rockefeller, Massachusetts tiene un senador Kennedy. (Robert por lo visto. Y está frecuentemente en viaje a Italia. Ayer, por ejemplo, visitó la colosal tumba de Mussolini, cerca del Coliseo, y hoy va a ser recibido en audiencia por el papa Benedicto.)

El anuncio de una línea aérea invita a los habitantes de San Francisco a ir a Nueva York en los magníficos Starliners de la TWA, que ahora sólo invierten doce horas en el viaje, con una breve parada en Chicago. El diseño que ilustra el anuncio indica que han alcanzado ya casi el nivel de los DC-4, ¿o es tal vez el DC-6, con todas esas hélices? Las noticias del extranjero son breves y están dadas en tono discreto: no se dice ni una palabra de la postura de Israel frente a los árabes, las vociferantes repúblicas africanas, la República Popular China ni la guerra en Sudamérica.

Cameron deduce que los únicos judíos que quedan con vida son aquéllos que residen en Nueva York y Los Ángeles, y que África es una inmensa colonia alemana, con unos cuantos fragmentos territoriales cedidos a Italia. Que China está gobernada por los japoneses, y no por los herederos del presidente Mao, y que las naciones sudamericanas viven una existencia de torpor y apatía. ¿Será así? Leer este periódico es la experiencia más extraña que ha tenido durante todo su viaje, porque las páginas parecen normales, el tono del texto parece normal, con su trama específica que parece hablar de realidades, y sin embargo, se diría que todo queda fuera de tono, que todo ha sufrido una desviación inexplicable en el curso de los acontecimientos. El periódico entero parece un sueño, pero Cameron no ha sabido nunca de un sueño que se apoye en tan sustantiva densidad de realidades.

Dobla el periódico, se lo pone debajo del brazo y echa a andar hacia la bahía. Apenas a una manzana del muelle se topa con una sucursal del Banco de América — hay cosas que sin duda resisten a todos los avatares— y entra para cambiar un poco

de dinero. Hay en ello un riesgo, pero se siente incapaz de dominar su curiosidad.

El cajero toma sin vacilación alguna el billete de cinco dólares que le tiende Cameron y le da cuatro billetes de un dólar y una pequeña pila de monedas. Estos billetes de un dólar son como fueron siempre; las efigies de Lincoln, Jefferson y Washington ocupan su sitio familiar sobre el anverso de las monedas de un centavo, cinco y veinticinco. Pero las de diez centavos llevan la efigie de Ben Franklin y en las de cincuenta centavos aparece la cara redonda de un hombre joven, con una gran pelambrea, que Cameron se siente incapaz de identificar.

En la próxima esquina, yendo hacia el este, encuentra una biblioteca pública. Ahora podrá comprobar sus hipótesis. Un almanaque, eso es. Qué extraña resulta la lista de los presidentes. Roosevelt, según ve, se ha retirado por razones de salud en 1940, y en ello reside, por lo que puede descubrir, el punto de divergencia entre este mundo y el suyo. El resto se sucede de una manera bastante lógica. Wendell Wilkie, que ha derrotado a John Nance Garner en las elecciones de 1940, mantiene una política de estricta neutralidad, como Cameron había imaginado, mientras los alemanes y los japoneses conquistan el resto del mundo.

Wilkie muere, ocupando aún la presidencia, durante la campaña electoral de 1944. ¡Ah! Éste es Wilkie, el que estaba en el medio dólar. Le sucede, durante un breve período, el vicepresidente McNary, que no desea la presidencia. Una convención republicana convocada a toda prisa designa a Robert Taft. Siguen dos términos completos para Taft, que derrota a James Byrnes, y otros dos para Thomas Dewey, y luego, en 1960, esta larga era de gobierno de los republicanos toca a su fin cuando es elegido el senador Lyndon Johnson, de Texas. El compañero de equipo de Johnson —ironías del destino, piensa Cameron— es el senador John F. Kennedy, de Massachusetts. Después de los dos períodos tradicionales, Johnson abandona la presidencia y el vicepresidente Kennedy gana las elecciones de 1968. Es reelegido en 1972, como era de esperar. En este mundo tranquilo los que están ya dentro siempre ganan.

Naturalmente no existe aquí ninguna ONU. No ha habido la guerra de Corea, ni el movimiento colonial de liberación. Ni tampoco la exploración del espacio. El almanaque informa a Cameron de que Hitler vivió hasta el año 1960 y Mussolini hasta 1958. El mundo parece haberse adaptado fácilmente al gobierno del Eje, aunque todavía hay un ejército alemán de ocupación destacado en Inglaterra.

Cameron se siente tentado de continuar y continuar, comparando historias, aprendiendo los destinos cambiados de personajes como Hubert Humphrey, Dwight Eisenhower, Harry Truman, Nikita Kruschev, Lee Harvey Oswald, Juan Perón... Pero súbitamente se siente invadido por un género de curiosidad más personal. Se mete en una cabina telefónica y consulta la guía. Hay un solo libro para las regiones de Alameda y Contra Costa y es incluso más delgado que el que en su mundo está dedicado solamente a Oklahoma.

Encuentra un par de docenas de Cameron en las listas, pero ninguno de ellos

corresponde a la dirección de su casa. Y tampoco hay entre ellos ni Christophers ni Elizabeths, ni ninguna variación plausible de tales nombres.

Con un golpe de intuición mira en el libro correspondiente a San Francisco. Tampoco hay nada allí. Entonces decide buscar a Elizabeth bajo su nombre de soltera, Dudley, y en efecto, allí está Elizabeth Dudley en la vieja dirección familiar de Laguna.

El descubrimiento le deja temblando. Hurga en sus bolsillos, saca la moneda con la efigie de Benjamín Franklin y la mete en la ranura del aparato. Luego escucha. Aquí está la señal de marcar. Así que marca los números.

10

El apartamento, o lo que puede ver de él mirando por encima del hombro de ella, se parece en gran manera a lo que él recuerda: allí están los divanes gastados y las sillas tapizadas de rojo borgoña y verde oscuro, las paredes blancas, desnudas, las elaboradas tallas —entre ellas, la suya— en madera y las grandes macetas de helechos.

El contemplar todos estos objetos en este lugar choca violentamente con su sentido del tiempo y el espacio y le oprime con una nostalgia casi insufrible.

La última vez que estuvo aquí, si es que realmente estuvo aquí de alguna forma, fue en 1969. Pero los recuerdos son candentes y lo que ve ahora se parece tanto a lo que recuerda que es cómo sentirse transportado a una era anterior.

Ella está de pie en el marco de la puerta, estudiándole con curiosidad no exenta de desconfianza. Va vestida con ropas de lo más corriente, que en ella resultan inesperadas: una blusa blanca, bordada, muy amplia, y una falda azul plisada, y su pelo, dorado, cuelga despeinado sobre los hombros. Pero no hay duda de que es la misma mujer de la que se separó esta mañana, la misma mujer con la que ha compartido su vida durante los últimos siete años. Una mujer hermosa y alta, casi tan alta como él —incluso en algunas ocasiones le ha parecido más alta— con una sonrisa tranquila, la piel tersa y los ojos verdes, serenos y penetrantes.

—¿Sí? —dice ella con cierta vacilación—. ¿Es usted el hombre que telefoneó?

—Sí, soy yo. Chris Cameron —mientras lo dice busca en el rostro de ella algún signo de reconocimiento—. ¿No me conoce? ¿En absoluto?

—En absoluto. ¿Debería conocerle?

—Tal vez. Probablemente no. Es difícil de decir.

—¿Nos hemos encontrado antes? ¿Es eso?

—No estoy muy seguro de cómo voy a poder explicarle mi relación con usted.

—Eso mismo dijo cuando llamó por teléfono. ¿Su *relación* conmigo? ¿Cómo pueden dos extraños tener relación alguna?

—Es complicado. ¿Puedo pasar?

Ella deja escapar una risita nerviosa, como si se sintiera cogida en falta.

—Naturalmente —dice, no sin dirigirle antes una rápida mirada, como para sopesar las posibilidades de riesgo que puede entrañar su aceptación.

El apartamento es casi exactamente como Cameron lo ha conocido, excepto que no hay en él ningún tocadiscos estereofónico, sino tan sólo una vieja Victrola, y que la colección de discos es extraordinariamente reducida. También hay menos libros de los que Elizabeth tenía.

Se quedan el uno frente al otro, muy rígidos. Él se siente tan incómodo respecto al encuentro como ella misma, y finalmente es ella la que sugiere, a modo de lubricante social, que tomen una copa de vino. Le pregunta si lo prefiere blanco o tinto.

—Tinto, por favor —dice él.

De una cómoda baja saca ella dos vasitos baratos. Luego, sin esfuerzo alguno, levanta un galón de vino del suelo y empieza a quitarle el tapón.

—Por teléfono sonaba usted terriblemente misterioso —dice, mientras continúa la operación—, y aún sigue igual. ¿Qué es lo que le trae aquí? ¿Tenemos acaso amigos comunes?

—Me parece que no sería cierto decir que los tenemos. Aunque sea como fórmula de conversación.

—Su manera de hablar resulta sumamente confusa, señor Cameron.

—No puedo evitarlo por el momento. Y llámeme Chris, por favor.

Mientras sirve el vino la mira atentamente, pensando en aquella otra Elizabeth, *su* Elizabeth, y recordando lo bien que conoce su cuerpo, la suavidad musculosa de su espalda, la tersura de su piel, la dureza de su carne, y sin poder evitarlo se le va la mente a su primer encuentro, absurdamente romántico, hace ya muchos años, durante aquel mes de junio en que él había ido a pasar una semana solo en la Sierra, con objeto de recoger material. Confundiendo unos montones de pedruscos con mojones indicadores de un camino, había llegado hasta un lugar recóndito, bien lejos de todo sendero transitado, una propiedad particular junto a un lago helado, cuyas riberas estaban aún cubiertas de nieve brillante, procedente de las últimas nevadas tardías. Pensó que muy bien podía acampar allí, y estaba justo dejando su mochila en el suelo cuando descubrió otra mochila a menos de treinta metros de distancia. Junto a ella había un montón de ropas dispersas cerca de la orilla del lago, y luego la vio, nadando justo por detrás de un promontorio en el que crecía un pino solitario. Dobló aquella punta, se dirigió hacia tierra y salió del agua, desnuda como Venus, con un ligero sobresalto al advertir su presencia. Pero en seguida se le pasó y con una sonrisa, erguida sin ningún rubor donde estaba, con el agua hasta el principio de las pantorrillas, le invitó a que fuese también a darse un baño.

Aquellos recuerdos de su primer encuentro le excitan ahora terriblemente, porque esta mujer que está frente a él es su misma Elizabeth, bien conocida en todos sus íntimos detalles, pero al mismo tiempo una mujer nueva que aún espolea más sus

sentidos con el aguijón de la novedad que la antigua Elizabeth no puede ya ofrecerle.

Mira sus hombros redondos y su espalda con verdadera ansia, con intenso deseo. Ella se vuelve con los dos vasos llenos, uno en cada mano, y recibe de lleno la vibración de este deseo, antes de que él tenga tiempo de disimularlo. El impacto es inmediato y hace que ella dé un paso atrás. Ésta no es la Elizabeth del lago en la Sierra. Esta de ahora no es capaz de soportar con aplomo el alto voltaje erótico, inesperado, que la envuelve. Con gesto torpe le alarga al fin uno de los vasos de vino, pero las manos le tiemblan y derrama un poco de líquido rojo sobre el puño de su blusa.

Él toma el vaso y retrocede, asombrado por un momento de la intensidad emocional de sus propias reacciones. Con esfuerzo, consigue calmarse un poco. Sigue una pausa de torpe silencio mientras beben el primer sorbo. La atmósfera psíquica disminuye de temperatura. Se establece entre ellos un cierto aire de cortesía formal.

Han tomado ya el segundo vaso de vino cuando ella dice:

—Bueno, ¿cómo es que me conoce y qué es lo que desea de mí?

Cameron cierra los ojos un momento. ¿Qué puede decirle? ¿Cómo puede explicarle? No ha tomado la precaución de preparar ninguna clase de estrategia. Ya ha asustado una vez con su mirada demasiado sensual. ¿Qué efecto puede producir en ella la confesión de algo que parece una locura? Pero la verdad es que nunca ha usado con Elizabeth táctica alguna, de no ser la táctica de la franqueza absoluta. Y esta mujer es Elizabeth. Lentamente dice:

—En otra existencia, usted y yo estamos casados, Elizabeth. Vivimos en las colinas de Oakland y somos muy felices juntos.

—¿En otra existencia?

—En un mundo distinto de éste en el que estamos ahora. Un mundo en el que la historia tomó un rumbo diferente hace una generación, cuando el Eje perdió la guerra, y en el que John Kennedy fue presidente en 1963 hasta que murió a manos de un asesino. En ese mundo, usted y yo nos conocimos junto a un lago en la Sierra y nos enamoramos. Existen una infinidad de mundos, Elizabeth, uno junto al otro, mundos en los que pueden ocurrir todas las variaciones imaginables de cada suceso. Mundos en los que usted y yo formamos un matrimonio feliz, mundos en los que nos hemos casado y divorciado más tarde, mundos en los que ni usted ni yo existimos, otros en los que usted existe y yo no, otros en los que nos odiamos después de habernos conocido, otros en los que... en fin, Elizabeth, hay un mundo para cada cosa. Y yo he estado viajando del uno al otro. Allí donde estaba San Francisco no he visto más que naturaleza salvaje, y me he encontrado con jinetes mongoles en las colinas de East Bay, y he visto toda esta región devastada por la guerra atómica, y... ¿Le parece una locura todo esto, Elizabeth?

—Un poco —dice ella, sonriente. La antigua Elizabeth, razonable y juiciosa, desempeñando uno de sus papeles favoritos: una conversación divertida—. Pero

continúe. Dice que ha estado saltando de un mundo a otro. No voy a molestarte siquiera en preguntarle cómo lo ha hecho. Pero ¿de qué va escapando?

—Nunca lo he visto desde ese ángulo. No voy escapando de nada, sino escapando *hacia* algo.

—¿Hacia qué?

—Una infinidad de mundos. Una fila inagotable de experiencias posibles.

—Se necesitan muchas tragaderas para absorber tanto. ¿No le basta con explorar un solo mundo?

—Evidentemente no.

—Tiene el infinito a su disposición —dice ella—. Y sin embargo decide venir a mí. Sin duda yo represento el único punto de referencia, el único punto familiar en este mundo extraño para usted en los demás aspectos. ¿Por qué venir aquí? ¿Qué objeto tienen todas esas andanzas, si en el fondo busca lo conocido? Si lo que pretende en el fondo es encontrar el camino que le lleve hacia su Elizabeth, ¿por qué la dejó? ¿Es tan feliz con ella como dice?

—Puedo ser feliz con ella y sin embargo desearla bajo otras formas distintas.

—Parece usted condicionado por algo.

—No —responde él—. No más condicionado que Fausto, en todo caso. Creo en la búsqueda como una forma de vida. No en la busca *de*, sino sencillamente en la busca. Y es imposible pararse. Pararse significa morir, Elizabeth. Piense en Fausto, yendo de un lugar a otro, yendo hasta la misma Elena de Troya, experimentando sin cesar, y buscando siempre más. Cuando Fausto exclama por fin: *Esto es, esto es lo que he estado buscando siempre, y donde decido pararme*, Mefistófeles gana su apuesta.

—Pero ése fue el momento de suprema felicidad de Fausto.

—Cierto. Cuando lo alcanza, sin embargo, pierde su alma, ¿se acuerda?

—De modo que continúa y continúa, mundo tras mundo, sin saber siquiera lo que busca, tan sólo buscando, e incapaz de detenerse. Y sin embargo, niega estar empujado por algo.

Él niega con la cabeza.

—Las máquinas son empujadas, conducidas. Los animales son conducidos. Yo soy un ser humano autónomo, que actúa bajo la decisión de su libre albedrío. No hago este viaje porque tenga que hacerlo, sino porque ése es mi deseo.

—O porque piensa que tiene que desearlo.

—Voy impulsado por sentimientos, no por cálculos y prejuicios intelectuales.

—Parece como si lo hubiese pensado cuidadosamente —le dice ella—. Así es como suena al oírle.

Él se siente herido por sus palabras y aparta la vista. Clava los ojos en el fondo de su vaso vacío. Ella le dice que se sirva un poco más.

—Lo siento —añade a modo de excusa, y con voz ya más suave.

Cameron dice:

—De todas formas, estaba en la biblioteca y había allí una guía de teléfonos y así es como la encontré. Aquí es también donde solía usted vivir en mi mundo, antes de casarnos —al llegar a este punto, duda un instante—. ¿Puedo preguntarle...?

—¿El qué?

—¿No está casada?

—No. Vivo sola. Y me gusta vivir así.

—Siempre fue muy independiente.

—Habla como si me conociese muy bien.

—He estado casado con usted durante siete años.

—No. No conmigo. Nunca conmigo. No me conoce en absoluto.

Él asiente.

—Tiene razón. Realmente no la conozco, Elizabeth, por mucho que yo crea que sí. Pero quiero conocerla. Me siento atraído por usted con tanta fuerza como me sentía atraído por la otra Elizabeth, aquel día en las montañas. Siempre es el mejor momento el del principio, cuando dos extraños tienden el uno hacia el otro, cuando la primera chispa salva el abismo... —luego, añade con ternura—: ¿Puedo pasar aquí la noche?

—No.

En cierto modo el rechazo no le sorprende. Dice, al cabo de un momento:

—En una ocasión me dio una respuesta bien distinta cuando le pregunté lo mismo.

—Yo no. Otra persona.

—Lo siento. Resulta tan difícil para mí mantener la diferencia entre una y otra, Elizabeth. Pero, por favor, no me envíe fuera. He hecho mucho camino para venir aquí.

—Vino sin ser invitado, en todo caso. Además, me sentiría muy rara con usted, pensando que está recordándola, comparándome con ella, midiendo nuestras diferencias y nuestras semejanzas...

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Lo haría.

—No creo que sea una razón suficiente para echarme.

—Le daré otra —dice ella. Los ojos le brillan con malicia—. No quiero liarme con hombres casados.

Ahora se está burlando de él. Cameron responde, riendo, convencido de que está a punto de rendirse:

—¡Ésa es la excusa más disparatada que he oído nunca, Elizabeth!

—¿De veras? Me siento muy unida a ella. Tiene todas mis simpatías. ¿Por qué habría de ayudarle a engañarla?

—¿Engañarla? ¡Qué palabra tan anticuada! ¿Piensa que ella tendría alguna objeción que oponer? Nunca esperó que yo fuese casto en este viaje. Se sentirá encantada y halagada de saber que vine a buscarla hasta aquí. Querrá saber todos los

detalles de lo que pasó entre nosotros. ¿Cómo podría sentirse ofendida de saber que he estado con usted, cuando usted y ella son...?

—Sin embargo, quisiera que se marchase. Por favor.

—No me ha dado aún ni una sola razón convincente.

—No tengo por qué hacerlo.

—Te quiero. Y quiero pasar la noche contigo.

—Usted quiere a otra persona que se me parece —replica ella—. No ceso de repetirlo. Y en cualquier caso yo no le quiero a usted. No le encuentro atractivo.

—¡Oh! Ella sí que me encuentra atractivo. Pero tú... no. Ya veo. ¿Cómo me encuentras entonces? ¿Feo? ¿Agobiante? ¿Repelente?

—Le encuentro molesto —dice ella—. Y me da un poco de miedo, además. Es usted demasiado intenso, está demasiado seguro de sí mismo, quizá es hasta peligroso. No es usted mi tipo. Y probablemente yo no soy el suyo. Recuerde que yo no soy la Elizabeth que encontró en el lago de la montaña. Tal vez sería más feliz si lo fuese, pero no lo soy. Desearía que no hubiese venido nunca. Ahora, váyase. Por favor.

11

Adelante. Este lugar está lleno de torres que refulgen y de puentes etéreos. Parece una ciudad de fantasía. Allá arriba, en lo alto, flotan pompas que parecen de cristal, y que son vehículos con pasajeros. Dos o tres en cada pompa, extendidos en posturas de relajación completa. Muchachos y muchachas bronceados yacen desnudos al borde de las fuentes, de las que brota una rara espuma de colores turquesa y escarlata. Las orquídeas gigantes crecen con voluptuosidad tropical en las paredes de hoteles colosales. Pequeños pájaros mecánicos cruzan el aire suave como si fuesen bolitas de oro, piando dulcemente. De las terrazas de los edificios más altos brota una música profunda, de bajos metálicos, que invade el aire con sus escalas de cientos de notas y domina los otros ruidos.

Éste es un mundo con dos siglos de adelanto sobre el suyo, por lo menos. No debiera haberse infiltrado nunca aquí. Aquí no podría ser ni siquiera un turista. El único papel que puede desempeñar es el del salvaje que viene de visita, el de Jemmy Button entre los londinenses, y ¿cuál fue en fin de cuentas el destino de Jemmy Button? Desde luego, todo lo contrario de un destino feliz. ¡Patagonia! ¡Patagonia! «*Etos tiques no son buenos aquí, señó.*»

Rayos coloreados bailan en el cielo. Rayos rojos, azules, verdes, que explotan luego y llueven sobre la ciudad en imágenes sorprendentes, nunca vistas.

Cameron sonrío; no se dejará sobrecoger, aun cuando este mundo es aún más extraño que el de los automóviles con dos ruedas solamente. Se detiene en el centro de un pequeño parque que hay entre dos callejas por las que discurre un tráfico

silencioso, continuo. Es un jardín muy bien cuidado, con helechos dentados color naranja y cactus curvos y espinosos que se remontan hacia lo alto como cohetes. Pasan por su lado, del brazo, algunas parejas de enamorados, ofreciéndose el uno al otro grandes tragos de unos frascos verdes, perlados de humedad, que parecen tubos de jade pulimentado. También se ofrecen e intercambian uvas, haciéndolas bailar con aire juguetón ante los labios del otro; sonríen, arquean los cuellos y muerden el fruto ansiosamente. Se echan a reír, se abrazan, se dejan caer sobre la hierba espesa y húmeda, que al sentir el contacto de los cuerpos remueve sus tallos y deja escuchar las notas titilantes de una suave melodía.

A Cameron le gusta este sitio. Da un paseo por el jardín, pensando en Elizabeth, pensando en la primavera. Llega por último a una acequia sinuosa, en la que las torres más altas de la ciudad se reflejan como agujas invertidas, y se inclina sobre el agua para beber. Está fría y tiene un sabor dulce, pungente, como de vino joven. Unos instantes después de tocar el agua ve cómo de la tierra esponjosa se levanta un complicado mecanismo, formado por cinco columnas metálicas, tres de ellas provistas de sensores ópticos que salen por todos lados, una con una complicada rejilla de color oscuro y la otra con un extraño dispositivo de luces de colores. De la rejilla brotan palabras en tono urgente, pero en una lengua incomprensible para Cameron. Debe de ser una especie de máquina policía, que le pide sus credenciales. Esto por lo menos está claro.

—Lo siento —se excusa Cameron—. No puedo comprender lo que me está diciendo.

Mientras tanto van surgiendo otras muchas máquinas de los árboles, del lecho mismo de la acequia, de las matas de helechos más gruesos.

—Está bien —dice Cameron—. No quiero causar ningún trastorno. Denme sólo el tiempo necesario para aprender la lengua y procuraré convertirme en un ciudadano útil.

Una de las máquinas pulveriza sobre él una rociada de niebla azulada. Otra le clava una aguja en el brazo y le extrae una gota de sangre.

La gente ha empezado a agruparse a su alrededor. Le señalan, sonríen, guiñan un ojo. La música procedente de los edificios altos ha subido de intensidad y se ha hecho más siniestra, más amenazadora. Estremecen el aire unas notas que parecen dirigirse a él directamente.

—Déjenme quedarme —implora Cameron; pero la música le arrastra, le barre como si fuese la palma de una mano invisible que le empujase fuera de aquel mundo. Cameron resulta demasiado primitivo para ellos, demasiado tosco, y quizá lleva demasiados microbios, de los que ya no existen aquí.

Muy bien. Si eso es lo que quieren, se marchará, no por miedo, no porque hayan conseguido intimidarle, sino solamente por cortesía.

Les dice adiós con gesto airoso de la mano, se inclina luego con una reverencia digna de Raleigh, echa un beso con la punta de los dedos a la máquina de cinco

columnas, sonrío y hasta da unos cuantos pasos de danza.

Adiós, adiós. La música se eleva hasta alcanzar un terrible crescendo, un crescendo salvaje. Cameron escucha trompetas celestiales que se entremezclan con el retumbar de un trueno lejano.

Adiós. Adelante.

12

Aquí hay una especie de mercado oriental, apiñado, maloliente, medieval. Hombres viejos y gordos, con barbas blancas y gruesas túnicas grises, esperan sentados pacientemente detrás de sus sacos de yute, abiertos, llenos de especias y de granos de todas clases. Los leprosos y los tullidos pululan por doquier, pidiendo limosna. Hombres delgados, de piernas largas, vestidos tan sólo con un trozo de tela apretado alrededor de la ingle y unos aros pendientes de las orejas, pasean entre la multitud en órbitas solitarias, sin comprar nada y sin decir palabra. Tienen el rostro enjuto, de facciones finamente modeladas, y sus pieles son de color cobrizo. Por su porte parecen príncipes incas. Y tal vez lo sean. En medio del barullo del mercado, Cameron no es capaz de distinguir ninguna lengua conocida. Ve cómo el oro cambia de mano, con un destello, al ser completadas las transacciones. Las mujeres pasan con grandes bultos sobre sus cabezas y sonrían, desnudando los dientes blancos en hilera perfecta. Van vestidas con faldas llenas de remiendos, que les caen hasta los tobillos, pero llevan los pechos al aire. Algunas de ellas le sonrían provocativamente al pasar cerca de él, pero Cameron no se atreve a corresponder a sus descaradas insinuaciones hasta saber qué es lo que está permitido en este lugar.

En el extremo opuesto de la plazuela distingue de pronto la silueta de una mujer que muy bien podría ser Elizabeth. Está vuelta de espaldas, pero Cameron reconocería esos hombros en cualquier parte, lo mismo que el porte erguido y la cascada de pelo dorado, suelto. Empieza a andar hacia ella, abriéndose camino con dificultad entre la multitud y los vendedores. Cuando aún está a media distancia, ve a un hombre al lado de la mujer. Es un hombre alto, casi de su misma talla y corpulencia. Viste una túnica negra, suelta, y un pañuelo oscuro anudado al cuello cubre la mitad inferior de su rostro. Sus ojos son hundidos y tristes y sobre su mejilla izquierda se ve una enorme cicatriz, llena de costurones, que le corre hasta el comienzo del pelo. El hombre susurra algo a la mujer que podría ser Elizabeth. Ella asiente y se vuelve, de manera que Cameron puede ver ahora su cara y, en efecto, podría ser Elizabeth, sólo que también tiene una cicatriz semejante, horrible, en la mejilla derecha.

Cameron se queda con la boca abierta. El hombre de la cara medio tapada señala en su dirección y grita. Cameron percibe un movimiento cerca de él y se vuelve a tiempo de ver a un hombre bajito y corpulento que corre hacia él esgrimiendo una

cimitarra. Por un momento Cameron ve la escena entera como si se tratase de una fotografía: puede observar la barba grasienta de su atacante, la nariz curva, con pelo en los orificios, los dientes amarillentos y las incrustaciones de piedras baratas que brillan como cristal en el mango de la cimitarra.

Luego el acero desciende rápidamente sobre él, mientras el presunto asesino le increpa a gritos en algo que podría ser árabe. Ha sido un penoso recibimiento, pero Cameron no puede continuar su investigación del lugar.

Antes de que la cimitarra le corte en dos, se traslada a otra parte, aunque no sin pena.

13

Adelante. Esta vez hacia un lugar incorpóreo y donde el planeta mismo debe de haberse desvanecido, porque Cameron flota y cae lentamente, yendo de ninguna parte a parte alguna.

Se encuentra envuelto en una luz verde brillante que llega de todas las direcciones a la vez, como si fuera un mensaje que le envía la textura misma del universo.

Con gran calma sigue cayendo a través de esta alegre luminosidad durante una sucesión de días sin fin, o lo que parece una sucesión de días sin fin, dejándose llevar, deslizar, controlando un poco su caída con ligeros movimientos de codos y rodillas. Es lo mismo ir hacia un lado que hacia otro. Todo aquí tiene el mismo aspecto.

La luminosidad verde le sostiene y le alimenta, pero le hace sentirse inquieto. Juega con ella, y con su sustancia radiante consigue formar algunas imágenes, rostros, formas abstractas. Trata de conjurar el rostro de Elizabeth, su propio rostro anguloso, llena los cielos con una legión de chinos que marchan en fila con sus sombreros cónicos de paja, los borra luego con fuertes líneas diagonales, hace manar un río de plata a través del firmamento y que descargue su caudal resplandeciente por la ladera de una montaña que tiene mil kilómetros de altura. Gira sobre sí mismo, flota, se desliza. Da rienda suelta a todas sus fantasías.

Es una libertad total la que experimenta en este lugar fuera de todo mundo. Pero no es suficiente. Se cansa de tanto vacío, de tanta serenidad. Ha apurado ya en este sitio todo lo que podía ofrecerle, y lo ha apurado demasiado pronto, demasiado pronto.

No está seguro de si el fracaso depende de él o del lugar en sí. Pero se da cuenta que tiene que dejarlo.

Por lo tanto, adelante.

14

Los campesinos escapan dando gritos cuando Cameron se materializa en medio de ellos. Está en una especie de aldea de agricultores que se extiende sobre la costa este de la bahía. Campos verdes y bien cuidados, un apiñamiento de cabañas bajas, hechas de mimbre, y una plaza central en la que juegan un grupo de niños desnudos, y una subpoblación de gansos, cabras y gallinas. Es mediodía. Cameron ve cómo cabrillea el agua en las acequias de riego. Esta gente trabaja muy duro. Se han dispersado al verle llegar, pero ahora se aproximan lentamente, tensos, dispuestos a huir de nuevo si él vuelve a producir algún nuevo milagro.

Es otro de esos mundos bucólicos en los que San Francisco no ha surgido, pero se siente incapaz de identificar a estas gentes y tampoco puede imaginar la cadena de acontecimientos de los que se deriva la situación. No son indios, ni chinos, ni peruanos. Se diría que son europeos, aunque con un cierto toque eslavo. Sin embargo, ¿qué pueden hacer estos eslavos en California? Quizá sean campesinos rusos que han llegado aquí como colonos desde Siberia. Pudiera muy bien ser esto. Su maciza estructura facial, sus cutis oscuros, sus cuerpos bajos y sólidos. Pero parecen demasiado primitivos, van medio desnudos, sin apenas otra ropa que unos pantalones de pieles y a veces menos que eso, como si no fuesen vasallos del zar, sino más bien escintios o cimerios, trasplantados aquí desde las lejanas marismas del Vístula.

—No os asustéis —les dice, levantando los brazos abiertos hacia ellos. Parece que están menos asustados ahora y se van aproximando lentamente, tímidamente, mirándole con sus grandes ojos negros muy abiertos—. No voy a haceros ningún daño. Sólo quiero haceros una visita.

Aquellas gentes murmuran entre sí.

Una mujer empuja hacia él a una niña de unos cinco años, desnuda y con unos aretes negros, grasientos, en las orejas. Cameron la toma en sus brazos, la acaricia, le hace cosquillas y luego la deposita con cuidado en el suelo.

Instantáneamente la tribu entera le rodea, ya sin temor. Le tocan en el brazo, se arrodillan, le acarician las piernas. Un muchacho le presenta un tazón lleno de gachas. Una vieja le ofrece una jarra de vino dulce, una especie de hidromiel. Una muchacha esbelta le pone una estola de pieles sobre los hombros. Todos bailan y cantan. Su miedo del primer momento se ha transformado en amor. Cameron es su huésped y le agasajan con todos los honores. Es más que un huésped: es casi un dios.

Le llevan a una choza vacía, la más grande que hay en el poblado. Y allí, piadosamente, le traen ofrendas de incienso y bellotas. Cuando anochece encienden una inmensa hoguera en el centro de la plaza, y Cameron se pregunta si pensarán darse un festín con él, una vez que hayan terminado de hacerle honores. Pero no, lo que asan en el fuego son grandes trozos de carne de oveja y a él le traen los mejores bocados. Luego se apiñan en torno a la puerta de la choza y cantan himnos discordantes, llenos de energía.

Aquella noche le envían tres muchachas de la tribu; no cabe duda de que son las vírgenes más bellas de la comunidad, y por la mañana se encuentra de nuevo

montones de flores apiladas en el umbral. Flores recién cogidas, frescas aún de rocío. Más tarde llegan dos artesanos de la tribu, uno cojo y el otro tuerto, y se ponen a tallar una estatua suya, con azuelas y escoplos, en un tronco de caoba que han plantado en el centro de la plaza. La estatua tiene un extraordinario parecido con él.

De modo que le han divinizado. Cameron tiene por un instante una visión fáustica de sí mismo, viviendo entre estas gentes tan activas, enseñándoles métodos más avanzados de agricultura, y dirigiéndoles incluso hacia la tecnología y la higiene modernas, hacia todas las ventajas contemporáneas, sin todos sus inconvenientes y abominaciones. Guiándoles hacia la luz, modelándolos, creándolos de nuevo.

Este lugar, esta aldea, sería un lugar excelente para dar término a su peregrinaje por los mundos infinitos, en el caso de que dar término a este peregrinaje fuera lo más conveniente y deseable.

Ser el dios, el profeta, el rey de este mundo apacible, su maestro, su innovador, daría por fin un objetivo a su vida. Pero no existe lugar donde *detenerse*. Cameron lo sabe. Dedicarse a transformar una colectividad de primitivos y felices granjeros en sofisticados agricultores del siglo xx es, en fin de cuentas, un pasatiempo tan inútil como dedicarse a amaestrar un grupo de pulgas para que realicen ejercicios de circo.

Resulta tentador esto de vivir como un dios, pero incluso la divinidad acaba por aburrir y resulta peligroso intentar atarse a una satisfacción irreal. Resulta peligroso atarse a cualquier cosa.

Es el viaje y no la llegada lo que cuenta. Siempre.

Así que Cameron hace de dios por un rato. Lo encuentra agradable y gratificador. Saborea las recompensas hasta que se da cuenta de que estas recompensas están haciéndose demasiado importantes para él.

Entonces, renuncia formalmente a su papel de dios.

Adelante.

15

Este lugar sí que lo reconoce. Es su calle, su casa, su jardín, su coche verde en el garaje. El coche amarillo de Elizabeth está aparcado fuera. ¿Ha vuelto a casa tan pronto? No lo hubiese esperado. Pero cada salto que ha ido dando, lo sabe bien, no era sino la consecuencia de un deseo deliberado, y sin duda el mecanismo oculto que dirigía sus elecciones ha decidido traerle a casa de nuevo.

Está bien, vuelves a tu base. Digiere tus viajes, analízalos y deja que tus experiencias produzcan en ti su alquimia: para ello necesitas quedarte quieto un cierto tiempo. Luego, puedes marcharte de nuevo, si te apetece.

Cameron mete la llave en la cerradura.

Elizabeth tiene puesto en el tocadiscos uno de los cuartetos de Mozart. Está sentada en el alféizar del ventanal, hojeando una revista. Cae la tarde y el horizonte

urbano de San Francisco, claramente visible a través de la gran ventana, aparece aureolado por los reflejos del sol poniente.

Hay flores frescas en el jarrón colocado sobre la mesa con incrustaciones de caoba. Llega hasta él la fragancia de las gardenias y los jazmines. Elizabeth levanta la cabeza despacio, clava los ojos en los suyos, mientras le envuelve en la radiación cálida de su sonrisa y dice:

—Hola, ¿qué hay?

—Hola, Elizabeth.

Ella se levanta y va hacia él.

—No esperaba que volvieres tan pronto, Chris. En realidad, no sé si esperaba realmente que volvieras.

—¿Tan pronto, dices? ¿Cuánto tiempo he estado ausente, según tú?

—Desde el martes por la mañana hasta el jueves por la tarde, que es hoy. Dos días y medio en total. —Se fija entonces en su barba hirsuta y en su camisa gastada y descolorida por el sol—. Para ti ha sido mucho más tiempo, ¿no es así?

—Semanas y semanas. No podría decir cuántas. He estado en ocho o nueve lugares diferentes, y en el último que estuve me quedé bastante tiempo. Eran aldeanos, granjeros. Una tribu primitiva, de tipo eslavo, que vive abajo, junto a la bahía. Yo era su dios; pero me aburrí pronto de serlo.

—Tú siempre te aburres en seguida —dice ella, y se echa a reír. Luego, le coge por las manos y le atrae cerca de sí. Le da un beso ligero, apenas un roce de labio contra labio, un beso juguetón, como hacen siempre al encontrarse. El beso se hace después más apasionado, los cuerpos se pegan el uno al otro, la lengua busca la lengua. Cameron siente el corazón saltarle en el pecho, como ha ocurrido siempre. Cuando se sueltan por fin, da un paso atrás, un poco aturdido y dice:

—Te he echado de menos, Elizabeth. No sabes cuánto te he echado de menos, y yo no he sabido tampoco cuánto te necesito hasta que he estado lejos y he sentido la angustia de que tal vez no volvería a encontrarte.

—¿De veras que te preocupa?

—Mucho.

—Yo nunca dudé de que volviéramos a estar juntos, de una forma o de otra. El infinito es un lugar demasiado grande, cariño. Tenías que encontrar tu camino de regreso a mí, o a alguien que se me pareciese. Y alguien muy parecido a ti hubiese encontrado su camino hacia mí, si tú no lo hacías. ¿Cuántos Chris Cameron imaginas que circulan en este mismo momento entre los mundos? ¿Un millar? ¿Un millón? ¿Un trillón? —luego, se vuelve hacia un mueble que hay junto a la pared y añade, sin interrumpir el hilo de sus palabras—: ¿Quieres un poco de vino? —y empieza a servir de una jarra llena hasta la mitad—. Cuéntame dónde has estado.

Cameron va hacia ella, por detrás, y descansa sus manos sobre sus hombros. Las baja lentamente por su blusa hasta la cintura y la sujeta por allí, mientras le besa en la nuca. Dice entonces:

—He estado en un mundo donde acababa de ocurrir una guerra atómica y en otro donde aún había indios, corriendo por la llanura como en una novela de Livermore. Y en otro lleno de robots mecánicos y helicópteros futuristas, y en otro donde Johnson era presidente antes que Kennedy y donde Kennedy estaba aún vivo y era presidente ahora, y en otro donde... ¡Oh, ya te daré todos los detalles después! Déjame respirar primero, y que me relaje.

La suelta, después de darle un beso en el lóbulo de la oreja, y coge uno de los vasos de vino que ella ha llenado. Levantan los vasos y luego beben de un solo trago.

—Es bueno estar en casa otra vez —dice él suavemente—. Es bueno haber ido donde fui, pero es bueno haber regresado.

Ella vuelve a llenar los vasos. Es una especie de rito doméstico: el vino tinto es la bebida que ambos prefieren. Vino tinto corriente, de galón. Una especie de sacramento para él. Algo que aprecia mucho más que todas las ofrendas de sus recientes vasallos. A la mitad del segundo vaso, dice:

—Anda, vamos dentro.

La cama tiene sábanas limpias y está fresca, seductora. Sobre la mesilla de noche hay tres volúmenes gruesos. Elizabeth se ha dedicado a la lectura durante su ausencia. También hay flores recién cortadas en la habitación, y el aire está lleno de su fragancia. Se desnudan. Ella le toca la barba y se ríe de su aspereza. Y él le besa los muslos por la parte de dentro, allí donde la piel tiene un frescor especial, y frota la mejilla contra ellos. Es como una caricia suave de papel de lija. Elizabeth le atrae hacia ella, y los dos ruedan juntos y él la penetra.

Todo sucede rápidamente. Demasiado rápidamente. Ha estado demasiado tiempo lejos de ella y ahora su presencia le excita como una novedad, como algo desconocido que le arrastra y le precipita hacia el clímax. Esto le duele un poco, le hace sentirse culpable hacia ella, pero es sólo un instante. Ya la compensará pronto. Los dos lo saben y se quedan medio dormidos, abrazados, sin hablar. Pronto despiertan a una nueva pasión y esta vez es como debería ser. Luego, se adormilan.

Un crepúsculo espectacular ilumina el horizonte como un incendio, cuando él abre los ojos. Se levantan y se duchan juntos, entre risas y juegos.

—Vamos a cenar a la bahía esta noche. Una buena cena —dice él—. Al Trianón, al Blue Fox, a Ernie, adonde sea. Me siento con ganas de celebrarlo.

—Yo también, Chris.

—Es bueno estar en casa de nuevo.

—Es bueno tenerte aquí —le dice ella. Busca su bolso—. ¿Cuándo crees que vas a marcharte de nuevo? No es que quiera apresurarte, pero...

—¿Sabes que no voy a quedarme?

—Pues claro que lo sé.

—Sí, claro que debes de saberlo.

Ella nunca se ha opuesto a su viaje. Los dos han tratado de comprender las necesidades del otro. Siempre se han tratado de igual a igual, libres de hacer lo que

quisiesen.

—No puedo decir cuánto tiempo voy a quedarme. Probablemente no mucho. El que volviese tan pronto fue sólo un accidente, ¿sabes? Mi proyecto era continuar y continuar, un mundo después de otro, y nunca planeaba cuál iba a ser mi próximo salto, por lo menos de una manera consciente. Simplemente saltaba. El último salto me depositó, por el motivo que sea, en el umbral de mi propia casa, de modo que entré. Y ahí estabas tú para darme la bienvenida.

Ella le toma la mano entre las suyas. Casi con tristeza dice:

—No estás en casa, Chris.

—¿Qué?

Al mismo tiempo oye abrirse la puerta de entrada. Y unos pasos en el corredor.

—Que no estás en casa —repite ella.

La confusión se apodera de él. Piensa en todo lo que ha ocurrido entre ambos.

—¿Elizabeth? —llama una voz profunda desde la sala de estar.

—Aquí, cariño. Tengo compañía.

—¡Oh! ¿Quién es? —dice la voz. Un hombre entra en el dormitorio, se detiene, sonríe. Va perfectamente afeitado y viste la misma ropa que Cameron llevaba el martes. Aparte de esto, podrían ser gemelos.

—¡Hola! —dice el hombre cordialmente. Y extiende su mano.

Elizabeth explica:

—Viene de un lugar que debe de parecerse mucho a éste. Está aquí desde las cinco y ahora nos íbamos a cenar fuera. ¿Has estado haciendo algo interesante?

—Muy interesante. Ya te lo explicaré luego —contesta el otro Cameron—. Pero marchaos, no quiero reteneros.

—Podría venir con nosotros a cenar —sugiere Cameron, confuso.

—Muchas gracias. Pero ya he cenado. Pechugas de paloma migratoria. Aún no están completamente extinguidas en todas partes. Me gustaría haber traído alguna para ponerla en la nevera. De modo que andando, vosotros, y que paséis un buen rato. Ya os veré más tarde. A los dos, espero. ¿Va a quedarse con nosotros? Tenemos muchas notas que comparar, usted y yo.

16

Se levanta antes del alba, en medio de una maravillosa calma poblada por la neblina. Los Cameron se han mostrado sumamente hospitalarios con él, pero tiene que irse y continuar. Garrapatea unas líneas de agradecimiento en una hoja y la pasa por debajo de la puerta del dormitorio.

«Tenemos que volver a encontrarnos. Algún día. En alguna parte. De algún modo.»

Querían que se quedase con ellos durante una semana o dos, pero no es posible.

Se siente como un intruso aquí, y de todas formas le está esperando el universo. Tiene que irse. Es el viaje, no la llegada, lo que cuenta, porque, ¿qué otra cosa hay, realmente, más que viajes?

La partida es siempre dolorosa, pero sabe que esto pasará. Cierra los ojos. Leva anclas. Y se entrega totalmente a su insaciable inquietud.

Adelante, adelante.

Adiós, Elizabeth. Adiós, Chris. Ya nos veremos otra vez.

Adelante.

Apéndice

Si la ciencia ficción es un género literario de posibilidades infinitas, el subgénero de los universos alternos es sin duda uno de sus compartimientos más amplios. Yo lo encuentro deliciosamente liberador. Inventar el futuro puede resultar un asunto gastado para alguien que lo ha estado inventando, profesionalmente, durante años, pero reinventar el pasado tiene para mí un atractivo fascinante e irresistible.

En una novela mía llamada *The Gate of Worlds*, a la que nadie parece haber prestado nunca atención alguna, exploré con cuidadoso detalle la clase de mundo que podría haberse desarrollado, en lugar del nuestro, si la conquista de América por los europeos no hubiese ocurrido nunca. En una gran variedad de relatos cortos he jugado con otras varias posibilidades de pasados alternos. En mis novelas examiné algunas de las paradojas y complicaciones inherentes a estos viajes por el tiempo, que son filosóficamente estimulantes pero difíciles desde el punto de vista físico.

Ahora, una vez más, uno de mis protagonistas se embarca en uno de estos viajes, en todas direcciones. En lugar de hacerle explorar una sola ruta, le he dado un campo más amplio, aunque más desconcertante, donde el centro nunca se mantiene fijo y la búsqueda es eterna.

Sin duda, algunos de los lectores desearían conocer más detalles sobre alguno de los mundos por los que pasa Cameron en su viaje. A mí también me gustaría. Pero el objetivo que me he propuesto aquí ha sido el de sugerir la multitud de experiencias reales y posibles que nos rodean y nos envuelven por todas partes. Así, el escenario cambia continuamente para demostrar que cada instante es un punto de convergencia de posibilidades infinitas, y que cada decisión, por pequeña que nos parezca, envía al sueño de la nada miles de millones de mundos que no nacen.

Novelas

El hombre en el castillo, de Philip K. Dick.

Bring the Jubilee, de Ward Moore.

The Wheelers of It, de L. Sprague de Camp.

Pavane, de Keith Roberts.

Gate of Worlds, de Robert Silverberg.

Up the Line, de Robert Silverberg.

Relatos

El hombre Pi, de Alfred Bester.

Cariñosamente Fahrenheit, de Alfred Bester.

SOBRE ROBERT SILVERBERG

Robert Silverberg, nacido en 1935, ha escrito una gran cantidad de libros de ficción y no ficción, que en conjunto suman más de cuatrocientas cincuenta obras; es autor de dos o tres mil relatos y escritor profesional desde que se licenció en la Universidad de Columbia, en 1956.

Se le conoce sobre todo por sus más recientes novelas de ciencia ficción (*Dying Inside*, *Alas nocturnas*, *El hombre en el laberinto*) y por sus varios premios Hugo y Nebula.

Silverberg vive actualmente en Oakland con su esposa Bárbara.

LA MÁQUINA INCONTROLADA

EL MARAVILLOSO Y POLIVALENTE TRANSMÓGRAFO

POR
BARRY N. MALZBERG

Haverford pulsa los controles de PAZ, ALEGRÍA Y ACEPTACIÓN. Rápidamente, antes de que su mujer se dé cuenta de lo que trama, se ajusta el casco por encima de las orejas, aunque siempre tiene la sensación de que esto le da un cierto parecido con un conejo. Luego conecta los circuitos. No puede soportar a la mujer. Realmente no es culpa de ella, pero no puede soportarla. Cada vez comprende menos la situación de Haverford y la necesidad y los usos del maravilloso y polivalente transmógrafo.

Incluso ahora, se vuelve hacia él con la boca abierta de rabia. Pero es ya demasiado tarde y no podría detenerle aunque lo intentase. Hasta que acabe el programa. Aunque le arrancase el casco de la cabeza, sería inútil. Su naricilla de conejo seguiría olfateando en la selva de la ensoñación artificial.

Haverford se relaja, se siente envuelto en el delicioso y desconcertante efecto del programa, y luego, qué maravilla...

PAZ, ALEGRÍA Y ACEPTACIÓN le lleva de nuevo al mundo del año 2114, doscientos cincuenta maravillosos años después de la revolución industrial. Puede verlo perfectamente, gracias al prodigioso transmógrafo, inventado por los Laboratorios Carter en 1983, que hace realidad los deseos y materializa las posibilidades más diversas. Pero por culpa de la intervención del Gobierno, que lo prohibió, sólo pudo llegar al público cien años más tarde. Fue después de la última de las Guerras Finales, la mayor de todas, cuando el Gobierno decidió que había que darle a la gente una válvula de escape para que se transportase fuera de este mundo, pues de otra forma podía haber una revolución y luego quién sabe qué.

El transmógrafo se vende en la actualidad en dos piezas, casco y consola, sobre un precio base, adornos aparte. Los programas se alquilan a razón de setenta y cinco dólares cada uno, excepto los pornográficos, que cuestan un poco más. El sistema de venta a plazos pone la máquina al alcance de casi todos los bolsillos.

PAZ, ALEGRÍA Y ACEPTACIÓN: Haverford se encuentra en un pequeño cuarto, no muy diferente del suyo, en el nivel 18 de las Torres de la Tormenta. Con el casco bien ajustado sobre las orejas, siente que las manos le tiemblan un poco como consecuencia del esfuerzo que está realizando su sistema nervioso central para absorber el primer impacto del programa. Hay siempre este momento desagradable del tránsito, pero desaparece pronto y con un poco de experiencia se puede conseguir que sea menor.

Los fabricantes aseguran también que el riesgo de trauma permanente o de locura es mínimo, siempre que no se abuse del aparato. Un programa al día es suficiente, y nunca más de siete por semana.

Haverford, como si estuviese soñando, se levanta de su asiento, se quita el casco y después de colocarlo cuidadosamente en la mesita iluminada que hay a su lado, va hacia la ventana y se asoma al exterior para contemplar, desde lo alto de los dieciocho

niveles de las Torres, los arcos lejanos y las corrientes de agua que discurren en la distancia.

El aire está muy claro, casi penetrable, pero decide que no, que es mejor no dar un paseo. ¿Para qué arriesgarse a morir? La última vez que estuvo fuera, hace ya algunos años, pescó una ligera infección en los bronquios.

Así que se aparta de la ventana y vuelve al centro de la pieza. Su mujer le está observando desde el marco de la puerta. Casi la había olvidado. Pero, naturalmente, está incluida en el programa y allí permanecerá, a menos que se prevea alguna orden contra su presencia. Es una especie de imagen de seguridad.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta ella. Su nombre, según puede recordar, es Ruth. Con los pechos saltarines cuando la monta, pero ¿quién quiere hacer esto ya? —. ¿Qué es lo que crees que estás haciendo con tu vida? —continúa ella diciendo—. ¿Crees que está bien? ¿A esto hemos llegado, a usar cascos y cintas grabadas para escaparnos del mundo? ¿No te das cuenta de que esto es precisamente lo que quiere el Gobierno? Nunca se opusieron al transmógrafo, eso no fue más que una historia inventada para cubrirse las espaldas. Lo que realmente pasó es que no podían resolver el problema de industrializarlo rápidamente, con objeto de evitar revueltas, y así dieron todos esos pretextos de peligro, pero eran mentira y sólo mentira. —No se cansa de hablar, pero él la escucha con paciencia—. El Gobierno lo quiere así. Quiere que las personas como tú se pasen la vida haciendo funcionar las cintas y soñando, porque mientras ellos sueñan los que dirigen el mundo pueden hacer con él lo que quieran, sin tener que dar cuentas a nadie. ¿Cómo ocurrió todo? Estamos en 2114, sólo 2114, y las personas como tú viven como si se tratase del fin del mundo. ¡Enfréntate con la realidad! Tienes que enfrentarte con ella, comprender lo que son estos tipos y lo que te están haciendo, o de lo contrario sí que va a ser realmente el fin del mundo. ¿No te das cuenta?

No, él no se da cuenta. Nunca se dio cuenta. Pero Haverford flota ahora en el reino de PAZ, ALEGRÍA Y ACEPTACIÓN y tiene un maravilloso control de sí mismo. El sentimiento que produce el programa es de profundo bienestar, un bienestar que acompaña hasta los menores actos. (Es uno de los milagros que incluye el proceso, aunque los fabricantes no han sido capaces de explicar, por lo menos hasta la fecha, la manera en que se producen estos sorprendentes resultados en los esquemas.)

—Eres tú la que no comprendes, Ruth —dice él amablemente. Va hacia ella y la coge por los hombros. En el programa, casi le resulta atractiva, aunque no ha incluido en él hacer el amor. Por lo tanto, si no está programado, eso queda fuera de cuestión —. No se trata de escapar de nada, y en realidad el Gobierno se resistió a todo esto hasta el fin. Sólo fue aceptado cuando llegaron a comprender que de otra forma las tensiones existentes —hundimiento ecológico, falta de cultura— acabarían por destruirlo todo, *incluso* el Gobierno mismo. Vivimos en un mundo terrible, ya lo sabes, y no hay más solución que escapar de él. Dios bendiga el transmógrafo por

habernos dado esta posibilidad. ¿Por qué tienes que ser tan testaruda?

Mientras habla, se imagina a sí mismo con dos largos incisivos que pudieran morderla a distancia. El pene se le hincha entre las piernas como una zanahoria.

—Si quisieras —continúa diciendo—, podríamos programar juntos, elegir los elementos, y las cosas serían mucho más fáciles y agradables.

Y luego recuerda lentamente que la pobre Ruth no puede usar el transmógrafo. Algunas personas, por razones que ni los fabricantes ni los investigadores pueden determinar, son inmunes a los efectos del aparato. Estas personas entran sencillamente en una especie de *shock* catatónico, o, como es el caso de Ruth, en un estado terrible de irritación paranoide. Sus sistemas neuronales son así. No es posible hacer nada por la pobre mujer. Encerrada en el mundo, no le queda otro remedio que hacerle frente como es.

—¡Oh! —dice él, mientras el pene sigue creciéndole hasta adquirir las dimensiones de un espárrago—, lo siento de veras, no sabes cuánto lo siento. Lo había olvidado. Perdóname.

Y se vuelve hacia su silla, sintiéndose bien aún, gracias a los efectos del programa, pero no tan bien como antes. Lo mejor será sentarse y dejar que pase la tarde envuelto en las hojas de lechuga de la contemplación.

Pero Ruth no le deja en paz, obsesionada y amarga. Le acorrala contra la pared y le dice, casi gritando:

—¡No voy a soportarlo más! —Su rostro está realmente angustiado—. No voy a quedarme aquí, en este cuarto miserable viendo como tú sueñas tu vida. Quiero que sepas que me he adherido al movimiento antitrasmógrafo y que ahora mismo voy a una de sus reuniones. Puede que no vuelva nunca. Lo más probable es que te deje para siempre...

—¡El movimiento antitrasmógrafo! —grita Haverford—. Pero eso es ridículo. ¡No hay ningún movimiento antitrasmógrafo! —Vocaliza con dificultad y se pregunta si no estará perdiendo la cabeza—. El Gobierno ha autorizado una organización para personas como tú, de modo que podáis racionalizar vuestro fracaso pensando que se trata de un elevado contacto con la realidad, pero nadie se toma eso en serio. ¡No creerás que un movimiento semejante puede significar algo!

Ahora la risa se le escapa incontenible. Es demasiado. Realmente demasiado. Podría soportar sus acusaciones y tratar de compadecerla, pero la ridícula sinceridad de la posición que ha adoptado... No, esto no. Se ríe tanto que casi se cae de la silla. Está a punto de desmayarse de risa. No se ha sentido así en muchos años. Aunque es cierto que el transmógrafo supone en esencia un millón de risas. Las mejores risas de que uno pudiera disfrutar nunca, y Haverford se entrega a ellas completamente, agitándose hasta el final del programa como una coctelera de hilaridad, mientras su esposa se aleja maldiciendo.

Ella coge su insignia y sale, como un huracán, dejando la puerta abierta a las malolientes brisas que llegan de fuera. Haverford no tiene fuerzas para cerrarla. De

cuando en cuando, intenta levantarse para ir hasta allí y cerrar la puerta, pero cada vez que se acuerda de su mujer y de su reunión de antitrasmografistas estalla de nuevo en carcajadas.

Al cabo de un tiempo, sin embargo, el programa llega a su fin, como debe ser, como siempre ocurre, y el bienestar que sentía antes empieza a desvanecerse para dar paso a un sentimiento de culpa. Por mucho que trata de retardar la vuelta a la normalidad, sus sensaciones cambian y escapan a su control, hasta que se encuentra, Dios del cielo...

...de vuelta en el cuarto que había dejado, y que está casi igual que antes, excepto que la expresión de Ruth se ha hecho más amarga si cabe y que las sienes le palpitan con ese zumbido que siempre siente después de cada sesión de programa. Con cierta apatía se quita el casco y se queda un momento mirándolo. Le gustaría tomar otra sesión, hoy mismo, aun cuando las advertencias en este sentido son muy explícitas: más de una un mismo día está permitido, si no se puede evitar, pero nunca más de siete a la semana. De lo contrario hay el riesgo de avería neuronal permanente. Ayer ya tomó dos sesiones, lo cual significa que tendrá que saltar un día de todas formas. Si hoy toma dos también, tendrá que pasar dos días seguidos sin ninguna. Pero el deseo es demasiado fuerte para resistirlo.

Alarga la mano hacia el fichero.

—¿Otra vez? —pregunta Ruth.

Haverford asiente con la cabeza.

—Lo siento —dice en voz baja—. No puedo soportarlo. Tengo que salir de aquí.

Siente el impulso momentáneo de decirle el papel que ella juega en los programas, un impulso que es apenas como el roce de un ala de pájaro al pasar, pero hace un esfuerzo y lo domina. No tiene objeto decírselo. La vida interior es algo sagrado, como dijo el fabricante.

—Ya lo sé —dice ella.

Es una buena mujer, Ruth. Es una pena que en los programas adopte papeles tan extraños. Es natural, en cierto modo, que le moleste que use tanto el transmógrafo, piensa Haverford, pero él está en su derecho de hacerlo. Ella también podría utilizarlo. Él nunca se lo ha prohibido. Es extraña la fantasía que tiene, cuando está sumergido en un programa, de que ella no puede utilizarlo. Debe de ser que el subconsciente trabaja sobre la antipatía que ella siente por el aparato.

—¿No crees —está diciendo ella en este momento— que deberías intentar enfrentarte con tus problemas más de lo que lo haces? Quizá entonces no necesitarías tanto de la máquina. El mundo real...

—¡El mundo real! —exclama Haverford, y de nuevo le entra la risa—. No hay mundo real. No existe tal cosa.

Y sin entrar en discusión sobre un punto tan peligroso, mete un nuevo programa

en la consola, manipula los controles para sintonizarlo y se pone el casco. Apenas si puede esperar a que...

SEXUALIDAD Y LIBERACIÓN se apodera de él..., lo cual ocurre casi inmediatamente. Sus conductos neuronales deben de estar abiertos por completo, quizá incluso desgastados por el uso excesivo, y Haverford da un brinco desde su silla para coger a Ruth. Asombrada, ella pierde pie ante su abrazo, le golpea. Pero él es mucho más fuerte y las ropas caen de su cuerpo como si fueran ceniza. La sujeta en el suelo, la monta como si fuera un crucifijo y le desgarras las bragas para poder penetrarla.

Es una penetración salvaje, violenta, que la desgarras por dentro. Haverford experimenta una intensa sensación de sexualidad y liberación, como estaba programado. La tiene derrumbada bajo su cuerpo y aspira profundamente el placer de su propio poder, tratando, aunque débilmente, de acomodarlo a ella, y es entonces cuando siente que le viene. Una avasalladora clarividencia le envuelve en fuego líquido: en el orgasmo que llega siente que está la última comprensión de todas las cosas.

—Estúpida vaca —murmura para sí, y supone que la agresión es para él una parte muy importante de la experiencia sexual—. Estúpida vaca, el Gobierno trató de impedirlo durante todo el tiempo que pudo. No quería tomar parte en ello. Si la gente se programa al máximo, siete días por semana, ¿quién hará el trabajo sucio? ¿Quién trabajará? ¿Quién queda para luchar contra la niebla, los humos y la polución?

Aún diría mucho más. Está sólo en el comienzo de todo lo que desearía decir, pero el fuego interior se apodera de él, los nervios le estallan desde la nuca hasta los dedos de los pies, cortándole el habla, sacudiéndole de arriba abajo, y eyacula dentro de ella con lo que le parecen litros de semen, mientras golpea y araña la alfombra con las manos, como si fuese carne. Cuando se ha vaciado del todo, se desploma pesadamente sobre ella, aplastándola, y luego rueda de lado y se queda tendido de espaldas, mirando al techo. Sus manos buscan instintivamente el casco. Sí, aún está allí, en su sitio. Una vez que comienza el programa la presencia del casco no significa mucho, pero todo parece más intenso, desde un punto subjetivo, si no se lo quita.

Se queda allí donde está, con los ojos fijos en el techo, y pronto le invade una cálida sensación de bienestar que le va cerrando los ojos. No se da cuenta siquiera de que su esposa respira a su lado. Si está allí, bueno. Si se va, pues bueno también. Él está donde quería estar. Los ojos se le cierran y por etapas sucesivas se deja sumergir en el sueño, sintiendo la presión reconfortante del casco y un suave cosquilleo en el cuero cabelludo. Al fin, completamente relajado, se queda dormido durante el resto del programa, pensando que esta vez quizá no va a volver de su ensueño, pero... ¡qué mierda!, es sólo una ilusión y hay siempre una vuelta, y cuando vuelve esta vez se encuentra...

...doblado sobre el brazo de un sillón con un dolor terrible, un dolor en la tripa, un acorchamiento del cerebro, una angustia como no había sentido nunca y que no es capaz de definir exactamente. El dolor no está localizado. Es más bien un dolor interno y vago, la flexibilidad cerúlea de la catatonía anclada firmemente en todos sus miembros. En medio de su dolor levanta la vista.

Ruth, con expresión sumamente preocupada, se inclina sobre él.

—Ha sido demasiado —dice ella—. No debiste repetir.

Haverford intenta contestar, pero el dolor le ha dejado sin habla. Asiente con la cabeza, atontado.

—Ya te dije que no debías hacerlo dos veces —insiste ella—. Te lo advertí, por tu propio bien. Tienes ya veintisiete años. No puedes tomar tantas sesiones como antes. Puede resultar muy peligroso.

—Sí —admite él. Ha recobrado el habla, pero tartamudea como un pato—. Desde luego, tienes razón.

Ya puede empezar a mover los pies. Las plumas de su cola están secas y su pico se cierra y se abre en el aire. Pronto podrá nadar hasta casa.

—Tendrás que moderarte —le dice ella, sin darse cuenta de que se ha convertido en un pato—. Por tu propio bien.

—Está bien —dice él. Se sacude hasta ponerse de pie, recobra el equilibrio, y luego nada cautelosamente hasta alcanzar la silla. No le ha salido tan mal. En realidad, se siente menos pato de lo que se sentía hace unos instantes. Con mucho susto, pero está saliendo de ello. Un ligero agotamiento momentáneo, pero sus reflejos están recuperándose rápidamente.

—Te lo digo sólo por tu bien, ¿sabes? —todavía está inclinada sobre él, con una mano en su hombro—. No quiero que te encuentres mal.

—Déjame en paz —replica Haverford, que ya no es un pato—. Basta por ahora y déjame en paz, eso es todo.

Su voz suena ya más fuerte, y ha recuperado sus inflexiones normales. La mujer se echa para atrás y se escurre hacia uno de los rincones del cuarto. Cómo se parece a un insecto, esta mujer, piensa Haverford. Sus gestos son los de una libélula. Claro que los conejos y los patos no son los más indicados para criticar a nadie.

—Bien —dice ella—. Sólo quería ayudarte. Si no quieres ayuda, no me preocuparé más.

—Muy bien —dice Haverford—. Estupendo.

Ya ha recuperado su identidad. Mira con ansiedad el casco, que sin duda se ha quitado en su angustia. Está tirado sobre la silla, aplastado. Lo recoge, lo endereza, juega con los alambres que lo conectan a la consola, como si fuesen hilos de araña.

Le gustaría conectarlo y poner otro programa. ¡Cómo le gustaría! Pero no es tonto, ha podido percibir las señales de peligro en sus reacciones y sabe que por

mucho que lo desee debe esperar hasta mañana, por lo menos. Comer, beber, pasearse por las Torres... no más programas por hoy.

Mira a Ruth, que ha vuelto a su posición estática contra la pared. Hay cierto sentimiento de culpa en su mirada. En ciertos aspectos, libélula o no, es una mujer atractiva. Le excita como no le ha excitado nunca ninguna otra.

Pero, atractiva o no, debe esperar hasta mañana para conectar un nuevo programa y hacer el amor de nuevo. Es por su propio bien y tiene que aceptarlo así.

Disciplina. Todo es cuestión de disciplina. Piensa en el nuevo orgullo y control de sí mismo que ha encontrado. Pero de pronto algo se agarra a él y le atenaza, más profundo que nada de lo que ha sentido nunca. Está cayendo, cayendo y levantándose como un hombre que copula, como un hombre que copula y muere, entrando y saliendo de sí mismo. Después, se hunde en las aguas grises y espesas del programa que se esfuma y...

EL MARAVILLOSO Y POLIVALENTE TRANSMÓGRAFO... Ruth vuelve en sí lentamente, como un niño perdido que tantea su camino entre las aguas. Sosteniendo el casco en sus manos, mira a Haverford, dormido frente a ella, totalmente inconsciente de lo que Ruth ha hecho (es siempre mejor así), y luego, con gestos delicados, desconecta el aparato, suspira y se pone de pie. Ya es ella misma de nuevo. Volver a ser mujer, después de haber pasado por la compleja experiencia de ser hombre, no es sencillo. Pero ya se las arreglará. Y, desde luego, va a continuar con las experiencias.

Haverford se remueve en su asiento, abre los ojos y despierta como un bañista que volviese a la superficie después de una inmersión. Mira a Ruth, al casco que tiene en las manos y a la consola.

—¿Te gustó tu programa? —le pregunta aún soñoliento.

Ruth sonríe.

—No sabes cuánto —responde.

—Muy bien —dice Haverford. Se pone en pie y se rasca la cabeza—. Si no te importa, creo que voy a poner un programa para mí, ahora.

—Programate para ser yo —sugiere Ruth impulsivamente.

Haverford se queda mirándola con expresión atontada. Luego, lentamente, comprende.

—No puedo —dice—. Lo siento. Pero ya hice eso el jueves pasado.

Apéndice

La casa servicial de Tenn (esa casa servomecánica que suspende el tiempo y convierte a sus habitantes en durmientes eternos) y el *twonky* de Kuttner (el servomecanismo que transforma los cerebros de sus dueños en jalea, con el solo objeto de ser útil, naturalmente), causaron en mí verdadero terror cuando aún era demasiado joven para aterrarme por casi nada, y veinte años más tarde aún podría contar el argumento de ambas historias con una precisión que me hace sentir incómodo..., pero, amigos, la máquina que toma el mando es sólo un aspecto de la cuestión.

El *twonky* y la casa servicial eran sólo exteriorizaciones, agentes, medios. Victimizaban a gentes que podían haber resuelto el problema escapándose, quemando las máquinas o (lo mejor de todo) cerrando el ejemplar de *Astounding Science Fiction* y acabando así con el embrollo. Sin embargo, durante los años siguientes hemos aprendido demasiado con respecto a la Gran Máquina. Las lecciones que nos ha dado la tecnología moderna son simples, después de todo.

Somos nosotros las máquinas. Y estamos cogiendo el mando. Y hemos perdido el control.

La ciencia ficción ha dejado ya de ser una metáfora, y el *twonky*, después de encender nuestros mortíferos cigarrillos, no va a quedarse recostado contra la pared. El *twonky* se nos ha metido dentro. Y la casa servicial arde en nuestro cerebro.

Novelas

Beyond Apollo, de Barry N. Malzberg.

A For Anything, de Damon Knight.

Relatos

The House Dutiful, de William Tenn.

The Twonky, de Henry Kuttner y C. L. Moore.

The Enormous Radio, de John Cheever.

No Fire Burns, de Avram Davidson.

Street of Dreams, Feet of Clay, de Robert Sheckley.

AAA Ace Series, de Robert Sheckley.

The Little Black Bag, de C. M. Kornbluth.

The Altar at Midnight, de C. M. Kornbluth.

DESPUÉS DEL HOLOCAUSTO

EL HUMO DE SU CUERPO SE ELEVÓ PARA SIEMPRE

POR
JAMES TIPTREE, Jr.

Con un sentimiento de liberación salta sobre la arena gruesa de la montaña, apoyando su mano enmitonada sobre el herrumbroso camión International, modelo 1935. El frío penetra en sus jóvenes pulmones y sus pestañas son como agujas de hielo, mientras mira hacia el lago que hay por debajo del paso. Está sobre un macizo de montañas desnudas que presentan un tinte cobrizo bajo la luz del amanecer. No hay donde refugiarse por los alrededores. Ni un árbol, ni una roca.

La superficie del lago brilla, desierta, allá abajo, con su reborde de hielo plateado por la luna a punto de esconderse. Parece pequeño. Todo parece pequeño desde allí arriba. ¿Es su barca aquella manchita que se ve en la orilla? Sí, allí está. Todo va bien. Aquel surco negro que va desde su barca hasta la mancha de hierbas altas es el camino que él mismo abrió la noche pasada. La alegría brota en su pecho y le martillea el corazón. Sí, eso es. *Eso es.*

Entorna los párpados para distinguir mejor las hierbas. Hay algunas manchas negras entre ellas. Son patos, dormidos. «¡Esperad ahí, que ya voy!» Al sonreír se cuarteja la costra de hielo que le cubre la nariz. Las hierbas altas serán su refugio. Esas hierbas que se ven allá abajo. A unos ochenta metros de la orilla. Allí es donde estará él antes de que levanten el vuelo con el alba. El viejo Tom dijo que estaba loco. El loco Petey. Bueno, espera y verás, loco Tom.

Resuena con golpes metálicos el engranaje del motor al ir enfriándose, en medio del enorme silencio. Aquí no hay ecos, el aire está demasiado seco. Tampoco hay viento. Petey escucha con atención: lo único que se oye es un débil lamento en las cumbres de los picos altos que le dominan y el ligero crujido del hielo en el lago, allá abajo. Hay que darse prisa. Retira con trabajo la manga helada de su chaqueta para descubrir su reloj, regalo de cumpleaños, y se sorprende de lo huesuda que parece su propia muñeca para sus catorce años. Veinticinco minutos... no, veinticuatro, faltan sólo para que empiece la temporada de caza de patos. ¡Se levanta la veda! La excitación le cosquillea el estómago y le endereza el pene contra la tela áspera de sus pantalones. Los caballeros no hacen eso. Abre el camión y levanta con extrema reverencia su escopeta nueva, «Fox CE», de dos cañones, calibre doce.

Siente el frío del metal en la piel a pesar de sus mitones. Tendrá que quitarse uno para disparar. Va a ser algo grande. Petey se enjuga la nariz con la manga, saca los dedos por sus guantes cortados y abre el arma. Tiene hielo en el punto de mira. Se dispone a soplarlo, pero lo piensa mejor y lo limpia con cuidado. No debería haberlo metido en su saco de dormir. Saca de la bolsa dos cartuchos del seis, los mete en las bocas azules de la escopeta y casi no puede respirar de gozo. Lo que tiene en la mano en estos momentos es un trillón de paquetes del *Albuquerque Herald* y un verano entero poniendo ladrillos para míster Noff: todo ello convertido en esta espléndida escopeta, elegida con tantas dudas. Su PROPIA ESCOPETA. Ya se acabó el pedirle prestado a Tom su viejo cacharro de gatillos que hay que montar levantándolos, y que tiene el punto de mira roto. Aquí está ahora su *propia* escopeta con sus iniciales grabadas sobre la chapa de plata de la culata.

Le invade la exaltación y se levanta peligrosamente, con la escopeta en la mano. Echa una mirada en derredor sobre las colinas peladas. Están desiertas por completo. Sólo él, su barca y los patos. El cielo se ha puesto color de panza de burro. Está justo en lo alto de una cúspide del Gran Divide, a tres mil metros de altura, el punto por donde cruzan las aves en su vuelo hacia el oeste. Es el amanecer del día en que se levanta la veda... ¿Qué pasaría si vinieran los apaches? Los apaches mescaleros son los dueños de estas montañas, pero él no los ha visto nunca. Su padre dice que todos ellos tienen tuberculosis, o algo. ¿Venían hasta aquí a caballo en otros tiempos? Parecerían minúsculos. El otro lado del paso queda a quince kilómetros por lo menos.

Petey distingue, entornando los ojos, una mancha peluda en el otro extremo del lago; piensa que son sólo matorrales, pero coge las llaves y el hacha que lleva en el camión, por si acaso. Con el hacha en una mano y la escopeta en la otra, comienza el descenso. El corazón le golpea en el pecho, las rodillas le tiemblan y apenas si puede poner los pies sobre las rocas sin resbalar. El mundo entero parece rebosante de tensión.

Intenta calmarse y parpadea para hacer desaparecer unas extrañas manchitas oscuras que danzan delante de su vista. Da un traspies, se recobra, y tiene que detenerse para frotarse los ojos. Al hacerlo es como si todo se convirtiese en un torbellino blanco y negro. La luna salta en el cielo como el farol de una locomotora y se siente caer en la oscuridad mientras todo zumba a su alrededor. ¡Diablos! Tiene que dominarse, no va a dejar que le dé ahora el mal de montaña. Se fuerza a respirar profundamente y continúa el descenso, hincando fuerte las botas, que crujen sobre la grava como si fuesen esquíes. Las pesadas bolsas llenas de cartuchos le golpean las piernas, pero continúa su camino hacia abajo, hacia el bote que le espera.

Al aproximarse, ve que el sendero que abrió la noche pasada se ha helado un poco. Menos mal que tiene el hacha. Algunos patos nadan, describiendo círculos, cerca del hielo. Uno de ellos se yergue sobre el agua y se deja caer luego de pico, mostrando la cabeza plana; qué buen blanco.

—¡Ah, magnífico! —exclama Petey en voz alta y echa a correr pendiente abajo, con el corazón lleno de fuego—. Pero no tiraría sobre un pato posado.

Se le han helado las gotas que caen de su nariz. Se imagina ya entre las hierbas, acechando la bandada que pasa, pensando en el viejo Tom, en cuclillas sobre las rocas en el campamento, tomando grandes sorbos de coñac que le encienden las encías descarnadas, soñando con amaneceres en los aeródromos durante la Primera Guerra Mundial, soñando con cazar un pato, muriéndose de tuberculosis. El viejo loco. Espera y verás.

Petey imagina su bote de madera lleno de patos muertos, con sus grandes pechugas color de perla y sus picos rojinegros. Su escopeta yace entre ellos, satisfecha.

Y de pronto, está ya junto al bote, con una sensación de irrealidad. Resulta misterioso ver sus propias pisadas aquí. Tanto la barca como los patos de madera que

sirven de reclamo están en perfecto orden, pero el sendero hasta el agua se ha helado. Deja la escopeta y el hacha dentro de la barca y la empuja hacia el lago. No es fácil con el hielo.

Se ha formado una capa verdaderamente gruesa. Anoche no le fue tan difícil atravesarlo, rompiéndolo con el remo y usando éste como pértiga. Ahora no le queda más remedio que avanzar empujándolo. Recorre así un par de metros. El hielo no cede. ¡Maldita sea! Da unos cuantos pasos más y de pronto oye el ruido de los patos que llegan. Que llegan. Y él está a descubierto. Se deja caer junto al bote y mira al cielo blanco brillante por encima del paso.

¡Aquí están! Una gran manada, a ciento treinta kilómetros por hora, a favor del viento. Abraza la escopeta para que no brille y mira cómo llegan las aves, recogen las alas, se convierten en manchas negras a contraluz y se dejan caer como bombarderos en picado. Pero le han visto, y describiendo un gran círculo, lleno de graznidos, van a posarse más lejos. Oye cómo rasgan el agua en la distancia y se incorpora ansioso, tenso, en la dirección que se han alejado. Bueno, espera. ¡Espera hasta que saque de aquí este estúpido bote!

Lo empuja hacia el hielo que empieza a cuartearse, entre crujidos. La luz es ya brillante y el frío le muerde el rostro y el cuello. Por fin el hielo se rompe con un chasquido, se estremece, está todavía muy duro. Mejor será empujar el bote por delante de él, para poder saltar dentro cuando encuentre agua. Avanza de esta forma dos o tres metros más y de pronto la costra helada oscila y se hunde, y él se hunde con ella y sus pies tocan la roca. El agua se le mete por el borde de las botas y le quema con su frío a través de los tres pares de calcetines que lleva puestos.

Hay poca profundidad. Da un paso hada delante, batiendo el hielo a golpes, resbalando y casi perdiendo el equilibrio. Un metro más, otro... Casi no siente los pies. Se le están quedando helados. ¡Esto es demasiado lento! Agarra el bote, se agacha para tomar impulso y luego se lanza dentro, hacia delante, con toda su fuerza. El bote avanza como un rompehielos. ¡Otra vez! Pronto estará fuera de la capa helada. Un nuevo empujón, por el mismo sistema. ¡Y otro!

Pero esta vez la barca retrocede en lugar de avanzar. ¡Maldito hielo! Está demasiado duro. ¿Cómo puede haberse hecho tan grueso, cuando anoche aún era agua?

Porque paró el viento, ésa es la explicación, y estamos a varios grados bajo cero. El viejo Tom lo sabía, maldito sea. Pero sólo quedan unos treinta metros para alcanzar el agua abierta. Sólo estos pocos metros entre él y la tierra prometida. Vamos. Por encima o por debajo, o por en medio, pero adelante.

Coge el hacha, vadea por delante del bote y empieza a golpear el hielo, para romperlo, para hacer grietas. Consigue hacer una. Golpea más fuerte. Pero no quiere romperse del todo. El hacha rebota contra su superficie con un ruido sordo. Lo mejor es golpear allí donde está oscuro, porque esto significa que se ve el agua por debajo, que allí la capa es más fina. Está aumentando la profundidad. El agua le llega ya muy

por encima de las botas. Bueno, ¿y qué? *Thunk. Thunk.* Golpe tras golpe.

Pero con la relativa cordura que aún hay en él se da cuenta de que va a quedarse congelado si se moja la ropa. ¡Mierda! Se detiene, se endereza jadeante y mira hacia los patos, que se mueven allá a lo lejos, picoteando el agua y graznando, fuera de su alcance.

Veinte metros más, condenada mierda. ¡Dios del cielo! Se le escapa el grito, de furia y de hambre, al escuchar un estampido lejano. El viejo Tom que está disparando. ¡Crack!

Petey salta dentro de su bote, se quita a toda prisa la cazadora de lona, los dos jerseys, los pantalones, los largos calzoncillos de felpa. Casi no puede desatarse los cordones de las botas, que se han empezado a helar. Pero su cuerpo irradia calor ahora, humea en el aire, solamente los testículos se le encogen, como si quisieran esconderse del frío, cuando él se yergue desnudo. ¡Veinte metros!

Se vuelve a poner tan sólo las botas embarradas y salta al hielo, golpeando con el mango del hacha y apartando con él capas enteras. ¡Lo está consiguiendo al fin! ¡Tres metros más, seis...! Empuja hacia delante con el bote, como si fuese un ariete, golpea con su casco la superficie. ¡Otro metro! ¡Otro más! Le castañetean los dientes y tiene las espinillas en carne viva y sangrante y ahora se ha hecho también un corte en el muslo, pero no siente nada de esto, ¡sólo júbilo, júbilo! Hasta que de pronto se hunde y el frío es como una barrena que le taladra el cuello y los sobacos y el hielo le hace un corte en la nariz.

Sus manos agarran el borde del hielo y se iza con esfuerzo junto al bote. Ya no hay fondo aquí. Y su hacha..., su hacha ha desaparecido.

Pero no la capa de hielo.

Una mano negra le atenaza por dentro. No puede respirar. Se sacude y patalea, se arrastra hasta dentro del bote y allí se queda arrodillado, sangrando, mientras intenta hacer funcionar sus pulmones y que las mandíbulas dejen de temblarle. El primer rayo de sol toca su piel de gallina, cubierta de laminillas de hielo. Toma aliento y mira hacia delante. Allí están los patos, ¡tan cerca!

El remo. Lo empuña y empieza a dar golpes en el hielo que hay delante de la proa. Cruje, rebota y la barca retrocede un poco. Golpea de nuevo con todas sus fuerzas, pero la capa de hielo es aún demasiado gruesa. El remo se está agrietando por el mango. No hay fondo donde apoyarse para tomar impulso. ¡Crack! Allá va la pala del remo, patinando. Ya no le queda nada que pueda utilizar.

Es imposible conseguir lo que se propone.

Una rabia centelleante se apodera de él. Sus ojos lloran hielo caliente por sus mejillas. ¡Tan cerca, tan cerca como está! Loco de ira ve cómo se acercan, graznando, cómo aquella catarata de alas batientes, que brillan en la luz de la mañana, atraviesa el paso. Diez mil pájaros nobles, plata y negro, cortan el cielo en su dirección. El cielo se ha hecho una nube de alas por encima de su cabeza, pero van demasiado altos. Demasiado altos... Sin duda conocen el alcance de las armas. ¡Oh, seguro que

lo conocen!

Nunca ha visto tantos juntos, ni volverá a verlos seguramente. Está desnudo en el bote, desnudo y sangrante, lleno de rabia, lleno de ira que le hace disparar hacia lo alto su escopeta virgen... ¡BAM, BAM! Los dos cañones escupen fuego hacia nada, hacia el cielo, hacia el hielo; los cartuchos se suceden uno a otro, de dos en dos; carga y vuelve a cargar con sus manos temblorosas y rígidas de frío.

Un pato macho viene hacia él ahora. ¡Más cerca! ¡Tiene que ser más cerca! ¡BAM, BAM!

Pero no estaba lo bastante cerca y los exploradores del cielo pasan sobre su cabeza graznando. Los hay de todas clases, de cola pintada, de cabeza roja... es como un remolino de diez kilómetros de alas batientes y él dispara, dispara, como un loco lloroso bajo aquel torbellino alado, blanco y negro, negro y blanco. Y en el torbellino ve no sólo patos, sino también gansos, cigüeñas; toda clase de aves surcan los cielos: halcones, águilas, cóndores... pterodáctilos. ¡BAM, BAM! ¡BAM, BAM! Estalla en una tormenta de rabia contra el aire enloquecido de alas, mientras las lágrimas explotan también como salvas... ¡Negro, blanco, negro...! Todo gira a su alrededor y le levanta, le levanta...

...y se encuentra de pronto en una calma total, en la penumbra, otro yo del que ha desaparecido la cólera, en el que la rabia se ha contraído hasta no ser más que un nudo minúsculo en el fondo de su cerebro y cuyos ojos están fijos ahora en el cuello abierto de la blusa de una muchacha. Es una blusa blanca. Y él está en un cuarto, una especie de cueva rezumante de promesas. Detrás de la muchacha las ventanas están cubiertas con visillos de muselina, blanca también, que resguardan de la claridad exterior.

—Tu madre me dijo que habías ido a Santa Fe —nota que su voz deriva hacia el soprano, y hunde los puños cerrados en los bolsillos de sus «Levis».

La muchacha, Pilar —qué nombre tan loco éste de Pilar—, se agacha para rascarse un tobillo. Un mechón de pelo como plumón le cae sobre la mejilla y la garganta.

—Mmmm —musita, totalmente absorta en la cadenita de oro que lleva alrededor del tobillo bronceado, sujetando una especie de medallón de cuero rojo que sus padres le trajeron, ¿de dónde?, ah, sí, de Marruecos. Pilar, la de la cintura fina que se curva luego pomposa dentro de sus «Levis» blancos, con una camisa abierta que apenas si disimula las abultadas suavidades que encierra. Todo tan blanco que aún hace resaltar más el bronceado de su piel, que huele a jabón, y a flores, y a muchacha. Tan *limpia* siempre. Tiene que ser virgen aún, esto se nota.

Una onda de felicidad invade lentamente el cuarto. «Le gusto —piensa Petey—. Es tan tímida. Aunque sea un año mayor que yo, casi diecisiete años, es todavía un bebé.» El pathos de su cuerpo le inunda, se hincan en él y tiene que cubrirse la

bragueta con los puños cerrados para disimular el bulto. Demonios, que no mire.

Ella levanta la cabeza, se echa hacia atrás el mechón de pelo y se queda mirándole, con una sonrisa soñadora.

—Estuve en La Fonda, con René, que me invitó a cenar.

—¿Quién es René?

—Ya te lo dije, Peter.

Sin mirarle, se endereza y se dirige hacia la ventana, frotándose el brazo con la mano, como un niño.

—Es mi primo. Muy mayor ya. Debe de tener veinticinco o treinta años. Ahora es teniente.

—¡Oh!

—Un hombre mayor. —Hace una mueca al decirlo, pero sonrío para sí, al tiempo que aparta un poco las cortinas blancas, para mirar fuera.

Petey se siente aliviado, y la euforia continúa aumentando en el cuarto. Es virgen, no hay duda. Del exterior llega el ruido de un coche al arrancar. Un caballo relincha débilmente en las cuadras del club, y un asno le contesta con dos rebuznos. Los dos se echan a reír. Peter hincha los músculos y cierra y abre una mano sobre el mango de un mazo de polo imaginario.

—¿Sabe tu padre que saliste con él?

—Claro —contesta ella, frotando una mejilla contra el hombro de su blusa, tirando del borde de su cuello immaculado, dejando que él vea el comienzo de sus pechos.

«Me desea —piensa Peter. Se le remueven las entrañas—. *Va a dejarme que lo haga con ella.*» Y de repente le invade la calma. Una extraña calma, como la de aquella primera mañana en el corral, mirando a su yegua venir hacia él. Consciente.

—A papá no le importa. Estamos en 1944. Y René es mi primo.

Los padres de Pilar son tan terriblemente sofisticados. Peter sabe que el padre es una especie de científico de la guerra secreta; todos están aquí, en algún lugar cerca de Los Álamos, a causa de la guerra. Y su madre habla francés, y menciona lugares extraños, como Dijon y Tángier. La madre de Peter no habla francés, su padre enseña en un colegio. Él nunca podrá mezclarse con estos extranjeros sofisticados, elegantes, excepto que le necesiten para su juego de polo. Pero él les da cien vueltas a todos estos jóvenes viejos, suaves y sudorosos. Incluso con su yegua de cuatro cuartos, que tiene los tendones hinchados como si fueran balones, y su mazo astillado, es mucho mejor que todos ellos juntos. Peter sonrío sólo de pensarlo. Si al menos pudiese conseguir una clasificación oficial. Tres goles, seguro. Quizá cuatro, piensa, y se ve galopando por el campo con sus cuatro monturas de relevo, mientras Pilar sonrío, sin mirarle. Es tímida. Aquella vez que le dejó montar la yegua estaba realmente asustada y no tenía ni idea. Se acuerda de cómo le temblaban los muslos cuando la ayudó a subir a la silla.

Sus propios muslos tiemblan ahora, al recordarlo. Al recordar la blanda ternura de

su cuerpo en sus manos. *Siempre frente a tu voz mi alma es como un potrillo suave y tembloroso.* No le parece ahora tan absurdo este verso que suele repetir su madre. Su potrillo. Su potrillo aterciopelado y vulnerable. El bebé de su yegua.

Comparado con la muchacha, él es un gorila, aunque sea virgen también, técnicamente hablando. Pero los hombres son diferentes. Y de pronto comprende aquel extraño libro de Havelock Ellis que su padre tiene en la biblioteca de su estudio. Hay que ser suave, tiene que ser suave. No como un mono que tocara el violín.

—No deberías andar haciendo el tonto con hombres mayores —dice, y le halaga el tono hosco que le ha salido—. Tú no sabes de estas cosas.

Ella le mira por detrás de la cascada de su melena, y se acerca lentamente sin dejar de acariciarse el brazo con la mano. Despide un olor a jabón fresco, a musgo húmedo, que a Peter se le mete por las narices. «No sabe lo que hace esta chica, no sabe nada de los hombres», piensa él, atragantándose. Murmura algo así como: «No lo hagas», o «No podemos», tratando de que no se acerque más, de que no le llegue el calor que se desprende de ella. Pero Pilar susurra, ya a su lado:

—Duele, Peter.

—¿El qué, tu brazo?

—Aquí, tonto —y le coge la mano con sus dedos pequeños y fríos y la lleva, no a su brazo, sino a su costado y la aprieta allí, contra la blusa crujiente.

Al principio él no siente nada, luego siente el calor de su cuerpo y su mano busca, agarra a ciegas, y ella se da la vuelta y Peter se encuentra de pronto con el bulto suave, turgente, de los pechos. El cuarto se oscurece ante sus ojos, los oídos se le llenan de un retumbar lejano, como el que podría producir una estampida de búfalos. Oscila la cortina un instante y un rayo de luz color limón envuelve sus dos cuerpos juntos, allí donde la cadera de ella se aprieta contra su muslo. No es posible continuar así como están, de pie, con las manos suavemente posadas sobre sus pechos.

—No sabes lo que haces. Pilar. Tu madre...

—Ahora está fuera.

Sigue un intervalo de manos y bocas que tratan de ser suaves, un esfuerzo casi imposible de Peter por mantenerla apartada de su bragueta, mientras la abraza como si quisiera meterla dentro de sí. Aunque tuviese seis manos no podría abarcarla toda. Hasta que de pronto la aparta y oye su voz que dice, con desencanto:

—Peter, ¿no tienes un amigo?

El tono de su voz le hace parpadear. Y contesta estúpidamente, arrugando la nariz:

—Tengo un amigo, Tom Ring.

—Qué tonto eres, Peter. Quiero decir otra clase de amigo. Alguien que sea dulce.

Peter se queda parado, jadeando, tratando de conservar su dignidad. «Joroba —piensa—, no tengo ningún amigo que sea dulce, a no ser quizá Diego Martínez, para ir de merienda al campo.» Pero antes de que pueda contestar ella va hacia la ventana,

se medio envuelve en la cortina y empieza a acariciarla sobre su cuerpo, con ambas manos.

—René tiene un amigo.

—Uh, uh.

—Es mayor también, tiene veinte años. El teniente Charlot. Es un diminutivo de Carlos, sabes. —Se da la vuelta, con cortina y todo, y de entre los pliegues de la muselina sale una voz juguetona que dice—: Y René y Charlot y Pilar se fueron juntos a la cama, y ellos jugaron conmigo. Oh, durante horas y horas. Fue realmente maravilloso. Nunca volveré a hacerlo con un chico solo.

Es como si se hundiese el mundo, como si se hundiese todo, y no pudiese ver ya nada, excepto la cara de Pilar delante de él, exaltada y extraña, y se da cuenta de que está muerto por dentro y que el mal se extiende por todas partes. La furia se apodera de él y ve cómo Pilar pasa corriendo por su lado, doblada en dos y tapándose la boca con las manos.

—Voy a vomitar, Peter. ¡Ayúdame!

Corre tras ella por el vestíbulo en penumbra y la encuentra en el baño, la cabeza inclinada sobre el retrete, quejándose débilmente entre náusea y náusea, temblando de una manera angustiada. La blusa se le ha levantado por detrás y deja ver un trozo de su espalda descubierta, con las vértebras como nudos suaves que se pierden dentro de la curva de sus pantalones. Al inclinarse sobre ella, sus nalgas le rozan las rodillas y se queda allí parado, sin saber qué hacer, apretando una toalla entre las manos, retorciéndola por no retorcerle a ella el cuello. Intenta enjugar con la toalla la frente de la muchacha, le entran náuseas a él también, siente la boca pastosa, un hilo de saliva se le escapa por entre los labios, mientras ella le coge una mano y le sacude con sus espasmos en medio del cuarto de baño en penumbra, que es ahora como un cuarto de hospital. El mundo entero es un jadeo que se le mete por los oídos, y en lugar de la botella de ron del padre de Pilar, allí sobre el armarito, lo que ve es la alcoba de un cuarto en La Fonda, con su suelo de azulejos, y los tres cuerpos retorciéndose en la cama y haciendo cosas horribles. *Jugando con ella...*

Se le sube el estómago a la boca, luego no sabe lo que le ocurre, pero está eyaculando en los «Levis», eyaculando con un flujo que no le relaja, sino que es como un alambre al rojo a través de su sexo. Y allí está en pie detrás de ella, sintiéndose inútil, como habrá de sentirse en algún futuro próximo que no puede imaginar ni recordar. Y la tensión aumenta, le martillea las sienes, la luz parpadea... Se aproxima una tormenta o quizá es que sus ojos están perdiendo la vista. Pero no, porque puede ver el rostro de Pilar, exhausto, apoyado en el borde del retrete, sin hacer caso de la toalla que él esgrime aún, con furia. En la penumbra percibe unas letras luminosas, incomprensibles, sobre las vértebras dorsales de su amada: ABORTO SÉPTICO. Aborto séptico para su amada virgen. El mundo se oscurece, relampaguea, hay un trueno sordo, un galopar de cascos más fuerte que ninguna tormenta, que le arrastra con su furia y le precipita en un abismo de luces y sombras

intermitentes, donde sólo existen sus sentidos... Luego, algo le proyecta muy lejos, con energía desconocida...

...y cuando se condensa, cuando se materializa de nuevo, está en un campo verde y soleado de otro mundo, como si fuese primavera, y otra chica que no es Pilar le está rozando la cadera.

—Molly —oye que dice su propia voz, vagamente, mientras observa con alegría las frondas de sauces en su querido y polvoriento Potomac. Las presillas de su cuello ajustado le pican la piel.

—Sí, señor; sí, doctor —dice ella, y gira en redondo, se arrodilla sobre la hierba raquílica y se pone a abrir unas cajas que hay allí—. Oh, el café.

Sacude su melena hacia atrás y le alarga un perro caliente. Su brazo es tan femenino, con su axila suave al final. Dan ganas de comérsela entera, todo su cuerpo e incluso su vestido, que es como limonada, de tan fresco y limpio... más bien radiante sería la palabra. Su mujer radiante. Aparta de sí una pequeña sombra inoportuna, mientras piensa en su cabellera suelta, caída sobre su cuerpo, en el cuarto del hostel Roger Park.

—Vamos, siéntate, Pete. Aunque esté un poco sucio.

—No hay ya nada que esté sucio —dice él, y se deja caer a su lado, rodeándole las nalgas con el brazo, de la manera más natural. Ella se ríe, meneando la cabeza.

—Eres un caso incorregible, Pete. —Da un mordisco al perro caliente, y al ver sus labios Peter siente deseos de arrojarse sobre ella allí mismo y en aquel mismo instante, sin apenas acordarse de los coches que pasan por lo alto del terraplén—. Estoy segura, podría jurarlo, de que nunca habías hecho el amor con una mujer de la que fueses amigo.

—Algo así —dice Peter, y deja su perro caliente a un lado para aflojar su corbata de uniforme.

—Treinta días tan sólo para que estés en traje civil y en Baltimore —dice ella, mientras se chupa los dedos, feliz—. Oh, Pete, estoy tan contenta de que consigues esa beca. Prueba la ensalada de coles, está muy buena. ¿Te acordarás de nosotros, pobres esclavos, cuando seas un médico famoso?

—Me acordaré —para distraer sus pensamientos, empieza a revolver en las cajas, derrama un poco de ensalada de col sobre un libro—. ¿Qué estás leyendo?

—¡Oh! Whateley Carrington.

—¿Whatley qué?

—Whatley, no, Whateley Carrington. Es un autor inglés. Dedicado a la investigación psíquica. Los ingleses se toman eso muy en serio.

—¿Uh? —Mira hacia el río, parpadea para librarse de una manchita oscura en los ojos. ¿La resaca de la anfetamina, después de seis meses?

—Tiene una teoría sobre los objetos clave. Cuando sentimos algo muy

intensamente es que dependemos de ello para vivir... Pete, ¿qué te pasa?

—Nada.

Pero no consigue librarse de la manchita. Es cada vez peor, cada vez más grande. Apenas si puede distinguir claramente la cara preocupada de la muchacha que se inclina sobre él. Intenta sobreponerse, pero el mundo se oscurece a su alrededor, se vuelve verde, luego NEGRO. Durante lo que parece un tiempo infinito se siente preso de tinieblas, en un paisaje fantasmal de grises que se convierten en cenizas imprecisas bajo un cielo duro y negro. La planicie es un montón de ruinas amenazadoras, tan terribles que no puede contener un grito al ver un trozo de metal retorcido junto a él, entre las cenizas. 2.004, unos números sin sentido en el trozo de metal... ¡BASTA!, y está de nuevo junto al río, bajo la mirada de primavera de Molly, a la que se agarran sus manos desesperadas.

—Eh, cariño, la guerra ha terminado —dice ella sonriendo, su mano dentro de la camisa de Pete—. Corea está a quince mil kilómetros de distancia. Está usted en casa, doctor.

—Ya lo sé. Ya he visto la placa —ríe sin convicción y su tensión se relaja. ¿Es que no le van a dejar nunca los fantasmas de Seúl? Y su cuerpo intacto, a pesar de todo, ningún trozo suyo en las latas manchadas en las que... ¡Basta! Piensa en Molly. Me gusta Ike. La beca de investigación para el John Hopkins. No todo el mundo sirve para la cirugía—. Soy un asco, Molly. Investigación.

—Oh, por el amor de Dios, Pete —dice con voz cálida, y su mano de enfermera se convierte en mano de amante sobre su pecho—. Ya hemos discutido eso.

Claro que lo han discutido. Él lo sabe bien y murmura solamente:

—Papá quería que yo fuese un doctor indio, un curandero.

También han hablado de esto. Vuelve la alegría y Pete vuelve a su ensalada de col, está de nuevo en la realidad.

—¿Qué me decías de Whateley?

—Que es muy serio lo que dice —contesta ella, y su cara adopta un gesto grave—. Quiero decir que yo soy atea, Pete, y no creo que haya nada después de la muerte, pero esta teoría... —continúa hablando de los objetos clave y de la laguna del tiempo, de las estructuras mentales que no mueren con el cuerpo. Es una chica adorable, una chica de cama en primavera, que le ha enseñado lo que es el amor desinteresado. Es su amiga, su liberación.

Se estira perezosamente, sensualmente, y saborea el regüeldo de col que se le escapa. Se siente hombre libre frente a una mujer dispuesta. No hay problema. *¿Qué es lo que un hombre necesita de una mujer? El consuelo del deseo satisfecho.* Ella es pura radiación. Y él la ha satisfecho. Y la satisfará de nuevo...

—Resulta casi aterrador, sin embargo —dice, y arroja la caja lejos, con gran impulso. La caja va a caer a unos siete metros de donde están—. Piensa en esa parte de uno mismo que quedaría para siempre rondando lo que se amó. —Ella se acomoda con la espalda contra el tronco del sauce y mira flotar la caja—. Me pregunto si esa

parte mía no se quedará rondando un gato bobo durante toda la eternidad. Yo quería mucho al viejo gato. «Henry», se llamaba. Murió.

El fantasma de una escopeta dispara sin ruido en su mente, una yegua relincha. Pete estornuda y se da la vuelta y pone la cara contra el muslo de ella, cálido y perfumado. Molly le mira abstraída por encima de sus pechos; es casi hermoso.

—Lo que quiera que ames, será para siempre. Así que ten cuidado con lo que amas —dice ella con un visaje de malicia—. Aunque en tu caso creo que será aquello que te hizo encolerizar más. No, es un pensamiento horrible. El amor *tiene* que ser más fuerte.

Pete no está muy seguro, pero quisiera que le convenciesen de ello. No se mueve de donde está, su cara continúa anclada en el regazo de Molly, que le da unos golpecitos juguetones y luego levanta los brazos y se estira, entregándose al aire, a él, a la vida.

—Quiero pasar la eternidad dando vueltas alrededor de ti —dice Pete, y se levanta un poco para cogerla, sin importarle ya que pasen coches o no, y cuando la tiene debajo de sí y el dulce olor familiar de su cuerpo le llega a la nariz se da cuenta plena de algo que sin duda ha sabido ya desde hace algún tiempo: aquello no es amistad, o tal vez es la mejor de todas las amistades posibles. La verdadera—. Te amo, Molly. Nos amamos.

—Oh, Pete.

—Vas a venir a Baltimore conmigo. Nos casaremos —le dice apoyando la boca en su cuello, sintiendo la carne sólida en su mano, bajo la blusa, y sintiendo también una cierta rigidez extraña que le hace echarse para atrás, para ver su rostro y sus labios que susurran, muy bajo:

—Me lo temía.

—¿Lo temías? —El corazón le da un salto de júbilo, un salto tan fuerte que el aire tiembla en torno suyo. Luego la ve demasiado serena, en contraste con su propia excitación—. No temas, Molly. Yo te *amo*.

Pero ella dice con suavidad:

—Maldita sea, Pete, maldita sea. Lo siento mucho, es algo horrible que hacen las mujeres. Era tan feliz, porque... —traga saliva y continúa diciendo, con una voz absurda—: Porque alguien muy querido para mí regresa a casa. Me llamó esta mañana por teléfono desde Honolulu.

No lo entiende, no puede entenderlo. El pulso se le acelera y repite con paciencia:

—Tú me amas, Molly. Yo te amo. Nos casaremos en Baltimore.

Ella le rechaza dulcemente, mientras dice:

—Oh, es cierto, Pete, te quiero. Te quiero, pero no es lo mismo.

—Serás feliz conmigo. Tú me amas.

Los dos están ahora en cuclillas, bajo la intensa luz del sol, que los ciega.

—No, Pete. Yo nunca dije eso. No lo dije... —Sus manos se tienden hacia él como cuchillos—. No puedo casarme contigo, cariño. Voy a casarme con un hombre

que se llama Charles Mac Mahon.

Mac Mahon... Maaa-oon. Es un sonido absurdo que parece taladrar el universo. Nota el pulso enloquecido en las venas del cuello, el aire tamborilea con su dolor y su rabia. Se pone de pie, sintiendo la herida que acaban de infligirle, incapaz de aceptar que todo es falso, todo es negro. Independiente de su voluntad, escucha su propia voz que grita:

—¡Zorra! Perra, perra, perra... —sin poder parar.

Es como un caos centelleante que se apodera de él y acaba por explotar en un no ser casi familiar. Pero esta vez ocurre más lentamente, como si una enorme ola de energía estuviese creciendo hasta su máxima altura, tan despacio que permite que se forme en lo que ya no es su cerebro el miedo de que está en realidad muerto y condenado a vivir para siempre en trozos dispersos. Contra este horror su esencia reacciona y lanza su protesta muda: *Pero yo amaba*, frente a un horizonte de desolación sin límites, una llanura de escombros sin vida bajo un cielo frío y negro en la que él, o alguna estructura de energía de lo que él fue, siente una vez más la presencia distante: destrozo, máquinas, enormes estructuras activas de manera incomprensible, una enorme fuerza radiante en medio de la pesadilla del mundo. Esta fuerza que ahora le arrastra omnipotente...

...para materializarle otra vez entre paredes familiares, mientras sus labios pronuncian todavía las palabras sin sentido: *Pero yo amaba*. Se recuesta en su sillón oscilante, como siempre sin engrasar, saboreando una cierta satisfacción. En su interior se despereza una tiniebla, y sólo tiene fuerzas para dirigir su mirada a los retratos tridimensionales que hay detrás de la pila de impresos que cubren su mesa.

Molly le sonríe desde detrás de la pila de papeles, con el brazo alrededor de su hija mayor. Por primera vez en muchos años la imagen del pobre Charlie Mac Mahon cruza su mente y despierta una magia automática: Molly-nunca-hubiese-sido-feliz-con-él. Pasaron por malos momentos, pero todo se resolvió de la mejor manera. Es curioso lo claramente que recuerda aquel día junto al río, a pesar de todos los años buenos que han transcurrido desde entonces. *Pero yo amaba*, susurra su mente, turbada por un momento, mientras que su vista se dirige con ternura a la pila de tarjetas impresas del computador.

Los maravillosos resultados. Todo está comprobado ahora ocho veces, el error localizado. Mucho mejor incluso de lo que esperaba. El boletín puede ir al correo mañana. Claro que la cosa tiene ya casi tres años. No importa; el panel AAAS entra la semana próxima. Esto es lo importante. En el momento preciso, además. La prensa hablará de ello... Va a ser difícil no mirar la cara que pondrá Gilliam, piensa Peter, y su propio rostro parece diez años más joven, radiante, con todas las arrugas distendidas.

«Me encanta, y eso es lo que cuenta», piensa, recordando en tropel los años de

trabajo monótono que quedan ya detrás... Las cuartillas son marcas de tazas de café, el nuevo centrifugador, el bullicio animal, la bata abierta de una ayudante de laboratorio, discusiones con Ferris en Análisis, discusiones sobre espacio, sobre equipo y sobre costes, y brillando sobre todo ello como un rayo láser el orden luminoso de su hipótesis. Su hipótesis demostrada —no, no debe decir eso—, su hipótesis meticulosamente comprobada. La oportunidad de su vida. La belleza del momento. No ensayes nada más. No tienes ninguna idea semejante a ésta. Pero no importa. Éste es el momento estelar. Y justo cuando hacía falta. No pienses en lo que Nathan dijo, no pienses en esa palabra. (Nobel.) Eso es estúpido. (Nobel.) Piensa en el trabajo en sí, en el poder de explicación, en su claridad.

Su mano ha estado revolviendo en la bandeja de entradas, por debajo de las tarjetas impresas, allí donde su correo debe de haber criado ya musgo. Bueno, ahora podrá tener una secretaría, seguro. Pero la idea de luz hace que se vuelva hacia la ventana. Hay una extraña tensión en el cuarto, como si lo hubiese invadido una ola de energía. «Demasiado café —piensa—, y demasiado júbilo. No estoy acostumbrado a esto. He sido un solitario, de aquí en adelante voy a compartirlo todo, a difundirlo, a estimular a los jóvenes. Montones de ayudantes, de ahora en adelante...»

Ve ya su nombre, flotando como un mito genial, a la cabeza de toda una ristra de informes hechos por equipos de autores, sobre los grises suburbios de Bethesda, alrededor del anexo de NIH. A la cabeza de cada nueva publicación que aparezca, como un punto de referencia en medio de la corriente... Algunos de estos chicos que ahora juegan al baloncesto en un solar cercano, ¿vivirán lo bastante como para ser curados de un posible mieloma gracias a los resultados de sus años de trabajo? Sí, si la cristalización se puede lograr más fácilmente. Tiene que llegar esto. «Pero no en mi tiempo», piensa, mientras trata de enfocar su vista sobre las figuras que corren, allí en el solar, sorprendido por un ligero parpadeo estroboscópico que parece venir de la calle; pero él sabe bien que tiene lugar en su retina.

Está abusando del café, se dice de nuevo. Sólo faltaría un ataque de hipertensión ahora. No, no ahora precisamente, por el amor de Dios. La exaltación que siente se hace casi tangible en el cuarto. No es desordenada, sino que más bien canaliza sus energías, como si estuviese alcanzando un cierto grado de vitalidad más alto, un efecto como el que produce la norepinefrina. Quizá llegue a vivir en un nivel más alto, se dice a sí mismo, mientras se frota la nariz con dos dedos para intentar librarse de una imagen residual que parece como un paisaje lunar visto desde el Apolo, y que se mantiene allí, en su retina, de manera desagradable.

Demasiados temores, piensa mientras limpia vigorosamente sus gafas. Demasiado temor a la bomba, al desequilibrio ecológico, al retorno del fascismo, a la carrera de armamentos, al posible fin del mundo. Saca la mandíbula para contener el desagradable zumbido que siente en los tímpanos, mientras mira el enorme calendario de 1984 que cuelga del muro, con su chiste garrapateado a lápiz: *Si todo marcha de maravilla, ¿por qué hablamos tan bajo?*

Bueno, es hora de volver a casa. A Molly y a Sue, y al pequeño Pete, su último retoño.

Piensa en el pequeño, cuando corra hacia él al verle llegar, y coja el paquete de correo guardado debajo de las tarjetas del computador. Al tocarlo, una aguja de hielo le traspasa el corazón.

Por un momento cree que se trata de un ataque, pero no es su corazón el que lo produce, sino una terrible corriente fría que pasa a través de sus dedos, una corriente fría de certidumbre que llega hasta su alma desde aquella odiosa revista extranjera color marrón, con una nota escrita a lápiz sujeta con un clip a la cubierta. Aquella maldita revista que le trajeron a mano y que lleva allí esperando como una bomba de relojería, ¿cuánto tiempo ya?

Pete, echa una ojeada a esto. No sabes cuánto lo siento, dice la nota.

Realmente no necesita leerla en detalle. Con echar una ojeada a sus páginas le basta. Pasa las páginas con dedos temblorosos, que se le han agarrotado de pronto y se le han quedado fríos. Ya sabe lo que va a encontrar allí, impreso con minuciosa pulcritud, e, incluso, para completarlo, con todas las implicaciones en las que él no ha pensado hasta ahora. Y todo de manera tan modesta y sencilla. Tan juvenil. La desesperación se apodera de él cuando dobla la hoja. ¡Dios del cielo! ¿Universidad de Djakarta? Y una condenada cita hindú...

La rabia le fulmina; bilis y cenizas le asaetan el alma, a medida que va pasando las páginas, esas páginas grises, ilegibles, que tiemblan bajo su vista... ¡Flash! Todo es oscuridad. ¡Flash! Todo negro. El mundo se borra y un torbellino fantasmal le arrastra...

...hasta un punto en que la carencia de sensaciones toca fondo y rompe en un silencio de pura energía, un silencio en que él, o lo que queda de él, se reconstituye momentáneamente, se integra en una clarividencia aterrada, la clarividencia mortal de su propio yo extinto, flotando en el polvo de un anexo NIH, destruido hace eones de tiempo, sobre un mundo aniquilado por completo. Comprende con angustiosa lucidez que ha muerto todo lo que vivía, excepto aquello, en su yo, que más desearía que hubiese muerto.

¿Qué ha sucedido? No lo sabe, no podrá saber nunca cuál es el destino o la mano que lo ha decidido todo, ni cuándo fue. Sólo percibe eternidad, y que todo lo que vivía ha desaparecido hace tanto tiempo que hasta el tiempo está inmóvil. Desaparecido, todo ha desaparecido. Los siglos y los milenios han desaparecido, y todo se ha convertido en cenizas bajo las estrellas muertas en la oscuridad total, absoluta y helada. Sólo se ha salvado él y su dolor trivial frente al cosmos.

Sólo él... sin embargo, a medida que la energía implacable que le empuja se hace aún más intensa, percibe de manera vaga una especie de presencia; una inquietud incorpórea en el polvo que le envuelve le dice que está acompañado, aunque es

apenas una onda en la fantasmal película de vida muerta que le rodea por todas partes. Una onda inaprensible, aislada en la soledad infinita... Trata de establecer contacto y le asalta un nuevo terror. *¿Sufren también los otros?* ¿Era realmente el dolor la sensación más fuerte que experimentábamos en vida, hasta el punto de que ha sido capaz de mantener su llama a través de la muerte? ¿Qué ha pasado con el amor, con la alegría?... No hay nada de eso aquí.

Se le escapa un lamento sin voz, al darse cuenta de que así es. Él, que no creía en nada antes. ¿Todas las agonías de la Tierra permanecen después? ¿Es que los fantasmas rotos de Stalingrado y Salarais, y Gettysburg y Tebas y Dunquerque y Kartoum se pasean por siempre? ¿Caen todavía los golpes de los carniceros en Ravensbruck y Wounded Knee? ¿Están todavía ardiendo los muertos de Cartago y de Hiroshima y de Cuzco? ¿Han resucitado de nuevo los fantasmas de las mujeres, sólo para ser violadas otra vez y ver cómo son asesinados sus niños? Todas las víctimas anónimas, ¿están sufriendo aún la mordedura del acero, están volando aún hacia su blanco todas las bombas, y las balas, y las flechas, y las piedras que fueron lanzadas en el mundo? ¿Es acaso la atrocidad, sin límite ni descanso, para siempre?

Molly. El nombre se forma sin sonido en su corazón cancelado. Ella era amor. Quisiera saber si ella o algún fragmento de ella está cálido aún entre sus hijos, pero sólo puede evocar su imagen, arrastrándose eternamente entre las ruinas hacia la cabeza ensangrentada de Charlie Mac Mahon.

¡Que no sea de esta manera! Grita su desafío a los escombros, a las ruinas, al polvo, y se siente más real a medida que se hace más densa la energía que le impulsa: lucha, incorpóreo, agita miembros que no existen, todo para conjurar el amor y que no se extinga, y le proteja del infierno. Su alma apagada clama por este último talismán; el sonido de la risa de su hijo pequeño, corriendo hacia él, abrazándose a sus piernas.

Durante un instante cree haberlo conseguido, ve la risueña carita levantada hacia él, con la boca abierta... pero cuando intenta cogerlo, la visión se desvanece, dejando sólo un eco de nuevo dolor en su corazón... *Mamá, mamá, quiero a mi mamá...* Y percibe lo que ha tomado por su cabeza y sus formas infantiles. Presencias intrusas, extrañas, como el mirar desdibujado de tiburones bajo el agua.

Se mueven, se desdibujan... ¿existen en esta planicie perdida en el tiempo! Y comprende con odio que es de ellos —de estos seres o estas cosas mecánicas— de donde fluye la energía que le mantiene. Es su poder oculto el que le ha levantado, materializado en las estructuras del polvo.

Aunque los odia, los anhela y correría tras ellos para sorber su vida muerta, lo mismo que harían sin duda otros billones de restos de seres —girasoles muertos que se vuelven hacia su oscura fuente de energía—, pero se da cuenta de que no puede, de que sólo es capaz de ansiarlo, mientras ellos retroceden.

Retroceden, según le parece percibir, hacia aquellos cenotafios negros, distantes, esqueléticos y extraños, que son lo único que rompe el horizonte negro. Qué pueden

ser, máquinas o edificios, no es capaz de colegirlo. Se esfuerza en ver, sin vista, y nota ahora una convergencia, una especie de flujo semejante a un reguero de hormigas que entrase en su hormiguero incorpóreo. Al mismo tiempo comprende que la energía que le mantiene está disminuyendo, apagándose. Aquella radiación extraña que le levantó está empezando a extinguirse. Y él mismo siente su propia extinción. *¿Sabéis? —grita sin voz—. ¿Os dais cuenta? ¿Os movéis sin que os importen nada nuestras angustias?*

Pero no recibe respuesta, ni la recibirá nunca. Y mientras su tenue estructura se deshace, se pregunta qué extraña misión trajo a tales seres hacia sus cenizas. ¿Serían emisarios de algo, exploradores, ingenieros? ¿O es posible que sean sólo curiosos? ¿Curiosos que se pasean entre las ruinas, levantando fantasmas para entretenerse con su espectáculo macabro?

Temblando, ve cómo se alejan, llevándose consigo los jirones de su vida lacerada y devolviéndole al vacío. ¿Volverán otra vez? ¿O tal vez han vuelto ya muchas veces, milenio tras milenio, y el retorno eterno seguirá repitiéndose siempre como ha sido hasta ahora? ¿Deben todos los muertos recobrar su conciencia, una y otra vez, para volver a sufrir, para volver a sentir los mismos puñales y morir de nuevo, hasta que una nueva energía los exhume para su próxima representación?

¡Dejadnos morir! Su identidad a punto de desvanecerse no puede ya mantener la protesta, sólo sabe que es cierto, insoportablemente cierto, que ha pasado ya por esto antes de ahora y que el ciclo volverá a repetirse, una y otra vez, sin interrupción y sin piedad, hasta el infinito.

Es una terrible desolación que añadir a su angustia, y mientras se hunde en la inconsciencia, a un nivel cada vez más profundo, sólo puede agarrarse a la desesperación, tocar de nuevo la cubierta parda de aquella revista... ¿de la Universidad de Djakarta?

Flash. Ya no sabe ni siquiera la causa del terror que le invade mientras se hunde a través de la primavera perdida —*Yo no te quiero de esa forma, Pete*— y siente la dolorosa punzada del goce mientras su mano aprieta aquel pecho joven y terso por debajo de la blusa blanca —*Peter, ¿no tienes un amigo?*—, en tanto que su ser se deshilacha por completo y se dispersa entre las miríadas de espectros vacíos que flotan en torno, exprimidos de aquella vida artificial que los mantuvo un instante y que al retirarse los precipita en la negrura sin límite. De pronto, el último palpito de lo que fue su yo se encuentra, con incomprensible pena, con sus pies dentro de las botas sobre la grava de la montaña, la mano apoyada sobre el metal oxidado del viejo camión.

Un júbilo insoportable, un júbilo doloroso, brota de su corazón de catorce años mientras mira hacia abajo, hacia la laguna donde están los patos y ve su bote varado junto al sendero que él mismo abrió, entre las hierbas. Y no comprende por qué el viento gime entre los picos altos mientras empieza a descender la ladera, de roca en roca, el hacha en una mano y su primera escopeta propia en la otra, hacia el oscuro

lago que cabrillea bajo las estrellas heladas, para siempre.

Apéndice

Horrores, esto es lo que en realidad son todos los epílogos, apéndices, introducciones y todo lo que se dice en torno a un relato. Oh, claro que los leo, a veces. Y a menudo los leo incluso con placer, porque en ciertos casos estas divagaciones de los otros no están del todo mal. Pero no las mías. La narración en sí, eso es lo único importante. Y después de releer alguna de mis narraciones, lo único sincero que puedo decirle al lector que ha tenido el coraje de pasar por ella, brota como una especie de lamento obseso: *¡Oh, dioses de la lengua inglesa, perdonadme por estas páginas que ya es demasiado tarde para corregir! Lector, ¿puedes siquiera vislumbrar lo que intentaba yo decir a través de este farrago de frases mal hechas, puedes compartir mi visión? Sería maravilloso si fuese así, pero es poco probable...*

Pero a los editores no les gusta esta clase de declaraciones. Lo que realmente quieren es que el autor enseñe sus trapitos bien ordenados y diga algo así como: «El tema del fin del mundo llevado a la ciencia ficción demuestra... etc.»

Bien, está bien. El tema del fin del mundo en la ciencia ficción es algo más que un mero tema. Desde que las cosas se pusieron difíciles, desde que empezamos a darnos cuenta de que estábamos corriendo el riesgo de acabar con la raza humana, por el sistema de bombardear, o envenenar, o resquebrajar, o asfixiar nuestro planeta —o, quizá lo peor de todo, de acabar con nuestra propia humanidad por medio de una tiranía fascista o de la superpoblación—, el único lugar donde se podía hablar de ello libremente era la ciencia ficción. La corriente literaria principal echó una ojeada al problema con el libro *1984*, de Orwell, y luego se tapó los ojos. Es demasiado terrible, mejor no mirar. Habladme de la angustia de tener demasiadas piscinas. Decidme que Jesús va a salvarme.

La ciencia ficción, por el contrario, ha seguido investigando, explorando, analizando todos los tristes caminos que conducen a Armageddon, todas las rutas sangrientas que nos llevan hacia la Entropía y el Apocalipsis. Os odio, dejadme que cuente los caminos. Aunque se trate de las más desesperadas esperanzas: ¿os acordáis de aquel último hombre de Bester arrastrándose sobre las ruinas radiactivas hasta las olas para que su cuerpo pudiese fertilizar de nuevo el mar estéril, y empezar la vida otra vez?

Claro que de cuando en cuando nos encontramos con restos de fantasía adolescente, que aparecen aquí y allí como setas. ¿Habría vida literaria sin libido? Pero son historias nobles, ingeniosas y aterradoras. Lo cual duele, porque el miedo es real.

Yo he aprendido algo más a propósito del fin del mundo en la ciencia ficción. Pensando lo bonito que sería terminar con una profunda reverencia dirigida a los grandes, me tragué ocho volúmenes de crítica de ciencia ficción, en busca de una

lista. Y lo que vine a encontrar fue prácticamente nada, a excepción de una breve discusión europea sobre las antiutopías y alguna que otra reseña de obras concretas. Los autores son en general investigadores sumamente inconstantes, y tal vez me he perdido el ensayo definitivo sobre el fin del mundo. Si no es así, me parece que existe un vacío en algún sitio, y que alguien debería llenar este hueco poniendo juntas y en orden las advertencias de la ciencia ficción sobre el fin del hombre.

Un estudio sobre este tema no sólo haría justicia a algunos valiosos textos sobre la materia, sino que traería a la luz varias cosas interesantes. Por ejemplo, ¿no se podría cambiar de rumbo, una vez comprendida la realidad de la amenaza? Qué tranquilos nos resultan ahora los antiguos relatos: el silencioso paisaje de Wells, bajo un sol agonizante, *en un futuro lejano*. Los aterradores, *pero improbables* desastres de *Cuando los mundos chocan*. Magníficas historias, terribles ideas. Treinta años después de escribir *Un mundo feliz*, Huxley declaró que no podía haber imaginado nunca que las cosas se moviesen tan de prisa. Después de lo de Hiroshima, sin embargo, el tono cambia, y nos encontramos con *La última hora* de Shutte, a la semana siguiente, como quien dice. Las narraciones se hacen apremiantes y todas ellas plantean la cuestión candente: cambiar o perecer. Mientras tanto, se multiplican las amenazas pendientes sobre nuestras cabezas. Algunas de ellas, finalmente, han llegado a ser tan conocidas de todos, que no sólo se han convertido en símbolos, sino que podría decirse que se han hecho intercambiables. ¿Qué importa si se trata de una reacción en cadena, de la proliferación de un invernadero de plantas, del imperialismo o de la fecundidad? El interés se vuelve hacia el mecanismo humano como causa, y posiblemente hacia la supervivencia. ¿Serviría una imbécil como Madre del Mundo? Y así sucesivamente. Seguro que los amables editores están dispuestos a perdonarme ahora.

Pero en el caso de que insistan en que explique de qué forma *El humo de su cuerpo se elevó para siempre* entronca con la infinita procesión, les diré que el nexo es un hilo de esperanza. El trabajo realizado por Carrington es real y sus especulaciones sobre la verdadera naturaleza del tiempo nos dejan la débil esperanza racional de una curiosa especie de inmortalidad. Quizá —sólo digo quizá— una estructura psíquica sumamente fuerte puede existir en un tiempo «estático» o en un estado atemporal. Pero Carrington, como un buen hombre que era, asumió sin vacilar la hipótesis de que una estructura psíquica fuerte era *buena*, era una especie de amor intelectual, estilo Spinoza, de alguna parte de la vida. Resulta un cuadro sumamente hermoso, esto de imaginar los fragmentos de amorosos granjeros flotando en torno a las ideas de tierra y simiente, pedacitos de filatélicos convergiendo para siempre hacia un sello negro de dos peniques, y partes de todos nosotros unidos por hilos invisibles a grandes poemas, sinfonías ilustres o puestas de sol maravillosas. Encantador, realmente. Pero miremos hacia atrás en nuestra memoria. Los momentos de amor puro, desinteresado, sí, existen, pero ¿qué decir de la enorme vitalidad con que se mantienen los malos recuerdos del pasado: las angustias, las cóleras, las

desilusiones, los amores defraudados, el premio que se nos escapó? Usando una frase que utilizan los psicólogos, *el condicionamiento de la aversión persiste*. Un solo choque negativo es capaz de destruir cien compensaciones. Si por una suerte loca la hipótesis de Carrington fuese relativamente cierta, la inmortalidad de que nos habla sería un infierno difícil de imaginar..., hasta que logremos cambiar nuestra naturaleza. Para ello lo mejor es sin duda sacar las espinas de dolor de nuestros nervios. Hacer que el amor y el júbilo sean por lo menos tan fuertes como el sufrimiento. Pero *¿somos capaces de ello?*

Novelas

No Blade of Grass, de John Christopher.

Red Alert, de Peter George.

Cántico por San Leibowitz, de Walter M. Miller, Jr.

Tomorrow & Tomorrow, de Lewis Padgett.

La Tierra permanece, de George R. Steward.

Relatos

Ya no llevan la misma vida que antes, de Alfred Bester.

Not With a Bang, de Damon Knight.

World Without Children, de Damon Knight.

Vintage Season, de C. L. Moore.

Thunder and Roses, de Theodore Sturgeon.

Adán sin Eva, de Alfred Bester.

Mother to the World, de Richard Wilson.

SOBRE JAMES TIPTREE, JR.

James Tiptree, Jr., seudónimo de un autor de identidad desconocida, en sus cincuenta o sesenta años ha publicado gran número de relatos desde 1968, en todos los mercados de ciencia ficción. Tiptree vive parte de su tiempo en McLean, Virginia.

VIAJE POR EL TIEMPO

ALGO PARA NOSOTROS, TEMPONAUTAS

POR
PHILIP K. DICK

Addison Doug avanzaba, con aire exhausto, por el largo sendero de lajas redondas hechas de madera sintética, paso a paso, la cabeza baja y como si le agobiase un enorme dolor físico. La joven le veía llegar, sufriendo ella también al darse cuenta de su dolor y su cansancio, pero al mismo tiempo se alegraba de que al menos estuviese allí. Paso a paso el hombre avanzó hacia ella sin levantar la cabeza, automáticamente... como si hubiese recorrido aquel camino muchas veces, pensó ella de pronto. Conoce el camino demasiado bien. ¿Por qué?

—¡Addi! —gritó y echó a correr hacia el hombre con deseos de ayudarlo—. Dijeron por la televisión que estabas muerto. ¡Que todos habíais muerto!

El hombre se detuvo y con una mano esbozó el gesto de echarse hacia atrás el pelo, que ya no era largo. Se lo habían cortado antes del lanzamiento. Pero sin duda lo había olvidado.

—¿Crees algo de lo que ves en la televisión? —dijo, y siguió avanzando, con pausas y vacilante, pero sonriendo ahora. Alargó la mano hacia ella.

«Dios, qué bueno es poder tocarle y sentir sus manos en mí —pensó la joven—. Aún tiene más fuerzas de las que yo creía.»

—Estaba a punto de buscar a alguien —jadeó—. Alguien que te reemplazase.

—Te rompo la cabeza si lo haces —contestó él—. De todas formas no es posible, nadie puede reemplazarme.

—Pero ¿qué pasó con la implosión, al volver? Dicen que...

—Lo he olvidado —contestó él con el tono que solía usar cuando quería decir: no voy a hablar de ello. Este tono la había irritado siempre antes, pero no ahora. Esta vez se dio cuenta de lo horrible que debía de ser el recuerdo—. Voy a quedarme en tu casa un par de días —continuó él diciendo, mientras avanzaban juntos por el sendero hacia la puerta abierta de la casa, en forma de A—. Quiero decir, si estás de acuerdo. Benz y Crayne se reunirán conmigo más tarde. Quizá esta misma noche. Tenemos mucho que hablar y que calcular.

—Entonces, sobrevivisteis los tres —dijo ella mirando su rostro demacrado—. Nada de lo que dijeron en la televisión... —Comprendió al fin. O creyó comprender—. Era una historia inventada. Por razones políticas o para engañar a los rusos, me imagino. Para que la Unión Soviética crea que el lanzamiento fue un fracaso, debido a vuestra entrada, al volver...

—No —dijo él—. Un crononauta ruso se reunirá con nosotros, probablemente. Para ayudarnos a calcular lo que ha sucedido. El general Toad dice que hay ya uno en camino hacia aquí. Ya le han concedido el pase. A causa de la gravedad de la situación.

—¡Dios mío! —exclamó la muchacha, sorprendida—. Entonces, ¿para quién inventaron esa historia?

—Vamos a beber algo primero —dijo Addison—, y luego intentaré explicarte lo que yo sé.

—Lo único que tengo de momento es un poco de brandy californiano.

Addison dijo:

—No importa lo que sea. Bebería cualquier cosa, tal y como me siento.

Se derrumbó sobre el sofá, echó hacia atrás la cabeza y dejó escapar un suspiro agobiado, mientras la joven se apresuraba a preparar bebida para los dos.

La radio del coche estaba diciendo: «...Apenados ante el trágico giro que han tomado los acontecimientos, a partir de un imprevisto...»

—Palabrería oficial —dijo Crayne cerrando el aparato. Iba en el coche con Benz y les resultaba difícil encontrar la casa. Sólo habían estado allí una vez. Crayne pensó que era una manera bastante informal de reunirse en conferencia para un asunto de tal importancia, esto de darse cita en casa de la chica de Addison, allí en las afueras de Ojai. Tenía la ventaja, sin embargo, de que no les molestarían los curiosos. Y no disponían de mucho tiempo. Aunque esto era difícil de saber. Nadie podía asegurarlo.

A ambos lados de la carretera se veían colinas que en un tiempo estuvieron cubiertas de bosques. Ahora los caminos de entrada a las casas y las irregulares carreteras de plástico fundido estropeaban el paisaje por todas partes, pensó Crayne.

—Apuesto a que esto fue muy hermoso en el pasado —le dijo a Benz, que iba conduciendo.

—La Floresta Nacional de los Padres no queda lejos de aquí —contestó Benz—. Me perdí en ella una vez cuando tenía ocho años. Pasé horas y horas en el bosque, pensando que iba a morderme una serpiente de cascabel. Cada rama que veía me parecía una serpiente.

—Bueno, pues ya te ha mordido ahora —dijo Crayne.

—A todos nosotros —añadió Benz.

—Sabes —dijo Crayne—, es una experiencia terrible esto de estar muerto.

—Habla por ti.

—Pero técnicamente...

—Si haces caso de lo que dice la radio y la televisión —dijo Benz volviendo hacia él su cara de gnomo, muy seria—, no estamos más muertos que la demás gente que vive en este planeta. La única diferencia es que la fecha de nuestra muerte está inscrita en el pasado, mientras que la de los otros corresponde a un momento incierto del futuro. Algunos de ellos la tienen bien fijada, sin embargo; por ejemplo, los que están en un hospital de cancerosos. Para ellos es tan seguro como lo es para nosotros. Más aún. Fíjate en esto: ¿cuánto tiempo podemos quedarnos aquí antes de tener que regresar? Disponemos de un margen que los cancerosos graves no tienen.

Crayne respondió con acento cáustico:

—Pronto vas a decirme que hemos de alegrarnos por no sentir dolores.

—Addi los tiene. Le vi partir dando bandazos esta mañana. Los tiene psicósomáticamente y se han convertido en una dolencia física. Como si Dios le estuviese metiendo la rodilla en el cuello. Lleva demasiado peso sobre sí y no es

justo. Pero no se queja en voz alta. Sólo de vez en cuando enseña sus llagas —sonrió al decir esto.

—Addi tiene más razones para vivir que nosotros.

—Todo hombre tiene más razones para vivir que ningún otro hombre. Yo no tengo una chica con la que acostarme, pero me gustaría ver las puestas de sol sobre Riverside Freeway unas cuantas veces más. No son las cosas que tienes para vivir lo que cuenta, sino las ganas que tienes de verlas, las ganas que tienes de estar ahí... Eso es lo más triste de nuestro caso.

Continuaron rodando en silencio.

Los tres temponautas estaban sentados, fumando, en el saloncito de la casa de la joven. Se lo tomaban con calma. Addison Doug estaba pensando que la chica tenía una expresión más provocativa y deseable que nunca, con su suéter blanco muy ajustado y su microfalda. Ojalá que no estuviese tan provocativa. Él no tenía fuerzas para eso ahora, tal y como se sentía por dentro. Demasiado cansancio.

—¿Sabe ella de lo que se trata? —preguntó Benz señalando a la chica—. Quiero decir, ¿podemos hablar abiertamente? ¿No le sorprenderá demasiado?

—Aún no le he dado ninguna explicación —dijo Addison.

—Pues será mejor que lo hagas —comentó Crayne.

—¿Qué es lo que ocurre? —dijo ella, con un sobresalto, poniéndose una mano entre los dos montículos de sus pechos, como si quisiera tocar algún símbolo religioso que no estaba allí. Addison se quedó pensativo un momento.

—Fuimos aspirados al hacer la entrada —dijo Benz, que era realmente el más cruel del grupo. O por lo menos el más brusco—. Verá usted, señorita...

—Hawkins —dijo ella en un susurro.

—Encantado de conocerla, señorita Hawkins —dijo Benz observándola de arriba abajo con su habitual frialdad—. ¿Tiene usted además un nombre?

—Merry Lou.

—Muy bien, Merry Lou —dijo Benz. Los otros dos hombres observaban la escena en silencio—. Parece uno de esos nombres que las camareras llevan cosidos en la blusa. «Me llamo Merry Lou y voy a servirle la cena, y el desayuno, y el almuerzo durante los próximos días, o durante los días que sean hasta que abandonen la partida y vuelvan a su propio tiempo. Serán cincuenta y tres dólares y ocho centavos, por favor; propina no incluida. Y espero que no vuelvan nunca, ¿me oye?»

—Había empezado a temblarle la voz. Y el cigarrillo también—. Lo siento, señorita Hawkins —dijo, y añadió luego—: Estamos todos desquiciados con este lío de la entrada. La implosión, ya sabe. Tan pronto como llegamos nos enteramos de la cosa. En realidad, lo hemos sabido antes que nadie.

—Pero no podíamos hacer nada —dijo Crayne.

—Nadie puede hacer nada —le dijo Addison, y le pasó el brazo por la cintura.

Parecía una escena vivida previamente, y de pronto comprendió. Estamos en un círculo cerrado, y seguimos dando vueltas y vueltas por él, tratando de resolver el problema de entrada, imaginando siempre que es la primera vez, la única vez... y sin resolverlo nunca. ¿Qué número hace esta tentativa? Quizá sea la millonésima. Quizá nos hemos sentado aquí un millón de veces, analizando los mismos hechos una vez y otra y sin llegar a ningún sitio. Se sentía cansado hasta la médula, al pensar esto. Y experimentó al mismo tiempo una especie de odio filosófico que envolvía a los otros dos hombres, porque ellos no tenían este enigma que resolver. Todos vamos al mismo sitio, como dice la Biblia. Pero... lo que pasa es que nosotros tres hemos estado allí ya. Estamos allí, en este mismo momento. De manera que es tonto pedirnos que permanezcamos en la superficie de la Tierra y discutamos y nos preocupemos tratando de averiguar lo que ha funcionado mal. Eso son nuestros herederos quienes tendrían que hacerlo. Nosotros ya hemos hecho bastante.

No lo dijo en voz alta, sin embargo. Por los otros.

—Quizá tropezasteis con algo —sugirió la joven.

Mirando hacia los otros dos, Benz dijo, con sarcasmo:

—Sí, quizá «tropezamos» con algo.

—Los comentaristas de la televisión continúan diciendo eso —insistió Merry Lou—. Que el peligro de la entrada estaba en encontrarse fuera de fase espacial y, por lo tanto, chocar con algún objeto tangente a nivel molecular. Cualquier objeto... —hizo un gesto al llegar aquí—. Ya sabéis, «dos objetos no pueden ocupar el mismo lugar al mismo tiempo». De modo que todo saltó, por esta razón.

Hizo una pausa y miró en torno, con aire interrogador.

—Ése, desde luego, es el mayor agente de riesgo —asintió Crayne—. Por lo menos en teoría, según calculó el doctor Fein, de Planteamiento, cuando llegaron a la cuestión de imprevistos. Pero disponíamos de muchos sistemas de seguridad, con tal de que funcionasen automáticamente. La entrada no podía tener lugar a menos que estos aparatos nos hubiesen estabilizado espacialmente, para que no nos amontonásemos sobre algo. Naturalmente todos ellos pueden haber fallado en secuencia. Uno detrás de otro. Estuve haciendo todas las comprobaciones en el momento del lanzamiento y todas ellas coincidían en que estábamos en la fase conveniente, en aquel momento. No oí tampoco ninguna señal de aviso.

De pronto dijo Benz:

—¿Os dais cuenta de que nuestros más próximos parientes son ahora ricos? Les corresponden todas las primas de nuestros seguros de vida federales y comerciales. Nuestros «parientes más próximos»... ¡Dios del cielo! Pero si somos nosotros mismos. Podemos pedir el pago de muchos miles de dólares, en mano. Entrar en la oficina de seguros y decir simplemente: estamos muertos. Venga la pasta.

Addison Doug estaba pensando en los funerales públicos. Lo tenían ya todo preparado, para después de las autopsias. Aquella larga hilera de «Cadillacs» negros, desfilando por Pennsylvania Avenue, seguida de todos los dignatarios del Gobierno y

de todos los condenados científicos. *Y nosotros estaremos allí*. No de una manera, sino de dos: dentro de los féretros de roble, con incrustaciones de metal y las banderas por encima, y al mismo tiempo de pie, en coches abiertos, saludando a la muchedumbre del cortejo fúnebre.

—Las ceremonias —dijo en voz alta.

Los otros se quedaron mirándole, sin acabar de comprender. Y luego, uno tras el otro, comprendieron. Pudo verlo en sus rostros.

—No —dijo Benz, con voz ronca—. Eso no es posible.

Crayne sacudió la cabeza con énfasis:

—Nos darán la orden de estar allí, y allí estaremos. Cuestión de disciplina.

—¿Tendremos que *sonreír* también? —exclamó Addison—. ¿Sonreír como cabrones?

—No —dijo el general Toad lentamente, su cabeza de pavo oscilando sobre su cuello de escoba. Tenía la piel ajada y llena de manchas, como si el gran peso de las condecoraciones que colgaban de su pecho y del cuello rígido de su guerrera hubiesen iniciado un proceso de ruina en su organismo—. No tienen ustedes que sonreír, sino, por el contrario, adoptar una actitud condolidada, como corresponde a las circunstancias. A tono con el duelo nacional que preside la ocasión.

—Eso va a resultar un tanto difícil —dijo Crayne.

El crononauta ruso no dijo nada. Su cara angulosa de pájaro, que aún parecía comprimida bajo los auriculares de traducción simultánea adosados a sus orejas, parecía abstraída y preocupada.

—La nación entera notará su presencia entre nosotros, una vez más, durante este breve intervalo. Las cámaras de todas las cadenas de televisión del país apuntarán hacia ustedes sin previo aviso y los comentaristas han sido ya instruidos para que le digan al público lo siguiente. —Sacó una hoja de papel mecanografiado del bolsillo, se caló las gafas, se aclaró la garganta y soltó su perorata—: «Estamos enfocando ahora tres figuras que vienen juntas en un coche. No podemos reconocerlas aún del todo. ¿Pueden ustedes?» —el general Toad bajó la hoja escrita—. Al llegar a este punto interrogarán también a sus colegas. Y por fin exclamarán: «Pero Roger»... o Walter, o Ned, según las circunstancias del caso...

—O Bill —interrumpió Crayne—, en el caso de que se trate de la cadena Bufonidae, que opera desde el pantano.

El general Toad ignoró la frase y siguió diciendo:

—En líneas generales exclamarán: «Pero, Roger, me parece que estamos viendo a los tres temponautas en persona. ¿Significa esto que el problema ha sido...» Y el colega comentarista responderá con voz ligeramente más sombría: «Lo que estamos viendo en esta ocasión, creo que es, David (o Henry, o Peter, o Ralph, según los casos), la primera comprobación práctica de lo que los técnicos llaman la Actividad

del Tiempo de Salida, es decir, la ATS. Contrariamente a lo que pudiera pareceros a primera vista, estos *no son* —repito: *no son*— nuestros tres valientes temponautas propiamente dichos, sino más bien su imagen, recogida por nuestras cámaras, suspendida temporalmente en su viaje hacia el futuro, cuyo destino, en principio, era el siglo próximo... Pero según parece hubo una constricción en su lanzamiento y aquí están ahora, entre nosotros, en lo que conocemos como el presente.»

Addison Doug cerró los ojos y se quedó pensando; seguro que Crayne va a preguntarle ahora si las cámaras no podrían enfocarle comiendo algodón de azúcar y con un globo en la mano. Creo que todos nos hemos vuelto locos con este enredo. Luego se preguntó: ¿cuántas veces habremos pasado ya por esta estúpida rutina?

«No puedo demostrarlo; sin embargo —pensó con fatiga—, sé que es cierto. Hemos estado sentados aquí muchas veces ya, oyendo estas mismas palabras sin sentido.» Se estremeció al pensarlo. Cada palabra que oía...

—¿Qué pasa ahora? —le preguntó Benz, inquisitivo.

El crononauta soviético tomó la palabra por primera vez desde su llegada y preguntó a bocajarro:

—¿Cuál es el máximo intervalo posible de ATS para su equipo de tres hombres? Y ¿qué porcentaje de este tiempo se ha consumido ya?

Crayne dijo, al cabo de una pausa:

—Ya nos instruyeron al respecto antes de que viniésemos aquí, hoy. Hemos consumido aproximadamente la mitad del tiempo de intervalo ATS.

—Sin embargo —interrumpió el general Toad—, hemos previsto que el Día de Duelo Nacional caiga dentro del plazo que aún queda. Esto nos obliga a acelerar la autopsia y demás investigaciones forenses, pero en vista del sentimiento público creímos nuestro deber...

«La autopsia», pensó Addison Doug, y de nuevo sintió un estremecimiento. Esta vez no pudo contenerse y dijo:

—¿Por qué no dejamos toda esta tontería para otro momento y nos acercamos a Patología, para ver unos cuantos cortes de tejido coloreado en el microscopio? Tal vez hasta seamos capaces de dar unas cuantas ideas que ayuden a la ciencia médica a encontrar algunas de las respuestas que están buscando. Respuestas, explicaciones, eso es lo que se necesita. Explicaciones para problemas que no existen aún. Ya desarrollaremos los problemas más tarde. —Hizo una pausa y añadió—: ¿Quién está de acuerdo?

—No quiero ver mi páncreas en la pantalla de proyección —dijo Benz—. Iré al desfile, pero no estoy dispuesto a tomar parte en mi propia autopsia.

—Podrías distribuir cortes microscópicos coloreados de tus propios tejidos entre las personas que asistan al desfile —dijo Crayne—. Cada uno de nosotros podría llevar una bolsita llena de ellos, como si fuesen *confetti*. ¿Qué le parece, general? Creo que, al fin y al cabo, sonreiremos.

—He estado revisando el archivo sobre todo lo que se refiere a la sonrisa —

replicó el general Toad, pasando algunas de las páginas que había apiladas frente a él—. Y el resultado de esta revisión demuestra que la sonrisa está fuera de lugar, ya que no concuerda con el sentimiento público. De manera que esta cuestión queda cerrada. Por lo que se refiere a presenciar la autopsia que en estos momentos se está llevando a cabo...

—Nos la vamos a perder si nos quedamos aquí sentados —le dijo Crayne a Addison—. Siempre me pierdo lo mejor.

Sin hacerle caso, Addison se dirigió al crononauta soviético:

—Oficial N. Gauki —dijo en el micrófono que colgaba de su pecho—, ¿cuál cree usted que es el mayor terror con el que tiene que enfrentarse un viajero del espacio? ¿Que ocurra una implosión debida a la yuxtaposición al entrar, como ha sucedido con nuestro lanzamiento? ¿O hay otras obsesiones traumatizantes que usted y su compañero experimentaron durante su breve pero altamente prometedor viaje temporal?

N. Gauki respondió, después de una pausa:

—R. Plenya y yo intercambiamos opiniones sobre el particular en varias ocasiones. Creo que puedo hablar por los dos si digo, respondiendo a su pregunta, que nuestro miedo más constante era el de que pudiésemos entrar en un círculo cerrado de tiempo del que nos sería imposible escapar.

—¿Se repetiría para siempre? —preguntó Addison Doug.

—Sí, señor A. Doug —respondió el crononauta, con un sombrío asentimiento de cabeza.

Un miedo que no había experimentado hasta entonces se apoderó de Addison. Volviéndose hacia Benz murmuró:

—¡Mierda!

Y quedaron mirándose el uno al otro.

—No creo que sea esto lo que haya sucedido —dijo Benz en voz baja al cabo de unos instantes, poniendo una mano sobre el hombro de Doug, que es el abrazo de la amistad—. Simplemente implotamos al entrar, eso es todo. Tranquilízate.

—¿Podríamos levantar la sesión pronto? —preguntó Addison, con voz ahogada, incorporándose en su silla. El cuarto entero, y la gente que había en él le ahogaban. «Claustrofobia —pensó—. Como cuando estando en el colegio proyectaron un *test* sorpresa en las máquinas de enseñanza y vi que no podía pasarlo». Por favor —dijo sencillamente, levantándose. Todos se quedaron mirándole con expresiones diferentes. La cara del ruso era la más comprensiva y las líneas de su rostro mostraban su preocupación. Addison hubiera deseado...—. Quiero irme a casa —les dijo, y se sintió como un imbécil.

Era ya muy tarde, por la noche, en un bar del Hollywood Boulevard, y estaba borracho. Afortunadamente, Merry Lou estaba con él y lo estaba pasando

estupendamente. Por lo menos eso decía la gente. Se agarró a Merry Lou.

—El verdadero significado de la vida —dijo—, su más alta expresión, está en la pareja hombre-mujer. En su unidad absoluta. ¿Tengo razón?

—Sí, ya lo sé —dijo Merry Lou—. Lo estudiamos en clase.

Esa noche, a petición suya, Merry Lou era una rubia menuda, vestida con pantalones acampanados, tacones altos y una blusa recogida por encima del ombligo. Un rato antes llevaba una piedra de lapislázuli en el hoyito, pero se le había perdido durante la cena en Ting Ho. El dueño del restaurante les había prometido continuar buscando por todas partes, pero Merry Lou se había quedado muy triste desde entonces. Era simbólico, dijo. Pero no dijo de qué. O por lo menos él no podía recordarlo. Quizá era esto lo que ocurría. Ella le había dicho lo que significaba y él lo había olvidado.

Un negro elegante, vestido con chaqueta a rayas y una corbata muy llamativa, sentado en una mesa cercana, no dejaba de mirar a Addison desde hacía un buen rato. Era obvio que tenía ganas de ir a su mesa y no se atrevía. Entretanto no cesaba de mirar.

—¿No has tenido nunca la sensación de saber exactamente lo que va a ocurrir un momento después? —le preguntó Addison a Merry Lou—. ¿Lo que alguien va a decir, palabra por palabra? ¿Hasta en los menores detalles? Como si ya hubieses vivido la escena.

—A todos nos ocurre alguna vez —dijo Merry Lou, sorbiendo su «Bloody Mary».

El negro se levantó y fue hacia ellos. Se detuvo junto a Addison.

—Perdone si le molesto, señor —dijo.

Addison se volvió hacia Merry Lou:

—Ahora va a decir: «¿No le conozco de alguna parte? ¿No le he visto en la televisión?»

—¡Eso es precisamente lo que quería decirle! —exclamó el negro.

Addison dijo:

—Sin duda ha visto mi foto en la página 46 del *Time* de esta semana, en la sección de nuevos descubrimientos médicos. Yo soy el médico rural de una pequeña ciudad en Iowa que ha sido catapultado a la fama por mi invención de un sistema muy difundido y al alcance de todos para conseguir la vida eterna. Varias de las grandes empresas farmacéuticas están ya dedicándose a la fabricación de mi vacuna.

—Ahí debe de ser donde vi su foto —dijo el negro, pero no parecía muy convencido. Tampoco estaba borracho. Clavó la mirada en Addison—. ¿Me permite que me sienta con ustedes?

—Claro —respondió Addison. Y vio ahora en la mano del hombre la marca del departamento de seguridad que se había ocupado del proyecto desde el principio.

—Señor Doug —dijo el agente de seguridad, sentándose a su lado—. Realmente no debería estar aquí hablando de esa manera. Igual que le he reconocido yo, podría

reconocerle cualquier otra persona y sufrir un síncope. Técnicamente, está usted violando un estatuto federal al estar aquí. ¿Se da usted cuenta de esto? Tendría que arrestarle. Pero es una situación difícil. No queremos armar jaleo y hacer una escena. ¿Dónde están sus dos colegas?

—En mi casa —dijo Merry Lou. Era obvio que no había visto la marca identificadora—. Escuche —añadió con tono cortante—, ¿por qué no se larga? Mi marido ha pasado por una prueba sumamente dura y ésta es la primera oportunidad que tiene de relajarse.

Addison miró al hombre.

—Sabía lo que iba a decirme antes de que se acercase. —(Palabra por palabra, pensó para sí. Tengo razón y Benz está equivocado, y esta escena va a continuar repitiéndose una y otra vez.)

—Quizá —dijo el agente— pueda convencerle de que vuelva a casa de miss Hawkins voluntariamente. Llegó un mensaje hace apenas unos minutos —se golpeó con un dedo el pequeño auricular que llevaba en la oreja derecha— con la consigna, a todos nosotros, de que se lo transmiéramos a usted, urgentemente, si le localizábamos. En las ruinas de la torre de lanzamiento... han estado buscando entre los escombros, ¿sabe?

—Ya, ya lo sé —dijo Addison.

—Creen que han encontrado una primera pista. Uno de ustedes trajo algo consigo. Algo de ATS, además de lo que llevaron en la salida y violando todas sus instrucciones de entrenamiento.

—Déjeme que le pregunte una cosa —le interrumpió Addison—. Supongamos que alguien me ve. Supongamos que me reconoce. Bueno, ¿y qué?

—El público está convencido de que aunque fallase la operación de entrada, el vuelo por el tiempo, el primer lanzamiento americano de vuelo por el tiempo, fue un éxito. Tres temponautas americanos fueron proyectados a cien años de distancia en el futuro, casi el doble de lo que consiguieron los soviéticos el año pasado. El hecho de que en realidad sólo fuera *una semana* representará un choque menor para la opinión si creen que ustedes tres decidieron por propia voluntad manifestarse de nuevo en este continuum porque querían estar presentes, de hecho se sentían obligados a estar presentes...

—En el desfile —le interrumpió Addison—. Por partida doble, además.

—Se vieron compelidos a asistir al dramático y sombrío espectáculo de su propio funeral y serán enfocados allí por las cámaras de las más importantes cadenas de televisión. Señor Doug, el coste y el trabajo que ha supuesto todo esto, en los más altos niveles, con objeto de subsanar una situación difícil, son enormes. Pero será más fácil para el público, y esto es de vital importancia si es que se ha de hacer un nuevo lanzamiento. Eso es, a fin de cuentas, lo que todos deseamos.

Addison Doug se le quedó mirando.

—¿Qué es lo que deseamos?

Con cierta vacilación, dijo el agente de seguridad:

—Hacer nuevos viajes en el tiempo. Como han hecho ustedes. Desgraciadamente, ustedes no pueden repetirlo, a causa de la trágica implosión y la muerte que sufrieron. Pero otros temponautas...

—¿Queremos qué? ¿Es eso lo que queremos? —repitió Addison levantando la voz. La gente estaba mirándolos desde las mesas cercanas. Mirándolos con nerviosismo.

—Sin duda —respondió el agente—. Y no grite.

—Yo no quiero eso —dijo Addison—. Yo quiero parar. Parar para siempre. Tumbarme en el suelo, sobre el polvo. No ver más veranos... siempre el mismo verano.

—Ves uno y ya los has visto todos —dijo Merry Lou histéricamente—. Creo que tiene razón, Addi. Vámonos de aquí. Tú has bebido demasiado, y es tarde. Además esas noticias sobre el...

Addison la interrumpió:

—¿Qué es lo que alguien trajo? ¿Cuánta masa extra?

—El análisis preliminar —contestó el agente de seguridad— indica que maquinaria con un peso de más de cuarenta kilos fue introducida en el campo de tiempo del módulo y traída con ustedes. Esta masa... —hizo un gesto con la mano— es lo que hizo saltar todo en el acto. No se pudo compensar ese exceso respecto a lo que en un principio había en el área de lanzamiento.

—¡Uauh! —exclamó Merry Lou con los ojos muy abiertos—. Quizá alguien os vendió un fonógrafo cuadrafónico por un dólar noventa y ocho centavos, con micrófonos de suspensión aérea de cinco centímetros y provisión de discos de Neil Diamond para toda la vida. —Intentó reír, pero no pudo. En lugar de ello se le nublaron los ojos—. Addi —susurró—, lo siento. Pero parece... brujería. Quiero decir que es absurdo. Todos habíais sido informados sobre esta cuestión del peso, en la entrada, ¿no es así? No podíais añadir ni una tirita de papel a lo que habíais llevado a la salida. Yo misma vi al doctor Fein demostrando en la televisión las razones que había para esto. ¿Y uno de vosotros se trajo cuarenta kilos de maquinaria consigo? Sin duda queríais autodestruiros, al hacer algo semejante.

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Una de ellas le resbaló por la nariz y se quedó colgando de la punta. Addison alargó una mano para secársela, como si se tratase de una niña, en lugar de una mujer adulta.

—Voy a llevarle hasta el lugar del análisis —dijo el agente de seguridad y se levantó. Entre él y Addison ayudaron a Merry Lou a ponerse de pie. Estaba temblando mientras se tomó el último sorbo de su «Bloody Mary». Addison sintió pena por ella, poco se le pasó en seguida. Se preguntó por qué. Uno puede cansarse de todo, incluso de tener sentimientos, pensó. O de preocuparse por alguien. Cuando todo se prolonga y se repite demasiado. Cuando se repite siempre. Y al final acaba convirtiéndose en algo que ni el mismo Dios quizá ha tenido que sufrir. Y aceptar.

Mientras atravesaban el bar lleno de gente hacia la calle, Addison le preguntó al agente de seguridad:

—¿Cuál de nosotros tres...?

—Ellos ya saben quién fue —respondió el agente abriendo la puerta para Merry Lou. Luego se quedó detrás de Addison haciendo señas a un vehículo federal gris para que aterrizase en el área roja de aparcamiento. Otros dos agentes de seguridad, de uniforme, corrieron hacia el grupo.

—¿Fui yo? —preguntó Addison Doug.

—Será mejor que se haga a la idea —contestó el agente de seguridad.

La procesión funeraria descendía con dolorosa solemnidad por la Pennsylvania Avenue, los tres féretros cubiertos por banderas, seguidos de docenas de coches. A los lados, filas compactas de gentes con pesados abrigos, tiritando de frío. Una neblina húmeda se cernía sobre la ciudad, y la línea de edificios grises servía de marco a la sombría marcha a través de Washington.

Escudriñando el «Cadillac» que iba a la cabeza de la procesión con sus prismáticos, Henry Cassidy, primer comentarista de noticias y sucesos públicos de la Televisión, se dirigió a su vasto auditorio invisible.

—...tristes memorias de aquel tren del pasado, llevando el féretro de Abraham Lincoln a través de los campos de trigo hacia la capital de la nación, donde habían de descansar. ¡Qué día tan triste es éste también y qué apropiado el tiempo para la circunstancia, con sus oscuras nubes tormentosas y su llovizna! —En su monitor vio cómo la cámara enfocaba al cuarto «Cadillac», aquel que seguía a los que llevaban los féretros de los temponautas muertos.

Su técnico le tocó en el brazo.

—Parece que estamos enfocando ahora tres figuras desconocidas, que van juntas en aquel coche —dijo Henry Cassidy en el micrófono que le colgaba del cuello, mientras asentía con la cabeza—. No soy capaz de identificarlas, por el momento. ¿Puedes ver tú mejor desde donde estás, Everett? —preguntó a su colega, al mismo tiempo que apretaba el botón que indicaba al otro que debía reemplazarle en las ondas.

—Pero, Henry —exclamó Branton con tono cada vez más excitado—. ¡Creo que estamos realmente contemplando a los tres temponautas americanos tal y como se manifiestan en su histórico viaje hacia el futuro!

—¿Significa eso —preguntó Cassidy— que han sido capaces de resolver de alguna forma el...?

—Me temo que no, Henry —dijo Branton con voz profunda y apesadumbrada—. Lo que estamos contemplando con gran sorpresa es la primera visión que tiene el mundo occidental de lo que los técnicos llaman Actividad del Tiempo de Salida.

—Ah, sí, ATS —dijo Cassidy con tono satisfecho, leyendo el guión oficial que le

habían entregado las autoridades federales antes de la emisión.

—Eso es, Henry. Contrariamente a lo que puede parecer a primera vista, éstos no son, repito, *no son*, nuestros tres valientes temponautas como tales, es decir...

—Ya entiendo, Everett —interrumpió Cassidy con voz emocionada, ya que el guión decía textualmente: CASS INTERRUMPE CON EMOCIÓN—. Nuestros tres bravos temponautas están ahora en suspenso en su histórico viaje hacia el futuro, que ha de extenderse aproximadamente a un siglo a partir de ahora... Parece que la gran pena y el drama de este día inesperado ha hecho que decidan...

—Siento interrumpirte, Henry —dijo Branton al llegar a este punto—, pero me parece que la procesión ha detenido su marcha con objeto de que podamos...

—¡No! —dijo Cassidy leyendo una nota que acababan de entregarle, garrapateada a toda prisa: *No entreviste a los temponautas. Urgente. Olvide instrucciones previas*—. No creo que podamos... hablar brevemente con los temponautas Benz, Crayne y Doug, como tú esperabas, Everett.

Diciendo esto comenzó a hacer señas desesperadas al equipo del micrófono-grúa que ya había empezado a girar y extenderse hacia el coche que los llevaba. Con la cabeza les hizo signos negativos al técnico del micrófono y al suyo propio.

Al ver que el micrófono se dirigía hacia ellos, Addison Doug se puso de pie en la trasera del «Cadillac». Cassidy dejó escapar un gruñido. Ese hombre quiere hablar, pensó. ¿No le habrán dado nuevas instrucciones? ¿Por qué me lo dicen sólo a mí? Otros micrófonos-grúa, representando a otras cadenas, así como varios entrevistadores de radio, a pie, se precipitaban ya hacia el «Cadillac» de los temponautas, con objeto de ponerles los micrófonos delante, sobre todo delante de Doug. Doug estaba ya empezando a hablar, en respuesta a una pregunta que acababa de hacerle un reportero. Con su propio micrófono desconectado, Cassidy no pudo oír ni la pregunta ni la respuesta. De mala gana dio la señal para que conectasen de nuevo.

—...antes —estaba diciendo Doug en voz bien alta y clara.

—¿De qué modo? ¿Quiere decir que todo esto ha sucedido ya? —preguntó el reportero de la radio que estaba en pie junto al coche.

—Quiero decir —declaró el temponauta americano Addison Doug, con el rostro enrojecido y tenso— que yo he estado en este mismo lugar una vez y otra, y que ustedes han presenciado ya este desfile y nuestras muertes y nuestra entrada una cantidad de veces sin fin. Que es un ciclo cerrado de tiempo que nos envuelve y que hay que romper.

—¿Está usted buscando —le gritó otro reportero a Addison Doug— una solución para el problema de entrada y el desastre de implosión, que pueda ser aplicado retrospectivamente con objeto de que cuando vuelva al pasado sea capaz de corregir el mal funcionamiento y evitar la tragedia que les ha costado... o que les costará... la vida?

El temponauta Benz dijo:

—Sí, eso es lo que estamos haciendo.

—Tratamos de averiguar la causa de la violenta implosión y eliminarla antes de regresar —añadió el temponauta Crayne, asintiendo con un gesto de cabeza—. Hemos averiguado ya que, por razones desconocidas, una masa de casi cuarenta kilos de varias partes de motor de «Volswagen», incluyendo cilindros, la cabeza de...

«Esto es terrible», pensó Cassidy.

—¡Es sorprendente! —dijo en voz alta, en su micrófono—. Los ya trágicamente fallecidos temponautas americanos, con una determinación que sólo puede venir del entrenamiento y la disciplina rigurosos a que han estado sometidos (y entonces nos preguntábamos por qué, pero ahora vemos los resultados) han analizado ya las causas del imprevisto mecánico que motivó la implosión y fue el responsable, evidentemente, de sus muertes, y han empezado el laborioso proceso de clarificación de posibilidades con objeto de poder regresar a su lugar de lanzamiento y efectuar la entrada sin accidente.

—Uno se pregunta —murmuró Branton por el micrófono y auricular interiores— cuáles pueden ser las consecuencias de esta alteración del pasado próximo. Si cuando regresen no hay implosión, y no mueren... bueno, resulta demasiado complicado para mí, Henry, comprender estas paradojas que el doctor Fein nos ha hecho notar repetidas veces, con suma elocuencia, en los laboratorios de Distorsión del Tiempo, en Pasadena.

Entretanto el temponauta Addison estaba diciendo para todos los micrófonos que le rodeaban, aunque con más calma ahora:

—No debemos eliminar la causa de la implosión en la entrada. El único camino de que disponemos para escapar de esta trampa es la muerte. La muerte es la única solución. Para nosotros tres.

Su perorata quedó interrumpida al ponerse de nuevo en marcha la procesión de «Cadillacs».

Henry Cassidy cerró su micrófono momentáneamente y dijo, dirigiéndose a su técnico:

—¿Se ha vuelto loco?

—Sólo el tiempo puede decirlo —respondió éste— en tono apenas audible.

—Un extraordinario instante en la historia americana de los viajes por el tiempo —dijo luego Cassidy para las ondas—. Sólo el tiempo puede decir, y ustedes me perdonarán la frase, no intencionada, si las crípticas observaciones del temponauta Doug, improvisadas en unos momentos de intenso sufrimiento para él y en cierto modo para todos nosotros, son las palabras de un hombre perturbado por el dolor, o resultan por el contrario una aguda premonición del macabro dilema que teóricamente hemos sabido desde el principio que existía, que existía y que podía descargar su golpe mortal, sobre el lanzamiento de un viaje por el tiempo, ya sea nuestro o de los rusos.

Cortó después, para dar paso a un anuncio comercial.

—Sabes —dijo la voz de Branton en su oído, no para el público, sino solamente para el cuarto de control y para él—, en el caso de que tenga razón, sería mejor que los dejaran morir.

—Tendrían que dejarlos libres —convino Cassidy—. Dios mío, de la manera que hablaba se diría que ha pasado ya por esto durante mil años y algunos más. No me gustaría estar en su pellejo por nada del mundo.

—Te apuesto cincuenta dólares —dijo Branton— a que han pasado ya por esto antes de ahora. Muchas veces.

—Entonces, nosotros también —observó Cassidy.

Empezó a caer la lluvia en aquel momento y las filas de espectadores se convirtieron en una masa reluciente. Las caras, los ojos, incluso los trajes, todo brillaba con reflejos de luz rota, chispeante, mientras los nubarrones se hacían cada vez más oscuros por encima de ellos.

—¿Estamos en el aire? —preguntó Branton.

«¿Quién sabe?», pensó Cassidy. Lo único que deseaba era que el día terminase cuanto antes.

El crononauta soviético N. Gauki levantó ambas manos con calma y empezó a hablar a los americanos, a través de la mesa. Su voz tenía un gran tono de urgencia:

—En mi opinión y en la de mi colega R. Plenya, que ha sido honrado con el título de Héroe del Pueblo Soviético por los resultados que obtuvo como pionero de los viajes por el tiempo, y basándonos en nuestra propia experiencia y en el material teórico desarrollado en los círculos académicos americanos y en la Academia de Ciencias de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, creemos que los temores del temponauta A. Doug pueden estar justificados. Su destrucción deliberada de sí mismo y de sus dos compañeros, al hacer la entrada cargado con un peso extra de partes de automóvil, en violación de las órdenes que recibiera, debe considerarse como el acto de un hombre desesperado que no encuentra ningún otro medio de escape. Naturalmente la decisión está en manos de ustedes. Nosotros sólo tenemos una posición de consejeros en este asunto.

Addison Doug estaba jugando con su encendedor, encima de la mesa, y no respondió siquiera. Le zumbaban los oídos y estaba pensando en lo que este zumbido podía significar. Tenía una cierta cualidad electrónica. Quizá estamos de nuevo dentro del módulo, pensó. Pero no lo percibía. Lo único que percibía era la realidad de la gente que estaba en torno a la mesa, la mesa misma, el encendedor que sostenía entre los dedos. No se puede fumar mientras se entra en el módulo, pensó, y volvió a guardarse el encendedor en el bolsillo.

—No tenemos prueba ninguna —estaba diciendo ahora el general Toad— de que se haya establecido un círculo cerrado de tiempo. Lo único concreto es la sensación de fatiga que experimenta el señor Doug. Su convencimiento de que ha pasado por

todo esto en repetidas ocasiones. Como él mismo dice, se debe sin duda a una reacción psicológica. —Empezó a hurgar entre los papeles que tenía delante—. Tengo aquí un informe, que no se ha comunicado a los medios informativos, y que procede de cuatro psiquiatras de Yale, referente a su estructura psicológica. Aunque generalmente de carácter muy estable, tiene una marcada tendencia hacia la ciclotimia, que culmina en un estado de depresión aguda. Naturalmente ya se tuvo esto en cuenta antes de efectuar el lanzamiento, pero se calculó que los caracteres alegres de los otros dos componentes del equipo contrarrestarían esta tendencia de una manera funcional. De una forma u otra, esa tendencia depresiva suya está ahora en una fase muy aguda. —Tendió el informe con una mano, pero ninguno de los reunidos lo cogió—. ¿No es cierto, doctor Fein —continuó diciendo—, que una persona que sufre depresión aguda percibe el tiempo de una manera peculiar, como si fuese un círculo cerrado en el que no hace más que dar vueltas y vueltas, sin poder salir de él ni llegar a ninguna parte? La persona sufre tal grado de neurosis que se niega a dejar escapar su pasado. Su pasado da vueltas en su cabeza continuamente.

—Pero —dijo el doctor Fein— esta sensación subjetiva de sentirnos atrapados es quizá lo que todos experimentaríamos si el círculo cerrado de tiempo cobrase existencia.

El doctor Fein era el médico investigador cuyos trabajos habían servido de base teórica para el proyecto.

—El general —dijo Addison Doug— está utilizando palabras que no comprende.

—Me he informado sobre las que no conocía antes —respondió el general Toad—. Sé lo que significan los términos psiquiátricos técnicos.

Benz le preguntó a Addison Doug:

—¿Dónde encontraste todas esas piezas de «Volswagen», Addi?

—Todavía no las tengo —respondió Addison.

—Probablemente recogió la primera chatarra que encontró —dijo Crayne—. Lo primero que le vino a las manos, antes de que iniciásemos el regreso.

—Antes de que vayamos a iniciar el regreso —le corrigió Addison.

—Éstas son mis instrucciones para ustedes tres —dijo el general Toad—. No van a intentar producir ningún daño, ni implosión, ni mal funcionamiento durante la entrada, ya sea cargando una masa de peso extra o por cualquier otro medio. Van a regresar según está programado, de acuerdo con los ensayos previos. Esto se refiere a usted principalmente, señor Doug.

En aquel momento empezó a sonar el teléfono que había a su derecha. El general frunció el entrecejo y descolgó el auricular. Hubo una pausa, y luego, con una especie de gruñido, volvió a colocar el aparato en su horquilla, de golpe.

—Ordenes cambiadas —dijo el doctor Fein.

—Sí, en efecto —admitió el general—. Y debo decir que personalmente me alegro de que sea así, porque la decisión que había tomado era bastante desagradable.

—Entonces podemos preparar la implosión al entrar —dijo Benz al cabo de una

pausa.

—Son ustedes tres los que tienen que tomar la decisión —dijo el general Toad—, ya que son sus vidas las que están en juego. Quedan libres de actuar según lo consideren oportuno. De la forma que prefieran. Si están convencidos de que se encuentran presos en un círculo cerrado de tiempo, y creen que una implosión masiva al entrar puede romperlo... —hizo una pausa, al tiempo que Doug se ponía en pie—. ¿Va a hacer usted otro discurso, Doug?

—Sólo quiero dar las gracias a todos los que de una manera o de otra participan en esta empresa, por dejarnos decir —dijo Doug, y paseó su mirada cansada por todos los individuos que estaban sentados en torno a la mesa—. Les aseguro que lo estimo en lo que vale.

—Sabes —dijo Benz lentamente—, el hecho de que implotemos al entrar tal vez no arregle nada, ni logre romper el círculo cerrado. En realidad, tal vez lo mantenga, Doug.

—No si nos mata a los tres —replicó Crayne.

—¿Estás de acuerdo con Addi, entonces? —preguntó Benz.

—La muerte es la muerte —dijo Crayne—. He estado pensando sobre ello. ¿Qué otra forma nos queda de salir de esto? Sólo morir. No hay otra salida.

—Puede que no estén en ningún círculo —observó el doctor Fein.

—Pero también puede que estemos en él —dijo Crayne.

Doug, que permanecía de pie, se dirigió a Crayne y a Benz y les dijo:

—¿Podríamos hacer participar a Merry Lou en nuestra decisión?

—¿Por qué? —preguntó Benz.

—No puedo ya pensar con claridad —contestó Doug—. Pero creo que Merry Lou puede ayudarme. Dependo mucho de ella.

—Bien, de acuerdo —dijo Benz. Y Crayne asintió con la cabeza.

El general Toad miró estoicamente su reloj de pulsera y dijo:

—Caballeros, creo que esto da por terminada nuestra conferencia.

El crononauta soviético Gauki se quitó los auriculares y el micrófono de cuello y se precipitó hacia los tres temponautas con la mano extendida. Por lo visto estaba diciendo algo en ruso, pero ninguno de los tres podía entenderlo. Así que se retiraron en grupo, con aire sombrío.

—En mi opinión, estás loco, Addi —dijo Benz—. Pero parece que ahora estoy en minoría.

—Caso de que tenga razón —dijo Crayne— y aunque no haya más que una posibilidad en un billón de que tengamos que volver una y otra vez, para siempre, creo que eso basta para justificarlo.

—¿Podríamos ir a ver a Merry Lou? —preguntó Addison—. ¿Ir a su casa ahora?

—Está esperándonos fuera —dijo Crayne.

El general Toad fue hacia los tres temponautas, se colocó en medio de ellos y dijo:

—Saben, lo que hizo que se adoptase esta decisión fue la reacción del público durante el desfile, ante su manera de comportarse y lo que usted dijo, Doug. Los consejeros de la NSC llegaron a la conclusión de que la gente prefería, como usted mismo, que todo acabase de una vez. Les consuela más saber que está ya usted libre de su misión que salvar el proyecto y conseguir una entrada perfecta. Creo realmente que causó profunda impresión en ellos, Doug, con todas sus lamentaciones —dijo alejándose.

—Olvídalo —le dijo Crayne a Addison Doug—. Olvida a todos los que son como él. Haremos lo que tenemos que hacer.

—Merry Lou me lo explicará —dijo Doug—. Ella sabrá qué es lo que hay que hacer, y qué es lo mejor.

—Voy a buscarla —dijo Crayne—, y luego los cuatro podemos ir en el coche a alguna parte, a su casa tal vez, y decidir sobre la cuestión. ¿De acuerdo?

—Gracias —le contestó Addi, asintiendo con una inclinación de cabeza. Miró a su alrededor, como si quisiera buscarla, saber dónde estaba. Quizá en el cuarto contiguo, pensó—. Aprecio mucho tu gesto.

Benz y Crayne cambiaron una mirada de entendimiento. Doug se dio cuenta, pero no sabía lo que significaba. Lo único que sabía era que necesitaba de alguien, y de Merry Lou más que de ningún otro, para que le ayudase a ver claro y comprender la situación. Y para librar a los otros dos de ella si es que era posible.

Merry Lou los condujo en su coche hacia el norte de Los Ángeles, por la autopista de Ventura y luego por el interior hasta Ojai.

Todos iban en silencio. Merry Lou conducía bien, como siempre. Apoyado contra el hombro de la joven, Addison Doug se abandonó a una especie de paz temporal.

—No hay nada como tener una chica que te lleve en coche —dijo Crayne al cabo de muchos kilómetros de rodar en silencio.

—Es una sensación casi aristocrática —murmuró Benz— esto de tener una mujer que se ocupe del volante. Un privilegio de la nobleza, o algo por el estilo.

—Hasta que choca con algo —dijo Merry Lou—. Con algún trasto lento y pesado.

Addison dijo de pronto:

—¿Qué es lo que pensaste cuando me viste llegar a tu casa por el sendero, el otro día? Dímelo francamente.

—Parecía... —contestó la chica— como si lo hubieses hecho ya muchas veces. Parecías enormemente cansado, a punto de morir. Al final, pensé... —vaciló un momento—. Lo siento, Addi, pero eso es lo que parecía; pensé que conocías el camino demasiado bien.

—Como si lo hubiese recorrido muchas veces.

—Eso es —convino ella.

—Entonces votas por la implosión —dijo Addison Doug.

—Bueno...

—Sé sincera conmigo —dijo él.

Merry Lou se limitó a contestar:

—Mira en el asiento trasero. La caja que va en el suelo.

Con una linterna de mano que sacaron de la bolsa de herramientas los tres examinaron el interior de la caja. Addison miró temeroso lo que contenía. Eran piezas oxidadas de motor de «Volkswagen». Aún estaban grasientas.

—Las cogí de un montón de chatarra en un garaje extranjero que hay cerca de mi casa —dijo Merry Lou—. Cuando iba hacia Pasadena. Los primeros hierros que vi que parecían suficientemente pesados. Les oí decir por televisión, cuando el lanzamiento, que cualquier cosa que pesara entre los veinte y los...

—Bastará —dijo Doug—. Ya ha bastado.

—No vale la pena, entonces, que vayamos hasta tu casa —intervino Crayne—. Queda decidido. Mejor que cambiemos de rumbo hacia el sur y vayamos directamente al módulo. Y que iniciemos las operaciones. —Su voz era intensa y aguda, al mismo tiempo—. Gracias por su voto, señorita Hawkins.

—Estáis todos tan cansados —dijo ella.

—Yo no —replicó Benz—. Lo que estoy es furioso. Furioso hasta el límite.

—¿Furioso conmigo? —preguntó Addison.

—No lo sé —contestó Benz—. Sólo sé que es... un infierno.

Luego se hundió en un silencio pesado, recogido sobre sí mismo, inerte. Alejado por completo de todos los otros que iban en el coche.

Al llegar al primer cruce de intersección Merry Lou viró hacia el Sur. La invadía ahora una extraña sensación de libertad y Addison también sintió que empezaba a sentirse libre del peso y de la fatiga que le agobiaban.

El receptor que cada uno de ellos llevaba en la muñeca empezó a zumbear con la señal de aviso. Los tres se sobresaltaron.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Merry Lou, accionando los frenos.

—Tenemos que ponernos en comunicación con el general Toad lo antes posible, por teléfono —dijo Crayne. Luego señaló con el dedo—. Ahí delante hay una estación de gasolina de la Standard. Métase por allí, señorita Hawkins. Telefonaremos desde la estación.

Pocos minutos después Merry Lou detenía el coche frente a la gasolinera, cerca de la cabina.

—Espero que no sean malas noticias —dijo.

—Hablaré yo primero —dijo Doug, al tiempo que saltaba del coche. Malas noticias, pensó, sonriendo para sí. ¿Qué malas noticias pueden ser ya? Entró rígidamente en la cabina, cerró la puerta tras de sí, metió la moneda en la ranura del aparato y marcó el número.

—¡Bien! Aquí tengo lo que se llaman noticias —dijo el general Toad cuando el

operador le puso en comunicación—. Es una suerte que pudiésemos dar con ustedes. Espere un minuto. Voy a dejar que se lo diga el doctor Fein en persona. Le creará a él más que a mí. —Siguieron varios cliks metálicos y por fin se oyó la voz, académica y precisa, del doctor Fein. Precisa, pero un poco más aguda que de costumbre, a causa de la excitación.

—¿Cuáles son las malas nuevas? —preguntó Doug.

—No son necesariamente malas —se oyó la voz al otro extremo del hilo—. Hemos hecho trabajar los computadores después de nuestra conferencia y según parece..., en fin, es *probable*, desde un punto de vista estadístico, aunque aún no haya sido verificado del todo, que tenga usted razón, Addison. Se encuentran ustedes dentro de un círculo cerrado.

Addison Doug se sintió estallar de cólera. «Condenado hipócrita —pensó—. Estoy seguro que lo ha sabido en todo momento.»

—Sin embargo —continuó diciendo el doctor Fein, tartamudeando un poco, a causa de la emoción—, también creo..., es decir, hemos calculado que las mayores probabilidades de mantener el círculo como está es hacer implosión al entrar. ¿Me comprende, Addison? Si carga toda esa chatarra oxidada e implota, las posibilidades estadísticas de cerrar el círculo para siempre son mucho mayores que si entra normalmente y todo marcha bien.

Addison Doug no respondió.

—En realidad, Addi, y ésta es la cuestión sobre la que tengo que insistir, una implosión en la entrada, y especialmente una implosión masiva y calculada como la que estamos preparando... ¿Se entera de lo que le digo, Addi? ¿Me comprende bien? ¡Por Dios...! Una implosión semejante garantizaría que el círculo quedara cerrado sin remedio. Es algo que nos ha preocupado desde el principio. —Siguió una breve pausa—. ¿Addi? ¿Está usted ahí?

Addison Doug se limitó a estas palabras:

—Quiero morir.

—Eso se debe a la fatiga que experimenta, a causa del círculo. Sólo Dios sabe cuántas veces han...

—No —dijo Doug y se dispuso a colgar.

—Déjeme que hable con Benz y Crayne —dijo el doctor Fein rápidamente—. Por favor, antes de que intenten una nueva entrada. Especialmente con Benz. Me gustaría hablar con él en particular. Por favor, Addison. Por el bien de ellos. Su casi total agotamiento...

Addison colgó el teléfono y salió de la cabina.

Cuando volvió a subir al coche oyó que los dos receptores de alerta estaban zumbando aún.

—El general Toad dijo que la llamada automática que nos envió los mantendrá aún zumbando durante un rato —dijo a sus compañeros. Y cerró la puerta del coche—. Adelante.

—¿No quiere hablar con nosotros? —preguntó Benz.

—El general quería que supiésemos —dijo Addison— que tienen algo para nosotros. El Congreso ha votado una citación especial por nuestro valor o alguna otra idiotez por el estilo. Una clase de medalla que nunca habían otorgado hasta ahora. Y nos la concederán con carácter póstumo.

—Demonios, es la única forma en que pueden concedérsela —dijo Crayne.

Merry Lou se echó a llorar al tiempo que ponía el motor en marcha.

—Será un descanso —dijo Crayne mientras el coche se dirigía hacia la autopista — cuando todo haya acabado.

No va a tardar mucho ahora, pensó Addison.

Los receptores de alerta continuaban zumbando en sus muñecas.

—Os van a volver locos —dijo Addison—, con todas esas voces burocráticas mezcladas.

Los otros se volvieron a mirarle. Había en aquella mirada interrogante una cierta inquietud no exenta de perplejidad.

—Sí —dijo Crayne, por último—, estas alertas automáticas son una auténtica lata. —Parecía cansado.

Tan cansado como yo, pensó Addison. Y al darse cuenta del paralelo se sintió mejor. Porque venía a demostrar que estaba en lo cierto.

Gruesas gotas de lluvia golpeaban contra el parabrisas. Había empezado a llover muy fuerte. Esto le gustó. Le recordaba una de las experiencias más emocionantes que había tenido durante su corta vida: la procesión de su propio entierro, cuando avanzaba lentamente a lo largo de Pennsylvania Avenue, con las banderas cubriendo los féretros. Cerró los ojos, se recostó en el asiento y por fin se sintió bien. Escuchaba en torno suyo las lamentaciones de los asistentes al desfile. Y algo dentro de su cabeza soñaba con la medalla del Congreso. Concedida al cansancio infinito, pensó. Una medalla especial por estar cansado.

Se vio también en otros desfiles y en la muerte de muchos otros, aunque en realidad no era más que una misma muerte y un mismo desfile. Coches que avanzaban lentamente por las calles de Dallas, y también con el doctor King... Se vio a sí mismo volviendo una y otra vez, en su círculo cerrado de vida, al mismo funeral que no podía olvidar, y que ellos no podían olvidar tampoco. Él siempre estaría allí, y ellos también estarían. Ocurriría repetidamente, y todos volverían una y otra vez, al lugar y al momento donde querían volver. Al suceso que había significado más para ellos.

Éste era el don que les hacía, a la gente, a su país. Le había legado al mundo un maravilloso peso: el temido y agotador milagro de la vida eterna.

Apéndice

La esencia de los relatos sobre viajes por el tiempo reside en plantear algún tipo de confrontación, y mejor que nada la confrontación de la persona consigo misma. En realidad ésta es la base de mucho de lo que se escribe hoy día en la literatura de ficción; sólo que en una historia como la precedente el momento en que el hombre se encuentra frente a frente consigo mismo permite mostrar un tipo de alienación que no sería posible en ninguna otra clase de obra. Alienación que trae a su vez una falta de entendimiento, de comprensión. Addison Doug Uno sigue en su coche el féretro que lleva el cadáver de Addison Doug Dos, y él lo sabe. Sabe que es dos personas al mismo tiempo, que está partido en una especie de esquizofrenia física. Y su mente también está partida. El suceso no contribuye a darle una visión más clara, ni de sí mismo ni del otro Doug Addison, que ya no puede razonar ni resolver problemas.

Esta ironía no es más que una de las muchas ironías posibles dentro del tema de viajes por el tiempo. Ingenuamente, uno tiende a pensar que el hecho de viajar en el futuro y volver luego al presente supondría un aumento en nuestros conocimientos, y no una pérdida de ellos. Los tres temponautas, sin embargo, se adelantan al tiempo, vuelven y se sienten atrapados, quizá para siempre, en varias ironías, dentro de las cuales la mayor, en mi opinión, es la sorpresa con que contemplan sus propias acciones. Es como si el aumento de información que les procura el éxito tecnológico —la información previa de lo que va a suceder— disminuyese su propio entendimiento. Quizá Addison Doug sabe ya demasiado.

Al escribir esta historia siento yo mismo una extraña tristeza, y me sumerjo en el espacio (debería decir en el tiempo) de mis personajes mucho más que de costumbre. Experimento la futilidad de lo fútil. No hay nada que nos hunda tanto como la consciencia de la derrota, y mientras estaba escribiendo me di cuenta de que lo que para nosotros no pasa de ser un mero problema psicológico (la consciencia de la probabilidad del fracaso y su efecto traumatizante), se convertiría automáticamente, para un viajero del tiempo, en un problema existencial, un suplicio físico de cámara de tortura.

Nosotros, cuando nos sentimos deprimidos, estamos, afortunadamente, presos dentro de nuestras cabezas. Pero si viajar por el tiempo se convirtiera en una realidad, la actitud psicológica de autoderrota alcanzaría proporciones de horror incalculable. Aquí, una vez más, la ciencia ficción permite al autor transferir lo que corrientemente es un problema interno a un ámbito externo. Lo proyecta hacia fuera en la forma de una sociedad, un planeta, con todo el mundo metido, por así decirlo, en lo que antes era tan sólo un cerebro. No culpo a algunos lectores que puedan sentirse molestos por tal situación, porque los cerebros de algunos de nosotros son lugares poco confortables. Pero, por otra parte, resulta muy útil el poder darse cuenta de que no

todos vemos el universo de la misma manera; en realidad, no es el mismo universo el que vemos cada uno.

El desconsolado mundo de Addison Doug se expande de repente para convertirse en el mundo de muchos. Pero a diferencia de la persona que está leyendo un relato y puede terminarlo cuando quiera y dar por concluida su permanencia en el mundo criado por el autor, las gentes que forman parte de esta narración se tienen que quedar metidos en ella para siempre.

Es una clase de tiranía que aún no nos envuelve. Pero si consideramos la fuerza coercitiva del moderno aparato de propaganda en los estados actuales (cuando se trata del enemigo, a esta propaganda la llamamos «lavado de cerebro»), cabe preguntarse si la diferencia entre una cosa y otra no es solamente una cuestión de grado. Nuestros gloriosos líderes de lo que está bien y de lo que es justo, pueden ahora ya aprisionarnos en lo que podríamos considerar como meras extensiones de su cabeza, con sólo añadir a nuestra personalidad intrínseca algunas viejas piezas oxidadas de motor de «Volkswagen», y la alarma de los personajes de este relato al ver lo que les está sucediendo puede muy bien ser nuestra propia alarma, aunque en grado menor.

Addison Doug expresa su deseo de «no ver más veranos». Todos deberíamos protestar. Nadie debería poder abrogarse el derecho de arrastrarnos, por muy sutilmente que lo haga o por no importa qué razones, al estado de ánimo que nos haría expresar un punto de vista o un deseo como el de Addison. Tanto individual como colectivamente, deberíamos desear ver tantos veranos como nos fuese posible, aunque fuera en un mundo tan imperfecto como éste en el que estamos viviendo.

Novelas

La legión del tiempo, de Jack Williamson.

Lest Darkness Fall, de L. Sprague de Camp.

Now Wait for Last Year, de Philip K. Dick.

Relatos

By His Bootstraps, de Robert A. Heinlein.

Time Locker, de Lewis Padgett.

Alas all Thinking, de Harry Bates.

As Never Was, de P. Schuyler Miller.

Estación de reclutamiento, de A. E. Van Vogt.

The Little Black Bag, de C. M. Kornbluth.

El fantasma, de A. E. Van Vogt.

SOBRE PHILIP K. DICK

Philip K. Dick, nacido en 1929, estudió en la Universidad de California, y dirigió un programa de música clásica en la emisora KSMO de San Mateo. Ha sido escritor profesional de ciencia ficción durante más de veinte años. Entre sus novelas más conocidas se cuentan *Eye in the Sky*, *El hombre en el castillo* (premio Hugo), *Do Androids Dream of Electric Sheep?* Actualmente vive en Fullerton, California.

Notas

[1] En general, hemos considerado preferible no traducir los títulos de las obras citadas, salvo los de aquellas de las que existe una versión castellana lo suficientemente conocida como para servir de referencia al lector. <<

[2] Se mencionaron por primera vez los motores MacPherson en la historia del autor titulada **Recket Rangers of the IRT** (publicada en **Spicy-Weird Stories**, 1932). <<

[3] Los lectores fieles habrán visto ya los manipuladores de conducción Kelly en el famoso libro **Hell Hounds of the Coal Sack Cluster** (Slimecreeper Press, Ltd., 1931), publicado también en alemán como **Teufelhund Nacht der Knockwurst Express**. Traducido al italiano por Re Umberto, aunque no publicado todavía en esta lengua. <<

[4] Un nuevo sistema vio la luz cuando el primer propulsor Fitzroy hizo su aparición en **Female Space Zombies of Venus**, publicado en 1936 en **True Story Confessions**.

<<

[5] Cuando le preguntaron a Patsy Kelly, inventor de los famosos propulsores, cómo es que la astronave podía desplazarse a siete veces la velocidad de la luz, cuando la velocidad de la luz era precisamente, según Einstein, la barrera de desintegración de la materia, Kelly se encogió de hombros y respondió, con su característico acento, geodélico, que sí, que cierto que Einstein había dicho eso, pero que Einstein se había equivocado. <<

[6] En castellano en el original. <<